

eman ta zabal zazu



Universidad  
del País Vasco

Euskal Herriko  
Unibertsitatea

---

## **Tesis Doctoral**

# **“NARRATIVAS DE MUJERES SOBRE VIOLENCIA SEXISTA EN LAS COMUNIDADES ACTIVISTAS DEL PAÍS VASCO”**

**2019**

**Doctoranda: Tania Martínez Portugal**

**Directora: Marta Luxán Serrano**



Universidad  
del País Vasco

Euskal Herriko  
Unibertsitatea

**MDe**

Master eta Doktorego Eskola  
Escuela de Máster y Doctorado  
Master and Doctoral School

## A Asemblea das Opinións

Unha áxil Gacela meteuse por equivocación nun couto de caza do bosque. Ao pouco tempo, sentiu unha forte dor na súa pata traseira. Puido observar como a frecha dun cazador atravesara a súa carne sen piedade. Arrincouna e botou a correr ata chegar ao refuxio do bosque. Cada vez con máis sangue e máis dor, achegouse a pedir auxilio á Asemblea das Opinións que cada día celebraban os habitantes da zona. Sen apenas poder falar, explicou o sucedido ante todos.

Falou a Sospeita: «Que estabas facendo naquel lugar se sabes que é perigoso?» Replicou tamén a indecencia: «Tes uns cornos demasiado vistosos». Opinou a Ira: «Non é a primeira vez que te equivocas, telo merecido». Tamén a Impertinencia: «Podes demostrar que foi unha frecha?» Falou a Sospeita: «Estás segura? Non estarás errada?» Seguiu a Insolencia: «Como podemos saber que foi a frecha dun cazador e non calquera outra cousa?» Esetou a Inconsciencia: «Esquece o tema e fai a túa vida». Comentou a Covardía: «Tiñas que ter marchado para casa e non vir aquí molestarnos». Dixo a Mediocridade: «Sabías ao que te expuñas cando pasaches o couto». Soltou o Odio: «Telo merecido por ser como es». Opinou a Necidade: «Como é posible que sendo tan áxil non notases que viña unha frecha cara a ti?» Seguiu a Ignorancia: «Seguro que non foi para tanto». Prosegiu a Estupidez: «Fáltame a versión do cazador». Riu a Humillación: «Sempre che gustou chamar a atención». Berrou a Irresponsabilidade: «Pois eu estiven alí varias veces e nunca me pasou nada». Rematou a Crueldade: «Es unha esaxerada».

Unha fonda tristeza polo escoitado apropiouse da Gacela, que se pechou na cova para non volver saír. Ao ver isto, tódolos membros da Asemblea das Opinións concluíron: «Non nos equivocamos, o que lle pasa a esta Gacela é que está enferma».

«O maltrato social e a revitimización teñen graves secuelas para a vítima»

**Fábula escrita por Marta Pérez y Silvia Penas (Inversa Teatro)**

## Agradecimientos

A todas las personas que han participado en la investigación, gracias por su confianza, su tiempo, sus reflexiones, y su valiente determinación.

A Marta Luxán, por su paciencia, correcciones y valiosos aportes.

A Mo Hume, porque sin ella no habría podido enriquecer este trabajo con Kelly, Walby, Stanko & Company.

A Isabel Harland de Benito, Sheida Besozzi y Naiara Olano ¡Es un privilegio teneros como amigas!

A Javier, mi compañero, porque siempre, siempre, siempre, me has apoyado.

A las mujeres que durante todo este proceso he tenido la oportunidad de conocer y que han decidido transformar su realidad para cambiar el mundo que les rodea.

## **INDICE GENERAL**

### **APARTADO I: INTRODUCCIÓN Y METODOLOGÍA**

Capítulo 1: INTRODUCCIÓN.....	8
1.1 Justificación y objetivos.....	9
1.2 Organización de contenidos .....	14
Capítulo 2: SITUAR EL CONOCIMIENTO PRODUCIDO. LA INVESTIGADORA Y LA METODOLOGÍA .....	17
2.1 El proceso de producción de conocimiento, o “Quien no se mueve no siente las cadenas” .....	17
2.2 Aspectos metodológico-epistemológicos y metodológico-prácticos.....	27

### **APARTADO II: MARCO TEÓRICO**

Capítulo 3: FEMINIST EPISTEMIC PERSPECTIVE IN RESEARCH ON SEXIST VIOLENCE.....	50
3.1 Different aproximations to the phenomenon of gender violences and sexist violence.....	50
3.2 Social imagineries, heteropatriarchal epistemologies and heteropatriarchal epistemic violence.....	70
3.3 Confronting the heteropatriarchal epistemologies of violence.....	79
Capítulo 4: THE SPATIALITY OF VIOLENCE .....	107
4.1 Activist communities and sexist violence. ....	108
4.2 Deconstructing political identities and subjects .....	114

### **APARTADO III : ANÁLISIS DE DATOS**

Capítulo 5: LA VIOLENCIA SEXISTA EN LAS COMUNIDADES ACTIVISTAS DEL PAÍS VASCO.....	131
5.1 Continuidades y mitos específicos.....	131
5.2 Algunos debates actuales .....	138
5.3 Resistencias y Obstáculos .....	147

Cápítulo 6: NARRATIVES FROM WOMEN ACTIVISTS ON SEXIST VIOLENCE .....	166
6.1 The women activist .....	166
6.2 Politically correct abusers .....	175
6.3 Sexist Violence .....	185
6.4 Resistir y politizar la violencia .....	224
Capítulo 7: REFLEXIVIDAD EN MOVIMIENTO: RESPUESTAS, ESTRATEGIAS Y HERRAMIENTAS FRENTE A LA REPRODUCCIÓN DEL SEXISMO Y LA VIOLENCIA EN LAS COMUNIDADES ACTIVISTAS DEL PAÍS VASCO.....	236
7.1 La (i)responsabilidad colectiva frente a la violencia .....	236
7.2 Estrategias, herramientas y factores.....	251
<b>APARTADO IV: CONCLUSIONES</b>	
Capítulo 8: CONCLUSIONES .....	275
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>286</b>

## ÍNDICE DE TABLAS, FIGURAS Y DIÁLOGOS

<b>Tabla 1.</b> Objetivo general, objetivos específicos y correlación técnica.....	30
<b>Tabla 2.</b> Relación de participantes y codificación empleada en la investigación.....	46
<b>Tabla 3.</b> Theoretical Assumptions of gender violences or sexist violences according to discourse.....	81
<b>Tabla 4.</b> Summary theoretical assumptions and theoretical-methodological consequents for feminist analyses on sexist violence.....	77
<b>Tabla 5.</b> Mechanisms used within the activist community in order not to act against sexism and violence.....	81
<b>Tabla 6.</b> Continuidades en la reproducción del imaginario social.....	121
<b>Tabla 7.</b> Especificidades o mitos específicos en la reproducción del imaginario social.....	136
<b>Tabla 8.</b> Resistencias y obstáculos frente al reconocimiento del sexismo y la violencia.....	148
<b>Tabla 9.</b> Politically correct abusers and hegemonic masculinity.....	183
<b>Tabla 10.</b> Categories of analysis and mechanisms.....	187
<b>Tabla 11.</b> Mecanismos de evasión de responsabilidades.....	238
<b>Tabla 12.</b> Otras formas de agresión o (re)victimización.....	226
<b>Tabla 13.</b> La respuesta política.....	244
<b>Tabla 14.</b> Estrategias, herramientas y factores.....	252
<b>Figura 1</b> Herramientas y grados de compromiso colectivo.....	266
<b>Dialogue 1.</b> <i>Disempowerment as a form of social control</i> .....	194

**Dialogue 2:** *The introduction of the unhappy consciousness*..... 206

# APARTADO I: INTRODUCCIÓN Y METODOLOGÍA



## Capítulo 1: INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de investigación se ocupa del análisis crítico de los imaginarios sociales en torno a la *violencia sexista*, es decir, la violencia ejercida por los varones sobre las mujeres. Dicho análisis se realiza a través del estudio de su impacto en el seno de las *comunidades activistas* del País Vasco, un grupo heterogéneo de organizaciones y colectivos políticos y sociales *mixtos* -compuestos por mujeres y hombres- que se sitúan a nivel discursivo a favor del feminismo.

Esta espacialidad<sup>1</sup> que abarca desde los espacios formales de reunión y trabajo, hasta espacios informales de socialización del grupo o colectivo, ofrece la posibilidad de construir un relato alternativo sobre el contexto social, los mitos entorno a la *víctima* y maltratador, así como de las propias expresiones de violencia, en base a las características específicas de las comunidades activistas y de las sujetas que lo habitan.

La transformación de los imaginarios sociales construidos por el pensamiento heteropatriarcal forma parte de la labor de la resistencia feminista<sup>2</sup>. Su objetivo es hacer frente a los universales masculinos y reivindicar la experiencia de las mujeres como fuente epistémica a la hora de dotar de significado y analizar los fenómenos sociales, muy especialmente, aquellos relacionados con las diversas fórmulas de opresión que encierran las relaciones de género. La investigación que sigue a estas líneas busca aportar a esta labor de producción de un conocimiento reflexivo y situado, en el que la agencia y la voz de las mujeres participantes actúan como resorte generador.

---

<sup>1</sup> Traducción literal del término inglés *spatiality*, cuyo uso y significado en este trabajo proviene de la Geografía Política Feminista.

<sup>2</sup> Chris Corrin (1996) utiliza el término *resistencia feminista* para referirse a un rango de actividades que incluyen la investigación y teorización feminista, los servicios sociales de asistencia, y las distintas formas de activismo (en MORGAN, Karen y BJÖRKET, Suruchi Tapar (2006). En el presente trabajo, utilizaremos este término para aludir *a los esfuerzos y luchas comunes en las que han participado feministas que habitan y transitan en estos distintos ámbitos*, sin por ello pretender que se trata de un grupo homogéneo, o invisibilizar las especificidades estructurales que caracterizan y atraviesan a cada uno de estos espacios.

Este proyecto nace del convencimiento político de que la transformación de los imaginarios sobre la violencia sexista y la investigación del fenómeno desde una perspectiva feminista, son piezas fundamentales en la lucha por la erradicación de la misma. La reflexividad y las voces de las mujeres que han sufrido y sufren violencia, imprescindibles e ineludibles a la hora de romper dichos imaginarios y contribuir a su investigación desde una perspectiva crítica. Una responsabilidad encarnada por aquellas mujeres que participan y forman parte de esta investigación, así como todas las personas que han acompañado y apoyado este proceso. Un empeño que nace hace más de cuatro años y que germina aquí, entre dos tierras colindantes, el activismo y la academia.

## 1.1 JUSTIFICACIÓN Y OBJETIVOS

### 1.1.1 Justificación.

Lo cierto es que la denuncia del sexismo y las agresiones dentro de espacios sociopolíticos con un discurso igualitario no es una cuestión novedosa. La violencia sexista dentro de las comunidades activistas, es tan solo una muestra más del carácter sistémico y estructural de las relaciones de poder generizadas en nuestra sociedad.

Desde tiempos inmemorables, las mujeres que han participado en procesos revolucionarios, movimientos sociales, partidos políticos, y otros espacios de diversa índole, sensibilidad ideológica y cultural, han tenido que reclamar la atención del colectivo sobre sus necesidades e intereses específicos. En la mayoría de los casos se han visto en la necesidad de denunciar la actitud de sus compañeros, que han querido saber poco o nada sobre la opresión sexista. Es el caso, sin ir más lejos, de Alejandra Kollontai en *Autobiografía de una mujer emancipada* (Alemania, 1927), de Janet Howard en *Battered and Raped. The Physical/Sexual abuse of women* (EEUU, 1981), o de Norma Vázquez, Cristina Ibañez y Clara Murguialday en *Mujeres-montaña: vivencias de guerrilleros y colaboradoras del FMLN* (El Salvador, 1996). Lo realmente sorprendente es comprobar como los algunos de estos mecanismos de represión continúan siendo utilizados a día de hoy en las comunidades activistas del País Vasco.

Con esto no quiero decir que no haya habido cambios. El auge del movimiento feminista y la participación de mujeres feministas dentro de los colectivos mixtos, entre otros factores, han producido una serie de transformaciones que configuran el escenario actual. A día de hoy, el discurso contra la violencia contra las mujeres forma parte implícita y también explícita de discurso político en general. Los movimientos y organizaciones sociales han recogido estos planteamientos, muestran abiertamente su discurso anti-sexista (Las Afines, 2007) y han desarrollado herramientas y procesos para prevenir y gestionar las agresiones. Se trata de un escenario heterogéneo y en constante transformación. La cuestión es si dicha transformación tiene como resultado un verdadero cambio en la correlación de fuerzas, o termina sucumbiendo a las estrategias de adaptación que la hegemonía heteropatriarcal despliega para resistir.

Las comunidades activistas cumplen un papel importantísimo en la creación y visibilización de otras formas de organizarse y relacionarse socialmente. No en vano se trata de un entorno habituado a cuestionar las estructuras sociales, las injusticias, y los sistemas de opresión. También es habitual el contacto, o incluso el compartir espacios, trabajo, y reflexiones con colectivos feministas y de mujeres. Por lo tanto, se trataría *a priori* de uno de los escenarios más propicios para emprender el proceso de construcción de subjetividades feministas que devengan en una identidad colectiva antipatriarcal.

Dentro del Estado español, uno de los trabajos pioneros sobre género *desde, en y por* los movimientos sociales<sup>3</sup>, fue el estudio *Género y movimientos sociales: la participación de las mujeres en la Plataforma en Defensa del Ebro* (2005) llevado a cabo por Eva Alfama, Neus Miró y Marc Martí, entre otras autoras<sup>4</sup>. Mención aparte merece la tesis doctoral de Bárbara Biglia *Narrativas de mujeres sobre las relaciones de género en los movimientos sociales* (2005), así como gran parte del trabajo llevado a cabo por esta autora desde entonces. Su enfoque y reflexiones

---

<sup>3</sup>En el presente trabajo se toman como obras de referencia aquellos trabajos que hayan priorizado un enfoque que, en lugar aproximarse al estudio de los movimientos sociales y organizaciones del tercer sector para tratar de explicarlos, se ocupen reconocer y aprender de su producción teórica, siguiendo la propuesta desarrollada por Bárbara Biglia (2007).

<sup>4</sup> En concreto, Laura Giménez, Anna Obradors y Robert González (IGOP-UAB).

epistemológicas han resultado imprescindibles a la hora de desarrollar la presente investigación. Aún más cerca del escenario y época en el que se mueve nuestra propuesta, cabe señalar el trabajo de Pilar Álvarez Molés, *Movimientos sociales, género y cultura. El caso de los gaztetxes en Euskadi* (Emakunde, 2011), o el fanzine *Antifeminismo y agresiones de género en entornos antiautoritarios y espacios liberados* (Santurtzi, Rechazodistro, 2014).

Más allá del análisis de las relaciones de género dentro de los colectivos, creo necesario abordar el impacto de la violencia sexista que se reproduce dentro y fuera de los espacios de militancia. El objetivo es contribuir al estudio de la violencia sexista desde una perspectiva política crítica, que incida sobre el carácter sistémico y estructural de la misma, coadyude en la producción de un conocimiento afín a los postulados de las epistemologías feministas, y sea respetuoso con la comunidad desde la que se investiga.

En el momento en el que decidí trabajar un aspecto tan complejo como la violencia sexista no tenía ningún tipo de formación previa específica, ni en Estudios de Género, ni en feminismo, ni en el propio fenómeno de la violencia como tal. Partía de una experiencia personal –la de haber sido discriminada y maltratada por mi condición de mujer dentro del contexto de un colectivo social- que me había marcado profundamente. Esta experiencia me hizo plantearme muchas cuestiones sobre las que no había pensado hasta entonces. Me hizo buscar respuestas y formarme teórica y políticamente. Y una vez me sentí preparada para ello, compartir lo sucedido y comprobar que a otras mujeres a mí alrededor les habían sucedido historias similares. Más allá, sentí que existía una necesidad compartida de hablar y ser escuchadas, de arrancar de nuestras entrañas aquel sentimiento de honesto enfado (Gwen Hunnicutt, 2009) y erigirlo como elemento dinamizador del cambio social.

De un modo muy parecido, los motivos que han llevado a las mujeres activistas a prestar su tiempo, emotividad, dolor, salud y valentía a la consecución de este trabajo, subyacen en la voluntad compartida de transformar su escenario de vida, extender sus convicciones políticas y, en la medida de lo posible, contribuir a que las situaciones de abuso y violencia por las que han atravesado no se repitan.

### **1.1.2 Objetivos.**

Para que una investigación se pueda denominar como feminista debe ambicionar un objetivo práctico: su propósito debe ser el de ayudar a comprender la opresión de las mujeres para poder cambiarla. En este sentido, la investigación tiene como objetivo general *analizar los imaginarios en torno a la violencia sexista, sus expresiones, contexto social y político en el que se reproduce, así como los estereotipos creados en torno a las mujeres que la sufren y los hombres que la ejercen, a través del análisis de su impacto en el seno de las comunidades activistas del País Vasco.*

¿Cómo afectan dichos imaginarios y por qué es necesario analizarlos de forma crítica? Desenmascarar el pensamiento heteropatriarcal que hay detrás de un tipo conocimiento producido sobre violencia, y entender como éste nos afecta a las mujeres a la hora de dotar de significados a nuestras propias experiencias, nos acerca a una mejor comprensión del funcionamiento y condiciones de realización de las relaciones de poder vinculadas al dispositivo de género. Contribuir a la construcción de conocimiento desde las experiencias y reflexiones de las mujeres que han atravesado una relación de abuso, ampliando el foco a las formas en que éstas resisten y sobreviven a la violencia, forma parte de este proceso de transformación.

Este objetivo general se articula en tres objetivos específicos. En primer lugar, *identificar y analizar las resistencias que subyacen en el reconocimiento de la violencia sexista como violencia política dentro de las comunidades activistas del País Vasco.*

En el contexto de las comunidades activistas, la violencia política ejercida a través del aparato estatal, aquella que resulta de la omnipresencia e impunidad de las compañías transnacionales, la industria militar, o bien la que se ejerce entre grupos sociales de clases distintas son fácilmente identificables como tal. En el caso de la violencia sexista, a pesar de contar con los atributos necesarios para ser considerada como una forma de violencia política, se continúa relegando al ámbito de lo privado y negando su estructuralidad.

Sin embargo, al reflexionar siquiera brevemente al respecto, nos damos cuenta de que la violencia sexista responde a un sistema de opresión específico, el heteropatriarcado, frente al cual se erige una ideología emancipadora, el feminismo. Del mismo modo, observamos que existen distintos terrenos de disputa por el poder

y agenda o agendas políticas, marcadas por el movimiento feminista y los diversos colectivos que lo componen. Se trataría, por tanto, de un sistema formado por un conjunto de instituciones que responden a una forma específica de instauración del poder, en conflicto con diversos actores políticos que podríamos englobar dentro de la *resistencia feminista*. Para su sostenimiento, dicho sistema utiliza una amplia variedad de expresiones y mecanismos violentos. ¿Por qué entonces no se le otorga el mismo peso y categoría que al resto de violencias que derivan de los distintos ejes de opresión arriba mencionados? ¿Por qué se continúa desplazando al ámbito privado? Relegar las violencias de género y la violencia sexista al ámbito privado actúa como dispositivo propulsor de una serie de reacciones<sup>5</sup> impidiendo la resolución del inherente conflicto en términos políticos. En este sentido, el primero de los objetivos específicos de la investigación busca identificar cuáles son las formas en las que se expresan las resistencias al reconocimiento del carácter inherentemente político de este tipo de violencia dentro de los grupos y organizaciones en los que mayor grado de sensibilidad<sup>6</sup> se presupone al respecto.

El segundo objetivo específico se centra en el *análisis de los casos de violencia sexista de las mujeres que han formado o forman parte de las comunidades activistas del País Vasco, así como sus itinerarios de empoderamiento*.

La transformación de los imaginarios sociales asociados al fenómeno de la violencia requiere de la producción y puesta en valor del conocimiento que se construye desde intancias y a través de procedimientos que cuestionen el discurso hegemónico. En la presente investigación se hace hincapié en la importancia de canalizar las voces de aquellos sujetos que demuestran su expertía entorno al fenómeno a través de su praxis política. Es el caso de las mujeres que han participado en los grupos de discusión, las entrevistas estratégicas y la sesión de contraste, cuya experiencia y reflexión queda reflejada en el cumplimiento del primero y del tercero de los objetivos específicos. Para la consecución de este

---

<sup>5</sup> En el sentido de *reaccionarias*.

<sup>6</sup> Cuando hablo de *sensibilidad*, me refiero a la aceptación a nivel discursivo de ciertos presupuestos teóricos que rodean en discurso feminista entorno a las relaciones de género y la violencia.

segundo objetivo, sin embargo, nos hemos centrado en las voces de aquellas mujeres que han atravesado una relación de maltrato.

El tercero de los objetivos específicos busca *identificar y analizar las respuestas, estrategias y herramientas desarrolladas frente a la reproducción del sexismo y la violencia dentro de las comunidades activistas del País Vasco.*

De los procesos de gestión de los casos de violencia en y desde las comunidades activistas resultan aportes fundamentales para comprender cómo se reproduce y cómo podemos combatir la violencia y el sexismo. En primer lugar, por la viveza y riqueza que ofrece su reflexividad y producción teórica, así como la de las prácticas que las acompañan. Y, en segundo lugar, porque el análisis de las resistencias dentro de este escenario nos permite identificar algunas de las estrategias y expresiones más sibilinas de su reproducción y legitimación, e incorporarlas a nuestras propias estrategias de lucha contra-hegemónica.

## **1.2 ORGANIZACIÓN DE CONTENIDOS.**

La Tesis Doctoral que tienes entre manos está organizada en cuatro apartados. En primer lugar, *(I) Introducción y metodología*, dividido en dos capítulos. Es al primero de ellos que pertenecen estas líneas. Con él, busco una primera aproximación de la lectora a los elementos clave que forman parte del objeto de estudio, desgranar las motivaciones que justifican la importancia de esta particular propuesta, explicar los principales objetivos de la investigación y, claro está, guiarla en la organización de su contenido.

En el segundo capítulo, dedicado a la metodología, mi objetivo es trasladar las decisiones y circunstancias que han rodeado, atravesado y condicionado el proceso de investigación. También compartir las reflexiones que me han acompañado y, por supuesto, enumerar, describir y justificar las prácticas de investigación utilizadas, sus implicaciones y los límites que he podido identificar. Por último, se adjunta una tabla con información sobre la traducción y la codificación empleada para citar a las participantes.

El segundo apartado lo conforma el *(II) Marco teórico* de la investigación, escrito en inglés y compuesto por otros dos capítulos, aunque esta vez más extensos. En el primero de ellos, *Feminist epistemic perspective in research of sexist violence*<sup>7</sup>, se realiza una breve revisión entorno a la literatura dedicada al análisis y estudio de la llamada violencia de género desde distintos ámbitos entrelazados, como son la academia, el jurídico y el movimiento feminista. El objetivo de este capítulo es exponer cuales son los antecedentes teóricos que derivan de mis *opciones apriorísticas* (Ander-Egg, 1990), contextualizar el significado y funcionamiento de los imaginarios sociales, y presentar aquellos presupuestos teórico-metodológicos que considero pueden resultar adecuados para una aproximación al estudio de la violencia en clave feminista.

En el segundo capítulo, *The spatiality of violence*<sup>8</sup>, me ocupo de contextualizar y delimitar la espacialidad en la que me dispongo a investigar la violencia, las comunidades activistas del País Vasco. Fruto de la revisión del material teórico producido por diferentes autoras, colectivos y organizaciones sociales, el capítulo busca, en primer término, contextualizar la relación entre comunidades activistas y violencia sexista; y, en segundo término, profundizar en la relación entre esta espacialidad y la construcción de identidades y subjetividades políticas.

El tercer apartado, *(III) Análisis de datos*, es el más extenso y está dividido en tres capítulos. En cada uno de ellos se muestran los resultados del trabajo de campo realizado durante la investigación, y se ponen en relación con el objetivo general y objetivos específicos. En el primer capítulo, *La violencia sexista en las comunidades activistas del País Vasco*, doy cuenta de las continuidades y especificidades que adquiere la violencia en esta espacialidad, para pasar a identificar las resistencias y obstáculos que subyacen en su reconocimiento, tanto factual como político. En el segundo capítulo, *Narratives from women activists and of sexist violence*, analizo los procesos de violencia e itinerarios de empoderamiento de las mujeres que han participado en la investigación a través de sus narrativas. Por último, en el tercer capítulo, *Reflexividad en movimiento. Respuestas, estrategias y herramientas frente a la reproducción del sexismo y la violencia en las comunidades activistas del País Vasco*, me centro en la acción de los colectivos y organizaciones frente a las

---

<sup>7</sup> “La perspectiva epistémica feminista en la investigación sobre violencia sexista”.

<sup>8</sup> “La espacialidad de la violencia”.



agresiones, con el objetivo de identificar las consecuencias en términos de violencia de algunas de sus respuestas, pero también para poner en valor la reflexividad del discurso colectivo asociado a la gestión de los casos de violencia y la reproducción de las relaciones de género.

El último apartado, *(IV) Conclusiones*, recoge las principales ideas que he extraído a lo largo de este proceso, producto de la experiencia acumulada por el conjunto de personas que han formado parte de la investigación. Un ejercicio colectivo de cuyo diseño, sistematización y redacción, soy la principal responsable.

Si bien creo en la gran utilidad de esta labor, soy igualmente consciente de los límites y sesgos de los que sin duda adolece. Es por ello que también los explicitaré dentro de este apartado. No se trata de un ejercicio de contricción, sino de consonancia con uno de los planteamientos de las epistemologías feministas que defiende la reflexividad<sup>9</sup> como parte indispensable de los trabajos cualitativos críticos.

Y, por último, la bibliografía.

---

<sup>9</sup> La reflexividad a su vez, “consiste en el poner constantemente en duda lo que estamos haciendo y problematizarlo, no para perfeccionarlo sino para evidenciar sus características y limitaciones (superables o menos). Esta práctica es además indispensable para seguir abiertas al cambio.” (Biglia, 2012:218).

## Capítulo 2: SITUAR EL CONOCIMIENTO PRODUCIDO. LA INVESTIGADORA Y LA METODOLOGÍA.

### 2.1 EL PROCESO DE PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO, O “QUIEN NO SE MUEVE NO SIENTE LAS CADENAS<sup>10</sup>”

Tres han sido las cuestiones más complejas que he enfrentado en este proyecto. Una fue la de focalizar satisfactoriamente el objeto y enfoque de la investigación. La segunda, el diseño metodológico que había de vertebrarla. Y la tercera, conseguir poner punto y final al documento. Creo que a nadie que haya pasado por este proceso le sorprenderá ninguna de las tres.

Considero que el proceso de investigación dio comienzo cuando explicité más o menos públicamente mi intención de analizar el fenómeno de la violencia sexista dentro de los colectivos sociales. Para ello, elegí algunos escenarios sensibles a la reflexión sobre estas cuestiones: las Jornadas Feministas “Vidas que merezcan la alegría ser vividas”, (Txirbilenea, Sestao, octubre 2013), la Asamblea de Mujeres de Bizkaia (septiembre 2014), Asamblea Mujeres del Mundo (diciembre 2014), cursos de formación sobre metodología feminista, violencia simbólica... así como a mujeres y hombres activistas de referencia (y de mi confianza) dentro de diversas colectividades sociales y/o feministas. Del mismo modo, trasladé mi voluntad de intercambiar con ellas opiniones no sólo sobre el objeto de estudio, sino también sobre el proceso de la propia investigación.

Desde el principio, la propuesta estuvo marcada por la preocupación sobre la idoneidad de un primer diseño metodológico, con límites que apenas intuía y a los que no me resultaba sencillo poner palabras. Por un lado, me chirriaban algunas cuestiones consecuencia del enfoque positivista impreso en propuesta: ¿cómo podía omitir el hecho de que yo misma era una potencial sujeta de estudio? y ¿qué sentido tenía defender, abanderada por el método científico, mi objetividad respecto a los conocimientos producidos?

---

<sup>10</sup> Frase atribuida a Rosa Luxemburg.

Por otro lado, a la hora de aproximarme a los marcos de interpretación y las principales teorías sobre los movimientos sociales que había consultado, descubrí que difícilmente se ajustaban al contexto social específico en el cuál deseaba investigar las violencias sexistas. Si transigía en hablar de las características de los colectivos y movimientos sociales y políticos que conforman la comunidad a la que yo deseaba interpelar a través de cualquiera de estos paradigmas, significaba que debía digerir el hecho de tergiversar el escenario objeto de estudio para poder introducirlo dentro de los parámetros aceptados en el proceso de validación del conocimiento.

Poco a poco he ido aprendiendo a poner palabras a los obstáculos y maniobrar dentro del campo metodológico con mayor conocimiento y confianza. Sin embargo, al principio creía que solo existía un modelo correcto (llámese *científico*) de abordar la tarea de analizar y comprender los fenómenos sociales: aquel que comulgaba con el enfoque o corriente positivista. Fruto de la imposición curricular de la lógica de la ciencia clásica y androcéntrica<sup>11</sup>, la epistemología y metodología afín emergían como dos pilares centrales que difícilmente sustentaban un escenario rebelde, una argumentación encarnada, y una posición subjetiva. Aquel oscuro lugar —el método<sup>12</sup>— en dónde se debía justificar y legitimar la producción de conocimientos, parecía servir más bien al fin contrario: deslegitimar los discursos y conclusiones que se pudieran llegar a alcanzar, en base a su falta de objetividad y rigor científico.

Si la pretendida legitimidad debía otorgármela la metodología, urgía encontrar una estrategia alternativa de justificación del conocimiento que se ajustara mejor a mi objeto de estudio, y a la aproximación científica que creía conveniente. En otras

---

<sup>11</sup> Para hacer esta afirmación me baso en las críticas y aportaciones de autoras cómo Sandra Harding, (1987) Donna Haraway (1991) o Britt-Marie Thuren (1992) entre otras, y en mi propia experiencia como alumna entre 2002 y 2008 de Ciencias Políticas y de la Administración en la Universidad del País Vasco (UPV-EHU), en dónde dentro de los contenidos de las asignaturas ligadas a metodología de la investigación no se contemplan enfoques epistemológicos alternativos.

<sup>12</sup> HARAWAY, Donna (1997/2004) cit. en GARCÍA FERNANDEZ, Nagore y MONTENEGRO MARTÍNEZ, Marisela (2014) “Re/pensar la Producciones Narrativas como propuesta metodológica feminista: Experiencias de investigación en torno al amor romántico” Athenea Digital no14(4), (pp. 63-88) UAB.

palabras -las de Bárbara Biglia- no dejarme encerrar en una nueva “jaula metodológica”, sino “constituir un posible punto de partida o tránsito adaptado a las características de la investigación, así como a las peculiaridades de las subjetividades que las habitan” (Biglia, 2007; 13).

El largo recorrido hasta la técnica de las *producciones narrativas* (PN), supuso para mí el descubrimiento de las epistemologías feministas formuladas desde la Teoría Feminista y las críticas a la ciencia social tradicional (Sandra Harding, 1987). Las pautas metodológicas y aportes que, desde la década de los setenta, habían defendido distintas autoras me interpelaban ahora a mí, e interpelaban el proceso y objeto de la investigación.

Si Harding proponía definir las problemáticas desde la perspectiva de las experiencias femeninas, y ofrecer a las mujeres las explicaciones de los fenómenos sociales que ellas quieren y necesitan, Donna Haraway apostaba por una objetividad feminista basada en la parcialidad de la(s) miradas, a través de los conocimientos situados.

Finalmente, y a través de la tesis doctoral de Biglia<sup>13</sup>, tuve mi primer contacto con la técnica de las producciones narrativas, y su propuesta de once supuestos básicos a tener en cuenta a la hora de realizar una investigación feminista (para profundizar en la IACF, tal y como ella la denomina, ver Biglia, 2012). La decisión de estudiar el Master en Estudios Feministas y de Género (UPV-EHU) y la realización del trabajo fin de master (TFM) “*La violencia sexista en colectividades sociales y políticas de izquierda: casos y procesos de resiliencia de mujeres activistas*” (2015) fue, sin duda, un paso fundamental para el desarrollo del proyecto.

Tras la consecución del mismo, decidí cambiar mi programa de doctorado en Ciencias Políticas por el de Estudios Feministas y de Género, y pedir a la que había sido mi directora en el TFM, Marta Luxán, que continuara acompañandome durante el proceso. Más tarde, durante mi estancia en Glasgow University<sup>14</sup>, tuve

---

<sup>13</sup> *Narrativas de mujeres sobre relaciones de género en movimientos sociales* (2005).

<sup>14</sup> No puedo dejar de agradecer a la Profesora Mo Hume las gestiones, guía, sensibilidad y consejos ofrecidos durante mis tres meses de estancia, gracias a los cuales pude ampliar el enfoque y marco teórico de la investigación, además de poder disfrutar de los múltiples

la oportunidad de ampliar la bibliografía de la mano de la profesora Mo Hume, a través de obras académicas referentes dentro de la literatura anglosajona. Creo necesario subrayar muy especialmente la obra de Liz Kelly *Surviving sexual violence (1988)*, cuya ávida lectura supuso para mí un antes y un después en la comprensión de los Estudios (y su desarrollo) sobre la violencia contra las mujeres.

Durante mi estancia en Glasgow, tuve noticia de la existencia una investigación llamada *Gendered harms in activist communities (2016)*, llevada a cabo por el colectivo *Salvage*. Su informe final había sido redactado en formato fanzine, y todos los materiales empleados estaban listos para descargarse en una página web<sup>15</sup> dedicada enteramente a la investigación. Emocionada como estaba con este descubrimiento, me puse enseguida en contacto con una de sus autoras, Julia Downes, y me metí en un autobús durante siete horas para ir a visitarla a Sheffield y conocer más sobre el proceso.

Son muchas más las autoras gracias a las cuales he tenido la oportunidad de sentirme arropada y legitimada a la hora de justificar epistemológica y metodológicamente mi investigación, pero estas son las que se merecen, a mi juicio, una mención aparte.

Por otro lado, me gustaría expresar que mi propio enfoque, lenguaje, y conceptualización sobre –y no solo- la violencia ha ido cambiando y ajustándose a lo largo de toda la investigación. Este periodo abarca, en primer lugar, la etapa de documentación y revisión bibliográfica. En segundo lugar, las conversaciones formales e informales en las que he tenido la oportunidad de participar y recibir aportes, contrastes y críticas constructivas. En tercer lugar, las sesiones con las mujeres activistas que han prestado sus experiencias para la elaboración de este trabajo, y en las que me detendré adecuadamente más adelante. Y, por último, los momentos de dudas, reflexión y toma de conciencia, que van más allá de los libros, las pantallas o las palabras.

También quisiera reflejar como, a lo largo de los últimos años y durante las diferentes etapas de la investigación, las preocupaciones, ocupaciones,

---

recursos que Glasgow University ofrece al alumnado y personal investigador que tiene la fortuna de visitarla.

<sup>15</sup> Ver *on-line* en: <https://projectsalvage.wordpress.com/research/> [Visto el 12/05/2017]

emociones..., han ido variando, y no siempre han encontrado el mismo espíritu constructivo y combativo en mi persona. Sospecho incluso, que he llegado a pasar por alguna etapa depresiva. He sufrido periodos de trabajo e insomnio que han hecho inviable que pudiera juntar dos frases de forma coherente. Y, sí bien es cierto que durante el trabajo de campo (las entrevistas, grupos de discusión, y, sobre todo, el proceso de construcción de las narrativas) la interlocución con las mujeres que han participado en la investigación me han acompañado con su presencia, palabras, e incluso cariño, lo cierto es que también he experimentado la soledad de la que durante mucho tiempo renegué y achaqué a caracteres más débiles o caprichosos, convencida como estaba de que la soledad no era sino un privilegio reservado a aquellas personas que disfrutaban de una beca para la realización de su proyecto. Ha habido momentos en los que las culpas, las inseguridades y los miedos acumulados me han agotado antes aún de sentarme enfrente de la pantalla del ordenador. Trabajos previos me han parecido mucho mejores, y aunque intentaba aterrizar mi ánimo repitiendo que aquello que tenía entre manos debía trascender el ejercicio académico para constituir una herramienta versátil al servicio de un colectivo mucho más amplio, no he sido ajena a la necesidad de demostrar mi valía académica, tal y como no soy ajena en otros aspectos de mi vida a demostrar (casi) cualquier cosa a (casi) cualquier persona.

Creo haber puesto nombre a una de las causas de esta situación sostenida en el tiempo: precariedad. Algo que no siempre se mide a través de los altibajos de una cuenta bancaria -que también-, sino que abarca un mayor número de ámbitos y variables: la incertidumbre personal y laboral, la necesidad de reformular y gestionar expectativas, emociones, afectos, lugar de residencia, o de retrasar, en mi caso, una maternidad deseada. Todo ello supone tiempo y energía que no se canaliza hacia el proyecto de tesis, sino hacia todo aquello que transcurre alrededor de él, y que se ve condicionado. Tomar conciencia de como mi estado de ánimo afectaba a la calidad del trabajo, y, sobre todo, a mi calidad de vida, me ayudó a tomar varias decisiones.

Me dije a mi misma que, siendo incierto el lugar al cual me llevaría el resultado, al menos el camino debía merecer la pena. Podía ver a otras investigadoras que vivían situaciones parecidas a la mía, enfrentarse a sus proyectos de tesis de forma ambivalente: por un lado, con la ilusión y determinación de llevar a cabo un trabajo académico que surgía de motivaciones personales y emocionales fuertes. Pero por el

otro, con la frustración de tener que arrastrar una situación en la cual el trabajo, la maternidad, la inestabilidad emocional y/o económica, relegaban el tiempo de dedicación al mismo a algunas pocas horas robadas al alba (como es el caso de mi querida amiga Sheida Besozzi), al paro, a los fines de semana..., etc. Así surgió *DOKTTORE doktoregaien sare feminista*, una pequeña red de investigadoras predoctorales con perspectiva feminista. Los objetivos de la red fueron crear lazos de apoyo mutuo, compartir información o recursos, y crear juntas distintos espacios de trabajo dentro y fuera de la academia. De aquí ha surgido la coordinación de dos grupos de trabajo en el XIII Congreso de la AECPA, la participación como comunicantes en varios congresos académicos, el apoyo a jornadas de divulgación y reflexión entorno a las violencias de género, o algún empleo esporádico dentro del ámbito de la investigación, gracias a la unión de diferentes perfiles dentro del grupo. Si bien no todos los procesos de trabajo colectivo han sido fáciles ni fructíferos, sí nos han ayudado a sentirnos más capaces y reforzadas en nuestros objetivos, creando lazos entre mujeres muy diferentes, pero en una situación vital muy parecida. Siento decir, no obstante, que a cierto punto decidí no seguir participando en ella.

Una segunda decisión mantiene relación con la necesidad de (re)socializar y compartir los aprendizajes de la investigación. No solo con las participantes directas, sino con la comunidad desde la que investigo. Este compromiso ha sido de gran ayuda a la hora de superar ciertas inseguridades, aprender a no sacralizar un producto final y a deshoir a mi propio ego como investigadora, creando, junto con la complicidad de otras compañeras y colectivos, espacios para ello a lo largo de las diferentes etapas.

En marzo 2016 organicé, junto con Pilar Álvarez Molés e Irantzu Varela, el espacio de intercambio y reflexión-inflexión “*La violencia sexista en colectivos mixtos. Estrategias y reflexiones desde/para los movimientos sociales*”, que se celebró en el Hikaateneo de Bilbao. A partir de ese momento, han sido otros colectivos de dentro y fuera del País Vasco los que me han solicitado participar en espacios de reflexión y charlas sobre este tema: el extinto Ateneo de Izarbeltz de Irala (Bilbao, 2016), el espacio autogestionado de Txirbilenea (Sestao, 2016), el colectivo Mujeres en Rebeldía (Logroño, 2016), las Jornadas “Mujeres desenredando Violencias” organizadas por el Hikaateneo (Bilbao, 2017), la ONG Oskarte (Ciudad de Guatemala, 2017), el espacio autogestionado Errondoko auzoetxea (Bilbao, 2018), o

la Marea Feminista Galega (Santiago de Compostela, 2018). También he participado en jornadas y congresos académicos, y organizado, junto con mi directora de tesis Marta Luxán y la financiación de la Dirección de Igualdad de la UPV-EHU, una jornada sobre la Investigación Activista Feminista (IACF) “Gendered Harms in Activists Communities” en la que participó la profesora y activista Julia Downes, miembro del colectivo *Salvage*.

Finalmente, la búsqueda de fuentes de financiación que me permitieran “comprar tiempo” para dedicárselo a la investigación se vió recompensada al ganar una beca de investigación financiada por Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer. La realización de este proyecto paralelo supuso un impulso cualitativo y cuantitativo para la consecución del presente trabajo: *cuantitativo*, porque me permitió autofinanciarme la estancia de investigación en Glasgow University; y *cualitativo*, porque de aquí surgió un importante documento del cual partir para desarrollar el presente trabajo.

Todas estas experiencias me han hecho reflexionar sobre cómo se conjugan o/e incomodan las múltiples posiciones que ocupamos las mujeres que nos dedicamos a la investigación feminista en clave de praxis política.

Un gran número de investigadoras que escriben desde el ámbito académico han pertenecido y/o forman parte de colectivos feministas, o participan en las acciones y espacios que son habilitados por éstos (Mari Luz Esteban, Bárbara Biglia, Maggie Bullen, Marta Luxán, Julia Downes...). Por otro lado, algunos de los estudios más valiosos que existen dentro de esta área, son fruto de años de trabajo directo con mujeres y organizaciones que se encargan de acompañar y apoyar a las mujeres que han sufrido violencia (Liz Kelly, Norma Vázquez). Por último, y sin necesidad de ir muy lejos, me faltan dedos para contar el número de activistas a mi alrededor que, tras un periodo de formación dentro de las universidades y centros de educación superior, deciden llevar a cabo un trabajo de investigación desde una plataforma académica (ver el trabajo de Ana H. Borbolla, 2015) o -quizás en menor medida- el de académicas que durante o tras su investigación optan por formar parte de aquello a lo que previamente se han acercado como objeto de estudio (ver el trabajo de Itziar Gandarias, 2014).

Consciente de que mi proceso de investigación ha transitado entre los tres espacios mencionados –activismo, institución y academia- mi intención es la de no



contribuir a perpetuar y reproducir una visión que compartimente los orígenes, formas de producción y difusión del conocimiento en torno a las *violencias de género* o *violencias machistas*. Mi deseo es el de crear un relato en el que se visibilice como la interrelación entre las diversas esferas ha contribuido y contribuye a la consecución de objetivos comunes, en este caso, la lucha por una vida libre de violencia.

Sería ingenuo, sin embargo, no problematizar dicha interrelación o renunciar a dar cuenta de los límites, incomodidades, conflictos de intereses, y desconfianzas que se generan entre los diversos ámbitos. Durante mi doble condición de activista y académica precaria, yo misma he experimentado esta desconfianza. Bien dentro del ámbito activista al compartir el carácter institucional y académico de la investigación; bien dentro de la academia, entre “compañeras” que pretendían infravalorar mi trabajo por no ajustarse a los estándares más elitistas de la investigación académica.

Una de las críticas más comunes a la producción de conocimiento científico desde la academia – en la que me centraré a la hora de realizar mi cuestionamiento- es que queda en la mayoría de ocasiones “secuestrado” bajo autoreferenciales estándares de rigurosidad. Incluso dentro dentro de los bastiones progresistas de las Ciencias Sociales, se reproducen cierto tipo de investigaciones elitistas que difícilmente permean a otros ámbitos de la sociedad. La profesora Celia O. Rodríguez (2017) advierte en el artículo *How academia uses poverty, oppression, and pain for intellectual masturbation* de la existencia de académicas y académicos que claman su experticia en cierto tipo de activismo social, pero que nunca han experimentado ninguna forma de intervención; profesionales que labran su carrera a costa de consumir conocimiento obtenido en comunidades marginalizadas. Conocimiento, señala la autora, utilizado y procesado para su propia “masturbación intelectual”. No debería ser muy difícil entender que el hecho de investigar sobre distintas problemáticas sociales, o entorno a la Teoría Feminista, no nos libra mágicamente de reproducir las mismas relaciones de poder que criticamos y analizamos hasta la

saciedad. Al fin y al cabo -sentencia Rodríguez- “las políticas de decolonización no son lo mismo que el acto de de-colonizar”<sup>16</sup>.

Otra forma de reproducción las relaciones de poder dentro de la academia, se da entre “las sujetas que saben” y “las que no saben”. Mari Luz Esteban (2017) hace mención a esta cuestión a la hora de abordar desde un punto de vista crítico algunas de las dinámicas que se reproducen en los postgrados de Estudios Feministas, nuevos y prometedores espacios de encuentro entre feministas de diverso tipo –señala la autora- que tienden, sin embargo, a reproducir un modelo de enseñanza bancaria. Este modelo presenta al alumnado como un colectivo pasivo, que llega al aula a *recibir* conocimientos por parte del profesorado. Es decir, que, entre la figura encargada de la transmisión de conocimientos, y por lo tanto depositaria de los mismos (profesora), y la figura que los recibe pasivamente (alumna), se crea una una relación unidireccional. Esta idea limita considerablemente, advierte Esteban, las posibilidades de aflorar y compartir los conocimientos de las estudiantes y beneficiarse mutuamente, contradiciendo de esta forma la igualdad y horizontalidad que reclama el movimiento feminista.

Una tercera cuestión a señalar es la capacidad de acceso a publicaciones científicas -generalmente de pago- que limita el número de personas que pueden convertirse en receptoras activas de dicho conocimiento: las posibilidades de reinterpretarlo y reintegrarlo, si se estimare oportuno, en la praxis feminista, se reducen notablemente. De esta forma, también se socaba el reconocimiento efectivo de la interrelación entre teoría y práctica que reivindican las epistemologías feministas: en muchos casos, dicho reconocimiento carece de fondo y acción que lo acompañe, quedando relegado a la inclusión de un par de líneas al respecto al principio o al final del manuscrito. Frente a esta cuestión, algunas investigadoras e instituciones han optado por ofrecer en formato abierto o *creative commons* muchas de sus publicaciones, o bien han creado espacios divulgativos en dónde asegurarse de que se efectúa una (re)socialización del conocimiento producido.

---

<sup>16</sup> El artículo se publicó el 6 de abril de 2017 en la plataforma virtual RaceBaitR, creada para explorar las formas en la que la raza se expresa y es definida, con el objetivo de crear un mundo sin intersecciones de opresión(sic.).

Por último, cabe señalar como el *lenguaje* que se utiliza en algunas investigaciones de origen institucional y/o académico tiende a excluir a aquella parte de la población que no está familiarizada con el mismo. Para “relajar” esta tensión entre la búsqueda de rigurosidad a la hora de describir y dar cuenta de los fenómenos sociales, y la necesidad de hacer accesible el análisis y conclusiones alcanzadas (Biglia, 2006), las investigadoras que han mostrado preocupación por el tema han implementado algunos mecanismos como la inclusión de glosarios, o un uso del lenguaje menos impostado, evitando así la producción e inversión en manuscritos... de una rigurosidad infumable.

Respecto a estas últimas dos cuestiones, creo haber puesto de mi parte hasta ahora. La gran mayoría de documentos y presentaciones que han surgido a lo largo del proceso, charlas y encuentros están accesibles *on-line*, y he facilitado copias de los mismos a quienes me lo han solicitado. Parte del material a servido como elemento de análisis y discusión (tanto técnica como teórica) en las asignaturas “Gizarte eta Ikerketa Politikorako sarrera”<sup>17</sup> y “Acción política y Grupos de Interés” que tuve la oportunidad de impartir durante el curso 2017/18 en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad del País Vasco. Y, tal y como he expresado, cada vez que un colectivo o institución me lo ha propuesto, he acudido encantada por tener la oportunidad de compartir y recibir ideas, información, y conocimiento. Todas estas decisiones han servido para mantener vivo y enraizado el trabajo, enriquecerlo y recordar por qué y dónde resulta más necesario.

El contrapunto a todo esto quizás haya sido la escasa producción dirigida al ámbito académico realizada durante estos años, cuestión que estoy más que dispuesta a enmendar en los venideros. Y es que, si bien he tenido el privilegio de poder dedicarme a este trabajo, no siempre me he sentido privilegiada. Compaginar trabajo y estudios supone lidiar con el límite veinticuatro horas que tienen los días. Sin embargo, mi condición social, y los recursos materiales y personales que me brinda<sup>18</sup>, han posibilitado que mi compromiso político hiciera el resto.

---

<sup>17</sup> En castellano, “Introducción a la investigación social y política”.

<sup>18</sup> Me refiero, por ejemplo, a mi doble condición de académica -con un proyecto de investigación reconocido en el seno de la misma- y activista -con contactos, confianza, y un conocimiento específico de la realidad que me disponía a estudiar-.

Por último, durante todo este periodo de tiempo han sido fundamentales los apoyos recibidos a modo de cuidados, prácticos y emocionales. ¡Qué importantes son estos apoyos!

## **2.2 ASPECTOS METODOLÓGICO-EPISTEMOLÓGICOS Y METODOLÓGICO-PRÁCTICOS.**

El objetivo de este segundo epígrafe es presentar y justificar los criterios epistemológicos y las decisiones metodológicas que envuelven esta particular propuesta. Para ello, se tendrán en cuenta al menos tres niveles: epistemológico, metodológico y práctico. Se ha dividido la presentación en dos puntos, basándome en la clasificación de Miguel S. Vallés (1999). En primer lugar, los *aspectos metodológico-epistemológicos*, en donde se justifica la decisión de asentar los principios epistemológicos de la investigación dentro de la lógica feminista y la perspectiva socio-crítica. En segundo lugar, los *aspectos metodológico-prácticos*, se ocupan de la descripción y argumentación de las prácticas cualitativas empleadas, y en la que se añaden algunas notas informativas entorno a la traducción y codificación.

### **a. Aspectos metodológico-epistemológicos.**

En la presente investigación se apuesta por *otras formas de (re)conocer*<sup>19</sup> y producir conocimiento entorno a la violencia sexista, asentadas en los principios filosóficos de las *epistemologías feministas*. La epistemología es “la disciplina que se ocupa de analizar y resolver los problemas filosóficos que surgen en relación con el análisis y evaluación de la estructura de la ciencia: los métodos, valores, fines, prácticas y teorías” (Guzman Cáceres y Pérez Mayo, 2004:2). Se trata, por tanto, del verdadero marco teórico y procedimental que sitúa y legitima el conocimiento producido.

Las epistemologías feministas se han caracterizado por adoptar una postura crítica frente a la concepción de la producción de conocimiento científico como neutra, apolítica, y sin interferencias, evidenciando cómo la visión que se tiene del

---

<sup>19</sup> Se trata de un guiño al título del libro *Otras formas de (re) conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista* (2014), escrito por varias autoras, entre las que se encuentran Irantzu Mendia Azkue, Marta Luxán o Matxalen Legarreta.

conocimiento, de las ciencias y de sus métodos “influye profundamente en qué y de qué maneras llegamos a conocer, entender y representar” (Biglia, 2014:23). Por su parte, el movimiento y la teoría feminista han hecho explícita la necesidad de tender puentes y rellenar las lagunas existentes entre las formas en las que las violencias derivadas del género son vividas, y las formas en las cuales entendemos, reflejamos y producimos conocimiento sobre dicha violencia (Hume, 2008). Afín a sus postulados, e inserta dentro de una perspectiva socio-crítica, la investigación ofrece una (re)interpretación del fenómeno social *situada* y *reflexiva*, en la que son *las otras* las que -partiendo del reconocimiento de su capacidad de agencia- construyen teoría y conocimiento. Pero, ¿quiénes son las otras? Se trata, en palabras de Marta Malo, de:

Un sujeto encarnado e inserto en una estructura social concreta (un sujeto por lo tanto sexuado, racializado, etc.) y que produce conocimientos situados, pero no por ello menos objetivos. Todo lo contrario: como escribe Donna Haraway, *solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva*. (2004:26-27).

Ninguna investigación puede abarcar la totalidad de las dimensiones y niveles de la realidad, sino dar cuenta subjetiva de una realidad social en un espacio-tiempo delimitado (Angel J. Gordo López y Araceli Serrano Pascual, 2008). La investigación, cuyo trabajo de campo ha sido desarrollado en el País Vasco entre 2014 y 2017, apuesta por el estudio de la violencia sexista a partir del sentido que las mujeres atribuyen a sus experiencias. Ellas, que han trasladado su experiencia y conocimiento a través de las diversas prácticas de recogida de información, tienen un conocimiento directo del fenómeno y/o de los procesos de gestión y mecanismos que se están desarrollando e implementando para hacerle frente. La gran mayoría han participado o están participando en la realización de protocolos, procesos, o diagnósticos dirigidos a trabajar el sexismo y prevenir o gestionar la violencia dentro de sus espacios de militancia<sup>20</sup>. Son también mujeres que han reflexionado entorno a su propia vivencia a lo largo de estos procesos. Es pues dicha reflexividad la que nos interesa poner en valor a la hora de contrastar las diferentes ideas y extraer conclusiones en el presente trabajo.

El elemento subjetivo, efecto directo de la práctica discursiva, exige cuestionar la

---

<sup>20</sup> En la investigación han participado mujeres con experiencia de militancia en colectivos sociales y políticos mixtos del País Vasco: movimientos sociales, partidos políticos, medios de comunicación alternativos u organizaciones del tercer sector como ONGDs y sindicatos.

posición de la investigadora y su autoinclusión en el proceso con el el objetivo de ir más allá de la producción y reproducción del conocimiento, para transformar el mismo a través de su *deconstrucción práctica* (Christian Ingo Lenz Dunker e Ian Parker, 2008). De ahí la necesidad de hacer hincapié en la parcialidad de las miradas que forman parte de la producción de conocimiento (Haraway, 1995) y situar la mía.

Por otro lado, tal y como adelantaba en la exposición de los objetivos, condición necesaria para considerar feminista una investigación es su propósito de transformar las condiciones de subordinación por las que atraviesan las mujeres. ¡Un objetivo que busca propiciar el presente trabajo! En palabras de Lenz Dunker y Parker: “la decisión de trabajar en torno a un problema desde una perspectiva socio-crítica es a la vez una opción y una apuesta por el cambio de las condiciones que han permitido que exista tal problema” (2008:25). Es el método feminista, en tanto método socio-crítico, el se ajusta con mayor *naturalidad* al objeto y forma de la investigación.

Por último, y en lo que respecta a la espacialidad de la violencia -las comunidades activistas del País Vasco-, la coexistencia de estrategias políticas, estructuras internas y dinámicas de trabajo diferentes dentro de los colectivos que quiero interpelar, me hacen estar de acuerdo con Barbara Biglia cuando dice que: "(l)os Movimientos Sociales no pueden ser definidos ni teorizados como un conjunto heterogéneo, y los estudios que intentan ser generalizables tienden a reproducir simplificaciones sobre el modelo de MS que la(s) autora(s) conocen más directamente." (2007b:4). Parto por tanto de la propuesta epistemológica defendida por la autora, en la que sostiene la pertinencia de no dedicarse a formular, confirmar, o refutar teorías *sobre* los movimientos sociales, para pasar a construir y hacer aflorar discursos ya presentes, teoría, *desde*.

No partimos de cero. Este proceso cuenta con un previo y largo recorrido en las voces y las acciones de activistas y teóricas feministas. Así, otra de las razones por las cuales considero apropiada esta propuesta es la necesidad de contribuir a la puesta en valor del conocimiento colectivo, producido desde y para los espacios de transformación social. Consecuentemente, nuestro marco de interpretación resulta del diálogo entre las voces que desde la academia han querido influenciar en la praxis, y las que desde los colectivos sociales han sentido la necesidad de

expresarse teóricamente. De esta forma se pretende poner de relieve la interdependencia entre teoría y práctica que reivindican la mayoría de las propuestas epistemológicas feministas, y entre ellas, la nuestra.

**Tabla 1.** Objetivo general, objetivos específicos y correlación técnica.

	<b>OBJETIVO</b>	<b>PRÁCTICA (S)</b>
<b>OBJETIVO GENERAL</b>	Analizar los imaginarios en torno a la violencia sexista, sus expresiones, contexto social y político en el que se reproduce, a través del análisis de la misma en el seno de las comunidades activistas del País Vasco.	
<b>OBJETIVO ESPECÍFICO 1</b>	Identificar y analizar las resistencias y obstáculos que subyacen en el reconocimiento de la violencia sexista como violencia política dentro de las comunidades activistas del País Vasco.	Producciones narrativas Grupos de discusión Sesión de contraste Entrevistas semi-estructuradas con informantes clave Revisión bibliográfica
<b>OBJETIVO ESPECÍFICO 2</b>	Analizar los casos de violencia sexista, así como sus itinerarios de empoderamiento, de mujeres que han formado o forman parte de las comunidades activistas del País Vasco.	Producciones narrativas Revisión bibliográfica
<b>OBJETIVO ESPECÍFICO 3</b>	Identificar y analizar las respuestas, estrategias y herramientas desarrolladas frente a la reproducción del sexismo y la violencia dentro de las comunidades activistas del País Vasco.	Producciones narrativas Grupos de discusión Sesión de contraste Entrevistas semi-estructuradas

		con informantes clave  Revisión bibliográfica
--	--	---

**Fuente:** Elaboración propia

### **b. Aspectos metodológico-prácticos.**

Se trata de una investigación que persigue un objetivo analítico-explicativo. Lo cual, sumado a lo ya expuesto, hace que haya optado por un conjunto de prácticas cualitativas (producciones narrativas, grupos de discusión y la entrevista abierta) que permiten comprender, evaluar y explorar en mayor profundidad los hechos, reflexiones e ideas que trascienden, para después analizarlos desde una perspectiva socio-crítica feminista.

No partía de un diseño metodológico cerrado. La investigación -en tanto social- se ha constituido como un proceso “abierto y creativo, deseablemente modificable y flexible, y necesariamente adaptado a las especificidades del objeto concreto de la investigación” (Gordo López y Serrano Pascual, 2008: XVI). Identifico plenamente el desarrollo de este proceso con la denominada *producción semiartesanal*, con la atención puesta en las necesidades que el proceso de investigación iba dejando al descubierto, de las personas que deseaban y podían aportar, y las formas en las que éstas podían hacerlo.

Se ha llevado a cabo una revisión bibliográfica y audiovisual del material que, tanto autoras referentes dentro de la academia, como activistas y colectivos han producido entorno al objeto de estudio *desde* los movimientos sociales. El diseño metodológico comprende más de una práctica. Se han realizado 10 narrativas través de la práctica de las producciones narrativas, 4 entrevistas abiertas a informantes clave, y, por último, 3 grupos de discusión. También se ha realizado una sesión de contraste, con el fin de profundizar y contrastar algunas de las ideas surgidas tras la implementación del trabajo de campo. La elección de estas prácticas responde a la necesidad un diseño afín a los criterios epistemológicos y metodológicos arriba mencionados, cuya elección justificaremos a continuación.



### *b.1 Búsqueda bibliográfica y audiovisual del conocimiento producido desde las comunidades activistas.*

El presente proyecto incluye una búsqueda específica de aquellos textos y materiales producidos desde el activismo, en relación a la violencia sexista y su gestión dentro de los espacios de transformación social o comunidades activistas. Dicho material ha sido distribuido a través de fanzines, comunicados, blogs, videos, artículos en publicaciones afines, y demás recursos gráficos o audiovisuales. Entre ellos, cabe señalar la contribución fundamental que resulta de la reflexividad y producción teórica del movimiento feminista a la hora de entender y analizar el fenómeno que nos ocupa. La inclusión de todas estas voces, sin perjuicio de aquellas de origen académico, nos da la oportunidad de ponerlas en valor y aportar a la creación de nuevos marcos de interpretación entorno a la violencia sexista.

Ciertamente, en el País Vasco la producción teórica en torno a la violencia en los espacios activistas es tan escasa como preciada. Son muchas las preguntas abiertas, y quizás aún no haya llegado el momento para los colectivos de poner negro sobre blanco los aprendizajes que derivan de la gestión de este tipo de procesos. Es por ello que la mayoría de los recursos consultados han sido escritos en Cataluña o Madrid, y otros muchos, proceden de países anglosajones (EEUU, Reino Unido).

Tras la lectura y análisis de éstos últimos, llegué a la conclusión de que las formas en las cuales se reproduce la violencia en las comunidades activistas, los mecanismos de evasión de responsabilidades, o las resistencias frente a su reconocimiento, eran muy similares. Los ejemplos resultaban válidos a la hora de exponerlos en un contexto más cercano, y los testimonios daban cuenta de emociones y expresiones ampliamente reconocibles. A pesar de ello, y siempre que me ha sido posible, he privilegiado el uso de fuentes cercanas.

### *b.2 Producciones narrativas*

Creo conveniente detenerme especialmente en los motivos que me han llevado a elegir esta técnica para trabajar con las mujeres que han sufrido relaciones de abuso, así como en las circunstancias que han rodeado su proceso de implementación. No en vano se trata de una decisión metodológica importante no

solo por su carácter innovador, sino por el significado político que desprende, afín a la mirada con la que deseo aproximarme al estudio del fenómeno. Es por ello que, en relación con el resto de prácticas utilizadas, la atención al proceso de implementación de la misma ocupará un espacio significativo en la redacción del presente capítulo.

A través de la técnica de *producciones narrativas* (PN) se han realizado 10 textualizaciones junto con mujeres activistas con arraigo en el País Vasco. Esta técnica ya había sido utilizada en el mi Trabajo Fin de Master<sup>21</sup> para analizar los procesos de violencia y empoderamiento<sup>22</sup> de cinco de mujeres activistas. De cara a la realización de esta Tesis, se ha ampliado el número a 10, incluyendo entre ellas a dos mujeres (Lur e Isabel) que han sufrido violencia sexista a manos de sus compañeros de colectivo, con quienes no les unía ninguna relación sexo-afectiva. Se trata, ésta última, de una decisión consecuente con la definición de *violencia sexista* que se maneja en la investigación defiende que, entre otras cuestiones, la violencia sexista no se restringe al ámbito de la pareja.

Las producciones narrativas hacen posible trasladar un proceso reflexivo en primera persona, en este caso, el de las mujeres que han sufrido una relación de abuso y maltrato. Un proceso que abarca desde cómo nos socializamos y politizamos las mujeres, que pasa por todas aquellas expresiones que hemos identificado como violencia, hasta cómo resistimos y sobrevivimos a la experiencia de maltrato. El “producto final” es una narración realizada conjuntamente entre la persona que investiga y la persona que aporta a través de su vivencia y reflexividad al objeto de estudio. Este texto es utilizado no solo como testimonio, sino como parte de la documentación teórica, poniéndola en diálogo con otras voces dentro del marco de referencia del documento de investigación. Será principalmente a través de este material que procederé al análisis de los casos de violencia sexista de las mujeres que han formado o forman parte de las comunidades activistas del País Vasco.

---

<sup>21</sup> “La violencia sexista en colectivos sociales y políticos de izquierda: casos y procesos de resiliencia de mujeres activistas” (2015) Master en Estudios Feministas y de Género de la Universidad del País Vasco (2014/15)

<sup>22</sup> En el sentido de politización. Especificaremos el uso que de este término se hace en el trabajo dentro del marco teórico.

Si bien considero que los resultados obtenidos con el uso de esta práctica han superado las expectativas iniciales, lo cierto es que la decisión de utilizar las producciones narrativas para trabajar con mujeres que han sufrido violencia no fue del todo bienvenida. Las críticas apuntaban principalmente a mi falta de preparación, al hecho de que yo misma hubiera atravesado por una relación de abuso, o al riesgo que suponía exponer a las activistas a un proceso en el que debían rememorar hechos sumamente dolorosos para ellas, cuyas consecuencias, escapaban a mis posibles previsiones. Era algo que no se había hecho antes. Sin embargo, en los últimos años sí se habían realizado investigaciones que incluían la técnica de las PN sobre temas delicados, que dependiendo del contexto y lugar podrían crear mayor o menor conflictividad. Me refiero al Trastorno de Identidad Sexual o la multiplicidad transgénero<sup>23</sup>, la anorexia o la discapacidad<sup>24</sup>, y el amor romántico<sup>25</sup>, entre otros.

A pesar de las aparentes dificultades, y tras contar finalmente con el apoyo de mi directora, decidí utilizar las producciones narrativas, convencida de que no existía otra técnica mejor para hablar de violencia sexista dentro del contexto político y social específico en el que se enmarca la investigación. Desde el comienzo, el simple hecho de que las mujeres contaran su historia ya me parecía un ejemplo de su agencia que se contraponía a un enfoque victimista del fenómeno. Más tarde me he dado cuenta de la necesidad de explicitarlo de manera más específica, si no central.

¿En qué consiste la práctica de las PN y cuál ha sido el procedimiento para su implementación? La técnica consiste en construir conjuntamente -entre investigadora e investigada- una narrativa que recoja su experiencia, tal y como

---

<sup>23</sup> MARTINEZ GUZMAN, Antar y MONTENEGRO, Marisela (2010) “Narrativas en torno al Trastorno de Identidad Sexual. De la multiplicidad transgénero a la producción de trans-conocimientos”, *Prisma Social* n°4, 2010.

<sup>24</sup> CANO SANTANA, Ál, y colaboradoras, “La metodología de las producciones narrativas para poder entender fenómenos: la investigación en pro-anorexia”. [Disponible *on-line*: <http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/956/674>] (Consultado el 12 de abril de 2015)

<sup>25</sup> GARCIA FERNANDEZ, Nagore y MONTENEGRO MARTINEZ, Marisela (2014) “Re/pensar las Producciones Narrativas como propuesta metodológica feminista”, *Athena Digital*, diciembre 2014.

ésta última desea que sea contada, presentarla como parte de la documentación teórica, y ponerla en diálogo con otras voces.

En primer lugar, explico a la participante en que me gustaría que consistiera nuestro trabajo. No se trata de una mera entrevista, sino que trabajaremos en varias sesiones a través de las cuales iremos “reconstruyendo” su experiencia. Las narrativas van a ser utilizadas para elaborar interpretaciones conjuntas, enriqueciendo estas interpretaciones con la bibliografía consultada. Teniendo en cuenta que el texto resultante es un producto de nuestra interacción (entre investigadora e investigada), no deben interpretarse como relatos veraces de la experiencia pasada de la persona que participa en la investigación (Marcel Balasch y Marisela Montenegro, 2003).

Tras una primera sesión grabada, realizo una textualización con mis propios recursos lingüísticos, escogiendo y ordenando las ideas que creo interesantes para la investigación. Este primer borrador se lo paso a la participante para que haga sus aportes y amplíe la visión del relato, al tiempo que introduzco otras cuestiones y aclaraciones. Esta forma de proceder permite contrarrestar los efectos del procedimiento parecidos a los de la entrevista, con el objetivo de que la participante pueda aparecer con su propia narrativa en el informe y que pueda hablar directamente con la lectora (Balasch y Montenegro, 2003). Por último, entre la participante y yo nos pasamos el texto (narrativa) a través de correo electrónico, hasta que la participante decide que ésta responde a como desea que sea leída su visión del fenómeno/experiencia.

Cuando en octubre de 2014 tuvimos una activista y yo nuestra primera sesión para realizar una narrativa (Estela), en realidad mi objetivo era explicarle la metodología de trabajo, y saber si estaba dispuesta a participar. Aceptó y expresó seguidamente su voluntad de comenzar con la primera sesión. Esta duró algo más de dos horas, la grabamos, y quedamos en que a lo largo de la siguiente semana le enviaría mi textualización, tras lo cual ella debería hacer sus aportaciones y reenviarme el texto en el plazo de un mes. Alrededor de tres semanas más tarde, su correo de vuelta expresaba que creía que mi textualización reflejaba muy bien lo que sentía, y aportaba algunos datos más. Además, continuaba diciendo que había sido un placer y un aprendizaje. Podía contar con ella para completarla, o para lo que fuera necesario.

Éste no es un caso aislado. Prácticamente todas las activistas con las que he tenido la oportunidad de trabajar se han mostrado dispuestas a volver a contactar conmigo para completar la sesión y seguir al tanto de la investigación. Incluso aquellas que tras haberlas entrevistado previamente, han querido volver a implicarse ante mi nueva propuesta de trabajar esta vez a través de PN. Mi más sincero agradecimiento y reconocimiento hacia ellas.

La posibilidad de colocar a las participantes como interlocutoras directas y productoras de conocimiento son principios que estimo coherentes y honestos con la forma en la que deseo investigar este fenómeno. La idea de construir conjuntamente y textualizar los casos, presentarlos como parte de la documentación teórica y ponerlos en diálogo, constituye a mi juicio un ejercicio de reivindicación y dignificación que reconoce y se desarrolla a partir de la agencia de las mujeres activistas.

A las ventajas que sobre otras técnicas de investigación ofrecen las PN se suma la posibilidad de multiplicar las posibilidades de su uso analítico-explicativo: las narrativas pueden ser utilizadas como teoría, testimonio, o ser puestas en diálogo con otras voces, con el objetivo de acercar una mejor y más profunda interpretación del fenómeno a la lectora. En este sentido, posibilitan la generación y puesta en valor del discurso y capacidad de análisis de las mujeres que han sufrido violencia: la producción teórica que surge desde la *praxis* adquiere igual legitimidad que la producción teórica de otras voces “expertas” de origen académico.

Por otro lado, las PN suponen un cuestionamiento de las relaciones de poder que durante el proceso de investigación se establecen entre *investigadora* e *investigada*, en coherencia con los principios de la epistemología feminista. Sin embargo, tal y como nos recuerdan Marta Luxán y Bárbara Biglia (2014), estas no llegan a subvertirse del todo, entre otras cuestiones, porque continúa siendo la investigadora aquella que posee un mayor grado de control sobre todo el proceso de investigación.

Por supuesto, la técnica de las PN tiene otros límites y resulta necesario señalarlos. Itziar Gandarias y Nagore García (2014) identifican dos líneas dentro de lo que ellas han decidido denominar *limirretos* (límite + reto). Por un lado, aquellos que se derivan de lo narrativo y, por otro, los relacionados con el aspecto político de la metodología. Dentro del primer grupo, sitúan la necesidad del dominio lingüístico y

de escritura, señalando que lejos de ser insalvables, estas situaciones sencillamente requieren de una atención especial. También apuntan al grado de implicación y compromiso que la técnica exige por parte de las participantes, el cual sin embargo también influye positivamente en el proceso y resultados de la investigación. Por último, las investigadoras nos advierten de la incapacidad de incorporar el lenguaje no verbal dentro de las textualizaciones, lo que sin duda aportaría una información sustancial (Gandarias y García, 2014: 107).

Me gustaría apuntar otras cuestiones en torno al uso de esta técnica en la investigación y que he vivido como retos y dificultades. En primer lugar, *la gestión de los tiempos*. Aquellos que escapan a tu control, y que la participante utiliza para trabajar su narrativa. Se trata de una cuestión generalizada, pero pondré un ejemplo concreto: una de las narrativas ha necesitado de más de un año para su finalización. La activista me expresaba su temor a enfrentarse al texto, mientras que me aseguraba que su determinación en hacerlo premanecía firme. Poniendo siempre por delante el respeto a los tiempos que la participante necesitaba, o incluso aceptando la posibilidad de que la narrativa no prosperara, el deseo como investigadora de contar con aquel material, testimonio y reflexión que consideraba tan valiosa, me asaltaba en muchos momentos. Sin embargo, ¿cómo exigir cumplir ciertos plazos a mujeres que voluntariamente han decidido compartir una historia de dolor, vergüenza, locura y rabia<sup>26</sup>? A mí me ha costado pedir ese tiempo y, en cualquier caso, no me hubiera atrevido a proponérselo si no hubiera estado yo dispuesta a hacer lo mismo.

Antes de seguir con los retos asociados al uso de esta técnica, me gustaría realizar un inciso: a lo largo de estos años muchas personas me han preguntado cómo he conseguido contactar con las activistas que han pasado por este tipo de vivencia, y creo necesaria una explicación. En el caso de la mayoría de las participantes, han sido ellas las que se han ofrecido a tomar parte en la investigación.

Cuando comencé a dar a conocer la intención de realizar un trabajo de investigación entorno a este tema dentro del ámbito activista, muchas personas se sorprendieron. Cada una de ellas lo encajó como pudo. Algunas hablaron de valentía por abordar un tema que podría levantar ciertos resquemores en el

---

<sup>26</sup> Estas cuatro emociones se encuentran entre los sentimientos negativos que han sido expresados por la mayoría de las activistas que han participado en la investigación.

ambiente. Otras necesitaron que les repitiera varias veces el objeto de estudio, pues no acertaban a ver la relación. Y por último aquellas que, sino de ellas mismas, me hablaron de personas que conocían y que habían pasado por esa situación. “Seguro que quiere hablar”, me decían. De esta forma se han realizado 9 narrativas (Estela, Miren, Maren, Sofía, Irene, Marta, Haizea, Isabel y Carmen).

La oportunidad de realizar la décima (Lur), llegó a través de la publicación del artículo “Los trapos sucios también se limpian en asamblea”<sup>27</sup> publicado en Pikara Magazine el 27 de octubre de 2016, y en el que daba cuenta del curso de la investigación, además de facilitar una dirección de correo ([transformandoimaginarios@gmail.com](mailto:transformandoimaginarios@gmail.com)) a aquellas mujeres que quisieran aportar con su vivencia. Fueron varios los correos recibidos de activistas que querían compartir su caso, y con quién me puse en contacto a través del mismo medio, el teléfono, *skipe*, o incluso quedando a tomar un café. Finalmente, solo una cumplía con los requisitos necesarios para iniciar el proceso narrativo (mujeres activistas con arraigo en el País Vasco). Esto no quiere decir que el intercambio con el resto de mujeres no fuera fructífero. De aquí surge una de las entrevistas a informantes clave, y un importante intercambio de experiencias, reflexiones e ideas que han enriquecido sobremanera el producto final. Creo por tanto necesario reconocer y agradecer a todas ellas su papel en este trabajo.

Con este mismo objetivo me puse en contacto con el medio digital Topatu.info, a quienes trasladé el objeto de mi investigación. Escribí un correo electrónico en el cual proponía escribir un artículo similar al de Pikara Magazine, con el objetivo de llegar al público que se agrupaba alrededor de este medio. Ellas me propusieron hacerme una entrevista. Sin embargo, se puso en contacto conmigo a raíz de la publicación de la misma. Meses más tarde, les trasladé esta cuestión. Su reflexión al respecto fue la siguiente: sus lectoras eran quizás demasiado jóvenes como para asumir la participación en una investigación sobre violencia sexista, teniendo en cuenta que requiere haber tomado conciencia de su vivencia en tales términos. No poseo datos empíricos suficientes para afirmar que la edad es un elemento determinante a la hora de romper el silencio y estar dispuesta a cuestionar la dinámica de grupo (más bien abogo por la experiencia), pero lo cierto es que las

---

<sup>27</sup> Disponible on-line (12/03/2017): [<https://www.pikaramagazine.com/2016/10/violencia-sexista-colectivos-izquierda>]

mujeres más jóvenes que han participado con su narrativa se acercan más a los treinta, que a los veinte.

De vuelta a los retos asociados al uso de las producciones narrativas, se encuentra *la intensidad de algunos relatos y su gestión emocional*. Airear la habitación, dar un paseo, o tomarme un café en silencio tras una sesión, han servido para rebajar dicha intensidad, poder entrever a través de las emociones el trabajo que tenía delante, su potencial revolucionario, y los siguientes pasos que debía dar. Por regla general, me he puesto en contacto al día siguiente de realizar la sesión con la participante -a través del correo electrónico o de una llamada telefónica- para preguntarle cómo se encontraba, cómo había vivido la sesión, y recordarle que me mantendría en contacto para cualquier cosa que pudiera necesitar.

Por último, me gustaría trasladar algunas reflexiones entorno a las motivaciones que subyacen a su participación, que constituyen a su vez parte de la potencialidad de la práctica. Las mujeres se encuentran, cómo no, con dificultades a la hora de releer y trabajar con una narrativa que pretende reconstruir lo que para ellas ha sido una situación o un periodo de doloroso en su vida. Los miedos, las inseguridades, la vergüenza o la rabia reaparecen a lo largo de las lecturas y relecturas, al mismo tiempo que les obligan a reflexionar una y otra vez sobre la historia, las personas que tomaron parte, y su propio papel en ella. Entonces, ¿por qué se muestran dispuestas a hacerlo? Más allá de los motivos individuales, existen causas comunes con un componente político fundamental. En primer lugar, las mujeres que participan en nuestro estudio están politizadas, poseen conciencia feminista, y han llevado a cabo su propio proceso de empoderamiento respecto a su vivencia violenta. Estas tres cuestiones contribuyen al hecho de que ellas mismas hayan identificado la necesidad de poner sobre la mesa el tema, en calidad de reivindicación política.

Cuando te escuché que estabas haciendo un trabajo sobre esto... me vino esta historia a la cabeza. ...y me emocionó que fueras a elegir este tema; me emocionó tu valentía porque no es fácil cuestionar a un movimiento, a nuestras compañeras y compañeros de viaje... (Irene, 2015)

Algunas me cuentan que han elegido compartir el texto final con las personas a las cuales sienten que no pudieron explicar en su momento lo que les sucedía. En este sentido, la técnica puede resultar en una oportunidad para aquellas mujeres que buscan el enclave adecuado para poner palabras y compartir su experiencia.



Creo que dentro del mundo feminista podría ser “terapéutico”, podría legitimar nuestro discurso, el hecho de contar que nosotras también hemos sido víctimas de violencia. Pero resulta complicado entrar en detalles personales, en testimonios, cuando lo que te piden es una charla política. (Estela, 2015)

Las activistas comparten algunas características, si bien en ningún momento se pretende ampliar su realidad a todas las mujeres que han sido maltratadas. El proyecto, tal y como hemos señalado, dedica su atención a uno de los múltiples itinerarios posibles tras una relación de maltrato, aquel que comprende un proceso de aprendizaje y empoderamiento que es simultáneamente individual y colectivo. Individual, porque la iniciativa, fuerza y determinación de emprender un camino de re-definición de sus experiencias vitales corresponde a cada una de las mujeres que las han llevado adelante. Colectivo, porque los significados que produce el discurso político feminista y el papel de las *otras* a la hora de identificar la dimensión estructural de su particular relación de abuso, acompañan dichos procesos de re-significación, sanación y politización. Como parte de dicho proceso de resistencia y aprendizaje, las activistas toman la decisión de compartir su experiencia en este estudio.

... trabajos de investigación como éste, que me han ayudado en un momento en el que yo estaba muy emocional y preocupada por la enfermedad, a recuperar las palabras y el contexto. Recuperar la consciencia de que es difícil estar sana, en un contexto de desigualdad (...) para mí, para mi linaje, para las mujeres, para todas las personas...No puedo dar un paso atrás, he de dar un paso adelante. Tengo la esperanza de que lo que va a llegar es muy grande, que hay que construirlo ahora, pero que lleva tiempo. (Lur, 2018)

La participación en un estudio que aborda esta temática desde una perspectiva crítica, supone además resignificar lo aprendido en clave política, denunciarlo, y que sirva de ayuda a otras mujeres y colectivos en los que tales dinámicas se puedan dar.

Pensaba que me daba más igual, pero ayer estuve a punto de llamar para decir que no venía, que no quería realizar esta narrativa. Me sentía muy nerviosa. ¡Me sentía avergonzada de haber estado ahí! (Haizea, 2017)

Sin su valentía, no habría sido posible.

### *b.3 Grupos de discusión (GD)*

Con la intención de evitar la confusión que la denominación de ésta práctica y sus múltiples posibilidades de uso y aplicación encierran (Mario Domínguez Sánchez Pinilla y Andrés Davila Legeren, 2008), me gustaría especificar, en primer lugar, cuál ha sido la forma por la que he optado en este trabajo.

Los grupos de discusión se originan a partir del desarrollo de las prácticas no-directivas de entrevista, y sirven para hacer alusión a experiencias grupales con finalidades y funcionamiento muy variado (Javier Gil Flores, 1996; Vallés, 1999). Su uso y función dentro de este diseño se inserta dentro de la tradición anglosajona, aquella que persigue la producción controlada de un discurso por parte de un grupo de sujetos que son reunidos durante un espacio de tiempo limitado, a fin de debatir sobre determinado tópico propuesto por la investigadora (Gil Flores, 1996). El papel de la investigadora-moderadora se ha fundamentado pues en un enfoque conductista-cognitivo, a través de la formulación de preguntas-estímulo con las que obtener las respuestas del grupo. La práctica se ha focalizado en trabajar los aspectos relacionados con el discurso y la conceptualización de la violencia sexista como violencia política dentro de las comunidades activistas del País Vasco, así como en las respuestas, estrategias y herramientas desarrolladas frente a la reproducción del sexismo y la violencia.

A lo largo del trabajo de campo se han realizado 3 grupos compuestos por un total de 14 mujeres feministas y activistas en grupos mixtos, en Bilbao, Gasteiz, y Donostia, respectivamente, con una duración aproximada de hora y media. Con el objetivo de recabar aquellas voces con una reflexión previa en torno a la cuestión que nos ocupa, se han priorizado perfiles que han trabajado, trabajan, o desean trabajar la perspectiva feminista dentro de su colectivo.

En la búsqueda de participantes han colaborado personas que tenían un conocimiento del medio local (tejido asociativo y movimientos sociales), proponiendo distintos perfiles y facilitando su contacto. Para organizar el grupo de discusión de Araba (Gasteiz) he contado con la colaboración de Marina Sagastizabal, activista y profesora de Sociología de la UPV-EHU. Para el de Gipuzkoa (Donostia) con la de mi directora, Marta Luxán, y, por último, en Bizkaia (Bilbao) he sido yo misma la que he creado la propuesta y lanzado la convocatoria.

Las sesiones han supuesto un espacio de encuentro entre activistas en grupos con luchas y formas organizativas dispares, pero con una preocupación común: la reproducción de las relaciones de género y la violencia dentro y fuera de los mismos. Es este último elemento el que ha dotado de cierta “homogeneidad” al grupo, permitiendo la creación de un contexto en el que las participantes se han sentido libres de discutir abiertamente sobre pensamientos, sentimientos, conductas, o expresar ideas socialmente impopulares y provocadoras (Ledeman, 1990). En este clima, y dada la capacidad de los grupos de discusión para reconstruir los discursos sociales e incorporar nuevas ideas y aprendizajes, los obstáculos observados –no ya en la composición y funcionamiento de la práctica como tal, sino en lo referente al fenómeno social y las preocupaciones compartidas– compostaban frente a la convicción sobre la necesidad de seguir caminando.

El guión utilizado para las sesiones les ha sido previamente facilitado a cada una de las participantes. La decisión de obrar de esta manera responde a la convicción de que hacerlo podía incidir positivamente en el resultado. Creo firmemente en la necesidad de adaptar la técnica a la realidad que se desea investigar, y no al revés. Si las activistas podían dedicar un tiempo previo de reflexión entorno a las cuestiones sobre las que deseaba dialogar con ellas, mejor aún. La espontaneidad no se vería irremediablemente afectada, dado que no habían tenido tiempo previo de compartir con el resto de las participantes. Acompañando al documento, les trasladaba el carácter abierto y orientativo del mismo.

Las grabaciones resultantes fueron transcritas, y la información sistematizada en base a temas o ítems, que no necesariamente se correspondían con los del esquema o diálogo empleados como guión. Esta cuestión me obligó a introducir cambios a la hora de organizar la recogida de datos y su textualización final, como, por ejemplo, la inclusión del epígrafe dedicado a los debates actuales entorno al fenómeno de la violencia sexista dentro del primer capítulo del análisis de datos.

La primera sistematización les fue devuelta a cada una de las participantes con el objetivo, en primer lugar, de generar un documento que pudiera serles de utilidad a la hora de recoger la riqueza que había enjendrado sus propios diálogos; y, en segundo lugar, de poder optar a realizar las matizaciones y aportes que consideraran oportunos. Tras los cambios, el documento les fue nuevamente enviado.

#### *b.4 Entrevistas abiertas o no-estructuradas (E)*

En las entrevistas abierta o no-estructuradas, el esquema de preguntas y secuencia no está prefijada y las preguntas pueden ser de carácter abierto. Este tipo de entrevista es más flexible y permite mayor adaptación a las necesidades de la investigación y a las características de los sujetos, si bien requiere de más preparación por parte de la persona entrevistadora, dado que la información es más difícil de analizar y requiere de más tiempo (Del Rincon et al., 1995). La importancia de esta práctica reside en:

su capacidad para indagar en procesos sociales o llegar a conclusiones generales guiadas teóricamente a través de las valoraciones, representaciones, y vivencias individuales. Mediante la entrevista [la investigadora] (...) busca comprender los procesos sociales que subyacen a las valoraciones e interpretaciones subjetivas individuales (Lucila Finkel et al., 2008:132)

Su función dentro de la investigación ha sido la de recabar información especializada, complementar algunas de las informaciones recogidas a lo largo del trabajo de campo, y suplir la carencia de fuentes escritas. Para ello se han realizado 4 entrevistas abiertas a informantes clave, en este caso, mujeres con una larga trayectoria de militancia o bien con probada expertía en los temas sobre los que se les ha preguntado. Las entrevistas han posibilitado indagar en las particularidades del contexto social en el que se ubica el fenómeno de la violencia sexista, su evolución en el tiempo, y las consecuencias que han tenido sobre ellas mismas.

Para ello se ha utilizado un guión semi-estructurado en el que se complementaban algunos de los elementos presentes en el guión realizado para los grupos de discusión con preguntas *ad hoc* en base a su campo de experiencia y conocimiento: la violencia contra las mujeres y/o las relaciones de género en las organizaciones con un discurso anti-sexista. Las entrevistas han tenido una duración variable de entre una y dos horas, y todas excepto una<sup>28</sup> han sido grabadas y transcritas, para después ser introducidas en el análisis en diálogo con el resto de voces.

---

<sup>28</sup> Se trata de la entrevista realizada a Mercedes, experta en violencia contra las mujeres. Por problemas técnicos fue imposible grabar la misma, por lo que se procedió a tomar notas y repasar las mismas con la entrevistada. Como consecuencia, a la hora de insertar sus aportes en el documento, no se han utilizado citas textuales.

No todas las mujeres entrevistadas tienen arraigo en el País Vasco, en concreto una de ellas, Zuria, reside en otra provincia del Estado español. Fue a través del artículo en Pikara magazine que la activista se puso en contacto. Su experiencia como cargo político en un partido de izquierdas de ámbito estatal resultó tan elocuente, que decidimos realizar una entrevista formal a través de *skipe* para profundizar en los aspectos relacionados con el discurso feminista en los espacios formalmente igualitarios.

Por su parte, Matxalen y Andria poseen igualmente una amplia trayectoria de militancia dentro de colectivos mixtos y también dentro del movimiento feminista (Matxalen). Además, han vivido y participado en diferentes procesos de gestión frente a agresiones sexistas dentro de colectivos sociales. En un primer momento las dos activistas iban a formar parte de los grupos de discusión, pero por cuestión de agenda les fue imposible. Su interés en el tema, junto con lo estratégico de su perfil, me hizo volver a proponerles participar, pero esta vez a través de una entrevista.

Por último, Mercedes, una reconocida experta en violencia contra las mujeres. Fue mientras realizábamos su narrativa que una de las participantes me invitó a tenerla en cuenta para el trabajo. Su trayectoria militante y profesional ha arrojado una serie de reflexiones y aportes que no podía dejar de lado en esta investigación.

#### *b.5 Sesión de Contraste (SC)*

Si bien no se trata específicamente de ninguna técnica de investigación, una vez finalizado el grueso del trabajo de campo organicé una sesión con activistas feministas en grupos mixtos diversas a las que han participado en los grupos de discusión. El objetivo de dicho encuentro, fue el de contrastar y profundizar en algunas de las ideas principales que habían surgido tanto en los grupos de discusión (GD), como en las entrevistas estratégicas (E). La sesión se realizó en Bilbao, tuvo una duración aproximada de dos horas, y en ella participaron 5 activistas.

La dinámica utilizada durante la misma, se asemejó a la de un GD, solo que en esta ocasión lo que se compartieron fueron extractos transcritos<sup>29</sup> de las opiniones y aportes de las activistas que habían participado hasta ahora entorno a tres temas principales:

(i) *Protocolos anti-agresiones*

(ii) *Reconocimiento de la violencia en colectivos con un discurso formalmente igualitario.*

(iii) *Procesos de gestión de casos de violencia.*

Tras la lectura de los mismos, se les invitó a las participantes a comentarlos, expresar su acuerdo, desacuerdo o matizaciones, así como a añadir la información que estimaran oportuna. Tras agradecerles su participación, la sesión fue grabada en audio, transcrita y devuelta a las activistas en un documento.

*Notas en torno a la traducción y Tabla de codificación.*

El presente trabajo se ha desarrollado en tres idiomas principalmente: castellano, euskera, e inglés. Antes de continuar es necesario trasladar a la lectora algunas de las decisiones y fórmulas que he empleado para traducir las citas y testimonios que aparecen a lo largo del texto.

Traducciones euskera-castellano:

- Durante la implementación de los Grupos de discusión, Entrevistas abiertas, y Sesión de contraste, se ha garantizado que cada una de las participantes pudiera intervenir en la lengua con la que más cómoda se sintiera (euskera o castellano).
- Para agilizar el diálogo cuando ha sido necesario, se ha procedido a la traducción simultánea por parte de alguna voluntaria entre las participantes, o bien a la exposición de la síntesis por mi parte.
- Dado que los idiomas en los cuales se ha elegido desarrollar el trabajo han sido el castellano y el inglés, todas las citas en euskera han sido traducidas

---

<sup>29</sup> Tanto de los grupos de discusión como de las entrevistas.

de forma libre, y señalizadas a través del siguiente icono (\*) en la parte del texto escrita en castellano.

Citas textuales del material teórico castellano-inglés:

- Aquellas cuya edición original está escrita en castellano u otra lengua distinta al inglés, se han traducido de forma libre al inglés.
- Cuando la obra original es en lengua inglesa, se ha utilizado la cita del texto original en este idioma.
- Las Narrativas y testimonios han sido igualmente traducidos al inglés de forma libre.

Por último, adjunto en la siguiente tabla la relación de nombres clave y tipo de organización a la que pertenece cada una de las participantes, así como la codificación empleada a lo largo del texto para su citación.

**Tabla 2:** Relación de participantes y codificación empleada en la investigación.

	<b>Técnica</b>	<b>Nombre clave</b>	<b>Colectivo u organización de pertenencia</b>
1	Producciones Narrativas	Haizea	Movimiento Antimilitarista
2	Producciones Narrativas	Sofia	ONGD
3	Producciones Narrativas	Maren	Comunicación alternativa
4	Producciones Narrativas	Miren	Movimiento estudiantil
5	Producciones Narrativas	Carmen	ONGD
6	Producciones Narrativas	Marta	Comunicación Alternativa

7	Producciones Narrativas	Irene	Movimiento Internacionalista
8	Producciones Narrativas	Estela	Partido Político
9	Producciones Narrativas	Isabel	Movimiento Antiracista
10	Producciones Narrativas	Lur	Movimiento de Autogestión
11	Grupo de discusión	G1-Bizkaia	ONGD
12	Grupo de discusión	G1-Bizkaia	Movimiento de Okupación y Antiautoritario
13	Grupo de discusión	G1-Bizkaia	ONGD y Tercer Sector
14	Grupo de discusión	G1-Bizkaia	Sindicato
15	Grupo de discusión	G1-Bizkaia	Partido político
14	Grupo de discusión	G1-Bizkaia	Movimiento Feminista y Tercer Sector
16	Grupo de discusión	Grupo de Discusión 2 (G2-Gipuzkoa)	Movimiento de Autogestión
17	Grupo de discusión	G2-Gipuzkoa	Movimiento Feminista y Movimiento Juvenil
18	Grupo de discusión	G2-Gipuzkoa	Comunicación alternativa y Movimiento Juvenil
19	Grupo de discusión	G2-Gipuzkoa	Movimiento Internacionalista
20	Grupo de discusión	G2-Gipuzkoa	Movimiento de Autogestión
21	Grupo de Discusión	G3-Araba	Movimiento Juvenil
22	Grupo de discusión	G3-Araba	Movimiento Internacionalista y Movimiento Juvenil
23	Grupo de discusión	G3-Araba	ONGD



24	Entrevistas abiertas	Matxalen E1	Movimiento Vecinal y Feminista
25	Entrevistas abiertas	Andria E2	Movimiento Antiautoritario y Plataformas Ecologistas
26	Entrevistas abiertas	Zuria E3	Partido Político y Plataforma Anti- Desahucios
27	Entrevistas abiertas	Mercedes E4	Experta en Violencia contra las mujeres.
28	Sesión de Contraste	SC1	Movimiento de Okupación y Tercer Sector.
29	Sesión de Contraste	SC2	Movimiento Internacionalista
30	Sesión de Contraste	SC3	Movimiento de Okupación y Antiautoritario
31	Sesión de Contraste	SC4	ONGD
32	Sesión de Contraste	SC5	Movimiento Antiespecista

Hasta aquí el apartado dedicado a la introducción y metodología empleada en el trabajo. He creído necesario organizar de esta forma el contenido con el objetivo de que las posibles lectoras comprendan, en primer lugar, cuales han sido las emociones, circunstancias y decisiones que atraviesan los apartados teóricos y empíricos de la investigación, en los que nos sumergiremos a continuación.

## **SECTION II: THEORETICAL FRAMEWORK**

## Chapter 3: THE FEMINIST EPISTEMIC PERSPECTIVE IN RESEARCH ON SEXIST VIOLENCE

The purpose of this first chapter is to present the proposals and concepts that will allow me to integrate and address the research on sexist violence within a specific, feminist epistemic perspective in a well organised and coherent way. This work requires not only the incorporation of previous knowledge and contributions, but also of those lessons that come with the reflective exercise involved in the phenomenon's empirical study. I will hence start by exposing the theoretical premises derived from my *a priori* options (Ander-Egg, 1990), which are in turn product of an extensive and varied bibliographical and audio-visual review of the phenomenon of gender-based violence and the construction of the social imaginary on sexist violence. Secondly, and listed within the same theoretical field, I will delve further into those theoretic-methodological premises that I believe constitute a true challenge to the heteropatriarchal epistemologies of violence<sup>30</sup>.

### 3.1 DIFFERENT APPROACHES TO THE PHENOMENON OF GENDER-BASED VIOLENCE AND SEXIST VIOLENCE.

In being aware of the varied terminology and the range of possible perspectives on the type of violence to which I am referring to – as well as of the connotations attached to each of these –, determining which is most suitable, and why, to the approach that I am contemplating becomes an urgent matter. If we are to argue for a theoretical and political coherence, the conceptualisation of the term implicitly carries a frame of reference and a positioning of the remaining study.

This brings me to other fundamental issues contained within this research. Ultimately, on what basis or for whom should I outline my interpretation framework? Finding the group of mental guidelines that will allow me to organise

---

<sup>30</sup> Defined by Hume (2008) as the forms and dynamic processes through which dominant groups build, interiorise and reproduce knowledge on violence against women.

the perception and interpretation (Erwin Goffman, 1974 quoted in De Miguel, 2003) in relation to my subject of study – women activists’ experiences of violence -, is therefore a vital task, and doing so based on consistent epistemological and political criteria, which I will detail and explain throughout this chapter, becomes fundamental.

After an initial review of the academic literature aimed at analysing and studying what is termed gender-based violence, I have found numerous approaches that I would suggest classifying on the basis of two criteria. Firstly; the place, institution or organism from where it has been written, and secondly; the discipline (or disciplines) that determine and cut across its content. It is not my intention here to carry out a dissertation on the academic work that has been done on violence (within the fields of sociology, health sciences, psychology, law...). Nevertheless, I do find it pertinent to contextualise, even if superficially, the main spaces –legal, institutional, academic and socio-political- that act in an unequal manner and capacity in the conceptualisation of the types of violence to which we are referring to.

I feel it is important also to highlight a field of consideration and action that is unavoidable when describing the evolution and the contributions to the conceptualisation -and not solely - of violence. I am referring to the reflexivity that has guided the Feminist Movement’s theoretical and political production, as well as the diverse collectives within this movement. This contribution holds special relevance in many ways, but it becomes fundamental when studying the specific phenomenon that we are dealing with.

Before I begin to list and describe those spaces, which I shall confine to three fields – the academic, the institutional and that of the feminist movement -, I would like to make two significant assessments. Firstly, and given my intention of situating our research within a specific place and time, I will limit myself to setting out those institutions and political actors that, in a more direct or visible manner, act within the context and place where I have focused the study: the Basque Country. Secondly, I would like to point out that my intention is in no way to consider each of these spaces as stalled or impermeable places in relation to each other, but to highlight the particularities that characterise each one within feminist resistance.

### a. The academic field

There is wide consensus amongst feminist academics when it comes to the importance of radical feminism's unique contribution to the study of violence against women (Kelly, 1988; Sylvia Walby 1990; Hunnicutt, 2009). For this reason I would like to mention here at least three key contributions that are turning points in my point of view, in the study and comprehension of the causes of violence. Firstly, *the theorisation of patriarchy in political terms*, secondly, *the underlying power-relations within the private sphere* and thirdly, *situating violence against women as one of the critical factors sustaining the system of patriarchal domination*. I believe that these three issues have been fundamental in the creation of a new interpretation framework and in driving the development of feminist theory for the analysis of violence.

Starting with Kate Millet's pioneering work (1969), radical feminist literature on violence against women has defended the concept of *patriarchy* as an essential theoretical tool in the study and comprehension of the structural causes of violence against women (Hunnicutt, 2009). Millet defined patriarchy as a complex, dynamic and constantly changing phenomenon, and used this concept to describe a socio-political system where men control and have power over women; an approach on the analysis of gender inequality according to which men, as a social group, dominate women as a group, with the former being the main beneficiaries of said subordination. Moreover, Millet argued for a relational perspective according to which patriarchy is a system based on a network of relations between women and men in which women are an active party and not merely an asset that is acted upon. Women are therefore active agents in their social construction and protagonists in their own liberation (Osborne, 2009). Marianne Hester (2015), in *Theorizing male power and violence against women: Revisiting Millet's Sexual Politics*, points out that Millet's interpretation framework has been present in feminist debates on violence against women during the seventies, eighties and nineties and continues being valid to much of the current work that researches the phenomenon from this perspective.

Walby (1990), on the other hand, argues that the concept and theory of patriarchy is essential in capturing the depth, omnipresence and interconnection that exists between the different aspects that characterise women's subordination. She further points out that its analysis can be developed so as to explain and capture the

different forms through which gender inequalities are expressed over time, through social class or within ethnic groups. This is possible, she argues, because the different aspects of gender inequality are sufficiently interlinked. Walby can be found amongst those authors that coincide in pointing out the impossibility of understanding or theorising women's oppression without this concept (Kelly and Radford, 1996). Furthermore, although it is true that the notion of patriarchy has been widely contested by a number of feminist theorists, the author of *Theorizing Patriarchy* states that such critiques confuse the genuine and important deficiencies found within certain explanations on patriarchy with the false conclusion that all those explanations contain the same problems.

With regards to this debate, Hunnicutt (2009) explores the different feminist perspectives (radical, Marxist, postmodern, ecofeminist, critical or psychoanalytical) and builds a proposal on the concept's use, aimed at satisfying the theoretic-analytical aspirations for the study of violence against women. In her article *Varieties of Patriarchy and Violence Against Women: Resurrecting "Patriarchy" as a Theoretical Tool* (2005), the author sets out five elements to be taken into account when revising the concept: (i) variations in patriarchal structures need to be taken into consideration - in other words, the different manifestations of patriarchy according to the specific culture and society-; (ii) it is necessary to determine how men situate themselves within their own framework of domination, especially in relation to other men, in order to understand their behaviour; (iii) a theory of patriarchy needs to be able to deal with the potential divergences between ideology and structure, that is, to take into account the possibilities of the discourse lasting regardless of structural changes that support gender equality; (iv) its study should be developed alongside that of other hierarchical systems and systems of dominance in which it remains intrinsically housed, and lastly; (v) it must recognise the multiple power dynamics that coexist within the system. This last issue, the author argues, does not mean that the problem of violence should be reduced to a simple formula of oppressor and oppressed, but rather should foresee various "terrains of power" in which men and women hold diverse types and amounts of power. As Hunnicutt explains, "In reality, there are multiple sites of power, and even the most oppressed can alter relations of power" (2009: 565). Based on this proposal, the author provides a basic definition that describes patriarchy as *a series of hierarchical agreements that*

*privilege men, and that are manifested in a varied manner throughout history and social space.*

What is interesting to gather from this debate is that the potential of the analytical development of the concept mainly resides in its theorisation in political terms (and not anthropological or historical). In this sense, the possibility of positioning sexist violence within a system based on *power over*, allows us to develop a theoretical discourse - and to develop demands, in praxis - in terms of *political violence*.

Radical feminism's second key contribution is *the politicisation of the intimate*. This point entails recognising the existence of power mechanisms within the private sphere. From this assumption onwards, a set of issues are introduced in the study of gender-based discrimination that had not previously been considered within the analysis of social inequality, and which furthermore allow us to discover and dig deeper into the diverse mechanisms of control used in subduing women (Walby, 1990).

Even personal aspects of life are seen as part of this, as the slogan 'the personal is political' indicates. The question of who does the housework, or who interrupts whom in conversation, is seen as part of the system of male domination. (1990: 3)

The vindication of the personal as political is a central element in the study and formulation of a feminist political discourse on sexist violence or violence against women, provoking a significant change within research around this phenomenon: the consideration of their voice and experiences as a starting point in the development of theory (Kelly and Radford, 1996).

Thirdly, radical feminism has centred its attention on violence's gendered and structural nature, placing the focus on the social factors that reproduce it and arguing that *violence is at the root of men's control over women* (Brownmiller, 1976; Firestone, 1970; Millet 1969). Millet for instance, points out the social significance and acceptance of *patriarchal values* when explaining what we nowadays know as *structural violence*<sup>31</sup>, "so perfect is it a system of socialization, so complete the general assent to its values, so long and so universal has it prevailed in human society, that it scarcely seems to require violent implementation (1969:43).

---

<sup>31</sup> The author at the time considered violence (force), as that which is exerted in the form of direct aggression.

Walby (1990), on the other hand, places violence amongst the six base structures<sup>32</sup> that -according to her theory of patriarchy- upheld the system of gender relations (and, thereby, of power and oppression of women) in western societies during the nineties. In response to the debates around what the bases that maintain the oppression of women are, Kelly (1988) decides to research the ways in which the different aspects that shape patriarchal control are connected to other forms of oppression across historical time periods, as well as within and between cultures. This last approach allows us to produce knowledge aimed at identifying and understanding the ways in which diverse expressions and mechanisms of violence operate in different contexts. I also believe that it makes us contemplate a more open and sensitive perspective, and one that is closer to the social and cultural reality in which patriarchy operates.

Beyond radical feminism's theoretical contributions, amongst others', the concept's evolution and that of the terminology used to signify it has varied in form and substance over the past number of years. In fact, nowadays, a wide variety of terms around the type of violence we're referring to are commonplace within academia, given the interaction of this terminology with different social, political and scientific sectors. I am particularly interested in focusing on the work of feminist academics who have stuck to using interpretation frameworks on violence from a feminist perspective, or who have even persisted in highlighting the contribution of the feminist movement in creating interpretation frameworks (De Miguel, 2005).

In *Apuntes sobre violencia de género* (2009), Raquel Osborne identifies up to five ways of naming violence amongst which we find: domestic violence or family violence, family terrorism, femicide, violence against women and gender-based violence. I am interested in focusing on this last one – gender-based violence - firstly, because the sociological concept differs from the current legal concept<sup>33</sup>; secondly, for being the most widespread term, and finally, to explain why I have not chosen it for the present study. Osborne states:

---

<sup>32</sup> Paid work, Domestic work, Culture, Sexuality, State and Violence.

<sup>33</sup> Although the term "gender-based violence" gives title to the Organic Act 1/2004 of December 28: Comprehensive Protection Measures Against Gender-based Violence, said law only takes into account domestic violence in the case of a couple, and of a man against a woman, thereby leaving any other expression of gender-based violence beyond its competence. The sociological term, however, is wider (Osborne, 2009).



The concept of gender has just been accepted, with more or less conviction, in the university and in official instances, and alludes to the differential values that are socially ascribed to each sexes. At the same time, implies thinking them relationally (2009; 13)

Nevertheless, the social construct of sex is firstly not necessarily included within the term as an element that forms part of the framework of domination, and therefore, of the analysis into the causes of the instrumentalisation of violence. Secondly, and as pointed out by the sociologist and member of the Forum of Men for Equality of Seville, Hilario Saéz, "its reached a point where when talking about gender, we always look at women and forget about the gender that is much more present in society; the male gender"<sup>34</sup>. In other words, this can lead to a point where the underlying power relationship and its systemic character, remain invisible.

Therefore, to use the term "gender-based violence" in this study – despite being a term that, as we will see in the following pages, is widely used by socio-political stances that are very critical of the aspects that we have just detailed -, would not completely satisfy its initial ambitions.

This does not mean that academia has not problematised and thought about the term and its connotations when signifying violence. A recent, European knowledge transfer and networking study, *Gap work against gender related violence*<sup>35</sup>, has thrown up an interesting consideration on what they call the paradigm of *gender-based violence*. Faced with the wide variety of terms around violence, the researchers have decided to adopt this plural expression:

With it we intend, in the first place, to put the accent on the multiplicity of forms that this violence can assume, and however, have a common base: the heteropatriarchal system. This expression clearly includes violence against women in heterosexual relationships, but underlines that it is one of its expressions and that in no case is it a private or isolated problem. It makes visible the different forms or expressions of these violence and allows to denounce that the gender in

---

<sup>34</sup>“Violencia machista en los movimientos sociales” (“Sexist violence in social movements”), Periódico Diagonal, (‘Diagonal’ Newspaper), (19/11/13) <<https://www.diagonalperiodico.net/andalucia/20811-violencia-machista-movimientos-sociales.html>> [seen on 15/06/2015]

<sup>35</sup> “GAP work against gender related violence” coordinated by Brunel University, London (<http://sites.brunel.ac.uk/gap>), and co-financed by the European Programme Daphne III.

itself is configured as a violence in terms of the strength to assume stereotyped roles, attitudes and behavior (Biglia, 2015: 28).

I cannot agree more with the approach of this proposal, however, given the specific characteristics of this research, I will make the case for a better-suited term.

#### **b. The institutional and legal fields.**

Cardona Curcó (2015) recognises the work of authors like Encarna Bodelón, Elisabet Almeda, Maria Luisa Vallés, Tamar Pitch, Noelia Gareda or Alda Facio, amongst others, in the feminist analyses of legal perspectives from different areas (sociology, criminology...), and states how all of them have condemned the androcentric tendency of the judicial-legislative system, both in the drafting of law – given that the model adopted as the universal subject is a (white and middle-class) man -, and in the interpretation and application of law, as well as the arising discrimination and violence and how these laws are exerted on women.

From a legal and institutional perspective, the definitions of gender-based violence and its classification in law, national statutes and regional statutes permeate from the declarations of international organisms and institutions to communitarian law and, finally, the judicial state and sub state norms in the Spanish instance. In this way, the definition found in the 20th December 1993 Declaration of the United Nations' General Assembly, maintained in the 1994 II Women's World Conference (Beijing), is still used nowadays, word for word, in the 18th February 4/2005 Law for the Equality of Women and Men, passed by the Basque Parliament.

The United Nations' General Assembly understands violence against women as: "any act of gender-based violence that results in, or is likely to result in, physical, sexual or psychological harm or suffering to women, including threats of such acts, coercion or arbitrary deprivation of liberty, whether occurring in public or in private life". With this definition enacted by the Assembly as a starting point, we see a stemming of definitions with greater or lesser levels of conceptual development from other international and government institutions.

Nevertheless, and in spite of the important changes to the definition that have taken place *a posteriori*, the fact is that these types of definitions strip the term of political content, taking into consideration the term "politics" as referring to

“power-structured relationships, arrangements whereby one group of persons is controlled by another” (Millet, 1970:23). First, because they lack the recognition of the structural and systemic nature of this type of violence, and secondly, because they do not show its instrumental nature by ignoring who is or are the subjects and systems that carry it out. In other words, violence appears and exists, but its origin seems unknown.

An example of what we have just pointed out can be found in the European Union Guidelines on violence against women and the fight against all forms of discrimination against them. This document contains the definition of violence established by the United Nations' General Assembly followed by the necessary operative guidelines assigned to fighting and preventing it. These guidelines consist of: the promotion of equality between men and women and the fight against discrimination; the collection of data on violence against women and the development of indicators; the creation of efficient and coordinated protection and prevention strategies, and lastly; the fight against the impunity of those responsible for inflicting violence on women and victims' access to justice. None of these articles ever allude to the origin of the violence, to those who carry it out, nor to its instrumental or systemic nature. Only in the last regulation is reference made to the "perpetrators of violence", and we cannot even be sure that the reference is directed at "men" as a collective, given the sexist nature of the language and the generic use of the masculine (as opposed to gender-neutral language), common in this and other types of texts.

The Istanbul Agreement (2011) cannot be made exempt of this type of criticism, despite it being seen as a benchmark in terms of increasing the span of expressions deemed as acts of violence against women, classifying them as human rights violations:

A violation of human rights and a form of discrimination against women and shall mean all acts of gender-based violence that result in, or are likely to result in, physical, sexual, psychological or economic harm or suffering to women, including threats of such acts, coercion or arbitrary deprivation of liberty, whether occurring in public or in private life. (Istanbul Agreement, Art. 3, 2011)

Emakunde (the Basque Institute for Women), on the other hand, defines violence against women in its Equality Plan VI (2014) as follows:

Violence against women consists of all those forms of violence exerted against women for merely being women, within the framework of an unequal society, underpinned by unequal power relations between men and women. In this framework, violence against women acquires not only an instrumental role, through which the power and control of men over women is reaffirmed, but also a symbolic role through which it is made known to all women that they can also be victims of violence if they transgress the patriarchal system. (2014:119)

In this case, violence is indeed considered a structural problem of systemic origins, whereby the inequalities that characterise it privilege men over women. Its instrumental and symbolic nature is also recognised, highlighting the underlying power relations in its exertion.

The responsibility of institutions and of regulatory codes and laws is proportionate to their degree of influence, given that they prescribe and legitimise the actions, ethical codes and policies resulting from their implementation. Hence that the types of political subjects they contemplate determines and prescribes who is or are those subject to it, what is and is not violence, and, therefore, the characteristics that require its recognition.

Can we continue to articulate and have rules on sexist violence without taking into account wider conceptualisations that contemplate subjectivities subject to gender-related violence? As I will argue next, I believe that we urgently need to review the political subject around which those conceptualisations are articulated.

The institutional and legal position currently argues for a representation of the political subject(s) on the basis of three, deeply interconnected, basic concepts: a sex/gender system that distinguishes between men and women as closed and mutually excluding categories, the concept of collective interests, and the idea of collective identity as the strong subject (Casado Aparicio, 1999)<sup>36</sup>.

---

<sup>36</sup> Elena Casado Aparicio, in "A vueltas con el sujeto del feminismo" (1999), articulates these three basic concepts on the homogenisation of collective awareness, as a criticism to the concepts of the political subject defended by the so-called feminism of equality and feminism of difference. I consider this to be applicable to the conceptualisation of the recipient (female) subject of violence made by international institutions and legal texts previously mentioned, for two reasons: Firstly, the existing differences between women are obscured in so far as this subject is formulated as a static being and fruit of a dichotomous division, and secondly; it perpetuates a determinist, if not biological, social stamp.

The institutional and legal texts on violence have not integrated the contributions of the feminist debates around the sex/gender system that Gayle Rubin would define at the end of the eighties as the set of provisions by which a society transforms biological sexuality into products of human activity, and in which those transformed human needs are met (Rubin, 1986). One of the immediate consequences of this, is the wide variety of subjectivities and violence that end up being set aside, as is the case of transphobic, lesbophobic and/or homophobic violence.

Firstly, *we cannot find any questioning or problematising of woman or women as political subjects in any of these definitions.* In the case of the use of the term gender-based violence, it alludes to the violence exercised in relation to gender; a sociocultural construction based on a biological "reality", embodied in woman as a fundamental and universal sexual category. The same occurs when the chosen term is that of violence over/against women.

I would like to stop here for a moment and digress in order to explain how this issue has directly addressed my own position as a woman. The process of writing and revising this text has been extended over at least three years; a period during which my point of view and understanding in relation to the subject of this study has notably changed. I remember that at the start, I did not feel the need to think about the social construction of the subject "woman", nor in the need to explain that, apart from the violence directed at women, there is other violence that maintains a relationship with gender. I was not aware of the fact that, by making them invisible, I would be reproducing the same patterns of domination that I was, in fact, criticising in this work. That is why I will try to frame the subject of this study - violence against activists socialised as women and their processes of resilience -, offering the reader a wide as possible representation of the reality in which we find ourselves. I consider this starting point to offer, in line with the proposals of feminist research, "a better, more adequate and richer vision of the world, with a view to living better within it, and in a critical relationship with our and others' practices of domination and with the unequal parts of privilege and oppression that shape all positions" (Haraway, 1995:12), including the positions of those socialised as women, and that move within the margins of heterosexuality.

Going back to the criticism of the legal and institutional conceptualisations, the second matter to be emphasised would be the fact that *the female political subject*

*or subjects do not seem to present cracks upon requirement or being required.* They are represented as a monolithic subject, with common interests defined on the basis of a common oppression, that of gender. However, we know that those of us who are socialised as women are not a homogenous collective, but rather, a collective that is also formed by such things as social class, race, age and sociocultural context, among others. Thus, our interests, requirements and circumstances are variable; they are alive, and need to be recognised as such.

Lastly, and closely linked to the previous questions, is *the defence of a collective identity as a strong subject*. In this instance: the sexual category of woman as the fundamental and heterosexual recipient of violence, as opposed to her dichotomous other; that of man as the heterosexual and fundamental sexual category that exercises violence. But, what happens when violence is carried out, for example, in a lesbian context? Amongst other things, the coverage and attention given to other abused women is not recognised or granted to the former (Arraiza, 2012). As argued by Chantal Mouffe: The deconstruction of essential identities should be seen as the necessary condition for an adequate understanding of the variety of social relations where the principles of liberty and equality should apply " (2001; 371).

Although the development of laws on violence at State and regional levels does not contemplate a conceptualisation beyond that of the violence exerted by a man on a woman<sup>37</sup>, we can find a recent case in the Basque Country where a wider consideration has been used in legislation. We are referring to the 9th of March 2/2015 Regional Law, for the Equality of Women and Men of the Regional Provincial Government of Gipuzkoa (*Chapter V. Lives free of Machista Violence*) that situates violence within the political and social context of heteropatriarchy, naming it "machista violence":

---

<sup>37</sup> At the State level, the 28th of December 1/2004 Organic Law; Measures of Comprehensive Protection against Gender-based Violence, typifies it as: "the violence that, as a manifestation of discrimination, the situation of inequality and the power relations of men over women, is exerted on the latter by those who are or have been their partners or by those who are or have been connected to them by similar relationships of affectivity, even without cohabitation (Art.1). In the regional case, the 3/2005 Law for Equality between Women and Men in the Basque Country alludes directly to "violence against women" (Chapter VII).

For the purposes of this regional law, *chauvinist violence* is considered to be all those forms and acts of control, aggression, refusal, or direct, structural and symbolic imposition that, on the one hand, are directed against the diverse bodies that breach the heteronormativity of the sex/gender/sexuality system, as well as against those bodies that, without transgressing it, are the subject that withstands the power relations implicit within it, in other words, women. In both cases, chauvinist violence is manifested from childhood and is maintained throughout life. Chauvinist violence encompasses sexist violence and also other forms of gender-based violence such as transphobia, lesbophobia and homophobia (Art.51.1).

It is worth highlighting the fact that such conceptualisations arise from a process of collective thinking that the feminist Network of Equality Experts from Gipuzkoa (Spanish acronym: RTIG) took part in<sup>38</sup>. This experience allows us, amongst other things, to think about and question the hermetic nature of the different areas that produce meanings (the institution, the movement, the social science and welfare academics...) which we shall discuss further ahead.

By basing themselves on the consideration of the sex-gender-sexuality framework as non-essential categories to the body, the authors of the text believe that: "The social paradigm is assured through multiple mechanisms that the bodies will follow the sex-gender-sexuality framework (man / woman – masculine / feminine - heterosexuality), amongst which mechanisms different types of violence, or chauvinist and sexist violence can be found" (RTIG, 2015). This distinction, on one hand, encompasses machista violence; the violence that is exerted on bodies that do not perform or act as the masculine or feminine model would want them to, and which are the subjects of chauvinist violence in the shape of transphobia. On the other hand, it distinguishes subjects that by distorting the gender assigned to them, or the practice of hegemonic sexuality (heterosexuality) or who simply distort the sexual hegemonic practice, are the subject of gender-based violence through lesbophobia and/or homophobia.

In the case of sexist violence, the specificity would come from the consideration of the two figments of the sex-gender-sexuality framework: man and woman. In this

---

<sup>38</sup> I owe the access to the draft of this study to a former female co-worker and participant in the Network of Equality Experts of Gipuzkoa, creators of the document "Definitions of violence from a feminist perspective" (2015); a draft study prior to the writing of the final text of the 2/2015 Regional Law. I wish to thank her again for her trust.

sense, "All technique or violence that takes place in order to maintain this relationship of power, of men over women, will be sexist techniques or sexist forms of violence" (RTIG, 2015). Within this framework, we can find, for instance, the gender-based violence referred to in the *1/2004 Law of Comprehensive Measures against gender-based violence*, when it mentions; sexist violence found within the context of a couple, sexual violence against women, assaults on women outwith the context of a couple, and the sexual exploitation of women (children or adults), among others.

The authors highlight two other issues in relation to these definitions. On the one hand, in how they are to be read within the framework of intersectionality (race, class, adultism, ability/disability, etc.): "A clear example -they conclude- is lesbophobia, where we see the intersectionality between the previous definition (chauvinist violence) and definitions of sexist violence" (RTIG, 2015). On the other hand, in the need to understand that, although it is women who strictly speaking suffer sexist violence, the bodies that change sex and gender should make us more flexible in our consideration of this issue.

When it comes to violence carried out by men on women, the 4/2005 Regional Law defines it as follows:

Sexist violence is considered to be all those forms and acts of control, aggression, refusal, or of direct, structural and symbolic imposition that are carried out within the framework of the hierarchical and unequal relationship of men over women, implicit in the heteronormative sex-gender-sexuality system (Art.51.2).

From my point of view, we are dealing with the definition that best fits the context and subject of study that this research is dedicated to, as what I am precisely interested in is highlighting the intrinsically instrumental and political character of the violence that is exerted upon those socialised as women and who challenge the heteropatriarchal system of power.

This exception takes us back to the legal concept of "equality" on which it is legislated. Jasone Astola raises a point on this matter that I feel is worth mentioning here: If the current legal systems<sup>39</sup> are based on the "promotion of equality" between men and women, "women, rather than being subjects that are

---

<sup>39</sup> Referring to the European community, the Spanish constitutional system, etc...



constituted as being equal to men, instead become subject of their legal regulation, whose mission it is to make women equal to men" (Astola, 2008:281). The female condition, says Astola, "continues to deny us the ability to be free and equal subjects, and this denial leads to - unlike men-subjects -, women being considered a vulnerable collective, and therefore, a possible subject that qualifies for protection." This is why, and I believe that we find here the key to a new articulation on many levels, "...we need to be named. We need to be constituted as a political subject with a body, a feminine one, and obtain recognition of our identity" (2008:281). Astola sees structural and legal changes as a starting point, but not a finishing line.

We believe this position, which argues for the re-appointment of legal texts, is more adequate as it compels a much deeper debate. This debate takes on not only the definition of the type of constitutional political subject that those of us named women want to be, but also allows for the securing of the right to subjectivities that do not recognise themselves in the categories woman-man, or that shift across categories, to be widened. Re-thinking the legal texts from this position allows questions such as gender-based violence from a comprehensive perspective to be addressed, which leads to other forms of violence, situations and relationships of subordination and discrimination (relationships of power) emerging, which go beyond binarism, heterosexuality as the norm and its contextualisation within the domestic realm.

Although the analysis of the limits derived from these conceptualisations goes beyond the objectives of this study, it also serves to point out its limitations in terms of representing the array of subjectivities and situations prone to reproducing and receiving violence. The activists that have participated in the study with their narratives, perceive themselves to be socialised as women, and although not all of them move within the margins of heterosexuality, the experiences narrated all involve men as the perpetrators of violence.

### **c. The Feminist Movement.**

The activists of social movements and feminist collectives have identified the need to create and have created new frameworks of interpretation, theorising from praxis on the political participation of women, gender relations or violence within social movements and political collectives, among others. This exercise, undertaken

from an activist awareness, is carried out through spaces of reflection where collective practice, theory, the more academic and more political discourses merge viewpoints. The interdependence between theory and practice that is called for by the majority of feminist epistemological proposals is in this way emphasised. In the words of Erica Burman, "Feminist research is praxis, a theory that connects experience and action" (quoted in Biglia, 2012).

While the institutionalised definition on violence from Beijing appears (at least at this level of interlocution) to have become stagnant<sup>40</sup>, the discourse of the feminist movement has continued to rethink and analyse the causes and expressions of violence, transforming, adapting and enriching them through the direct influence of latest debates. An example of this dialogical debate's dynamism is the development of the discourse around violence that takes place between 1994 and 2008 in the Basque Feminist Movement, years during which the III and IV Feminist Conference of the Basque Country were held, respectively<sup>41</sup>, and that more recently took place in the conferences organised by the Basque Country's Platform of the Global Women's March (PMMMEH) in November 2016.

During the decades of the 70s and 80s, the Basque feminist movement developed strong social campaigns against sexual assaults. This mobilisation brought about institutional and criminal sentencing changes, such as the reform of the criminal code, the creation of women's shelters, the creation of state public policies and the institutionalism needed to carry them out (SORTZEN, 2011).

Following the previous tumultuous decades, the 90s then bring about a period of general social demobilisation. During the III Feminist Conferences of the Basque Country –held in Bilbao on the 8th, 9th and 10<sup>th</sup> December 1994 -, many speeches

---

<sup>40</sup> The Commission for Interinstitutional Agreement Monitoring, "Violence against women. Terminological Proposals." Vitoria-Gasteiz 25/11/2005.

<sup>41</sup> We refer to the documentation analysis (articles in the press, official programmes, talks, interviews, acts and synthesis documents) carried out for a previous study on the discourse analysis on violence of the Basque Feminist Movement between 1994 and 2008, according to and thanks to the documentation compiled by the Women's Documentation Centre "Maite Albiz" in Bilbao. [The Centre's website: <http://www.emakumeak.org/es>]

and papers gather and reflect on the crisis of the Basque feminist movement<sup>42</sup>. Within these, the criticisms of the institutionalisation of feminist demands<sup>43</sup> turn out to be one of the causes that bring together the most consensuses. In spite of this, there was still space for more optimistic analysis:

We could summarise that we have gone from a period of demands fought for on the streets, the fight for abortion rights...to a period of greater reflection, elaboration and maturity. Women are coming together to form working groups, conferences, courses, and are rehearsing practical alternatives, at both the professional level and their incorporation into the social sphere. (Lambroa Feminist Collective, *Egin Egunkaria*, 18/12/1994)

This period of demobilisation, together with the appearance of other areas of debate within the movement (the definition of the feminist movement as a political subject, political lesbianism or double candidature), causes the feminist movement to lose momentum in the topic of sexist violence. Nevertheless, new sectors that address this appear later, and from these, new approaches also (SORTZEN, 2011).

Amongst the activists and the collectives that have theorised on violence, inside and outside the Basque Country, we find different approaches that have in common a systemic, structural and instrumental focus on violence:

Patriarchy represents a social organisation at a global level and is characterised by a ranking of the male collective over the female, with violence being the instrument that sustains and maintains this hierarchy. (Lambroa Feminist Collective, *Egin egunkaria*, 9/12/94)

In the texts that we have used as reference<sup>44</sup>, numerous forms of naming violence appear, from violence against women, gender-based violence, through to assaults, machista violence, and finally sexist violence. One of the most significant determinants is thereby found in the identification and conceptualisation of the female political subject or subjects that are subject to this violence.

---

<sup>42</sup> *Sobre el futuro del movimiento feminista*, (*On the future of the feminist movement*), (Talk) Asamblea de Mujeres de Bizkaia (Biscay Women's Assembly), 1994; "*El movimiento feminista debe salir de la UVI*" ("*The feminist movement should exit the UVI*") (*Egin Egunkaria*, 18/12/1994); "*Historia de una muerte decretada*" ("*Story of a death declared*") (*Egin Egunkaria*, 18/12/1994).

<sup>43</sup> As a reference point, it is worth noting that 1988 is the year in which Emakunde-The Basque Institute for Women was created.

<sup>44</sup> See bibliography.

The Las Afines Collective (2007) and their text, “*¿Quién teme a los procesos colectivos? Apuntes críticos sobre la gestión de la violencia de género en los movimientos sociales*” (“*Who fears collective processes? Critical notes on gender-based violence management in social movements*”), define structural violence in the following way:

When we talk about structural violence, we talk about generalised patterns of domination that permeate the experience of being a woman and all spheres of an everyday nature: personal relationships, the perception and use of public spaces, work, recognised authority, the perception of one's own rights or lack thereof, the relationship with one's body and one's sexuality, and a long etcetera. Structural violence is a mechanism of control over women, but not only as an extreme form of control – a pervasive threat of punishment that needs to be provoked or triggered -, but as a normalised and naturalised type of relationship that can therefore be carried without justification (2007:5).

In this instance, we argue for a strong subject that responds to the need for determining positions within a given political context. In any case, what interests us is to highlight the conceptualisation of violence based on its instrumentalisation as a mechanism of control, not just as a direct or extreme form, but also a symbolic one.

The Bilgune Feminista Collective in their talk "Confronting sexist violence", presented during the IV Feminist Conference of the Basque Country (2008), widened the range of acts considered as violence, alluding again to its instrumental nature:

Sexist violence is the most violent consequence of the patriarchal system and encompasses a wide range of levels and intensities: from a passing glance to a measly but at the same time offensive word, all the way to murder, black spots of assault or harassment in cities, and misogynous jokes...Violence is a tool that uses patriarchy to keep women tied to "feminine identity", developing this role and thereby making sure women are considered second-class citizens (Bilgune Feminista, 2008).

At the end of 2014, the fanzine *Antifeminism and gender-based aggressions in antiauthoritative and liberated spaces*, edited by Rechazodistro (Santurtzi, Biscay, Basque Country) was created. Within it we find allusions to violence, especially in terms of aggressions, including other generic subjectivities prone to suffering violence:

A gender-based aggression is an attack, endorsed by the supremacy of the masculine role, against the autonomy and the moral, emotional, physical and/or sexual integrity of another person (woman, homosexual, trans or man); although, it occurs mainly from men towards women due to the social imposition of the family

and of heterosexuality. They differ from other aggressions, due to the use of the gender system - and not any other element of power, such as race -, as a tool for domination" (A., 2014:5).

It is worth specifying, as does the fanzine, that when it mentions "women" and "men", it does not do so in defence of the sexes nor of gender, but because "we live in a role that socially conditions us" (A, 2014).

Throughout the last number of years, gender-based violence has gone back to being a strategic strand within feminist agendas in the Basque Country and the (Spanish) State. Political dialogue and collective reflection has enabled the creation of new spaces and movements, as well as analysis and training workshops. One of the most original proposals aimed at conceptualising the multiple manifestations of violence experienced by women throughout their lives, is the one developed by the Basque Country Global Women's March Platform, which brings together numerous collectives and feminist women from the Basque Country. The Platform positions itself within a definition of violence that situates it, first of all, within a mixed system of power, that of *capitalist patriarchy*. Secondly, the process of collective reflection compiles the multiplicity of elements and systems that generate oppression and consequently, violence, within its analysis - leading to the term "transsystemic violence":

...We declare ourselves as fighting for a life free of transsystemic violence, condemning the multiple systems of oppression played out in the violence that intentionally harms bodies and territories in order to subdue and dominate us on a daily basis. We call out these multiple and connected systems; neoliberalism with budget cuts, racism, machismo, heterosexism, adultism, eurocentrism, the slave trade, colonialism, and imperialism, among others, that act as a single fist of violence against women among the peoples that live on earth. These acts that cause suffering and that are effectively crimes, are expressed as physical, sexual, psychological, symbolic and verbal violence; as precariousness, and as hereditary and economic violence through the impoverishment of women that are family caregivers (PMMMEH, 2015).

We have collected two criticisms of this conceptualisation that we mostly agree with. The first one is stated by Idoia Arraiza on behalf of Bilgune Feminista, in the last and already mentioned Conferences organised by the Platform and put together by Mari Luz Esteban (2017) in a recent publication. The potential of the concept is recognised within this, as it promotes the idea of a multifaceted political subject and allows for the arranging of different types of hierarchies (sexism, classism, colonialism, ableism, adultism, and so on). However, they note that it is difficult to understand at a conceptual level, and the relationship between different

hierarchies, as well as the emancipatory subject, remains blurred. Moreover, Esteban (2017) adds that it does not clarify for whom and what we are working towards.

A second criticism is one that alludes to the inclusion of systems of oppression that cannot be conceptualised as sexist violence or violence against women, for instance; labour exploitation or the neoliberal system and budget cuts. It is clear that the consequences of the economic crisis and precariousness have had a stronger impact on a particular group of women, product of the generalised power relations that permeate our society. Nevertheless, categorising this strand of oppression as sexist violence, according to those of us who defend this position, is a not very rigorous way of using the concept.

To mark the demonstration held in Gasteiz in April 2016, Basque feminist collectives worked together on a definition of violence and its dimensions, conceptualising it as machista violence:

Machista violence (...) is part of the institutionalisation of the genders, that is to say, of the definition of what a man is and what a woman should be. (...) It is not only bodies assessed at birth to be women that suffer chauvinist violence, and not all instances of chauvinist violence are produced in heteronormative relationships. Bodies that are dissidents of sex, such as the lesbian or the transsexual one, racialised bodies, or the differently abled suffer specific types of violence that crossover with chauvinist violence. Gender and sex are elements used by the heteropatriarchy in order to define normality and the hegemonic standard, and all bodies that do not fit that normality suffer chauvinist violence. (*Feministok Prest!*, Statement, April 2016)

I shall here end the analysis of approaches towards the phenomenon of gender-based violence and sexist violence according to their field of origin. As pointed out at the beginning, by no means are we talking about hermetic positions, but rather positions that act in a relational manner in the construction of a notion that brings together the largest possible number of elements for the phenomenon's understanding, as well as in the development and implementation of adequate measures to confront it.

Throughout the following section, we will focus on those elements that justify the importance of a feminist epistemic approach in researching violence and in the process of constructing meanings.

### 3.2 SOCIAL IMAGINARIES, HETEROPATRIARCHAL EPISTEMOLOGIES AND HETEROPATRIARCHAL EPISTEMIC VIOLENCE.

The importance of a feminist epistemic approach in researching gender-based violence and sexist violence resides in the need to confront the unequal logic of power that lies beneath forms of knowledge production. As Casado Aparicio (2012) points out:

What we think we know about gender-based violence (*that it is a scourge and that abusers are machistas*) can nowadays compromise analyses, diagnostics and interventions. Moreover, it “makes gender” and affects the way and the degree to which we make ourselves responsible for inequality (2012:1)

We have decided to call such forms of knowledge production *heteropatriarchal (or hegemonic) epistemologies of violence* (Hume, 2008). The immediate consequences of such forms of knowledge production have an impact as *heteropatriarchal epistemic violence* and are in turn impacted, through the *social imaginaries on violence*, by and for the reproduction of unequal power relations and logic that constitute the backbone of spaces and discourse in current societies. In this section we will explain the interrelationship that brings these three concepts together. Firstly, however, we must locate the context and explain the meaning of each concept.

Although the notion of *social imaginaries* has been frequently used in Social Science research, there is no clear conceptualisation that achieves general agreement amongst the research community (Gómez, 2001). With the objective of positioning the reader, one of our first tasks will therefore consist in specifying the actual use of the concept within this study.

The concept of *the social imaginary*, put together by Cornelius Castoriadis (1975), is not political, but theoretical: by introducing the imagination when thinking about collective phenomena, the aim is to obtain a new comprehensibility on the nature of social and historical phenomena (Fressard, 2009). From the imaginary, we seek to interweave an institutional reality - in the sense of it being instituted and, thus, not naturally produced, but rather produced as a consequence of human action -, with the symbolically and economically functional (Cabrera, 2004). According to Castoriadis, “The imaginary of which I speak is not an *image of*. It is

an incessant and essentially indeterminate creation (socio-historic and psychological) of figures / forms / images, from which it can only be "something". What we call "reality" and "rationality" is product of it" (1975: 12).

In this way, and continuing with the same author, society is "a quasi-totality brought together by institutions (language, norms, family, modes of production...) and by the meanings that these institutions embody" (1975:3). Imaginary meanings, therefore, are not representations of something that "would be there" entirely independent of these, but rather they are constituent of the actual being of society and history (Fressard, 2009). According to Cabrera's analysis (2004), "social imaginary significations" operate by (i) instituting and creating, (ii) maintaining and justifying (legitimation, integration and consensus), and (iii) questioning and criticising a social order. Ultimately, social imaginary significations institute and create a social order, and are in turn instituted and created by that same order.

Nevertheless, social imaginary significations should be understood as meta-narratives - there is no single *imaginary*, but rather a hegemonic *imaginary* -, otherwise we would be ignoring the unequal correlation of forces when signifying what defines hierarchical societies. They are indeed forms of self-creation chained to a historical and social time, but they do not escape identitarian, ideological and epistemological characteristics. Hence, when I refer to the *social imaginary on violence*, I do so in relation to the system of meanings and social representations that arise from the *heteropatriarchal epistemologies of violence* understood as the dynamic forms and processes through which dominant groups build, interiorise and reproduce knowledge on violence against women (Hume, 2008). In other words, the social imaginary on violence – the transformation of which we hope to contribute to through this study -, is *the product of a system that creates common meaning based on a specific logic or system of relationships of power - heteropatriarchy-, present in structures, social institutions and people's subjectivities.*

This imaginary is reproduced through different *dispositions*. We understand 'dispositions' as:

A complex bundle of relations between institutions; norm systems; forms of behaviour; economic, social, and technical processes; types of classifications of subjects, and the objectives and relationships among these subjects, as well as a game of discursive and non-discursive relations, of regularities that govern a dispersion underpinned by practices (García Fanlo, 2007:2).



Amongst these, the role fulfilled throughout history by social institutions such as the family, the State, the church, school, or the media, among others, in the continuous (re)creation of the objective and subjective structures of masculine domination (Bourdieu, 2000), is worth highlighting. The developing of a "coherent" and interconnected discourse that connects the *myths* and stereotypes tied to the phenomenon of sexist violence can be found among these discursive strands or practices.

By *myth* we mean the "accepted (and often unquestioned) norms and values that shape both the ontological and epistemological appreciation of violence" (Hume, 2008:60). Myths accomplish an instrumental role in relation to the creation and recreation of social imaginaries, given that they allow – just as stereotypes do -, the creation of a cohesive narrative around the legitimisation of the use of violence by men. For Lévi-Strauss (1955), the myth's purpose is to provide a logical model in solving a contradiction and in this case, such a model achieves not only an instrumental-legitimising role that seeks to solve the contradictions of heteropatriarchal discourse, but also acts as a tool of social control.

Jill Filipovic (2008) mentions the *myth of feminine passivity* as one of the cultural narratives used for centuries - together with its sexuality-, to justify the social control of half the human population. The narrative around passivity presents this quality as essential and defining of the feminine condition. Hence, according to this narrative, our *nature* determines us as beings that need to be controlled, manipulated, and possessed.

Female sexuality is portrayed as passive, while male sexuality is aggressive (...) Penetration is the key element of sex, with the man imaged as the "active" partner and the woman as the passive receptive partner. And sex is painted as something men *do to* women, instead of as a mutual act between two equally powerful actors (2008:18).

Nevertheless, to assure the operation and perpetuation of the heteropatriarchal order, women do not only need to be passive and complacent; we also need to be aware of our "inherent lascivious condition", of the constant provocation to which we subject men. We are therefore made responsible (through the way we dress, our attitude, etc.) of being to blame also in cases of assault, or of even and in some way "seeking" to be raped or attacked. It is we women - according to this same discourse -, who must act in order to prevent such situations (by not dressing a certain way,

by not making our way home unaccompanied, or by avoiding certain places at certain times). It would seem that, from the point of view of masculine power, the only way in which a woman can resist and defend herself, is by doing so by herself.

So, what happens when women break from the narrative of *passivity*? In other words, what happens when we resist and/or act against oppression and discrimination? I will just provide a couple of examples and highlight a common element: punishment in the face of *transgression*.

The first example completes the argumentative thread on the culture of rape and representations that legitimise and perpetuate the model of heteropatriarchal sexuality: the sociocultural construction of "the whore"<sup>45</sup>. Thomas Macaulay Millar (2008) theorises on what he calls a *commodity model of sex*<sup>46</sup>. This model would answer to the following characteristics: it is inherently heteronormative and phallogentric; it requires that one person "give" and another "receive"; it is built on the basis of the absence of 'no', and it assumes that when a woman has sex she is losing something of value. According to Macaulay, many rapists acquire a certain "license to act" through this model, whose corollary is the social construction of "the whore". When women decide that we want to explore and enjoy our sexuality whenever and with whom we want, we become "cheapened goods"; an object worthy of contempt by heteropatriarchal thought.

In face of such a social construction, many women and transfeminists have shaken up the notion of *whore* or *bitch*, rebelling and displaying their sexual promiscuity in pursuit of a re-signification that becomes contra cultural and liberating (amongst them, Diana J. Torres, and Itziar Ziga). Their texts, *performances* and shows are not only a form of resistance, but also a fully-fledged attack on cultural cornerstones and on the morality demanded of women.

A second example warns about the possibility of women being stigmatised and excluded for reporting violence and for demanding justice. As Elisabeth A. Stanko points out:

---

<sup>45</sup> This term, within the context that interest us, is generally aimed at the sexually-open and/or promiscuous woman that displays a certain autonomy when sexually interacting with other people, or that tends to display her sexual body in an explicit way.

<sup>46</sup> Applicable to both heterosexual and homosexual relationships.

In declaring victimization, an individual must stand apart from the collective experience and announce specific effects of unequal treatment. Asserting discrimination, as an individual claimant, means separating oneself from the collective inequalities, and making a public declaration about the right not to be treated in such a way. (1996:52-53)

Most of the activists that have reported aggression within their collectives, have ended up branded, judged, and excluded from activism due to the direct or indirect consequences of calling out what has occurred and demanding justice (Martínez Portugal, 2015).

Continuing with the myths associated with social discourse and imaginary, Liz Kelly (1988) identifies six myths regarding *sexual violence*<sup>47</sup>. These ideas, says Kelly, combine and interact with each other causing stereotypes on the reasons why men perpetrate sexual violence, as well as stereotypes on the types of girls and women *to whom it happens*, offering a sort of *causal explanation*: "They like it/they want it", "they are asking for it/they deserve it", "it only happens to certain types of women/families", "they are lying or exaggerating", "if they were able to show resistance that means that they could have avoided it", or "the men that commit these types of acts are sick, demented, under stress, or out of control". Once again, it does not appear to be an innocent narrative. These hypotheses tend to deny violence, normalise or turn the aggressor or the abused woman into pathologies, and cause both the deflection of men's responsibility and the denial of women's experience. This "causal explanation" seeks, beyond the objectives that we have just mentioned, the denial of the systemic and structural nature of violence. Instead of pinpointing violence within a system based on control and *power over* women, it seeks to make these facts seem occasional and isolated.

Even though the studies and statistics that relegate such stereotypes around aggressions to a reduced number of cases are constantly increasing, it is clear that this narrative persists in our minds and hinders the recognition of other types of situations and acts as sexual aggressions. Let us take the myth about rape as an example. The classical representation of this aggression is that of an unknown man

---

<sup>47</sup> Term that the author uses to refer not only to sexual assaults, as we would interpret it in Spanish, but to "any physical, visual, verbal or sexual act that is experienced, at the time or later on, by the woman or girl as a threat, invasion or aggression, whose effect seeks her injury, degradation or to diminish her capacity to control the intimate contact" (1988:41)

in a dark alley that forces a woman, whilst she, the abused party, constantly and actively opposes it. Nevertheless, we *know* that the vast majority of rapes do not conform to such prerogatives:

Blanca's "first time" was a rape, but it took her years to recognise it as such. (...) She liked the man, and she felt ready to have sex with him. But at a certain point she disliked his attitude, and she asked him to stop. But far from understanding her "no", he pushed her against the wall, covered her mouth and forced her. She took a deep breath and tried to relax to avoid suffering injuries. She told her friends about it without giving it much thought: that she had had a couple of beers and just let herself go to whatever happened. After nine years and two long-term relationships marked by humiliation and abuses, and strengthened by therapy and contact with feminism, Blanca recognised herself as a raped woman and cried for the first time. (...) What was originally a desired encounter becomes, in fact, a sexual assault. This situation is more frequent than the stereotypical one of rape by an unknown man in the street, but it is more difficult for women to identify it as a crime against their sexual freedom. The feeling that they are to blame, the shame of exposing their sexuality and the fear of not being believed, causes few women to report or even talk about it. (June Fernández, "Yo quería sexo pero no así" "I wanted sex but not like that" 25/11/2012).

In this way, the sexual assaults that do not resemble that imaginary of "movie-style rape" are normalised, considered "something else", or, once again, the victim is blamed (she provoked him, she did not say no with sufficient insistence...) (Vazquez, 2009 quoted in Fernández (25/11/2012)).

Psychological and symbolic violence constitute an even larger challenge due to; the added difficulties that their identification entails (given their naturalisation by the system of heteropatriarchal domination), the greater underestimation (Susana Velázquez, 2003; 25-26), and the great extent to which they are tolerated in the majority of social spheres. However, violence is not always obvious or physically manifest, and it is not always limited to the domestic, family contexts or that of couples. As Marta (2016) points out in her narrative:

We find it socially and personally hard to deal with those situations where there is no clear physical abuse. There's the classic story about the abused woman and the story about the abuser, and we don't know where to place anything that doesn't quite fit with that story. (Marta, 2016)

Even though the idea that "the aggressor-profile does not exist as such" has been gradually reinforced over the past years, in practice, there has been a profiling of an abuser-type (Casado Aparicio, 2012): a vicious, problematic, reactionary, irritable or openly aggressive person, and/or self-proclaimed machista. Thus, the social discourse has gone from justifying his behaviour as something legitimate and natural, to contemplating his behaviour and making it pathological on the basis of

social deviation:

The justification that aggressors' behaviour and use of violence is something normal or innate has been argued for some time, whereas nowadays, aggressors are made into pathologies (they are alcoholics or they have mental health problems...), instead of their behaviour being treated as a violation of women's rights. (Basque Country's Global Women's March Platform 2013:4)

The *Antifeminism and Gender-based Aggressions* fanzine (2014), condemns the impact of the creation of heteropatriarchal meanings, and reminds us of the systemic and structural dimension of this phenomenon:

The media build a collective imaginary around the aggressors that, instead of supporting, hinders our efforts in discerning the danger, obscures the aggressions and holds us in constant fear. It is true that aggressors do not have a specific profile and this makes it impossible for us to recognise their general traits. Anyone can be an aggressor (...) A person who assaults does not do so 'by mistake' compared to their usual behaviour, but as a continuation of their oppressive gender perspective (A., 2014:3).

In order to understand the impact of the construction of heteropatriarchal meanings in terms of violence, we will take advantage of the concept of *epistemic violence* (Spivak, 1998). *Epistemic violence* is produced when the systems of knowledge depend on – and purport –, the silencing and alienation of subordinate groups, with the aim of normalising and naturalising systems of exploitation. In this work we will use the concept of heteropatriarchal epistemologies to refer to those hegemonic discourses that deny women's voice and other generic subjectivities, overriding their capacity to construct meanings. It involves a use that it has already been given and conceptualised as in terms of *epistemic gender-based violence*. However, I consider the use of the term *heteropatriarchal epistemic violence* to be more appropriate, for the same reasons and limitations that have been repeatedly put forward with regards to the use of the concept of "gender". Firstly, because associating gender only with women is a huge mistake, and, secondly, because I think that through the use of the term *heteropatriarchal*, we can clearly make the systemic origin of violence more visible, underlining its political character, and including other generic subjectivities subject to the heteronorm. Gil's (2008) definition would thereby read as follows:

Epistemic gender-based [*heteropatriarchal*] violence is produced from a disposition whose logic is determined by alteration, negation, and in extreme cases, the extinction of meanings of symbolic life within a social group. For instance, the prohibition of a mother tongue in an occupied nation comprises one of the extreme forms of epistemic violence. In its gender dimension, such violence is related to the amendment, the revision and the blotting out or superseding of the systems of

symbolisation, representation and subjectivation that women [and other generic subjectivities] have of themselves, for example, their ways of registering and remembering the experience (Gil, 2008 quoted in Martínez Hernández, 2014:298).

The instrumental character of epistemic violence is expressed in the following definition, through its appointment as a form of control and as a strategy for establishing power:

Violence is thus understood as a strategy for establishing power, in some cases legitimised as obscuring differences (when the recognition of diversity as a form of control is impeded), contingent on the establishment of a social "order" (in inverted commas, because the act of obscuring something that exists implies a tension that highlights the possibilities of rupture, that is to say, that they "come into the public eye"). (Martínez Hernández, 2014:297)

It becomes necessary to point out that it is men who have been the ones, as perpetrators of violence, to build knowledge on violence and on the sexuality of women, among others, in a wide range of forms and contexts through, for example, legal, medical and psychiatric institutions, as well as through the "common sense" promoted by the already mentioned media. By contrast, there are numerous forms through which the experiential knowledge of women is denied, invalidated, and forced to remain hidden; forms that change and adapt to the cultural and political circumstances (Kelly y Radford, 1996). Hence, we see how the definition of violence, like that of any other concept, is not neutral "but strongly marked by the needs and desires of those who occupy spaces of power" (Cardona Curcó 2015:33). Beyond the approximations that have been conducted from a feminist viewpoint, the construction of knowledge and meanings with regards to sexist violence - be it or not scientific in nature -, suffers from a heteropatriarchal ideological bias, offering a representation of reality that complies with the interests of the system itself. A critical approach that questions the system of power relations that support the hegemonic epistemologies and their representations in terms of social imaginary becomes necessary.

This system – heteropatriarchy - is made up of two concepts: *patriarchy* and *heteronorm*. The Basque Country's Global Women's March (2013) describes *patriarchy* as:

A system based on domination and hierarchy; on the logic of the slave and the master. Violence as a way of maintaining domination is always implicit within it. The sexual differentiation and power relations resulting from it are the system's foundations. (PMMMEH, 2013).

The heteronorm, as a sexual model, plays a part in the imposition of patriarchy. Bilgune Feminista (2015) identifies the characteristics of the model<sup>48</sup> to be "heterosexual, built on a bipolar model of the sexes, genital, and aimed at masculine pleasure", and pinpoints how the heteronorm has a direct impact on how we behave on a daily basis, in our sexual-affective relationships, and it results in a fundamental element when deepening the analysis of power relations that permeate heterosexual and homosexual relations. As a consequence, talking about heteropatriarchy compels us to observe sexist violence as one of the possible forms through which violence can act by means of the gender disposition. This entails not obscuring other forms and expressions of violence, such as the lesbophobic, transphobic or homophobic, nor establishing a hierarchy between them.

Finally, the interrelation between the concepts of *social imaginaries*, *heteropatriarchal epistemologies* and *heteropatriarchal epistemic violence*, can be summarised as follows: Those who possess the power to define and produce knowledge can hence more significantly pervade the social imaginary on sexist violence, creating a dissonance between this and the experiences that women and other generic subjectivities receive as such. The dissonance between the social imaginary and that which they have experienced as violence has an effect on the process of naming, identifying and confronting the different situations experienced by women. This occurs through the extent to which it constrains and builds the framework by which they must make sense of their experiences. In this way, the power over the discourse on violence, its definition, the definition of the social context in which it is carried out, what characteristics the woman or the person that receives it have to fulfil, or what type of man perpetrates it, constitutes, in essence, another expression of violence.

Despite all of these difficulties, women that are subject to sexist violence resist and continue to report it; on the street, in their work place, in their family, and also in court. Regardless, this study focuses on the consequences of reporting violence within their groups or activist communities.

Actually, an important part of the feminist theoretical contribution has been to counteract the heteropatriarchal bias of produced knowledge on violence (Segal,

---

<sup>48</sup> Ez obeditu! Heteroaraua plazerez lehertu! (28/06 /2015) Seen in:  
[[http://bilgunefeminista.eus/eu/Artxibategia/Ez\\_obeditu\\_heteroaraua\\_plazerez\\_lehertu!/](http://bilgunefeminista.eus/eu/Artxibategia/Ez_obeditu_heteroaraua_plazerez_lehertu!/)]

1995 cit. in, Hume 2008). The product of this work in deconstructing and creating new frameworks of interpretation (De Miguel, 2013), has been the writing of books, articles or fanzines, and the holding of talks, meetings, courses and conferences, in order to discuss and analyse myths such as romantic love, the passivity of women, or the ones associated with sexuality and heteronorm, among others. Managing to go beyond hegemonic discourse and that of imaginaries, and being able to name these things by ourselves, is a form of resistance to violence that forms part of the process of women's learning and empowerment (Kelly, 1988), where the construction of *other* collective meanings acquires a fundamental importance.

Analysing the discourse and the social imaginaries on sexist violence and other types of violence derived from the gender disposition becomes vital when examining the cultural practices and systems of beliefs used to legitimise and reproduce the distinct forms of the phenomenon (Galtung, 1990; Kelly and Radford, 1996; Casado Aparicio, 2012), as well as in responding to and transforming them. It is with this endeavour in mind that we argue the need for a feminist epistemic approach when researching and theorising on sexist violence.

### **3.3 CONFRONTING THE HETEROPATRIARCHAL EPISTEMOLOGIES OF VIOLENCE.**

Faced with the forms and processes through which heteropatriarchy constructs meanings regarding violence against women, feminist resistance has relentlessly worked on the construction of new meanings and frameworks of interpretation. This development has taken place on at least three levels - the epistemological, the conceptual and the theoretical, if in a slightly unequal way.

Bonnie Fox (1993), a Canadian sociologist, argued that violence against women was the "aspect most poorly theorised on, within gender inequalities" (cit. in Hunnicutt, 2009: 554)". Almost a decade later, in 2001, Jeanne Flavin would apply feminist theory to the study and practice of criminal justice in *Feminism for the Mainstream Criminologist: An Invitation*, and would state that "Feminist perspectives have worked more and better in criticising than in the construction of theoretical frameworks of interpretation" (cit. en Hunnicutt, 2009: 555)". Already in 2009, Hunnicutt would conclude by saying that: "Today, research on violence



against women continues to amass an impressive rate, yet theory development remains slow”. That same year, Raquel Osborne congratulated herself on the mainstreaming of the topic<sup>49</sup>, within various fields of knowledge, in *Apuntes sobre violencia de género (Notes on Gender-based Violence)*, and she did so making sure to indicate the difference with respect to the previous decade (Osborne, 2009; 9-10). I agree with Hunnicutt in that, just as Osborne confirms, research on violence against women and the publication of essays, studies, statistics, etc., has indeed multiplied, and this is undoubtedly an achievement worth celebrating. Nevertheless, the theoretical development continues to be less in comparison to other phenomena related to gender inequality<sup>50</sup>. With this return to a focus on the centrality of feminist discourse and the feminist political agenda, the efforts and processes of reflection aimed at analysing and trying to define the concept have multiplied. Despite this, the critiques on the vagueness of some approximations or on their limited utility when it comes to converting the theory into practical tools that allow for a tight identification and intervention, are still commonplace (Martínez Portugal, 2015; Esteban, 2017).

The persistence of premises and concepts used by the heteropatriarchy when producing knowledge on the phenomenon through texts and research carried out is even more worrying. For instance, (i) the thoughtless use of the concept "victim" in referring to women who suffer abuse, (ii) the restricted use of the term “violence” to its more extreme expressions by means of an excluding logic, (iii) the consideration of “violence” as *an isolated event, an occasional act or a deviation* and the persistent tendency to create a typology of the abuser, or (iv) *the rigidity in the definition of violence*, and the consequent articulation in campaigns and institutional policies (Casado Aparicio, 2012; Martínez Portugal, 2015). Hence the

---

<sup>49</sup>The truth is that, throughout the first decade of the XXI century, various events take place on a political and social level that catapult the topic into the public agenda within the Spanish State, alongside the current legislative development on the issue of violence, conceptualised as gender-based violence or violence against/on women. I am referring to the 28th December 1/2004 Organic Law, of Measures of Integral Protection against Gender-based Violence, the 22nd March 3/2007 Organic Law, for the Effective Equality of Women and Men (valid until 1st January 2016), or the 18th February 4/2005 Law, for the Equality of Women and Men in the Basque Country, amongst others.

<sup>50</sup> My first contact with the scientific study of gender-based violence was my MA dissertation “Sexist violence in social and political left-wing communities: women activist’s cases and processes of resilience”. I remember that at the time, it struck me how, considering its social relevance and presence in discourse, I was the only one to focus directly on the topic of violence out of the twenty students that made up the class.

interest in analysing violence and the contexts it performs in much further, discussed, on the one hand, from a perspective that highlights its instrumental character within the heteropatriarchal system of power, and on the other hand, through strategies of knowledge justification and validation (epistemological proposals) that integrate new women stakeholders and that benefit from the headways and proposals that are being developed by feminism and feminist theory.

**Table 3:** Normative and Theoretical Assumptions around Gender-based Violence or Sexist Violence by discourse.

Heteropatriarchal Discourse	Feminist Discourse
Deviations, occasional acts and stereotyping of the aggressor.	Systemic, structural and instrumental phenomenon
Logic of Exclusion	Logic of Inclusion
Rigidity in the definition	Fluidity in the definition
Victimisation of the abused woman	Pinpointing sexist violence within the setting of women's resistance to the men's power.

**Source:** Prepared by the author using various sources.

Rebecca and Russell Dobash (1998) explain that, if violence is considered a form of *social deviation* rather than an existing and recurring element in social relations, there is no need to "worry" about the overlapping forms through which it is expressed, but only about its *deviations*. Faced with the consideration of violence as occasional and isolated events, feminist theory and action has fought for arguing its systemic and structural nature: systemic, because it is located within a system of power relations - heteropatriarchy; and structural, because these power relations are reproduced in the various structures and institutions that form part of our society. The placing of sexist and machista violence or gender-based violence within a system of power relations is fundamental in the identification and comprehension of the multiple facets of this phenomenon:

Sexist violence has a thousand faces, a thousand voices and a thousand forms and realms of manifestation (...) Violence against women does not have borders; it is a

fundamental tool in the patriarchal capitalist system's operation, because it is a resource used to maintain relationships of compliance and power that this system has created. As a result, sexist violence continues to be a political, social, economic and cultural problem of the highest order, because these attacks do not occur alone or in isolated form, but rather we are referring to the use of violence that sustains and enables a sexist social organising (Basque Country Global Women's March Platform, 2013:3).

The feminist geographer Rachell Pain (2014) alluded to the structural nature of violence by calling it "a daily terrorism" or *everyday terrorism*, suggesting, just as the Platform does, that violence is not only *produced by* the patriarchal system, but also that it *produces* (or re-produces) the patriarchal system itself. This does not mean that such reproduction is the same everywhere nor that it has remained inalterable throughout history, but rather that it stems from a dialogical and dynamic exercise, intrinsically linked to the specific characteristics of each culture and society and expressed in their structures, institutions, and female individuals.

Secondly, violence has been traditionally defined through a *logic of exclusion*, thereby reducing the number of manifestations considered as 'violence' and revealing only the most extreme ones, which generally maintain a relationship with those uses of force that involve the body (rape, domestic violence, some physical assaults, etc.), (Kelly and Radford, 1996). Faced with this reductionist strategy, feminist resistance has fought by counteracting this with a *logic of inclusion*, that despite being problematised for its extreme forms, (I am referring to the risks involved in the notion that "everything is violence", which we have previously mentioned and begun to discuss), has managed to widen the range of manifestations that are typified as such. This issue maintains a close relationship with the notion of the *continuum* of violence, which we will deal with later.

Thirdly, Cardona Curcó (2015) suggests that contemplating violence as a historically defined social construction implies necessarily setting the construction of violence within a given moment and/or place. This perspective multiplies the possible interpretations of what is *violent*, based on the context's specific circumstances (Dobash and Dobash, 1998). The socio-constructivist approach "assumes recognising the existence of an official version also, with respect to that which establishes what is and what is not considered violence" (Cardona Curcó, 2015:32), a problem that we have been so-far pointing out. Starting from a position that considers "violence" to be a cultural product highlights its relativist character,

and, therefore, the nature of its subjective meaning. It is this very subjectivity that compels us to consider the necessary fluidity of a definition on violence, as opposed to the rigidity of the heteropatriarchal approximations. One of the main authors in identifying the rigidity and the consequences of this type of definition is Stanko (2002): "Violence – as a phenomenon -, cannot continue to be conceptualised as something fixed, implied, and inevitable. I will go even further by suggesting that it is only through the fluidity of its definition that we can creatively think about the disarticulating of violence as a social phenomenon" (2002:3). Another option is the one chosen by Mo Hume, author of *The Politics of Violence, Gender, Conflict and Community in El Salvador* (2009), who chooses not to use any definition of "violence".

Lastly, one of the fundamental issues that this study aims to argue is the need to *pinpoint violence within a scenario of women's resistance in the struggle against men's exercising of power*, and not as passive recipients of violence (Kelly, 1988; Kelly and Radford, 1996). This perspective obliges us not to abstract ourselves from the context of women's lives, their actions and perceptions, before, during and after having dealt with particular episodes of abuse. Similarly, this leads us to widening our focus of analysis to include the ways in which women face, resist, survive and even redefine their experience in political terms. The strength that women unfold is in this way made visible, in spite of the experiences of victimisation that they have been exposed to (Kelly, 1988).

The assumptions that the feminist discourse establishes in order to face heteropatriarchal representations can – and must - guide those investigations on sexist violence that aim to further examine the phenomenon from a feminist perspective. I would next like to present a series of theoretical and methodological elements that I consider to be consistent with such assumptions.

**Table 4:** Summary of theoretical assumptions and consequent theoretical and methodological elements for feminist analyses on sexist violence.

Theoretical assumptions	Theoretical-methodological elements
<ul style="list-style-type: none"> <li>- Systemic, structural and instrumental phenomenon.</li> <li>- Logic of inclusion.</li> <li>- Necessary fluidity in the</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Putting women's voices in the centre when it comes to developing theory.</li> </ul>
	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Situating sexist violence within</li> </ul>

definition. - Pinpointing sexist violence within a scenario of women's resistance to the power of men.	the paradigm of "gender-based violence" or chauvinist violence.
	- The consideration of its intersection with other strands of oppression.
	- Recognising women's agency and identifying the manifestations of resistance from women who have suffered abuse.
	- The conceptualisation of violence as a continuum and a process.
	- The inclusion of feminism's classical and contemporary debates around violence: Power, Social Control, Sexuality, and the Myth of Romantic Love.
	- A multidisciplinary approach to the phenomenon.

**Source:** Prepared by the author using various sources.

#### **a. Putting women's voices in the centre.**

One of the by-products of the politicising of intimate relationships is the centrality that women's voices have acquired within research into sexist violence. According to various authors, the voices of women who have suffered or suffer violence are and have been invaluable when it comes to exposing the multifaceted character of the phenomenon (Kelly, 1988; Morgan and Björket, 2006).

Through embodied experience, women have named forms of violence and abuse perpetrated by men, which transcend the traditional sexual and physical assaults and/or their heteropatriarchal definitions, so as not to continue being literally silenced (Stanko, 1996; Hester, Kelly and Radford, 1996). Their testimonies allow us to take on a larger number of manifestations that can be catalogued as violence, and to give an account of their subjective variant.

Sexist violence is something that you're constantly aware of. It can be attitudes, the manner in which they reply, the expectations they have of you, how they treat you based on these expectations, the distinctions that people make, the extent to which and the situations where I trust you, and the extent to which and the situations where I trust another...and that's just the start...in any context (Miren, 2015).

Stanko (1996, 2002) begins from her own experience as a female academic that has suffered violence in the form of sexual abuse, in order to analyse and research the causes and consequences of it. Just as other researchers do (Hester, Kelly and Radford, 1996; Salvage Collective, 2016), she argues for the need to place women's subjectivities in the centre when defining and theorising sexist violence. This approach, more than any other according to Walby (1990), captures the extent of violence's impact on women and is considered to be the most radical, because it starts from a position that views the world and perception of women who have suffered violence as a "standard", as opposed to other bodies that claim to have authority on this issue, such as the police, laws and other institutions. Finally, if one of the genders (the masculine) possesses more capacity and legitimacy to signify and conceal the power relations that promote its strength to the point of naturalising it (Bourdieu, 1999), then the location of women's voices in the centre becomes a crucial element in confronting men's power to impose meanings.

We are able to identify, through the discourse and reflexivity of abused women, the mechanisms through which violence acts and which are harder to identify, even for those who have suffered it (Martínez Portugal, 2015). We are speaking, for instance, about *symbolic violence*. A "subtle and often invisible violence", established through:

the adherence that the dominated cannot fail to grant to the dominant (and therefore to the domination) when, to shape her thought of him, and herself, or, rather, her thought of her relation with him, she has only cognitive instruments that she shares with him and which, being no more than the embodied form of the relation of domination, cause that relation to appear as natural. (Bourdieu, 2000:35)

Without needing to quote Virginia Woolf<sup>51</sup>, the Narratives carried out by the women activists who participated in this research offer sufficiently numerous, varied and

---

<sup>51</sup> Pierre Bourdieu alludes to having to be the British writer in order to be able to cite with enough finesse, sufficiently numerous, varied and eloquent examples of concrete situations in which this subtle and often invisible violence is carried out (referring to symbolic violence).

eloquent examples to illustrate the workings of this form of violence that operates by “relying on acquired dispositions, like springs or coils within the deepest depths of the body”. Haizea (2017), another of the participants, describes how it works through her own experience:

Issues that come about not so much as a result of his direct abuse towards me, but from the role our society predetermines for me within a couple. The role of mother, of protector, of “his traumas come first... his needs come first”, in spite of your being really the one who has lost it... because then seeing as I’m the one who shouted, we’re on an equal playing field...in other words, how certain mechanisms that we have interiorised, act against our own wellbeing. They’re issues that...I can’t shrug off. It’s as if they were in my DNA (Haizea, 2017).

*Acquired dispositions* are a consequence of patterns of thought being naturalised and incorporated, and which in turn arise from sexual difference and the system of domination’s power relations. This immense prior activity of inculcation and assimilation allows the dispositions to act at a low energetic cost, as opposed to the cost entailed in building elements that confront and question the system’s structures and power relations. These dispositions are deemed necessary for the conditions of exerting force or symbolic violence.

Nevertheless, it is necessary to take into account that the limitations of introducing women’s experiences into the Social Sciences through qualitative methodologies are the same as those of the interviewed women’s own points of view, housed within the heteropatriarchal system. According to Walby (1990), this issue could be very problematic, given that it is unclear what the reasons that patriarchal notions as opposed to other theories should less contaminate women’s experiences, are.

When faced with this issue, Kelly and Radford (1996) argue that the connections between theory and practice are a fundamental element. Giving women voice, Kelly points out (1988, 1996), is simply the first step in challenging existing ideas, public policies, and practices. Placing women in the centre as active *stakeholders*, moreover supposes putting the everyday (and even implicit) assumption that all of sexist violence’s consequences are and will be negative into practice. We thereby open up the possibility of the process of confronting such negative effects, having,

in the long term, positive effects<sup>52</sup>. Nevertheless, they add; sharing the individual and personal experiences of women is not enough, by itself, for the theoretical construction. It is more a basis from which to begin developing our analyses and theoretical comprehension, with the aim of undertaking action.

In short, the centrality of women's voices in research on sexist violence has contributed to the conceptual development and better understanding of the phenomenon, giving rise to research and theoretical production, as well as to various political strategies.

**b. Situating sexist violence within the “paradigm of gender-based violence” or chauvinist violence.**

In the Basque Country and beyond, there is a certain consensus around addressing sexist violence within a wider paradigm. The purpose is, firstly, not obscuring other forms of violence that derive from the gender disposition: transphobic, lesbophobic and homophobic violence, violence against women...or *sexist violence*. Secondly, this conceptualisation seeks to strengthen the systematic display of the phenomenon (Biglia, 2015).

Pinpointing sexist violence within a wider paradigm of violence – be this that of *gender-based violence* or that of *machista violence* -, is a responsibility that must be assumed by those of us researching the phenomenon of violence against women from a critical feminist perspective. Nevertheless, and even when taking this consideration into account, I believe that it is a mistake to once again name each of these typologies in plural form (for instance; sexist violences, transphobic and lesbophobic violences), as has been done in certain spaces. Firstly, having placed these within the paradigm of gender-based or machista violence, referring to these types of violence *in plural form* makes achieving a clear distinction between *the mechanisms* that are used to perpetrate these and the violence as their *result*, very difficult. Given that violence is formed within a framework of generalised power relations, and not in an isolated manner, there are more obscure mechanisms, such as *laughter, silence, saying one thing first and then the opposite, jokes, words,*

---

<sup>52</sup> By no means am I saying that such a process is desirable, but rather, that it informs us about one of the most interesting consequences of adopting such a position.



*sending a text message at midnight while out partying asking “how are you doing?”* ...<sup>53</sup>, that are not violent in themselves, but through which violence can be carried out. Let us take laughter as an example: this can be used to ridicule, undermine, and deliberately (or not) cause injury upon a person who does not perform or act according to the masculine or feminine paradigm, upon a person whose sexual preference is not heteronormativity, or upon a woman. Nevertheless, its location within the framework of an unequal power structure is what turns it into a potential tool for perpetrating violence. Laughter, in itself, does not constitute violence.

Therefore, using the term *sexist violences* would only be useful in cases where there are more visible manifestations of violence: sexual assaults, physical assaults... thereby continuing to reproduce the heteropatriarchal discourse on violence. Nevertheless, if my objective is to determine which are the least visible manifestations of sexist violence and why they should be considered so, I must explain the parameters under which or the mechanisms through which laughter, silence, jokes, etc. become another manifestation of violence, rather than assuming them to be and *accounting for* them as such. Not establishing such a distinction – between the mechanism and its potential consequence -, undercuts our analytical capacity. Secondly, and beyond its subjective component, when we categorise such mechanisms as *violence*, we slip more easily into the debate around “*everything is violence*”, present in the current debates around its conceptualisation (Esteban, 2017).

By stating the result – or product -, without having explained the process from which it comes about, we are inadvertently doing a disservice to political debate and demands. In this sense, I have opted for speaking about *the sexist violence* that is carried out through language, identity, sexuality, the myth of romantic love or through psychological, economic and political violence, among others, aimed at maintaining control and power over women.

---

<sup>53</sup> Mechanisms that have been identified as violence by the activists that with their narratives participated in my MA dissertation “Sexist violence in social and political left-wing communities in the Basque Country: women activist’s cases and processes of resilience”.

### **c. The consideration of its intersection with other strands of violence.**

Dobash and Dobash, in *Rethinking Sexual Violence* (1998) focus on the notion of “context” as one of the central elements when giving meaning to violence. Thus, the definition that they provide, “violence is deemed to be a cultural product enacted by individuals located within different cultural contexts” (1998:4), far from being an essentialist claim, remains deliberately open to the necessity of considering the multiple forms in which violence manifests itself, and the manner in which it affects women according to a woman’s race, ethnicity, culture, class, sexuality, ability/disability or age.

The intersection between the different strands of oppression makes the form in which oppression is perceived and the way in which it is responded to, vary significantly.

While domestic violence and sexual abuse make the home the most dangerous place for most women, homeless women are the most vulnerable (Hendessi, 1991). Globally speaking, women facing violence in refugee and relocation camps are similarly vulnerable. (Kelly and Radford, 1996: 5)

On the other hand, the analysis on violence in relation to the diverse positions in which women find themselves, can furthermore provide us with more appropriate information on the conditions that allow such violence to be reproduced and legitimised (Crenshaw, 2012).

Given that heteropatriarchy is permeated by other systems of oppression, such as racism, ethnocentrism, class privilege, or heterosexism, among others, thereby producing different experiences of violence, the intersectional perspective becomes one of the most interesting approaches to this subject of research. Nevertheless, it is not the type of perspective that we have chosen for the present study. The group of women who have participated in the research is relatively homogenous in terms of race, class and level of academic qualifications. This is why we have opted for positioning the knowledge produced, and highlighting the limitations and implications of a study that holds these characteristics.

### **d. Recognising agency and identifying the expressions of resistance of women who have suffered abuse.**

Women resist everyday. In spite of all those expressions of structural violence - “*everyday violence*” (Stanko, 1993) or “*everyday terrorism*” (Pain, 2014) -, we continue to follow our dreams and ambitions, we continue to want to occupy those places that we have been banned from, we refuse to be objectified, and we demand equal or simply, decent treatment.

Resistance Studies are now an emerging field within Social Sciences. Within this field, different concepts and definitions around actions that constitute or can constitute acts of resistance can be found and are being used in multiple ways and without too much precision (Johansson and Vinthagen, 2014; Baaz et al., 2016).

In their revision of literature around the concept, Hollander and Einwohner (2004) found numerous discrepancies and only two points of agreement: (i) that resistance is an act that implies a certain agency on the part of the individual or subject that carries it out, and (ii) that resistance is always constituted in opposition to power. According to Baaz, Lilja, Schulz and Vinthagen (2016), resistance is a multifaceted, plural, malleable and rapidly evolving phenomenon. Since the introduction of the concept of “*everyday resistance*” by James Scott in 1985, – which specifically alludes to acts arising from class struggle -, a significant amount of resistance studies have carried out research from this perspective: a notion of informal and unorganised resistance, that the author has also called “*infrapolitics*” (Scott, 1985). What we are interested in highlighting about this notion, however, is its understanding of the phenomenon as predominantly informal, difficult to see at first, and as not necessarily confrontational acts.

Following this line of inquiry, Johansson and Vinthagen (2014) suggest exploring and delving further into the term’s possibilities without deliberately – or even openly avoiding - prescribing a unique definition. Instead, they establish four assumptions around the concept: (i) *Everyday resistance* is a practice (and not a consequence of a certain political awareness, as Scott would argue), (ii) it is historically “tangled up” with power (*everyday power*), (iii) it should be analysed in its intersection with other strands of power (not as oppositional to a single power), (iv) it is heterogeneous and incidental, as it changes according to the context and situation (in other words, there is no universal strategy or coherent form of action). These four premises, together with Kelly’s categorisation (1988), help us to differentiate between *resistance* and *politicisation* in face of sexist violence within the journeys of women who have suffered violence.

Therefore, in the present study, *resistance* must be understood in terms of *agency*, as it implies women's active opposition, struggle, or refusal to cooperate and be subdued by the power of men. In other words, a group of actions and mechanisms that highlights an emphatic opposition to being considered within a *status* of subordination (Kelly, 1988). On the other hand, *politicising* implies including the relationship of abuse in political terms. That is to say, as part and consequence of a system of gendered power relations where women form part of the oppressed collective. A first step towards such incorporation is the conceptualisation of the occurrence in political terms, given that, as Celia Amorós explains, conceptualising is politicising. As a result of such incorporation, women begin a process of empowerment and healing<sup>54</sup>.

The concept of *empowerment*, – which in Europe we have borrowed from Latin American women -, has been contested by some feminists due to its excessive “flexibility”. According to this critique, the term has been wiped clean of its political and emancipatory content, in order to be co-opted by neoliberal entities (Esteban, 2017). Another type of perverse use of the concept is the one that Lur (2018) refers to in her narrative:

One of the issues that were typical of the collective's double-edged sword was the fact that they would tell women that we had to “empower” ourselves. That basically meant, just like men claiming their place with regards to child-rearing, that we would have to do so also with regards to tasks traditionally carried out by men. So you can see women on rooftops, in building sites, rearing cattle... And this is the empowerment that's being asked of us: for us to relate to men in the same way they relate to us. If there is shouting, we should respond by shouting back... They determine the measure of things, disguising it as neutrality (Lur, 2018).

Faced with the expected alignment with the masculine universe, I coincide with Esteban (2017) when she says that we cannot forget that, for someone to be able to empower himself or herself, it is necessary for another to disempower themselves, given that empowerment and disempowerment are two faces of the same coin. I also agree with the need to understand the complexity, dynamism and continuity of empowerment processes. Nevertheless, I find it equally necessary to put one of the concept's criticisms that this author mentions into context: the criticism that warns us of the fact that the decision or action that once empowered you, can disempower

---

<sup>54</sup> Term used by Lur (2017) to describe part of her process.

you the next time round. Indeed, the example of the myth of romantic love that she uses<sup>55</sup> is useful in supporting this argument; however, I do not consider it sufficient to prove this claim.

It is necessary to remember that, in feminist analyses, power is not property (something that one has *per se*), but rather a relationship that structures the interactions between men and women in all areas of society, the interactions that articulate relationships within the public sphere, and the interactions that are created within the private sphere (Millet, 1969; Kelly, 1988; Osborne, 2009). In this way, processes of empowerment acquire a political and collective dimension – an issue that, as Esteban states, is highlighted by Latin American women in their revision of the concept -, which is necessary in order to properly “adjust” it (I mean theoretically and analytically) to its subjective dimension (in the sense of the process of shaping the subject). If power shapes the subject (Butler, 1997), it is therefore acceptable to ask ourselves about the continuity and consequences of this dialogical formation. It is therefore only fair to try and understand – given its continuity and dynamism -, how the resulting different positions of subject place us within a specific map of relations, and whether it is possible that the accumulation of awareness regarding these positions actually harm or disempower us when guiding that formation, by means of the same actions, decisions or stances that have contributed to its formation.

I find it necessary to understand empowerment processes - as I will in the present study - as processes that come about through the politicisation of their experience, a question that I also consider to be helpful in defining the use and the appropriation of the term by unwanted agents. This is why I will opt for a concept that emphasises the learning and changes in awareness regarding power relations that shape the subjectivity of this awareness, understanding this as “a process through which women redefine and lengthen their realms of possibility (desiring, being and doing) in situations where they faced restrictions in comparison to men,

---

<sup>55</sup> Esteban outlines how, in certain contexts, love is used by girls and some boys against the excessive power that their parents have over them. For example, against arranged marriages. Nevertheless, she adds, we know plenty about the dangers of the romantic love myth.

in being and having what they wanted” (Sarah Mosedal, quoted in Norma Vázquez, 2009).

Having clarified this point and continuing with the concept of resistance, Michaele Ucella and Melanie Kaye (1981) note that *resisting* is:

Separatism, restricting the access of potential abusers into your life; is becoming aware of the profound grief caused by violence, but not giving in to despair. Getting on with life. Taking joy where you can. It means naming things. (1981:25).

The construction of our own meanings, in face of meanings that are built from heteropatriarchal epistemologies, constitutes a radical act of resistance (Ucella and Kaye, 1981; Kelly, 1988). Our succeeding in naming violence, however, implies having previously gone through a series of phases. Women must firstly define the incident or situation as something that is not normal and, secondly, they must identify it as abusive. Sharing experiences of violence, reporting it publically, asking institutions for help, or participating and replying to research questions implies a third step: naming the experience as a particular form of abuse (Kelly, 1988). This situation is mainly reproduced when we are dealing with behaviours that arise from the extension of “typical masculine behaviour”, when men use techniques of neutralisation and language, or argue motives through which they deny that their behaviours constitute violence. Such mechanisms seek to “rationalise” the use of violence, and can affect the abused women’s perspective on events (Kelly, 1988). We women have thus found ourselves needing to face them and build our own meanings. A space of inflection in the way we understand and pinpoint lived experiences arises as a result of the negotiation of this tension between the dominant masculine discourse and the forms in which women experience violence. This is what Dorothy Smith describes as the *click phenomenon*:

A point at which the conflict of meanings becomes so intense that women may come to challenge what they had previously taken for granted, and develop a new way of seeing and understanding their experience (in Kelly, 1988:138-139).

Just like Barbijaputa (2016) notes, it may be a very painful process, as well as a necessary and rewarding one:

Providing the correct words to our experiences makes them palpable, more painful. And in doing so, situations that have always been there come to life: the elephant in the room that you couldn't see before now does not let you breathe. Becoming aware of your past, however, thanks to what you have learnt from the present - (once again) calling everything you have experienced by its real name, not only helps you understand why you went through those experiences, but also gives you the tools to avoiding them in the future.

*“El ‘no’ mudo”/ “The silent ‘no’” 5/12/16*

In order to make the *politicisation* of their experience possible, access to a socio-political and collective discourse that has produced and politicised such meanings is necessary. Thus, the individual process through which we reach the resignification and naming of our experiences of discrimination and violence, acquires, by means of our sense of belonging to an oppressed group, the extent of political vindication. One of the objectives of this study is to identify and analyse the elements and agents that form part of this process.

Kelly (1988) identifies two other groups of actions in the responses that women who suffer an abusive relationship give when managing, *coping with* and *surviving* their experience.

The author defines *coping* as *the actions that women undertake in order to avoid or control danger*. They are active responses, constructive adaptations of the experiences of abuse that aim to prevent/avoid a greater escalation of violence. These types of strategies are used generally, or during or immediately after assaults, and distinguishing between the effects of violence and the strategies used to cope with that violence is a particularly complex task.

*Surviving* is the positive result of having coped with and resisted violence. It means continuing with our lives, after, or in spite of having lived a traumatic experience in which our life may have been in danger. Kelly points out that not all women survive, in the emotional sense. Some women continue to live lives that are permeated by the experience of having being victimised, and others report profoundly negative impacts on their lives, such as mental illness.

In *Killing Misogyny: A personal Story of love, violence and Strategies for Survival* (2008) Cristina Meztli Tzintzun - a feminist, pro-social rights and chicana activist - , narrates her experience of abuse with a black African-American university professor - a role-model within left-wing cultural and activist circles. In her story,

Tzintzun describes her particular form of resistance, rejecting her status of ‘defenceless victim’:

During the last month of our relationship, I switched off emotionally. It was the only way I knew how to survive the abuse, and do so without the love I needed to feel whole... I wasn't a helpless victim in the relationship, however. I resisted Alan's domination in my own ways. I challenged him regularly, which very few people did. He believed that because he was well read, I, like most people, would take his word as gospel, but I refused to do so. I also refused to move, to leave my job, friends and community for him. (2008:257)

A few hours after having being raped in her home in New York, Jana Leo wrote what would be the first sentence of *Violación en Nueva York (Rape in New York)* (2017), a book which details her experience and associates rape to the patriarchal system, urbanism and gentrification. When people ask her about the need to document everything in such detail, she replies:

At first it is purely and utterly a matter of survival. While it is happening I am worried that it might happen to me again, and I use the only tool that I have, which is art and words, to gather remnants, to document and create a kind of survival map on the one hand, and to try and find clues on the other.

*Interview published in EL SALTO, October 2017*

The women that have participated in the study have survived –physically and emotionally- their processes of victimisation, understanding “emotional survival” as the ability to rebuild their lives *so that the violence they have experienced will not have a devastatingly and negatively constant impact on their lives* (Kelly, 1988), which is not to say that their experience will not have had consequences of a different nature.

Talking about “survivors” of sexist violence, issue that has been recently taken up by feminist resistance in the Basque Country, supposes questioning the passive nature implicit within the concept of the victim. Establishing ourselves as victims may mean having to accept a role in which we do not recognise ourselves: because the weak, passive, depoliticised female stereotype does not correspond to the story that we create about ourselves; because we are aware that the annulment of our subjectivity arrives only after demolishing all the walls of resistance that we have put before them, or because we look for ways of overcoming such victimisation, within and outside of ourselves, of building a new story, and transforming rage and pain into something productive for us and for other women. According to the



feminist movement in the Basque Country: “We are not victims, nor are we passive; we are the protagonists in our own lives and the political subjects that decide to impact on the social transformation of our reality” (*Feministok Prest!* Ideological Foundations, 2016). I will develop my analysis from this perspective.

**c. The conceptualisation of violence as *continuum* and process.**

Kelly (1988) first put forward the idea of continuum versus the logic of exclusion used by heteropatriarchy, with the aim of reflecting the complex and wide range of expressions that women identify as *abuse* by men. Expressions that, nevertheless, had not been gathered until that moment in criminal codes, in research on the phenomenon, nor in the categories of analysis on violence that had been carried out. The author started out from the idea that all forms of violence are serious and that, therefore, creating a “hierarchy of abuse” was unsuitable in feminist analysis.

Nowadays, there is wide consensus in feminist research on the concept of *continuum*, due to its capacity for gathering, not only manifestations that are clearly identified as violence, but also abusive behaviours that act to reinforce and naturalise the oppression of women as second class citizens (Boesten and Wilding, 2015). Moreover, we are dealing with an approximation that is confirmed by women who have suffered abuse, and who reaffirm their usefulness when it comes to explaining and relocating the various attitudes, mechanisms and forms in which they have been abused during their relationship (Kelly and Radford, 1996; Salvage, 2016).

Even though the concept emerges from the need to give women voice, it certainly has demonstrated its validity opposite wider visions of violence. In the feminist activist study “Gendered harm in activist communities” by Salvage Collective (2016), the concept has been used to analyse the abuse of women and people of the LGTBIQ collective within activist communities of the United Kingdom (*gendered violence*<sup>56</sup>).

---

<sup>56</sup> The term “gendered violence” is used to name all those violences that stem from the gender disposition.

Lastly, talking about the continuum of violence implies an approach to the concept of violence in terms of process. An active and very dangerous process, in which men's use of violence is combined with other forms of control and subordination. Women's identity and ability to judge is in this way gradually eroded. In many cases, we're referring to small acts of exclusion, changing behaviours, and subtle but constant recriminations that are hardly identifiable as violence if they are not understood within a sexist system and in terms of an accumulative pattern:

Isolation, together with the threat of abandonment and a toxic relationship of dependency had turned making that person happy and gaining his approval into practically the sole focus of my entire existence. One day, as soon as I woke up, he said: "You don't make me happy". It destroyed me. That was his way of punishing me. (Estela, 2015).

Conceptualising violence in terms of process allows, amongst other things, an understanding of how it is possible that extreme behaviours can end up seeming "normal" in the eyes of abused women (Lundgren, 2015). Marta (2015) hence tells us how; "When I later compared and contrasted it among the people around me, everyone seemed to be very clear about it. I was the only one who couldn't altogether see it".

#### **f. The inclusion of feminism's classical and contemporary debates around violence.**

The conceptualisation of violence against women within feminist theory has revolved around debates on social control, power and sexuality (Kelly, 1988). I would like to add the myth of romantic love, which has more recently appeared to a greater or lesser extent in the centre of discourse, to the inarguable relevance of these concepts to current debates.

As we have already stated, in feminist analyses *power* is not property (something that one owns *per se*), but rather a relationship that structures the interactions between men and women in all areas of society, the interactions that articulate relationships within the public sphere, and the interactions that are created within the private sphere (Millet, 1969; Kelly, 1988; Osborne, 2009). The analyses generally coincide in highlighting the instrumental nature of violence when exerting power and control over the subordinate group:

Violence has been a key resource for individuals and groups wishing to secure domination and authority in both public and private realms. For example, rape and torture have been commonly used as instruments with which to exercise authority, demonstrate ownership, and demand respect. (Hume, 2008:63)

Nevertheless, *direct* violence or physical assault tends to be used when other forms of *control* have failed. Hierarchical systems choose or prefer mechanisms of control that limit or eliminate options, in trying to operate through an apparent cooperation with the subordinate group (Fry, cit. in Kelly, 1988). This idea brings us back to the fact that the use of strength or physical violence as a form of extreme violence, even if sadly widespread, is no more than a small part of the violence that is exerted. Secondly, Fry argues that the use of coercive power in a more explicit form enhances the possibilities of resistance to it. Most of the activists that participated in the research end up confirming this question.

I've seen films in which a man is already grabbing the throat of a woman by the second scene. Granted, in real life this kind of thing is not uncommon, but this scene seems more of a caricature compared to my experience with him. He was sly, subtle, and even seemed to have a unique talent for manipulation. And I'd end up writing myself off as simply over-reacting. (Estela, 2015)

For this reason, in this study we will place particular emphasis on, beyond the more visible expressions, the identification and explanation of those hidden mechanisms and forms in which violence acts to legitimise and perpetuate *power over* women.

Continuing with this instrumental function, a great number of researchers and activists have focused on understanding how violence acts as a heteropatriarchal mechanism of control, and not only through its more visible and direct manifestations, but also by means of its cultural and symbolic dimension. Las Afines (2008) point out how sexist violence turns into:

A mechanism of control over women, but not just as an extreme form of control or pervasive threat of punishment that needs provocation or unleashing, but also in the form of a normalised and naturalised relationship that can therefore be carried out without any need for justification. (In *Tijeras para todas (Scissors for everyone)*, 2008:40).

An example of one of these forms of control is symbolic violence, or the threat of violence. Symbolic violence (Bourdieu, 2000), as we have already pointed out, acts as a mechanism of control through the *dispositions that are acquired by bodies*. These are a consequence of the incorporation of the heteropatriarchal system's

doctrine that, among other mechanisms, is expressed through self-censorship and self-repression in women.

In addition, the threat of violence represents a very effective control mechanism. One of the manifestations that has most been written about is the threat of being sexually abused, and its substantiation arises from the following inductive reasoning: although not all men rape, the fact that some of them do is enough to intimidate women as a whole. Susan Browmiller (cit. in Walby, 1990) highlights that all men “benefit” from the fact that “some” men rape, and Susan Griffin (cit. in Kelly, 1988) argues that rape is not only a sexual crime, but also a violent and political act: a form of control that affects all women. One of its consequences is fear and self-repression when exposing us to situations that could be considered “dangerous”. This is what Walby calls “the effectiveness of sexual terrorism”. As De Miguel points out:

The fear of being abused leads women to carry out a rigorous control over their actions and movements in public space. It therefore works as an effective mechanism in introducing fear during girls’ socialisation and, if the situation arises, in making them feel guilty if they end up “placing” themselves in the situation of being raped. (2105:46-47).

There are other forms of control that act through the myth of romantic love or through sexuality. Kelly (1988) connects *sexuality* to the analysis of violence against women by means of two interrelated aspects: firstly, control over women’s sexuality by men; and secondly, the construction of sexuality based on men’s experiences and definitions, which legitimises the use of coercion or force during sexual encounters.

Some authors, such as Catharine Mackinnon (1982) or Adrienne Rich (1977), have defended the idea of the sociocultural construct of sexuality as the basis of women’s oppression. In a more recent text, De Miguel states that “men have been the subject in almost every possible sense, and as so, they defined sexuality as *their* sexuality” (2015:125). Hence; the politicisation of sexual desire, the demands around exploring one’s own sexuality rather than one that is imposed, and the fact that the definitions on what rape, sexual abuse or any other type of coercive act that involves sexuality is being conditioned by the heteropatriarchal vision, in other words, by that which has the power to define.

In terms of the control of women's sexuality by men, Jill Radford highlights the behaviour that she calls *policing*. Radford explains that most of men's interaction with women comprises of routine behaviour that is very similar to police work: monitoring, supervising, segregating and changing women's behaviour (Radford cit. in Kelly, 1988).

Continuing with her analysis, MacKinnon goes further by arguing that it is through sexuality that we interiorise the female/women identity, understood as the sociocultural construct of femininity. This exercise of inculcation offers us an example of the workings of symbolic violence<sup>57</sup>.

... Gender socialization is the process through which women come to identify themselves as sexual beings, as beings that exist for men. It is that process through which women internalize (make their own) a male image of their sexuality as their identity as women. (Mackinnon, 1982: 531)

Lastly, Adrienne Rich (1977) is one of the first authors to suggest integrating the analysis of sexist violence or violence against women into a wider framework that includes what she calls *compulsive heterosexuality*. Rich argues that heterosexuality must be historically and interculturally examined in terms of a social institution within which various forms of male control, coercion and force have interacted in order to purchase sexual access to women. In line with the above, Norma Mogroviejo defines sexuality as a sexual construct: "an institution of control, a bio-political technology aimed at producing *straight* bodies" (2008:65). In order to confront the heteronorm, many choose to make the so-called *dissident sexualities* - understood as "the diverse sexual expressions that are not heterosexual, as a form of resistance" (2008:65) -, visible, in a conscious and politicised manner.

Feminist analyses around the implications of the socio-cultural construct of *romantic love* coincide in pointing out their disastrous consequences for women's emancipatory and autonomous struggle. Mari Luz Esteban, in *Crítica del pensamiento amoroso (A Critique of Loving Thought)* (2011), gives an account of the dimensions acquired by *love* over the past century:

---

<sup>57</sup> As Bourdieu (2000) defined it.

Over the last two centuries in the West, but especially during the 20th century, love has acquired tremendous symbolic and cultural value, and has become one of the main drivers of individual and collective action. Love not only influences people's socialisation and engendering who thereby become either men or women - different and unequal -, but also the general organisation of daily life. Love inspires laws (let's for instance consider all laws related to childhood, family or care-giving), and affects political and institutional life in its entirety. All the rhetoric of politicians, people of faith, feminists, and activists from opposing ideologies makes reference to the importance of building a society based on values of love. (2011:41)

One of the specificities of this ideology of love is that it presents the marital, monogamous and heterosexual relationship as the main and hegemonic goal of the possibility of love. The remaining loving relationships (such as maternal love, love for one's family) are taken to stem from the above union of love, thereby establishing a hierarchy among these and other types that may inhabit, on a secondary level, and arise from the couple, as noted by *Ernai*:

Right from childhood we interiorise the ideal love, that of the couple (monogamous, heterosexual and ever-lasting), as a fundamental element in achieving happiness. Consequently, we consider finding our "other half" to be essential, in other words, the need to have a partner in order to feel complete. Often, the pressure to find a partner is so huge that our self-esteem, confidence and happiness can end up depending on it. As a consequence, other types of relationships (friendships, work colleagues, relatives...) end up in second-place, because they are no longer a priority in our future life plans. (*Ernai*, "Ezkutukoa hitzez marrazten: Gazteon arteko indarkeria sexista, w/date)

This construction, of course, does not contemplate the same roles for men and women, but rather leads to, reproduces and perpetuates masculine domination through the essentialising of values and duties that it establishes for women within the loving relationship, in which women are: desired objects – but, at the same time, not desiring objects-, and providers and guarantors of men's care (Esteban and Távora, 2008). According to these authors, "signing up to affective power will lead [some] women to establish certain types of intimate relationships that will become the main source in building their identity". Love thereby becomes an intrinsic part of the process of individualisation and subjection of women in such a way that "the incentive of women will not revolve around their own emotions or personal interests, but rather, around the discovery of the others' needs, believing that, so long as she attends to other people's needs she will be guaranteed love" (2008:64).

Lastly, we find Ana G. Jónasdóttir's thought provoking *theory of contemporary Western patriarchy*, which she developed from a post-Marxist perspective and through various studies, one of which focussed on officially or formally egalitarian societies. Considering the latter, Jónasdóttir (2011) argues that even with relatively formal and socio-economic equality, women and men are central components of a particular relationship of exploitation, in which men tend to exploit women's capacities for love and transform these into individual or collective forms of power over women, over which women lose all control.

“Exploitation” is in this case applied beyond the context of class and work, to that of the socio-sexual arena. It therefore refers to a violence exercised in terms of men's exploitation of women, and related to the myth of romantic love as a mechanism of women's subordination.

De Miguel (2015) contemplates this idea when she argues that women's historical problem with love is the fact that, for centuries, society has allowed them no other route of personal fulfilment: “The result is that women have been socialised to associate love with the sole meaning of their lives, whereas for men, love has always been merely a part of their lives”. And women will only be worthy of this love in so far as they fulfil such roles satisfactorily. De Miguel further points out how, nowadays, women, and especially girls, have a larger amount of options and possible life-plans, “but social pressure, embodied in cultural products, does not cease to remind them that, without love, their lives are effectively incomplete” (2015:116). Love thus becomes an important factor in the reproduction of inequality within formally egalitarian societies. This type of social construct on love is, due to the reasons we have mentioned, one of the elements that intervene in the legitimisation and reproduction of the heteropatriarchal system, as well as in the naturalisation of violence.

The myth of romantic love is an element that acquires particular relevance in the analysis of the cases that we are dealing with, but in no way is it able to explain *per se* the reasons for which women remain in an abusive relationship, nor does it appear in all relationships of this sort<sup>58</sup>. Together with sexuality, it is rather a

---

<sup>58</sup> Let us take Ana Orantes' case as an example of what we have just stated. She was sprayed with petrol and burned alive by her ex husband after narrating her experience of abuse in a well known TV programme. In her story, Ana states that there was never any

possible manifestation through which power and control over women is strengthened.

As we will see in the chapter aimed at analysing manifestations of violence, the elements that we have mentioned above act jointly with the mechanisms through which violence is exerted. Although I convene that all of these elements have sufficient entity so as to be analysed independently, I think that, as they are interrelated, they must all be taken into account in the analyses carried out from a critical feminist perspective. Sexuality and romantic love can arise as subcategories or materialisations of those that are more *abstract* –social control, power- that establish a relationship of feedback within themselves: power *to* have control and control *to* have power *over*. Violence in its multiple expressions is the formula of imposition and fulfils, thus, an instrumental function in the sustaining and reproduction of the heteropatriarchal system.

In a conversation with Norma Vázquez, an expert in violence against women, she pointed out to me the possibility that the approach to the analysis of the phenomenon of violence through these four elements may lead us to an *individual* and isolated vision of violence, instead of leading us to the need for taking its relational aspect into account. Firstly, sexist violence, she says, must be related to other types of violence, such as the type of violence traditionally referred to as *political*: “There is a relationship of continuity between them, and without an explicit relinquishing of any type of violence we will not achieve the elimination of sexist violence”. Secondly, the individual and collective *perception of security* that women have as social subjects becomes, according to Vázquez, a fundamental element. Women –she says- are not aware of the degree to which they are affected by this lack of security, which, in many cases, leads them to not develop mechanisms of protection appropriate to their situation of vulnerability. Vázquez points out that due to many of the women who suffer violence doing so beyond and in spite of their political discourse, it is necessary to pay attention to those aspects that are linked to the construction of the individual and collective subjectivity of

---

love or romanticism in her relationship, but that she was a victim of subordination at an economic, socio-cultural level, and through the control of her sexuality. [[https://www.youtube.com/watch?v=72Md\\_DypqRE](https://www.youtube.com/watch?v=72Md_DypqRE)] Seen on 13/01/2018.



women from a psycho-social perspective, and which promote these women's reflection and empowerment.

**g. A multidisciplinary approximation: Academic disciplines as dispositions of power.**

Almudena Hernando, a professor at the Complutense University of Madrid (Universidad Complutense de Madrid, UCM), began a recent lecture by mentioning the inherent quality of academic disciplines as dispositions of power. Hernando, a recognised professor within the Department of Prehistory at the aforementioned university and a member of the Institute of Feminist Research at the same university, explains how she was trained to learn from the materiality of history, despite the fact that what interests her and what guides her research is the immateriality of the present. Hernando continues by explaining that she does not speak from any particular position within her, considering herself to be an *undisciplined*, rather than an *interdisciplinary* researcher: "I believe that there is nothing more complicated than understanding the human being, and in order to do so, our approach must look from all angles developed. I believe that academic disciplines are dispositions of power."<sup>59</sup>

This thought-provoking idea reinforces our conviction that social phenomena – and especially the one that we are dealing with -, cannot be explained from a single perspective or discipline, but instead must be addressed through an active disobedience towards intradisciplinary practices<sup>60</sup>. I believe that this stance is another form of breaking with power relations that come about as consequences of positivist research and in accordance with the tenets of feminist epistemology.

---

<sup>59</sup> "Género e identidad. La importancia de los vínculos y la comunidad en la construcción de lo humano" Conferencia Magistral Noviembre Feminista. ("Gender and identity. The importance of social bonds and community in the construction of the humane", Keynote Speech - Feminist November Conference (17/11/2016).

Available at: <https://www.youtube.com/watch?v=YVfNzJ4Ziu0>

<sup>60</sup> After an initial academic literature review aimed at the analysis and study of so-called gender-based violence, I found numerous approaches that I would venture to classify based on two criteria: firstly, the place, institution or organism from which it is written; and secondly, the discipline (or disciplines) that determine or permeate its content.

In *Rethinking Violence against Women* (1998), Dobash and Dobash criticise the lack of rigidity in intradisciplinary studies that are carried out after the first stage in development of the study's focus (sexist violence):

Since the initial phase of development, when new theoretical ideas and methodological approaches were introduced and expanded, the field of study has become more rigid in scope and orientation. In many of the subareas or subdisciplines involved, an unwarranted confidence in theoretical ideas, empirical findings, and or established ideologies has resulted in a circumscription of the field of study. (1998:1)

This “lack of trust” between different disciplines leads to a futile attempt to not consider or even exclude them from an allegedly “pure” scientific analysis. According to certain authors, this tendency prevents a larger and more fruitful development of the theoretical understanding, empirical knowledge and search for new perspectives on violence, which may help us end it. Within this context, new ideas and evidence have to fight to emerge from an increasingly narrow and invariable circle of ideas and self-referential demonstrations. In face of the infertile nature of such self-referentiality, Dobash and Dobash propose “cross-border” and interdisciplinary gatherings that make productive use of the achieved advances within the various disciplines (*cross-fertilisation*).

I personally believe that in order for the present research study to achieve its objectives and to be more effective, it must necessarily include different perspectives and not just interdisciplinary ones. Of course, this is a much more complex, difficult and risky task than that of fitting our argumentation within a single analytical perspective or way of seeing the world. Nevertheless, to believe that social phenomena can be explained through a single line of thought is a type of epistemological totalitarianism.

The first chapter of our theoretical framework ends here, and it has aimed to; deal with the phenomenon of violence as its subject matter, defend a research perspective and practice in accordance with the principles of feminist epistemologies, and position the reader within the desired approach for this study. Next, I will move on to the development of the second and final chapter of this section, which will focus on describing the spatiality of violence (activist communities in the Basque Country), and the processes of generation of political identities and subjectivities.



## Chapter 4: THE SPATIALITY OF VIOLENCE.

The term *spatiality* is a concept that I borrow from Human Geography and Political Geography to allude to the particular relationship between violence and the *social space* in which it is reproduced, taking into account that the latter contains various interdependent spheres: an initial physical, tangible, concrete, perceptible and measurable dimension in terms of size, form, volume, etc., that serves as a foundation and means for social relations (Peña Reyes, 2008); and a secondary dimension pertaining to areas of discourse, the symbolic, emotions or to power relations.

Place is indeed physical, but the meaning of a place comes from what we project on to it. Even the physicality of a place is only meaningful in and through a web of social meanings. Places are socially produced, not once but constantly, and through struggle. Yet though this is a collective process, places are not one monolithic thing. Places are both materially and imaginatively constructed in different ways by different people (Koopman, 2007:152).

All of those physical places where the collectives' political and social activity is developed, including those that are part of the intimate everyday nature of female and male activists, would form part of the first dimension. We are on the one hand referring to individual, private, public or occupied spaces that each collective uses in the hope to reside there (spaces where we work, hold meetings and assemblies, as well as spaces for the collective's reflexive and/or bureaucratic activity); to public space used for protests and political action (demonstrations, rallies, direct action...); or to recreational or celebratory spaces that are in many cases concentrated in urban areas and specific premises (pub-crawls, *txoznas*, local *fiestas*...). On the other hand, and also within this dimension, is the space that each activist sets apart from their social-political activity, such as their office or workplace (in cases where the latter is not related to this kind of activity), or their home or bed, etc.

The second dimension contains all of those discursive and symbolic representations around gender-based violence in general, and sexist violence in particular, that are formed and articulated through their location within a concrete physical space.

#### 4.1 ACTIVIST COMMUNITIES AND SEXIST VIOLENCE.

I have chosen the concept of *activist communities* to designate the social space or spatiality in which we are researching violence. The concept was first used in a “sister” study –*Gendered Violence in activist communities* (Salvage Collective)- that came into existence as a fanzine and blog in 2016. In this study, the term made reference to the plurality of collectives, movements and spaces that make up the radical left socio-political fabric in the United Kingdom. I believe that the term, chosen precisely due to its flexibility, can be useful when encompassing the heterogeneous groups of organisations, collectives, and spaces of *mixed* political participation, – made up of men and women -, that *are positioned, at a discursive level, in favour of feminist demands* in the Basque Country. We are dealing with spaces and forms of collective action with strategies, structures, and ways of working, managing and self-managing that are dissimilar from each other, which advocate for a social transformation aimed at a more just and equal society. Amongst them we find social movements, trade unions, political parties, alternative media, and Development NGOs. One of the features that they have in common is that the vast majority of them, despite having a transformative nature or of even having adopted an anti-sexist discourse, constitute spaces of reproduction of sexism and gender-based violence (Biglia, 2007; Álvarez Molés, 2011; Martínez Portugal, 2015; Salvage, 2016).

Within the Basque Country, gathering spaces, collective campaigns and vitally important collaboration spaces have been created, where activists converge and interact. An example of this can be seen in the numerous platforms and assemblies that have been created over the past number of years, and that group together a large variety of collectives and organisations. In the case of Biscay, and centralised in Bilbao, various initiatives have made possible the interaction of the social, associative and political fabric, which illustrates the scenario within which we are moving in this research. I will only give a few close examples, the first being the “Kale guztiona da” / “*The Street Belongs to Everyone*” Platform (2010), fighting public space planning Laws and made up of more than sixty social, political and trade union stakeholders. Another example is “Bilbogune, Kolektiboen gunea” / “*Bilbogune, The Collective’s place*” (2011); a group of up to 30 collectives, among which are youth members of political parties, trade unions, free radio stations, internationalist collectives, Development NGOs and feminist associations or

collectives. “Bilbogune” began with the aim of showing the work that was being done by these collectives, and directly interacting with the remaining population. The “Herri Denda” / The “*City Shop*”, simultaneously arose from this initiative and is a space created and organised by social collectives to sell and exchange items and experiences organised by social collectives, aimed at creating a consumer alternative over the festive season. In Gipuzkoa, on the other hand, an example of collaboration between various types of collectives is the one that took place at the end of 2011 between various neighbourhood associations in the districts of Altza and Intxaurreondo (San Sebastian) and the popular “Donostiako piratak” / “*The Donostia Pirates*” initiative, which aimed to clean and redevelop a run-down area that separated the two districts. Another example is the “Gora Gasteiz!” / “*Go Gasteiz*” initiative (2015), in which various city collectives have participated, which uses celebratory actions to demand and call for an alternative, and more just and caring city model. At the Basque Country level, we find; the GUNE Platform (2012), which brings together around fifty social and trade union organisations in the defence of social and political rights; or Alternatiben Herria (2015), an initiative proposed, in turn, by the Social Rights Bill and supported by a hundred or so social and political collectives that seek to highlight the existence of alternatives as part of the struggle against a neoliberal and patriarchal system. In these spaces of confluence and of social and political struggle, sexual-romantic relationships come about, develop and/or end. The relationships described by the women activists that participated in this research are among the above.

The discourse against sexist violence forms an implicit and explicit part of the political rhetoric in general and in this context, social collectives gather many of these proposals and openly show their anti-sexist discourse also (Las Afines, 2009: 27). Nevertheless, over the last few years, the public reporting of aggressions within activist communities has multiplied, and as many female activists have said, most of the collectives involved have fallen short of appropriately addressing the issue:

We condemn the fact that work around addressing sexist aggressions has been left out of social movements, taken off the agenda, or ignored as a political priority. We condemn the reality that the moment women that form part of collectives report sexual aggression within these, the mechanisms of resistance, downplaying or looking at the finger rather than where it is pointing, leads to a loss of possibility and desire to carry out political reflection and change on machista aggressions (in *Tijeras para todas / “Scissors for everyone”*, 2009:3)

Sara Koopman (2007), a political geographer and expert on social movements, condemned, in an article, the response given by the activist community during the World Social Forum (Porto Alegre, 2005) to the mass reporting of rape during its celebration. Various protest actions by women took place in response to these abuses, including a demonstration within the forum compound aimed at showing their anger, expressing their support towards survivors, and reclaiming the space. This protest was answered by another demonstration, this time organised by men, in which some men marched naked under the slogan of “sexual liberation”. The reports of rape, suspected to have been around 90 instances, were not registered in official documents that arose from said gathering, nor were they mentioned in other media. Hence, the violence that took place there remained (partially) silenced:

I am stunned, by the rumors and by the silence and the continuing lack of clarity, which is to say, the lack of any sort of formal inquiry or report or statement about the rumors and allegations of rapes at the forum in 2005, by any organization or entity of any sort, be it formally associated with the forum or not (2007:152)

Silence is one of the mechanisms through which the existence of sexism and violence within social collectives is denied, as if by not talking about them they disappear (A, 2014). Hence, it becomes one of the patterns of conduct that makes the tolerance of such acts of power, control and abuse possible.

Nadia Telsey (1981) points out how difficult, if not impossible, it therefore is to confront violence in face of its denial. She points out how denial has been built by heteropatriarchy and used for centuries by men as a means of protection. Its function consists of delegitimising the abused person’s story – and that which puts them in the role of aggressor or abuser -, to divert the focus of attention to other issues that distance us from an interpretation in terms of gender inequality. The fanzine *Antifeminism and gender-based aggressions in anti-authoritarian surroundings and liberated spaces* (2014) analyses the persistence of this mechanism within self-organised spaces:

In carrying out a snapshot of our spaces we find an unacknowledged and fervent antifeminism, a mixture between embedded “equality” feminism and the belief that the ghetto is exempt of the shitty attitudes that are reproduced outside of it. It is stupidly believed that by not denying the existence of patriarchal oppression and gender roles, we achieve the disappearance of these. (A., 2014)

Cardona Curcó (2015), in her research on the role of women in Autonomous Groups of the “Transacción” (Transaction)<sup>61</sup>, condemns how, nowadays, the illusion of equality helps to perpetuate inequality by not paying attention to or even denying it:

The great enabling element of gender-based violence is nowadays the denial of its existence as normalised practice, given that there is nothing more than recognition of its most shameless and bloody parts as exceptional events. This is possible due to the limiting of these acts to domestic violence, and to the standardisation of politically correct practices. (2015:17)

The denial of the experience, situation, or violent act, can be expressed not only in direct form, but also through the lack of ability and/or will to undertake actions in this respect, or by considering aggressions to be private acts instead of actions in face of which the collective must position itself (INCITE! 2016). Las Afines (2009) point out that this is one of the most frequent mistakes within social collectives:

When what is reported as aggression is confronted as a personal issue involving many emotions, or understood as a murky matter in which there is no single truth, but rather two very different experiences of one confusing situation, etc., we then lose the opportunity to do politics, which is essentially what it’s all about when we talk about machista violence. (In *Tijeras para todas, Scissors for everyone*, 2009)

Irantzu Varela (2015) identifies attitudes and positions within mixed groups of activists that deny the need to articulate and work on combatting sexism within and outwith their ranks. She states that this is a case of “those who think that they live in a system of domination, but do not think that it is patriarchy: they do not recognise any system of domination other than capitalism”<sup>62</sup>. One of the denials of sexism’s main consequences is the impossibility of creating adequate measures to combat it (Martínez Portugal, 2015).

A second mechanism is that of *downplaying what has happened*. The creation of a *hierarchy of struggles*, according to which, combatting sexism is postponed until after the attainment of other demands around which the collective focuses on, is another way by which this mechanism acts. Varela (2015) lists some of the characteristics and arguments used by this stance, such as, for example, believing

---

<sup>61</sup> Term that the author uses to refer to the process that official / mainstream history calls the “Spanish Transition”.

<sup>62</sup> See: “Machunos II”, El Tornillo, < <https://www.youtube.com/watch?v=wDratm-6GB0>> [Visto el 6/7/2015]



that making inequality visible “distracts” attention away from the main struggle and that it causes division and a “war of the sexes”. Similarly, she says that those who expose this type of argument feel attacked by any measure that seeks equality, and tend to ridicule any feminist contribution. Another way in which this downplaying can be expressed is in the interpretation of the event as “a misunderstanding”, and also, lastly, when, despite being aware of the oppression or case itself, the tools and appropriate processes to confront the conflict are not developed.

A third mechanism is *blaming the survivor*. The anonymously written fanzine *Torres más altas se han visto caer (Higher Towers have been Seen to Fall)* condemns some of the myths that contribute to blaming and making the abused woman responsible for what has happened: “but she seduced him...” “You can’t expect a man that horny to stop (cock-tease)”, “Well, if she dresses and moves in that way then...” or “a strong woman can defend herself”. These types of reactions and others are triggered, in particular, when the woman decides to publically report the discrimination. By doing so, the *status quo* is questioned, which is seen in most cases as a threat to the organisation and the hierarchical relationships established within the collective. If the report is carried out individually, a consequence can be her stigmatisation and exclusion from the group to which she belongs (Stanko, 1996), on the basis of the collective’s decision or through choice of her own. Thus, even in places where we assume there to be a certain sensitivity, women that break the silence in reporting such oppression are accused of being the problem, and of putting the *movement’s unity* in danger. According to Janet Howard:

Any move by women towards confronting violence against them - particularly physical and sexual abuse -, brings up big, ugly questions about how men and women relate to each other. Often the women who dare to allow such questions to arise are seen as the real problem. (1981:79)

Moreover, this mechanism can be carried out by accusing the woman activist of raising questions in the vein of “bourgeois thought”, and of attention-seeking and/or seeking revenge, or by shining a favourable light on the aggressor as a good activist and person; as someone important to the struggle and as a victim of the abused person. Nevertheless, blaming and placing the responsibility on those that have been on the receiving end of sexist violence is an example of us continuing to

consider abuse as a manifestation of a private relationship (Biglia y San Martín, 2007), rather than as a product of a system of unequal power relations.

A final pattern corresponds to what INCITE (2016) calls “*counter-organising*”, in other words, the collective’s devaluation, deceit and manipulation against those who raise their voice against sexist oppression and aggression. This counter-organising can manifest through threats, condemnation or gossip around people (generally women) who bring this issue to the table; through alienation, delegitimisation and questioning of the support groups and processes that come about with the aim of addressing sexism within the organisation, or through not taking part in those very same groups.

**Table 5:** Mechanisms used within the activist community in order to avoid acting against sexism and violence.

<b>Mechanism</b>	<b>Forms of expression</b>
The denial of violence.	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Through silence</li> <li>- Through the inability and/or will to undertake actions to this respect.</li> <li>- When considering the aggressions as private acts instead of facts against which the collective must position itself.</li> </ul>
The downplaying of what has happened.	<ul style="list-style-type: none"> <li>- The creation of a hierarchy of struggles.</li> <li>- Interpreting the event as a misunderstanding.</li> <li>- When, despite being aware of what has happened, the correct measures are not taken.</li> </ul>
Blaming the survivor for what has happened.	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Comments that seek to legitimise the aggression through the myth that the woman deserves and/or is seeking abuse.</li> <li>- Accusing the abused woman of breaking the movement’s unity.</li> <li>- Accusing the abused woman of putting forward a “bourgeois rhetoric”.</li> <li>- Accusing the abused woman of wanting attention and/or looking for revenge.</li> </ul>
Counter-organising	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Threats, condemnation or gossip around people who call out</li> </ul>

	<p>oppression or sexist assault.</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>- Alienation, delegitimisation, and questioning of the support groups and processes aimed at addressing sexism within the organisation.</li> <li>- Not taking part in meetings or processes that try to tackle what has happened.</li> </ul>
--	--

**Source:** Prepared by the author using various sources

Identifying and learning to recognise such patterns is part of the learning process on two levels, the organisation's, as well as that of each person that makes up the organisation.

#### 4.2 DECONSTRUCTING POLITICAL IDENTITIES AND SUBJECTS.

The activist communities of the Basque Country harbour and produce diverse political identities and subjectivities. We are interested in understanding the processes of construction of such identities and the relationship between them, as well as between identity and subjectivity, in order to understand some of the supposed contradictions that come to light when explaining sexist violence within this spatiality.

##### a. Political identities and feminism.

The participation of women activists with feminist awareness in mixed groups, together with the expansion of the feminist movement and discourse, have made a greater awareness on the reproduction of sexism and violence against women within activist communities in the Basque Country possible. This has been demonstrated through the proliferation of reflection spaces and processes, or the implementation of mechanisms and strategies to tackle them within those same groups. The result has been, in many cases, the inclusion of the feminist struggle within its *political agenda*, with the latter understood as *the ensemble of certain political priorities agreed by the organisation or collective's decision-making body or*

*bodies*. In this study, we have made this inclusion operative by circumscribing it to the following casuistries: internal processes of reflection around sexist violence, the carrying out of protocols against aggressions, or the carrying out of strategic alliances and campaigns with some of the different organisations that form part of feminist resistance.

The different demands and struggles typical of the specificities of each collective – environmentalism, antimilitarism, internationalism, feminism, trade unionism or those that come together around the idea of making a homeland (*herrigintza*), among others- have intersected with each other over the course of many years' work, creating connections and relations that tend to enrich the political activity of each collective, and, as a result, the political identity of the activists.

An example of this is the “*Bizi martxa* against the defence industry and military spending”<sup>63</sup>. A (cycling) critical mass against the defence industry convened by environmentalist, antimilitarist and internationalist solidarity collectives. This action unites the concerns of the movements that participate. Moreover, although their main demand focuses on the cessation of military activity, it is designed in such a way as to be consistent with ecological principles that advocate for sustainable transport as well as being aware of the impact that the State defence industry has in other countries, nations and cultures.

Similarly, some mixed collectives have wanted to give their demands a feminist tone, or even take part in the struggle. Anti-sexist and feminist discourses have therefore been adopted, or working groups have been formed, whose purpose is to address gender-based issues within the movement or organisation. However, it is necessary to put both mechanisms into question in order to work out some of their limits and potential.

---

<sup>63</sup> “La plataforma Gune se manifestará contra los recortes el 16 de marzo” “The Platform Gune is going to demonstrate against the cuts on the 16th March” (18/02/2013) <http://www.eitb.eus/es/noticias/economia/detalle/1261600/manifestacion-plataforma-gune-bilbao--manifestacion-16-marzo-2013/> [Seen on 13/07/2015]  
INSUMISSIA < <http://www.antimilitaristas.org/spip.php?article5379>> [Seen on 4/07/2015]

Álvarez says in reference to feminist groups in *gaztetxes* (squats): “These groups maintain an active role in awareness-raising in order to drive debate and work on aspects that most people don’t even consider. They are also essential when articulating a combined response in tackling sexist aggression”. Nevertheless, she continues: “it is more difficult to determine whether the group in question within a specific *gaztetxe* is going to be a source of satisfaction, by demonstrating how certain sexist attitudes can be overcome, or, on the contrary, a cause of fatigue, by confirming that many others are taking place” (Álvarez, 2010; 129).

The tremendous work and effort carried out by those groups goes without saying, however, the limitations and perverse effects arising from these are equally well known. As Álvarez goes on to say: “Although the presence of a feminist group at the *gaztetxes*’ assemblies is valued, there is a danger of this becoming a relationship of dependency and neglect, relegating everything gender-related to the group” (Álvarez, 2010: 130). This issue is reproduced in many collectives (trade union and student groups, political parties) that create a specific area or working group embedded within the structure of the organisation.

On the other hand, the adoption of an anti-sexist discourse, or the creation of a department for gender in the organisation, is becoming something “politically correct”. According to Pablo Castaño Tierno in an article published around International Women’s Day (8th March): “Calling oneself a feminist has become an essential requirement for anyone involved in a social movement or left-wing party”<sup>64</sup>. Irazu Pantiga, Women and Social Action Secretary of the CGT (Confederación General del Trabajo) General Alliance on Labour in Asturias, goes further by saying: “political parties resort to feminism when they are interested in giving off a good image, in discrediting their opponents, or in winning votes” (Rojo y Negro, May 2015).

Some fellow women activists recognise, with certain anger and weariness, that being feminist “is fashionable” – I myself pointed this out in an opinion-article published in 2012 - and call out many fellow male activists for appropriating this discourse in a manner which is more about image than anything else, thereby

---

<sup>64</sup> CASTAÑO TIERNO, Pablo, “Los hombres y el feminismo” “Men and Feminism” [eldiario.es](http://www.eldiario.es/zonacritica/hombres-feminismo_6_362273809.html) (6/3/2015) < [http://www.eldiario.es/zonacritica/hombres-feminismo\\_6\\_362273809.html](http://www.eldiario.es/zonacritica/hombres-feminismo_6_362273809.html)> [Visto el 4/7/2015]

reproducing sexist roles and behaviours in an even more perverse way. It is interesting, as well as fun, to look through the audio-visual material that feminists such as Irantzu Varela (Faktoria Lila) and Alicia Murillo (Pikara Magazine) have dedicated to the topic, in spaces like “El Tornillo” (The Screw) and “El conejo de Alicia” (Alice’s Rabbit)<sup>65</sup>.

Anthony Giddens (2001) explains how shared social identities –including the feminist identity -, can be used as powerful sources of meaning and, thus, "can be an important basis for social movements" (2001:60). In Hercus’s fractal model (2005) on the construction of the feminist subjectivity, identity is understood in terms of sense of belonging to a group, and as one of the elements that shape this subjectivity. Nevertheless, Hercus points out that identifying with groups, feminist organisations, or with feminism as a social movement, does not imply possessing a feminist “awareness” or feminist emotions. Feminist subjectivity, as Hercus understands it, is not merely discursive, but composed of multiple elements, including psychological and biological ones, that emphasise the inherent incorporation of the process of subjectivation.

Hence, the fact that many collectives and organisations have appropriated a feminist discourse as part of their collective and political identity does not imply that there has been an internalising of this at other levels. This identity seems to aim to conflict with the collective’s political identity and praxis, in so far as it comes about from a discursive position and does not question the structural aspect.

The appropriation of feminist discourse or the creation of allotted spaces to work on addressing sexism without the corresponding personal and group questioning of the collective’s structures and dynamics, does not by itself manage to challenge the discriminatory representations and reproductions, nor does it transform values and awareness (Martínez Portugal, 2015). After all, heteropatriarchy’s systemic nature formulates and builds on the basis of naturalised characteristics and values that determine the dynamics and spaces in which female activists can move, as argued by Silvia Piris:

---

<sup>65</sup> See “Machunos II” and “Los hombres feministas” “Feminist men”, or “Tú no eres feminista” “You are not a feminist” in particular, by Irantzu Varela, and “Machirulos Infiltrados” “Infiltrated Machirulos” by Alicia Murillo.

Assuming that interesting experiences in the construction of other types of organisations and activism also exist, we certainly still believe that, nowadays, we can say that they are spaces built from and for traditionally masculine values, attitudes and roles; from a masculine perspective of politics and participation; from a total disassociation based on the centrality of the masculine, and ultimately, from the definition of organisations that are felt to be habitable by many women (nor by some men that escape the hegemonic model). (2015:19)

Activist communities and feminist collectives themselves have carried out various processes of reflection and debate aimed at obtaining a better understanding of the phenomenon. The findings achieved by this particular area of research have been materialised and disseminated through workshops, fanzines, websites, statements, press releases, etc., with the aim of finding new ways of preventing and managing sexism and violence within organisations.

An interesting experience of organisational re-construction is the work carried out by the Development NGO, Mugarik Gabe (MG). This mixed organisation has been committed to transformative processes within its different areas of work globally, as well as in its local context, for a significant number of years. MG has understood that: “this transformation should go through the incorporation of a feminist perspective, not only in the work agenda, but also in the organisational practices and processes. As part of this commitment we have been reviewing the reproduction of sexist practices within the organisation for over a decade, as well as researching and ‘practicing’ new ways of working that encourage more equal relationships and models”. One of the organisation’s commitments – in permanent debate, review and reinvention - has been Non-Patriarchal Teamwork”. MG has understood that, although teamwork provides a good foundation for the generation of more collective and horizontal processes, these must incorporate a feminist perspective in order to promote equal relationships and practices. In 2013 they shared this experience with other organisations during the gathering held in Gasteiz (Vitoria), and shortly after, they edited the systematisation of this exchange under the title: “Non-Patriarchal Teamwork: A tool for change aimed at organisations who have a feminist commitment to social transformation”. The organisation has continued to work on this issue and collaborate with other collectives to date.

I try to respond to one of the issues that Irantzu Varela - amongst other feminist activists – puts forward when calling out certain male and female activists' resistance towards feminism, and which I will formulate into a question: Why do we find it easy to sympathise with the workers' or internationalist struggles, for example, even if we don't necessarily belong to the oppressed group – the working class or different culture, people, or nation in conflict -, whereas sympathising with the feminist struggle or interiorising the issues and practices that halt its reproduction turns out to be much more complicated? Perhaps the answer begins with noticing the differences between the *isms*. Although internationalism or classism advocate to reverse one of the aspects that permeate, to a greater or lesser extent, the constitutional order of one or more societies, feminism, on its part, aims to reverse that which is supposedly established and neutral; the power structure on and starting from which the remaining possible statements and relationships are built.

Firstly, the heteropatriarchal system and its power relations – based on the sex-gender-sexuality framework -, has been configured as one of the most deeply rooted and universal (but not universalizable) systems of discrimination, and therefore one of the most difficult to eradicate. For centuries, the naturalisation and essentialisation of this hierarchical order and its assigned characteristics and functions have been legitimised and reconstructed, discursively, by political entities and institutions that the system itself has been erecting as the authority throughout history and within different cultures and societies (religion, nature, science...). Men's ideologies of emancipation and liberation, beginning with the ideas that accompanied the concept of citizenship during and after the French Revolution, have been defined based on women's exclusion, as well as built on and from masculine parameters and values. Hence, the definition of what is public and political is nowadays made according to the canons of the universal masculine (Las Afines, 2007), and in pursuit of supposed neutrality.

This does not mean that throughout history and in different societies and cultures women have confined themselves to the role of mere observers. There are many women - and there are many more that we have not heard about -, who have made this exclusion and discrimination visible, and who have made extremely valuable contributions to feminism, before and since being called "feminism". On many occasions these women's contributions were colonised by other men, yet these



women are historic and political role-models, and it is thanks to the efforts, struggles and example of these women, and the feminist movement itself, that we nowadays have the possibility of articulating discourse and building our feminist identity. Hence, we are able to reject the supposed neutrality of the masculine universal's constructions and establish a feminist subjectivity.

Secondly, there is the necessary abandonment of the concept of the subject as stable and rational. In the words of Chantal Mouffe:

It is only when we discard the view of the subject as an agent who is simultaneously rational and transparent to itself, and discard as well the supposed unity and homogeneity of the ensemble of its positions, that we are in the position to theorize of relations of subordination (2001:371-372)

If, on the contrary, we set out from a rational concept of the subject, it is only logical that an individual who desires emancipation from a foreign community –in the case of internationalism -, would act in the same way with any other process of emancipation, such as that of other generic subjectivities. We should similarly assume that someone who advocates for respecting the environment and every living creature, should demand and demonstrate the same respect towards any living being, including those we call women.

The concept of the supposed rationality of the subject and that which, in contrast, shows us that its instability and multiplicity now coexist, not only in more academic debates, but also in the more familiar, close reality that I have chosen to analyse. Therefore, the women activists find that one of the difficulties in recognising, identifying and acting when confronted with situations of abuse and violence, is the persistence of the rational concept of the subject. In Irene's words:

I could see it, I could identify it, but I was paralysed... I think that I felt what was happening to me to be so absurd... that a person who is a wise, activist role model could treat me this way to be so ludicrous, that this disbelief made me unable to react. (Irene, 2015)

We find ourselves, therefore, faced with the social agent that Mouffe conceives as an entity made up of a group of "subject positions" that can never be entirely fixed within a closed system of differences; an entity built by a variety of discourses amongst which there is not necessarily any relationship, but rather a constant movement of preponderance and displacement. Consequently, the "identity" of this subject –multiple and contradictory- is always contingent and precarious.

At the same time, the subject – according to Jacques Lacan -, although represented within a structure, appears as the empty place that simultaneously subverts and is the condition of the constitution of any identity. If, as Alain Touraine states, “the subject is the individual’s desire to be an actor”, then he/she is the one who appropriates and impacts it, thereby transforming reality and modifying his/her material surroundings (Tique Calderón, 2012). I understand the process of construction of the feminist identity from the position of the subject that considers herself a social agent, and thus, an active part in the construction of her subjectivity. I believe it is vital to reiterate the importance of the actual process of identity construction, of the characteristics and experiences that shape and make it possible; a voluntary process, sometimes circumstantial, but always experiential, that requires a political commitment and an active responsibility.

Thirdly, adopting internationalism, class struggle, or environmentalism as part of one’s identity, implies recognising the existence of certain relationships of subordination that operate at a systemic level. Nevertheless, the construction of a feminist identity requires the complete deconstruction of an ancestral subjectivity – ancestral in the sense that it existed before we did -, that has been transmitted to it through all the socialising agents, and that continues to be endorsed by the social, economic, cultural and political institutions that intervene in our most intimate, everyday life.

Biglia and San Martín (2007) use the term “politically-correct abusers” to refer to activist men that maintain abusive relationships. These authors focus on the “good activist” imaginary, and relate roles structured within hegemonic masculinity with two prototype figures within collectives:

His characteristics are strength, fearlessness, decisiveness, audacity and, above all, as Silvia (Italy) says, the ability to hide all his possible contradictions. On the other hand, we find the intellectual type that puts himself across as someone with a good background of theoretical knowledge (or who is at least able to pretend he has this), strong powers of persuasion, organising and commanding attributes, and a leadership tendency. Although «this model» has more sophisticated attitudes, he continues to have classic masculine traits. (Biglia and San Martín, 2007:112)

In talking about feminism as practice and as a movement, Silvia Piris highlights the complexity involved in taking on a feminist identity:

...Feminism places power relations between men and women, inequalities, privileges, and the social, economic and political structures that uphold these at the centre of the debate. But, mostly, it politicises the personal and the everyday. It

questions all of us - men and women -, it makes us study ourselves - not only outwards, but fundamentally towards what we are, what permeates us -, and this is one of the greatest potentials of the feminist proposal, but also one of its greatest complexities, because we are attacking a system that we are a part of. The revolution, therefore, is not something happening 'out there', but something that begins with the building of our own identities, relationships and lives." (Silvia Piris, 2015; 13)

Hence, the oppressor's conscious relinquishment of his position(s) of privilege goes through an overcoming of the public/private dichotomy, or similarly, through the politicisation of what, until now, he has considered to be "private". On the other hand, this relinquishment should operate in direct relation to active responsibility and political commitment.

#### **b. Feminist subjection and subjectivity**

Perhaps one of the most interesting opportunities that this spatiality provides us with is the possibility of breaking away from the stereotype of woman as passive victim of abuse. Biglia and San Martín (2007) point out that "another, hardly analysed imaginary emerges from politicised fields, be they left-wing parties or groups, as well as from social movements: believing that, ultimately, abusers are reactionaries and their partners, weak women who lack social support" (Biglia and San Martín, 2007:108). The activists that have participated in this research through their narrative are women who have completed higher education, who are politically active and economically independent, and who define themselves as feminist.

This subjectivity is prior to their experience of abuse and undergoes a unique transformation throughout the whole process, issue that we will analyse further in the section focusing on data analysis. On the other hand, the role that it plays in determining the forms and times during which women resist in face of violence and, in particular, manage to politicise what has happened, is fundamental.

Setting out from the recognition of the necessary abandonment of the concept of the subject as stable and rational (Mouffe, 2001), in the current section I will present the concept, and exercise of *subjectivation* as a non-linear, dynamic and mutable process: a sort of kaleidoscopic game that transforms itself over the course of, and through the experiences of people's lives.

With regards to the academic stances that defend the “impossibility” of carrying out a rigorous analysis through the use of different veins of thought within a single framework or argument<sup>66</sup> (structuralist, post-structuralist, Marxist...), I will argue for placing multiple voices together in dialogue, and trying to build, from the bias of each of these perspectives, a logical, partial and positioned framework.

Butler (1997) defines the concept of “subjection” (or subjectivation) as the process of becoming subordinated to power, and likewise, as the process of becoming subject. Butler explains that this process takes place through interpellation, understood as the discursive production of the social subject (Althusser), or through discursive productivity (Foucault). Such subjection is determined by the “regulatory norm”, consisting, in the particular case that we're concerned with, of the social education and norms differentiated by gender<sup>67</sup>. Butler, from a post-structuralist position, continues her explanation by saying that:

The interpellation of the subject through the inaugurative address of state authority presupposes not only that the inculcation of conscience already has taken place, but that conscience, understood as the psychic operation of a regulatory norm, constitutes a specifically psychic and social working of power on which interpellation depends but for which it can give no account. (1997: 5).

I would like to emphasise how this explanation coincides, if not in terminology then in the content of the idea, with the naturalisation and patterns of thought in Bourdieu's (2000) order of things, in which the *acquired dispositions* are consequence of – if not the same as - Butler's *inculcation of the conscience* (1997). Power's psychic mechanisms, which act in the psychic functioning of the regulatory norm (Butler), are Bourdieu's force or symbolic violence, but supported by the discursive interpellation (as a good post-structuralist), instead of by the institutions and social structures (as Bourdieu, a structuralist, argues). Our position is that both frameworks are compatible and complement each other. In

---

<sup>66</sup> It involves one of the issues that I have reflected on throughout the process of research. I refuse to think that the best way to approach a topic of study - based on a supposedly greater accuracy -, is by signing up to only one 'club' of thought.

<sup>67</sup> Note that the "regulatory norm" in Butler has more than a few similarities with the "order of things" in Bourdieu (2000)

other words, in order to more rigorously explain how the interiorisation of gender norms and the subordinate character of women act at a symbolic and/or psychic level without – or beyond - other forms of direct violence interceding, it is necessary to take both levels (structural and discursive) into account.

What is the role that the women activists' feminist subjectivation may play in face of the effects of such a process of subjection? Bourdieu argues that the mere conversion of the consciences and desires is not sufficient to expect women's liberation:

Because the foundation of symbolic violence lies not in mystified consciousnesses that only need to be enlightened but in dispositions attuned to the structure of domination of which they are the product, the relation of complicity that the victims of symbolic domination grant to the dominant can only be broken through a radical transformation of the social conditions of production of the dispositions that lead the dominated to take the point of view of the dominant on the dominant and on themselves. (2000:42)

That is to say that women's feminist subjectivation, cannot alone generate a radical transformation of the social structures that reproduce the gendered power relations.

Butler, on her part, does not appear to be flattering, either:

A critical evaluation of subject formation may well offer a better comprehension of the double binds to which our emancipatory efforts occasionally lead without, in consequence, evacuating the political. Is there a way to affirm complicity as the basis of political agency, yet insist that political agency may do more than reiterate the conditions of subordination? (1997:30)

In a previous study, I myself asserted how the awareness regarding power relations that permeate their experience suppose the overcoming of the public-private dichotomy acquired in their bodies: "In that moment of inflection, prior even to the externalisation of what has happened, begins the silent revolution capable of subverting the dispositions of 'symbolic force'." (Martínez Portugal, 2015:78) I may have perhaps been excessively optimistic, confusing some of the consequences of feminist subjectivation with the complete emancipation of women.

Nevertheless, I believe that the subjection that the regulatory norm and/or the order of things produce, can throughout its life course acquire different meanings

and power to put pressure on the individual, based on the possibilities of development of the capacity for agency of said individual, and his/her meetings with other forces of subjectivation.

Flax (1983) argues that subjectivities should be understood in fluid rather than solid terms, contextual as opposed to universal, and oriented based on the process rather than topographically. This brings us to the consideration of a multiplicity of subject positions in dialogue, and not always –or almost never– in a rational manner. This approach gives rise to orientations of a normative nature, such as, for instance, that the ideal subjectivity is *that whose desires of multiplicity may drive towards emancipatory action* (Flax, 1983; Hercus, 2005). This orientation leads us to consider feminist subjectivation as *political project*, in Braidotti's (2004) or Azpiazu's (2017) sense. According to the latter, this would be case of "...a *desire of women, a desire to be, to do, of justice, of freedom*" (2017:29).

Cheryl Hercus (2005) develops a fractal model to understand how women turn into and come to be feminists. Hercus defines subjectivity as something that is not merely discursive and that transcends the *social conditions of production*. She points out those material conditions that, according to her analysis, are necessary for the production of subjectivity. This, she says, is shaped by multiple components, including psychological and biological aspects. The process of becoming and being a feminist comprises, therefore, of four interconnected elements: thinking and knowing (conscience), feeling (emotions), belonging (identity) and doing (action). Each of these elements, underlines Hercus, exist not only on a personal level, but also collectively.

The first component of this fractal model consists of thinking or "knowing" the world from a feminist perspective. It means having *awareness of the injustices of gender inequalities, and including the thought that it is an issue worth fighting for*.

The second element implies *experimenting certain feelings or emotions about the world that can be identified as feminist*. According to Hercus, although this aspect of feminist subjectivity implies on many occasions a *feminist awareness*, she points out that it has not been sufficiently analysed. Amongst the emotions to which more attention has been paid we find rage, shame or guilt; or positive emotions, such as empathy and affection towards other women, promoted by feminism.

The third component implies *the identification of oneself as belonging to a group or category of people called feminists*. Identity is understood as a part of the subjectivity - a sense of belonging to a group. However, she says, the complexity of the construction of the “us, women” causes this collective identity to not necessarily imply possessing a feminist awareness, feminist emotions and/or feelings.

Lastly, notes Hercus; becoming a feminist implies *doing feminist things*. The author argues that, beyond the activities that are normally associated to feminist activism (organising and participating in protests and demonstrations, participating in a collective’s assemblies, etc...), there are a large number of activities that can be used to challenge gender inequalities and women’s subordination (reading feminist books or listening to feminist music, educating children in a non-sexist way, through the way in which they act at work or take small and big decisions in life...). As is the case with the other components of this model, women that do not define themselves as feminists, and/or who are not aware of the feminist thoughts and emotions involved, practice some of the aspects of feminist *doing*.

The process of turning into and becoming a feminist can begin with experiences that impact any of the four cited dimensions (and is, therefore, not linear), and does not necessarily end once these four elements (mutable and dynamic) are involved.

The feminist subjectivation process and the politicisation of the experience of violence are undoubtedly phases that accompany and change the forms and mechanisms that women deploy when resisting, confronting, and surviving the abusive relationship. Nevertheless, I would like to reclaim the idea that resistance, although constituted in opposition to power or powers, does not necessarily have to imply a prior political conscience (Johansson and Vinthagen, 2014). Estela explains that her process of feminist subjectivation influences her decision to confront her abusive relationship. However, this does not happen automatically or as a dispositive:

Also, the fact that my job involves providing training in gender issues, puts you in everyday contact with women who’re in the process of questioning their lives, which makes you question your life too. 5 years ago I found myself at a stage where I had relatively significant training on these topics. I was also training other women

through courses and talks, whilst also starting to be properly and directly active in feminism within a specific place. That was the point where I told a friend that I would either have to hit the breaks on my empowerment process, or end the relationship with my partner. I couldn't continue to read about my freedom and autonomy whilst being with this person. (Estela, 2015)

For the analysis of the production of subjectivities and their development – including those of an emancipatory nature -, it is necessary to take the temporal dimension into account, as well as the material, structural and symbolic conditions that accompany them. We are dealing with elements that impact and interact with each other, giving rise to various subject positions over the course of people's lives. Therefore, if we had to imagine what the graphic and/or metaphoric representation of a subject's life sequence would be, we could use that of a kaleidoscope in movement.



### **III APARTADO: ANÁLISIS DE DATOS**

...

Tal y como señala una de las mujeres entrevistadas, generalizar a la hora de hablar de colectivos sociales tiene un importante riesgo, más aún si tenemos en cuenta el amplio abanico de grupos y organizaciones que contempla la presente investigación. Ciertamente, más allá de la reivindicación sociopolítica alrededor de la cual se articula cada una, entre las organizaciones y colectivos existen diferencias estructurales en cuanto a la forma de organización, tamaño, funcionamiento más o menos jerárquico, fuentes de financiación o autofinanciación, y grado de desafección con el orden social establecido, entre otras. Podemos afirmar que una de las características más significativas de las comunidades activistas del País Vasco es, de hecho, su heterogeneidad, también en lo que respecta a la sensibilización y formación entorno al sexismo. Así, la convivencia entre diferentes sensibilidades, grados de corresponsabilización entorno a la violencia sexista hacen que el escenario al cual nos asomamos responda al mismo tiempo a una gama de discursos que abarcan desde las posiciones más cerradas o negacionistas (de la reproducción del sexismo y la violencia dentro de los grupos) hasta experiencias de trabajo y concientización que suman ya una considerable trayectoria y reflexión al respecto.

Teniendo pues en cuenta el riesgo de la generalización, nuestra intención a lo largo de las siguientes páginas será la de hacer aflorar aquellos discursos ya presentes, para ponerlos en diálogo. Con todo, no pretendemos agotar el amplio número de singularidades que coexisten dentro de las comunidades activistas del País Vasco. A la hora de elegir las características específicas que debían cumplir las mujeres que han participado en los grupos de discusión o en las entrevistas clave, hemos renunciado explícitamente a tal objeto. Tal y como acabamos de advertir, aquello que nos interesa traer aquí no es una fotografía exacta del grado y forma en la que el sexismo opera dentro de estos espacios, sino trasladar el conocimiento situado generado por aquellos actores y actrices que reflexionan y actúan *desde, para, con y por* las organizaciones que forman parte de la contienda política, y que han dado pasos en la denuncia del sexismo y la violencia.

A lo largo de este apartado presentaremos los resultados del trabajo de campo de acuerdo con el objetivo principal y los objetivos específicos de la investigación. En primer lugar, nos detendremos en el análisis de la violencia sexista dentro de las comunidades activistas del País Vasco, así como las resistencias al reconocimiento de misma como violencia política. En segundo lugar, abordaremos el análisis de las narrativas realizadas junto con mujeres activistas que han sufrido una relación de maltrato. Por último, expondremos algunas de las resistencias y herramientas desarrolladas frente al sexismo y la violencia dentro de la espacialidad que nos ocupa.

## Capítulo 5: LA VIOLENCIA SEXISTA EN LAS COMUNIDADES ACTIVISTAS DEL PAÍS VASCO.

El objetivo de este capítulo es la exposición y análisis de aquellos elementos de carácter estructural y discursivo que caracterizan el discurso -y conforman el imaginario- sobre la violencia sexista dentro de las comunidades activistas del País Vasco. Entre ellos se encuentran las continuidades y mitos específicos que lo estructuran, así como algunos de los debates abiertos entorno al fenómeno y su conceptualización, cuyo desarrollo afecta significativamente tanto a las resistencias como a las estrategias posibles para hacerle frente.

### 5.1. CONTINUIDADES Y MITOS ESPECÍFICOS

Las comunidades activistas del País Vasco son espacios en los que la violencia sexista se reproduce y legitima, dada la persistencia de las mismas lógicas -la reproducción de las relaciones de género y el sexismo- que posibilitan la violencia y su justificación en cualquier otro contexto social y cultural.

...te pongo los ejemplos de siempre: cuando se hace una pintada ¿Quién la hace y quién vigila? Las mujeres siempre como asistentes, de avisar, y los hombres haciendo. Hay un montón de ejemplos. Quién toma la palabra en una reunión, por qué la toma... (...) Las ruedas de prensa suelen ser por las mañanas, y a las mismas normalmente van las personas liberadas, ¿y la foto cuál es? una cuadrilla de pitos. (G3-Araba)\*

Si llegué un miércoles, el viernes había una fiesta. Sentí como había diez hombres pendientes de la “nueva”, para ver quién podía “follársela”. La manera en que uno de ellos se acercó fue muy agresiva, se apretaba contra mí, sobre todo los genitales. El resto se reía... Me preguntaba, “pero ¿dónde estoy?”. En ese momento yo me sentía fuerte, así que aparté a aquella persona y le dije: “así no”. Pero esta situación continuó, e incluso llegó a meterse en mi cuarto mientras dormía. (Lur, 2018)

El elemento diferencial radica en la construcción simbólica de la espacialidad a través de un discurso político que *a priori* presupone el rechazo frente a este tipo de prácticas, e incluso, la apropiación de una identidad feminista por parte de los colectivos. Dicha construcción, tal y como iremos viendo, persigue la negación de

las condiciones en las cuales el imaginario social presenta las relaciones de abuso y maltrato.

### a. Continuidades

Algunas de las continuidades más significativas en la reproducción del imaginario social sobre violencia sexista son *una consideración muy restrictiva de la violencia* (identificando como tal únicamente las expresiones más extremas, y dentro del contexto de la pareja), *la persistencia de la dicotomía público-privado*, o *la reproducción del mito del amor romántico*.

En relación a la primera, las participantes de los grupos de discusión advierten que son aquellas agresiones que implican el cuerpo (tocamientos, violación...) las que continúan siendo identificadas con mayor facilidad por parte de las personas que forman parte de los colectivos en los que trabajan/militan o con los que se relacionan.

Sin embargo, una apreciación importante frente a esta tendencia señala como la presión y trabajo de concientización realizado por la resistencia feminista en general, y el movimiento feminista en particular, ha conseguido ampliar durante los últimos años –principalmente a nivel discursivo- el rango de expresiones que a día de hoy son identificadas como violencia sexista. El reto parece ser aumentar la capacidad para identificarlas en las dinámicas de las personas y estructura de los colectivos.

En segundo lugar, en las narrativas de las activistas se aprecia claramente la *funcionalidad del mito del amor romántico* a la hora de poner en marcha mecanismos que justifiquen y perpetúen la connivencia con expresiones de maltrato: “el amor implica sufrimiento”, “el amor puede hacer que un maltratador deje de infligir malos tratos”, “podemos cambiar la situación negativa de nuestra pareja a través del amor” “existen dos tipos de mujeres, las que están para ser amantes y las que están para ser esposas”, “si una mujer es abierta respecto a su sexualidad y ha sido promiscua, es una puta”..., son solo algunas de las creencias que trascienden.

En tercer lugar, la *persistencia de la dicotomía público privado*, que también cumple una función instrumental. Frente a la incomodidad que genera la convivencia o denuncia de una relación de maltrato (dado que obliga a “distraer” la

atención del colectivo hacia lo sucedido, a posicionarnos, y a reconfigurar nuestra relación con las personas que lo componen y con quién a menudo nos une una relación de amistad) reforzar la idea de que se trata de una cuestión “privada” y que involucra únicamente a las dos personas implicadas es una forma de negar la violencia por parte de los integrantes de la organización –como si ésta pudiera desaparecer de repente- que se resisten a afrontar lo sucedido en clave política y colectiva. De este intento de mantener lo sucedido ajeno a la actividad de la organización resulta, en la gran mayoría de los casos, una doble victimización de la mujer agredida, sobre la que se desplaza la responsabilidad y a la que se culpa por lo sucedido.

**Tabla 6:** Continuidades en la reproducción del imaginario social.

<b>CONTINUIDADES</b>	
<b>1.Una consideración muy restrictiva de la violencia.</b>	<p>Yo creo que a día de hoy muchas personas identifican muchas agresiones, las que son físicas o visuales, y es verdad que todo el mundo lo admite... otro tipo de agresiones, son más difíciles de identificar y entender. (G2-Gipuzkoa)*</p> <p>Creo que lo que más se identifica como violencia de género, y lo que no cabe en el colectivo es un maltratador físico. Está <i>superidentificado</i> y se actuaría con determinación (...) el hecho de que las mujeres protestemos porque vamos a hacer nuestras tareas y nos sentimos incómodas por esto que llamo yo acoso sexual: que te estén todo el rato dando la vara que si nos acostamos... o, por ejemplo, “ocupa el espacio” cuando concluyen que se hacen a un lado para que ocupemos el espacio: pero es que ahora no quiero, estoy enfadada... todas estas violencias no se ven... (G2-Gipuzkoa)</p> <p>A nivel de organización, creo que en el imaginario la gente sigue pensando que la violencia es aquella que se da dentro de la pareja... y da igual que hagas mil actos confederales, que traigas a toda la militancia, que les expliques que la violencia es sistémica, y da igual que venga la feminista, ... o que hablen las mujeres que están en conflicto, las trabajadoras, y que hablen de sus propias experiencias ...te quedas con la sensación de que da igual lo que digas, porque enraizarlo, conceptualizarlo, lleva más trabajo. (G1-Bizkaia)</p> <p>No se habla tampoco de conductas, que son un poco patriarcales... tampoco. La palabra o la voz de los tíos tenga más fuerza porque es cómo “con dos cojones...”, no sería violencia, por ejemplo. (IG1-Bizkaia)</p>

<p>2. La reproducción del mito del amor romántico.</p>	<p>En ningún momento nos cuestionamos si el tipo de relación que estábamos viviendo era coherente o no con nuestras ideas políticas. El discurso era más bien otro: éramos dos privilegiados a los cuales les está pasando algo que el resto de la gente sueña durante toda la vida que le pase. Lo que sentíamos era único y merecía la pena todo el sufrimiento. (Estela, 2015)</p> <p>Creo que experimenté aquello de que “el amor lo puede todo”. El sufría de ansiedad y depresión, en ese sentido siempre fue muy sincero, y yo, sabiendo que me metía en una relación nada fácil... tenía en mi cabeza la idea de que con el amor de pareja... todo se puede superar. (Carmen, 2015)</p>
<p>3. La persistencia de la dicotomía público privado.</p>	<p>En las reuniones no se comportaba así, pero en las movilizaciones o en el “poteo” sí, no se cortaba. En ocasiones fueron empujones, a veces me pegaba, quizás no directamente a mí, pero si tenía el trago en la mano le pegaba un manotazo y me lo tiraba al suelo... si estaba hablando con algún otro chico, él se metía en medio y empezaba a cargar contra él. Me decía de todo, y yo acababa llorando a veces. Esas agresiones la gente las veía, porque eran evidentes. Pero nadie decía ni hacía nada, no al menos al principio. Para las personas que nos veían, aquello era un asunto nuestro, así que nadie se metía. (Miren, 2015)</p> <p>Me di cuenta de que la gente separa lo ocurrido entre Jon y yo y Jon y el colectivo, lo sitúan en lugares diferentes. Alguna compañera me ha recriminado todo aquello, calificándolo como “el lio que montaste”. Me dijo: “... mejor hubieras dejado correr el agua y no hubiéramos pasado por tantos malos rollos”. Hubieran preferido que me hubiera callado, que no hubiera destapado todo aquello y haberles hecho pasar mal rato. (Isabel, 2017)</p> <p>...pensaba que en el colectivo lo podíamos trabajar, y no me di cuenta de las resistencias tan fuertes que había. (...) Se ha minimizado lo ocurrido (es que tú eres muy sensible, no es para tanto), no se me ha creído, y en vez de eso se han pedido testigos (mi voz no sirve, es otra persona la que tiene que hablar), se ha tratado el problema como un asunto entre dos personas, entre otras cuestiones (...) (Lur, 2018)</p>

**Fuente:** Elaboración propia.

### **b. Mitos específicos**

Entre los mitos y características de la violencia específicas de la espacialidad que nos ocupa se encuentra, en primer lugar, aquel sostiene que *el sexismo y las*

*violencias machistas o violencia sexista es algo que sucede fuera de las comunidades activistas.* Mercedes (E4), una de las informantes clave, señala como la capacidad para identificar y aceptar la violencia dentro de los grupos mantiene cierta relación con la construcción de la dicotomía “nosotrxs-los otrxs”. Según este planteamiento, son *lxs otrxs* -aquellos que quedan *fuera* del grupo con el que nos identificamos- los perpetradores de las acciones que consideramos inapropiadas del *nosotrxs*, es decir, de *dentro*. La negación del sexismo dentro de las comunidades activistas, es de uno de los primeros mitos que las activistas deben enfrentar durante el proceso de poner palabras a la situación por la que atraviesan.

En segundo lugar, en un cada vez mayor número de casos el aumento del número de denuncias y la fuerza del discurso feminista han obligado a reconocer que las relaciones de género forman parte de las dinámicas de los colectivos. Sin embargo, desde los grupos de discusión se siguen señalando *importantes asimetrías entre el ámbito discursivo y el interpretativo*; es decir, entre la capacidad para definir la violencia y la capacidad para identificar sus expresiones.

Un tercer elemento o mito gira entorno a la figura del maltratador. De los discursos analizados trasciende una clara disociación entre el imaginario social, y la figura del *maltratador políticamente correcto*. Miren (2015) explica que, entre las razones por las cuales las personas del colectivo no interferían en sus peleas o frente a las actitudes agresivas de su expareja, se encuentra el hecho de que se tratara de una persona de referencia dentro del colectivo. Al parecer, *si un hombre tiene un discurso político progresista, pro-feminista y además una reconocida trayectoria militante, no puede ser un maltratador*. Esta cuestión dificulta la identificación del agresor y la relación en términos de violencia sexista y puede ser utilizada para desacreditar y deslegitimar el relato sobre la violencia.

Por último, *el imaginario social sobre las mujeres maltratadas nos habla de una mujer débil, con poco carácter, menos aún politizada*. Antón Corpas cita el ejemplo del caso de Nevenka Fernandez, ex-concejala que denunció en 2001 al alcalde de Ponferrada por acoso sexual. En su artículo señala “la postura del juez al poner en duda el relato de la denunciante, porque, y cito de memoria, “el aplomo con el que usted declara me indica que es una mujer fuerte y me cuesta imaginarla como una víctima” (*Tijeras para todas*, 2009:22). Por su parte, Biglia y San Martín (2007) insisten en la importancia de derrumbar el mito que prescribe que, para ser feminista, una debe haber superado todas las limitaciones de una cultura



heteropatriarcal. Las autoras señalan que dicho mito lleva a activistas maltratadas a tener dificultades extremas para reconocer su dependencia de un hombre y/o su poca fuerza para salir de una situación abusiva. Los motivos que se esconden tras la dificultad para reconocer su situación, o la situación por la que han pasado (en primer lugar, a una misma y después públicamente) son muchos: no saber identificar claramente la relación en términos de violencia, la necesidad de justificar nuestras propias decisiones y la vergüenza, entre otros.

Marta (2017) señala como esta etiqueta no solo dificulta la identificación de una mujer que sufre malos tratos, sino que lo convierte en una posición “indeseable”. Estela (2014) advierte de como la etiqueta de “mujer fuerte” se alía con el estereotipo de víctima, dificultando la comprensión de lo que está sucediendo, no solo por parte de la agredida, también por las personas que están alrededor.

**Tabla 7:** Especificidades o mitos específicos en la reproducción del imaginario social.

<b>CARACTERÍSTICAS O MITOS ESPECÍFICOS</b>	
<p><i>1.El sexismo y las violencias machistas o violencia sexista es algo que sucede fuera de las comunidades activistas</i></p>	<p>Según mi experiencia, y he estado en bastantes colectivos, en general no se da dicho reconocimiento (...) creo que mucha gente piensa que ser de izquierdas implica no ser sexista, y no es así, está más que comprobadísimo, nosotras también reproducimos esas prácticas si no nos lo curramos (...) Hay una falta de autocrítica, tanto personal como grupal. (G1- Bizkaia)</p> <p>“...en principio todo el mundo está de acuerdo en que el protocolo se tiene que hacer, que las agresiones se están dando... también es cierto que en un contexto de fiesta se entiende más que se esas agresiones son cometidas por <i>otros</i>, ¿no? No sé si se admite tanto que las agresiones se den entre <i>nosotros</i>” (G3-Araba)</p> <p>Que ésta –la violencia- se diera dentro del colectivo era impensable. Aquello era más bien algo que sucedía fuera, y de hecho nadie había denunciado algo así nunca desde dentro. (Miren, 2015)</p> <p>Totalmente, desde mi experiencia en colectivos mixtos la violencia de género es algo que siempre se ha considerado que sucede fuera. (...) muchas veces actuamos mogollón fuera de nuestras organizaciones cuando nos piden que tomemos parte, y lo hacemos <i>superápido</i>, pero luego hacia dentro no nos trabajamos nada...” (Olga, SC)</p> <p>Cuando hemos hablado de violencia de género siempre es</p>

	<p>hacia fuera. En una de las organizaciones, en la de cooperación surgen temas al respecto, pero nunca como algo interno.” (G1-Bizkaia)</p>
<p>2. <i>Asimetrías entre el ámbito discursivo e interpretativo.</i></p>	<p>Creo que los chicos que están en mi organización, los que están cerca del feminismo, son bastante capaces de definir la violencia más allá de las palizas, otra cosa es que sean capaces de identificarla en nuestras reuniones y contextos internos. Aunque lo intentan, no se dan cuenta. Los hombres sobre todo, creo que las mujeres sí nos damos cuenta. (Paquita G3-Movimiento Internacionalista y Juvenil)*</p> <p>Al definirla –la violencia- todo el mundo te dirá que no es solo física, que es también psicológica... poco a poco se ha ido extendiendo, pero luego al llevarlo a la práctica, o a la hora de identificarlas... creo que es difícil reflexionar sobre nuestras propias prácticas y actitudes. (G3-Gipuzkoa)*</p> <p>Se ha puesto de moda la palabra micromachismo, se ha aceptado que cosas sutiles pueden ser violencia, que hay relaciones de poder en las asambleas... Hemos llegado a aceptarlo conceptualmente, luego en la práctica... (Matxalen E1)*</p>
<p>3. <i>Si un hombre tiene un discurso político progresista, pro-feminista y además una reconocida trayectoria militante, no puede ser un maltratador.</i></p>	<p>Él era “muy majo...” y muy “buen militante” y pertenecía a una organización superior, algo que se valoraba mucho... (Miren, 2015)</p> <p>“Era un chico intelectual, no el <i>macho</i> prototipo, y esta cuestión fue utilizada con el objetivo de deslegitimar la agresión” (Andria, E2).</p> <p>Lo que más me descolocaba de todo aquello, era el hecho de que una persona tan reconocida como él, con un discurso tan diferente... se pudiera comportar de aquella manera. (Irene, 2015).</p>
<p>4. <i>Las mujeres con conciencia feminista que participan activamente en colectivos sociales y políticos no pueden ser mujeres maltratadas.</i></p>	<p>Estuvimos seis años juntos. Pero hasta que no se me cayó todo el equipo, yo no dije ni compartí nada con nadie. Creo que nunca conté los fallos de mi relación de pareja, primero porque me costaba a mí verlo, segundo porque significaba aceptar que, por estar con este señor, yo había abandonado al hombre “perfecto”. Habría sido admitir que la persona que yo había elegido contra viento y marea, era una mierda... (...) Resulta aún más difícil de hacer entender cuando se trata de una persona fuerte, al menos en apariencia, y con carácter como yo, porque la gente no se cree que yo pudiera aguantar todo eso. (Estela, 2015)</p>

	<p>Pensaba que me daba más igual, pero ayer estuve a punto de llamar para decir que no venía, que no quería realizar esta narrativa. Me sentía muy nerviosa. ¡Me sentía avergonzada de haber estado ahí! Avergonzada de haber avalado a esta persona delante de otras activistas. Avergonzada de que me hubieran advertido de que no era trigo limpio, y aun así no haberme dado cuenta antes (Haizea, 2017)</p> <p>Una amiga mía hacía la siguiente reflexión basándose en su propia experiencia: Tal y como está construido el papel de la víctima, ninguna queremos serlo. (Marta, 2017)</p>
--	---

**Fuente:** Elaboración propia.

## 5.2 ALGUNOS DEBATES ACTUALES

Tras la sistematización de la información obtenida principalmente de los grupos de discusión, se han puesto de manifiesto algunas cuestiones aún sin resolver entorno al cómo, qué y quiénes conceptualizamos y ejercemos la violencia. Estos debates aportan claves importantes a la hora de continuar re-pensando en colectivo sobre las forma de nombrar la violencia, su carácter subjetivo, o sus expresiones más allá de una lógica binaria.

### a. Poner nombre y apellidos a la violencia: debates en torno a la conceptualización del fenómeno.

Más allá de los mitos asociados al discurso heteropatriarcal, en el reconocimiento de la violencia sexista dentro de las comunidades activistas del País Vasco interviene otros factores importante. Entre ellos la falta de una definición consensuada, lo que dificulta la identificación de las expresiones que deben ser consideradas como tal. Aunque no es mi intención defender la necesidad de un consenso al respecto, sí creo necesario trasladar algunos debates y propuestas, con el objetivo de ir avanzando en su conceptualización desde una lógica diferente a la del discurso heteropatriarcal.

En los últimos años, los debates en torno a la conceptualización del fenómeno de las violencias de género se han multiplicado. Estos giran en torno a la terminología a emplear y su contenido, el sujeto epistemológico, los distintos ejes de opresión y su

articulación, así como sobre la capacidad de reintegrar el desarrollo teórico en la *práxis* política.

Mercedes (E4) sostiene que, hasta hace menos de 20 años, el discurso sobre la violencia sexista “estaba bastante verde” en el País Vasco. Con una experiencia dilatada en éste y otros escenarios políticos, la informante advierte de que, incluso en los más recientes foros de debate, la discusión en torno al fenómeno no alcanzaba cotas demasiado profundas. La falta de un discurso teórico sólido sobre la violencia por parte del movimiento feminista es, a su juicio, consecuencia de la falta de tradición de un feminismo político-institucional fuerte. Sin embargo, también es cierto que se trata de uno de los debates en torno al cual más tiempo y esfuerzo está dedicando actualmente el feminismo vasco<sup>68</sup>, y que a lo largo de los últimos años ha tenido un desarrollo más que significativo.

Dentro de las comunidades activistas conviven diferentes términos para denominar este tipo de violencia, entre los que se encuentran la violencia sexista, machista, de género, o violencia contra las mujeres.

*Diálogo entre las participantes del G3:*

*Paquita:* En mi entorno el que se utiliza es el de violencia machista, más que sexista... violencia de género creo que lo he escuchado más en el *teleberri*, no hace un reconocimiento tan explícito al patriarcado...

*Josune:* Pero luego, “agresión sexista” sí se utiliza...

*Beronika:* En los grupos feministas se utiliza más violencia sexista... En las jornadas estas de Euskal Herria, salio como violencia sexista, ¿no? Aunque nosotras usamos machistas...

—

Nosotras nunca la hemos nombrado como violencia sexista. Si hemos hablado de violencias de género. No me gusta hablar desde la raíz de sex... que vincula tanto al sexo. Me gusta hablar de violencia de género... me parece que abarca mucho más. No sé, igual es desconocimiento también (G1-Bizkaia)

---

<sup>68</sup> Un ejemplo son las últimas Jornadas organizadas por la Plataforma Mundial de las Mujeres en Euskal Herria (PMMMEH) “Repensando la violencia machista. Respuestas desde un feminismo en marcha”, en el cual se dieron cita alrededor de 300 mujeres feministas, para “repensar y ampliar conceptos y miradas ante la violencia machista, enfocando en la interacción entre distintos sistemas de violencia” (clase, sexo-género, raza, cultura, heteronorma etc.)

En lo que sí parece existir cierto consenso -tal y como hemos señalado en nuestro marco teórico- es en la necesidad de conceptualizar las múltiples violencias que derivan del dispositivo de género dentro de un paradigma más amplio. El término más utilizado por las participantes es el de *violencias machistas*:

En torno al tema de conceptualización, es verdad que tuvimos muchísimo debate también, porque empezamos hablando de violencia sexista, y entendimos que ésta se nos quedaba muy limitada, precisamente por aquello de que nos dejábamos fuera la violencia a aquellos cuerpos no normativos. Nos parecía que teníamos que ampliar también la mirada. Entonces empezamos a hablar de violencias machistas y patriarcales (...) Y de ahí hablamos de violencias machistas, pero sin tener muy claro que violencias machistas no era lo mismo que violencias sexistas, y eso, lo hemos aprendido durante el camino, y nos ha hecho reflexionar sobre la perspectiva de diversidad sexual y de género. Entrarle a que una agresión lesbófoba, tránsfoba..., o la violencia que puede recibir cualquier sujeto fuera de la heteronorma. Empezamos a hablar del sujeto político mujeres y de todos aquellos cuerpos no heteronormativos (G1-Bizkaia)

El desarrollo de este debate en el País Vasco se ha dado gracias al trabajo e impulso del movimiento feminista, si bien no se trata del único agente implicado. Se están haciendo esfuerzos para alcanzar cierta estructuración y conseguir llegar a ser el sujeto epistemológico principal (Esteban, 2017), pero se trata de debates abiertos, dialógicos, en los que participan otro tipo de colectivos y organizaciones mixtas, como ONGDs, partidos políticos, o sindicatos.

El tema de la violencia es un tema jodidísimo y los colectivos mixtos tenemos que asumir curro al respecto (...) Nosotras, en el 2010, decidimos escapar de la transversalidad y de que se quedara en nada. Apostamos por hablar “contra las violencias machistas”. Y nos costó... y yo creo que la hemos liado un montón, eh... Hicimos todo un proceso de reflexión para poder alcanzar unos mínimos básicos en la asamblea, y nos preguntamos ¿de qué estamos hablando? ¿Hablamos de lo mismo? Hicimos formación... y al final llegamos a un posicionamiento. Nos cagamos...porque normalmente las organizaciones no nos posicionamos políticamente... y años después ya nos dimos cuenta de que la habíamos liado mogollón... y lo cambiamos, menos mal, ¿no? (G1-Bizkaia)

A la hora de identificar las violencias derivadas del dispositivo de género, el movimiento feminista vasco ha subrayado la necesidad de tener en cuenta otros ejes de opresión como son adultismo, capacitismo, clase, raza, o identidad sexual. Maider y Udane explican cómo algunas de estas intersecciones generan relaciones de poder en los colectivos y organizaciones:

Las personas que parece que saben mucho tienen poder, frente a ellas, si tú no has leído nada, o no tanto, parece que tienes menos legitimidad” (G2-Gipuzkoa)\*

Está habiendo problemas en ambos, actitudes violentas por parte de varones que saben mucho. Uno, más que saber mucho, es que está muy implicado: la agenda la está llevando él. Ha tirado del carro toda la vida, y en este momento su trabajo tiene un valor. Pero esa persona, lo que hace al tirar del carro es que a veces usa palabras, y da órdenes, que no es que no sean bonitas, es que son violentas. Y en el otro pasa que, por ejemplo, hay en un grupo que se dedica a crear eventos, hay una persona que es técnico de música. Él tiene un conocimiento profesional que todos los demás no tienen. Esa persona es muy violenta... le da igual que sean mujeres o hombres, con cargo, sin cargo... pero como tiene ese conocimiento y la organización necesita de él, por ahora se le permite dicho comportamiento. (...) Nos estamos organizando para responder. (G2-Gipuzkoa)\*

Los cambios en la terminología y conceptualización de la violencia, la integración de otros sujetos políticos y ejes de opresión han sido elementos que se han ido incorporando al debate y la conceptualización de la violencia en el País Vasco a lo largo de los últimos años. Sin embargo, tal y como expresan algunas de las activistas, la rapidez con la que se han ido instaurando en el discurso hace que, en algunos casos, resulte complejo interiorizar su significado con rigurosidad, incluso entre las propias feministas:

Que estemos hablando ahora en la Mundu Martxa de Interseccionalidad y de violencias que vamos a ver que ondas, cómo les llamamos. Que estemos hablando del capacitismo, del edadismo, del racismo... eso antes no se hablaba... o por lo menos yo no lo viví así cuando yo llegué aquí hace seis años. Yo lo vivo como que nos estamos complicando la vida, pero para intentar avanzar hasta ahí... lo vimos en las jornadas de Donosti, estábamos ahí con el cerebro exprimido, a mí no me daba la olla para más, porque realmente es un debate jodido y que nos implica a nivel personal. (G1- Bizkaia)

¿Qué vamos a currar con colectivos LGTBI...? ¿Qué el sexo no existe tampoco...? Los conceptos van evolucionando, pero no siempre estamos preparadas ni nos damos el tiempo suficiente para hacer los debates con un poco de tranquilidad y tiempo para ir asentando cosas. (G1-Bizkaia)

Frente a la vorágine de términos, conceptos, y sistemas de opresión a tener en cuenta, se encuentran posiciones que abogan por la necesidad de detenerse y evaluar el proceso realizado hasta ahora, que pasa por la comprensión de estos nuevos enfoques por parte de los agentes y actores implicados dentro de la resistencia feminista, así como por la articulación de respuestas.

Más que a qué llamamos violencia, hay que ver qué pasos se han dado, y que vacíos ha habido en esos pasos. (G2-Gipuzkoa).

Me da la sensación de que sí que tenemos conciencia de que la violencia está ahí, pero que desde los feminismos tampoco nos ponemos de acuerdo sobre cómo abordarla. (Gertrudis, SC)

No contar con una definición consensuada o *rígida* de la violencia sexista, y de los actos que deben ser considerados como tal, genera problemas ontológicos e interpretativos que nos remiten al *carácter subjetivo* y relativista de la misma. Sin embargo, ¿es posible –o siquiera deseable– contar con una categorización exhaustiva de cada una de sus expresiones?

#### **b. ¿Todo es violencia? Entre el relativismo y la necesidad de crear significados comunes.**

Dado el carácter relacional y cultural de la violencia, el componente subjetivo resulta una pieza fundamental en el debate sobre su conceptualización. Sin embargo, los esfuerzos en la búsqueda de una definición que resulte pragmática en términos políticos conviven con enfoques igualmente válidos, aunque quizás menos operativos.

Yo la defino para yo entenderme. La violencia es aquello que se hace en contra de mi voluntad. (G1-Bizkaia)

Desde una perspectiva feminista, se ha abogado por imbuir a la persona agredida de una total legitimidad para definir la agresión, dado que, tal y como explica Gertrudis:

...al final cada sujeto somos diferentes, nos vivimos de diferente manera y la sensibilidad y las emociones las vivimos de diferentes maneras, por lo cual, la subjetividad de las emociones hace que yo pueda entender una agresión, puede ser diferente a como tú la interpretes. (Gertrudis, SC)

Si bien hay consenso a la hora de entender que la experiencia subjetiva de la mujer agredida –así como la realidad objetiva que le rodea- debe ocupar el lugar de referencia a la hora de valorar los daños causados, lo cierto es que cuándo se ha teorizado de forma más general, la tendencia ha sido deslizarse en el debate de “*todo es violencia*” del que nos advierten algunas activistas feministas (Esteban, 2017):

Creo que la violencia sexista es toda aquella violencia que la persona que se siente agredida siente como tal, y lo vinculase a un tema estructural del sistema sexo-género (...) Quizás esto nos pueda llevar al debate de “todo es violencia” y tengamos que terminar jerarquizándolas y categorizándolas. Desde un planteamiento anarquista, no me gustaría tener que hacer eso, porque el dolor que puede provocar a una persona una cosa a lo mejor es mucho mayor que otras cosas físicas... (Olga SC)

Más allá del reto teórico y analítico que se desprende de esta cuestión, lo cierto es que dicho componente subjetivo es utilizado por el heteropatriarcado para deslegitimar la versión e interpretación de la agredida en términos de violencia sexista. Por ello:

Existe la necesidad de identificar la agresión, aunque ésta sea subjetiva, para que no se diga que *todo es violencia*... (Andria, E2).

O bien, tal y como expresa Ana, porque dificulta el diseño de estrategias para hacerle frente:

Empezamos hablando mucho sobre este debate de “¿todo es violencia?” Entendíamos que, desde una mirada internacionalista, tener una visión global de la violencia era importante, que rompiera con esto de la violencia de género de la Ley, y de la pareja... pero claro, nos ha llevado a un montón de dificultades porque “todo es violencia”, ¿no? ¿Es violencia machista cuando a una tía indígena, la acosan las fuerzas de seguridad porque le quieren quitar sus territorios? A ver, si hay acoso de un machuno segurata, claro... ¿pero si hay una persecución específica a las tías sin haber un machuno? Se nos ha complicado un montón, realmente, y hemos entrado en el debate de si es una buena estrategia tener esta mirada amplia para desarrollar un enfoque más político y estructural, o la hemos cagado un poco, porque se nos han desvirtuado un poco las estrategias. (G1-Bizkaia)

Establecer ciertos índices de identificación no parece tarea fácil, dadas las premisas mencionadas hasta ahora; a saber, el relativismo cultural que envuelve al fenómeno, su carácter relacional y subjetivo, así como la necesidad de crear nuevas



lógicas que se contrapongan a una definición heteropatriarcal. Sin embargo, a partir del análisis de la información obtenida a lo largo del proceso de investigación, así como la reflexión que lo ha acompañado, me atrevería a sugerir tres elementos, a modo de *proyecciones cartográficas*<sup>69</sup>. Dichas proyecciones giran en torno a la *jerarquización, extensión y localización* de la violencia y sus expresiones.

Una amplia mayoría dentro del pensamiento y acción feministas ha puesto en cuestión el enfoque de *jerarquización* de los actos violentos. Un ejemplo es la apuesta teórico-práctica por la integración de las diferentes expresiones en un *continuum*, en el que caben no solo aquellas más visibles, sino todos aquellos comportamientos abusivos que actúan para reforzar y naturalizar la opresión de las mujeres como ciudadanas de segunda categoría. Sin embargo, las dificultades para determinar e identificar qué es y qué actos constituyen violencia sexista, más allá de las proposiciones teóricas, siguen estando vigentes. En concreto, uno de los retos parece ser determinar dónde terminan las relaciones de poder generizadas, y cuándo podemos empezar a hablar de *violencia* por parte de los hombres sobre las mujeres:

Sí que ha habido un debate muy intenso, a la par que muy duro personalmente, sobre las prácticas sexistas que se dan en nuestra cotidianidad, como puede ser el baboseo en fiestas, el paternalismo, “deja esto ya lo hago yo... y acabamos más rápido...”, o la infravalorización del trabajo que hacemos.... Sobre si éstas prácticas sexistas que se dan entre nosotras eran agresiones sexistas o no. Y sí que hubo un debate muy arduo, y mucha gente dijo que opinaba que no, que no se veían que eran. Pues sí que se veían pues todas las demás: una hostia, una violación, ...lo que ya está asumido en la sociedad en general. A veces ni siquiera las anteriores eran vistas como sexismo... era como, “mira, pasa” (...) en un colectivo de izquierdas... es muy duro, y cuando toda la campaña de ese verano ha sido “baboseo no”, “no es no...” Toda la campaña mediática era esa, y que, en tu colectivo, ciertas personas, aún se cuestionasen eso... (G1- Bizkaia)

---

<sup>69</sup> En una carta de navegación, las proyecciones cartográficas son la forma de representación de una superficie convexa (la tierra) en una plana, con todas las restricciones que ésto conlleva. Creo que puede resultar útil utilizar este concepto cómo símil a la hora de establecer ciertos parámetros dentro del debate que nos ocupa, dado que se pretenden evidenciar al mismo tiempo los límites asociados a la necesidad de “ajustar” la complejidad de cada realidad a proposiciones estrictamente teóricas. Desconozco si alguien ha utilizado anteriormente esta fórmula.

Entendemos que esto de las *prácticas generizantes*, hace que mucha gente tengamos actitudes violentas, que no tenemos claro si son violentas o no...todas, las de las tías también, y ahí tenemos mucho lío... (G1-Bizkaia)

A mí me gustaría saber qué colectivo lo tiene claro, porque entonces me cambio. Creo que son debates abiertos. (...) he participado en redes con diferentes colectivos y he colaborado en movimientos mixtos. En uno de ellos, sí que existía un discurso feminista y una apuesta por integrar las prácticas feministas, pero la realidad es que... ha habido también...agresiones. Bueno, no sé si llamarles agresiones, ahí está el debate también ¿no? Hay *prácticas machistas*. (G1-Bizkaia)

A la hora de establecer cierta posición, quizás sea útil pensar, más allá de la violencia estructural, en la violencia como una *consecuencia* de las relaciones de poder y no, tal y como se ha venido haciendo desde diferentes espacios, como su *expresión más extrema*. Dos enfoques que, en ocasiones, se han visto mezclados sin demasiada rigurosidad. De hecho, al hablar de la violencia como la expresión más extrema de las relaciones de género no solo estamos jerarquizando, sino que oscurecemos nuestra capacidad de discernir entre distintos elementos –aunque intrínsecamente relacionados- del sistema heteropatriarcal. Tal y como expresa Saioa:

Antes hemos entrado en el debate del “todo es violencia o no...” yo creo que tenemos relaciones de poder en los grupos, sean basadas en el sistema sexo-género, o sea en la experiencia, en la lengua que hablamos, el color de la piel...lo que pasa es que esas relaciones de poder pueden desembocar en violencia o no. (G1- Bizkaia)

Además de la jerarquización entre las diferentes expresiones, persiste el problema de la “elasticidad” del concepto, estrechamente relacionado con su carácter sistémico y estructural. *Localizar* la violencia implica situarla no solo dentro de un contexto cultural concreto<sup>70</sup>, sino como parte de un sistema de relaciones de poder igualmente preciso. Ésta última cuestión alude a las expresiones derivadas de otros sistemas de opresión en los que participan o pueden participar las mujeres, y que han sido conceptualizadas como violencia sexista o violencias de género. Es importante recordar que el sistema heteropatriarcal genera violencias específicas,

---

<sup>70</sup> Que no depende tanto de la situación geográfica, sino de las referencias culturales y simbólicas de la sujeta que es agredida.

es decir, “lo que se utiliza en contra de aquellos que van en contra de la heteronorma” (Andria, E2). Cuestión que no excluye el estudio de su intersección con otros sistemas de opresión y las expresiones de violencia que derivan de cada uno de ellos.

Por último, pensar en torno a la *extensión* de las violencias de género o violencia sexista, significa fijarnos en la prolongación de los actos y expresiones identificadas cómo abusos en el tiempo y en el espacio. Es decir, aproximarnos a la violencia en clave de proceso y abuso sistemático.

Las activistas entrevistadas insisten en la necesidad de nombrar como violencia “aquellas -expresiones- que se pueden identificar desde fuera” (Andria, E2), es decir, el abuso debe además poder ser identificado como tal por otras personas. Sin embargo, más allá de explicitar la necesidad de un reconocimiento externo, no se ha explicado quién o quiénes -y en base a qué- deben validar los hechos, lo cual puede dar pie a importantes problemas a la hora de definir una agresión dentro de un colectivo. Se trata, por tanto, de otra de las preguntas que debemos hacernos.

### **c. ¿Y entre nosotras? la violencia y el machismo en grupos de mujeres.**

Un tercer debate apunta a la necesidad de reconocer las formas en las cuales el machismo y la violencia se reproduce dentro de los grupos de mujeres. Si bien son los varones los que más reproducen este tipo de prácticas, las activistas advierten de que entre nosotras tampoco estamos libres de acomodarnos en la retórica sin hacer un verdadero ejercicio de reflexión.

El tema de las relaciones de poder también las hemos vivido en grupos de mujeres. No tan duramente pero las hemos vivido (G2-Gipuzkoa)\*

...también te puedo decir, aunque sea tirar piedras sobre nuestro tejado, que en el movimiento feminista autónomo hay prácticas machistas, tales como las que han comentado las compañeras. Esta cuestión ha sido para mí una hostia bastante gorda... de la cual he aprendido mucho, pero he sufrido mucho también: yo he sido de las que ha tenido que estar “haciendo fotocopias” durante un año. Y además siendo de fuera del País Vasco... ya si fuera negra y hablara otro idioma...sería lo peor en esa organización... (*eleva el tono, irónica, pero tajante*). Siendo más joven que las compañeras, también... yo creo que esas también son prácticas machistas, que por mucho recorrido en el movimiento feminista autónomo nos corren por las venas, y a mí también.” (G1-Bizkaia)

Siguiendo la conceptualización y significado de la “violencia sexista” –aquella perpetrada por hombres sobre mujeres- ciertamente este tipo de violencia no podría ser conceptualizada como tal. Sin embargo, las agresiones y relaciones de poder que se reproducen en grupos no mixtos o en parejas lésbicas pueden constituir un tipo de violencia derivada del género, tal y como hemos defendido en nuestro marco teórico. Entre *nosotras*, señalan, dichas prácticas pueden ser más difíciles de identificar:

Yo he llegado a estar marginada en un colectivo mixto por las mujeres. Para mí ha sido una agresión machista directa, realizada por otras mujeres en nombre del feminismo en sí. “Lo privado es público” sí, pero creo que aún no llegamos a entender qué es el feminismo y qué queremos decir con esa frase. (G2-Gipuzkoa)\*

Reconocer que las relaciones de poder y agresiones machistas también se reproducen dentro de los colectivos de mujeres o feministas es vivido por algunas activistas con cierta culpa, como si se tratara de una *traición*. Lo cierto es que no es más que la constatación del carácter sistémico y estructural del heteropatriarcado, y de cómo éste nos atraviesa a todas.

Una de las cosas que hemos analizado es que, claro, somos [mayoría mujeres] que formamos el día a día de la organización. Así que en los últimos diagnósticos se nos quedaba como corto ese análisis binario de que lo que hacen los hombres es machismo y lo que hacen las mujeres... entonces empezamos a analizar lo que eran las *prácticas generizantes*. A qué elementos dábamos importancia y si estos eran los tradicionalmente masculinos o los tradicionalmente femeninos, ¿no? Nos dimos cuenta entonces que seguía prevaleciendo una cultura patriarcal, que había mucho que rascar y que sigue habiendo mucho reconocimiento a las cuestiones masculinas... quién habla, quien participa más en los medios... aunque lo haga una mujer. (G3-Araba )

Se trata, por tanto, de un ejercicio que nos permite trabajar en la deconstrucción de dichas prácticas, y construir nuevos modelos relacionales y organizativos.

### 5.3 RESISTENCIAS Y OBSTÁCULOS

Encontrar resistencias y obstáculos frente al reconocimiento del sexismo y la violencia sexista no significa necesariamente enfrentarse a posturas o discursos abierta y firmemente reacios a realizar este trabajo. Se trataría de todo un

repertorio de (in)acciones que abarca desde posiciones abiertamente negacionistas hasta cuestiones asociadas con la falta de recursos para emprender dicha tarea. En la gran mayoría de casos, dichas posturas o discursos coexisten dentro de un mismo colectivo.

...informalmente hay un reconocimiento que hay machismo, aunque siempre estarán los clásicos viscerales que no dirán “no, no, aquí no se discrimina a nadie, no hay sexismo, las mujeres tenéis cuotas de poder, fíjate además *todo lo que te están dejando hacer...*” (G1-Bizkaia)

Mientras que las *resistencias* implican una negativa a reconocer la reproducción de las relaciones de género y la violencia, los *obstáculos* que nos disponemos a señalar son aquellos que encontramos una vez se ha hecho explícita la voluntad de poner en marcha mecanismos de prevención y gestión.

**Tabla 8:** Resistencias y obstáculos frente al reconocimiento del sexismo y la violencia.

RESISTENCIAS	OBSTÁCULOS
a.1 La negación de la reproducción del sexismo y la violencia.	b.1 No disponer de los recursos necesarios (capacidad) para desarrollar mecanismos contra el sexismo y la violencia
a.2 El miedo a las consecuencias de dicho reconocimiento.	b.2 No sentir la lucha y las reivindicaciones feministas como propias
a.3 La naturalización de las prácticas sexistas	b.3 La jerarquización de las luchas
a.4 La falsa creencia de haber superado el sexismo por parte del colectivo u organización.	b.4 Apropiarse de un discurso feminista políticamente correcto.
a.5 La deslegitimación del feminismo	b.5 Apropiarse y resignificar los fundamentos ideológicos del feminismo.

**Fuente:** Elaboración propia

*Resistencia1. La negación de la reproducción del sexismo y la violencia.*

Negar la reproducción de las prácticas sexistas y la violencia dentro de las comunidades activistas forma parte de las resistencias de los colectivos a aceptarse como parte del entramado de violencia estructural.

Creo que da mucho miedo hablar de que vivimos en una sociedad y en una organización violenta. Cuando en la Mundu martxa decíamos que la sociedad se sustenta en esta violencia estructural, comerse eso es *heavy*, y llevarlo al cuerpo más. Nosotras también, pero sobre todo ellos. Entonces, decirle a alguien, y para mucha gente esa organización es su vida, que se trata de un monstruito violento, y que tienes que apostar por desentrañar todo eso...es *heavy*...” (G1-Bizkaia)

Una de las participantes en la sesión de contraste, inmersa en un proceso de creación de un protocolo interno frente a agresiones sexistas/machistas, señala que en su organización sí se reconocen las desigualdades entre hombres y mujeres. Sin embargo, la activista realiza una matización importante:

En los lugares en los que milito y he militado yo sí que creo que hay una conciencia de que existen diferencias entre los sexos y que existe una jerarquía, *no tanto en lo que a violencia se refiere (...)* sino en otras actitudes, como, por ejemplo, “ya lo dices tú (hombre), y va a misa...” (Gertrudis SC)

Aún en aquellos colectivos en los cuales el debate en torno a la cuestión de género ha alcanzado niveles más altos, se constata el hecho de que hay menos resistencias a hablar en términos de “sexismo” que de “violencia”.

...En conflictos que hemos vivido nosotras en nuestro colectivo, yo creo que nunca se ha hablado de violencia... quizás se ha hablado de discriminación ante distintas posiciones de poder, siempre ha habido reparo a decir: eso es violencia machista... (...) Hay resistencias a llamarlo violencia sexista, aunque si lo leyéramos diríamos “a sí, es violencia”” (G3- Araba)

...cuando hablamos de sexismo yo creo que nos resulta más fácil, y cuando hablamos de violencia... (...) Una resistencia nuestra se refleja en el hecho de que después de un proceso tan largo de debatir si esto es violencia o no es violencia, ¿por qué nunca hemos hablado de la violencia dentro del colectivo? ¿Por qué el debate sobre nuestras prácticas sexistas nunca ha conectado con ese otro debate? (G1- Bizkaia)

Esta cuestión mantiene relación con las dificultades para definir claramente las prácticas que han de interpretarse como tal, pero también nos alerta del peligro de que aceptar la reproducción de las relaciones de género se convierta de nuevo en una cuestión políticamente correcta, vaciándose de significado semántico y político.

Todas estas formas de negación –desde la más explícita a la más velada- se alimentan del mito que sitúa *la violencia sexista fuera de las comunidades activistas*, y son una clara muestra de que continuamos considerando violencia hechos puntuales y aislados que tienen lugar entre personas y circunstancias concretas, pero también de las resistencias o miedos a tener que enfrentar una situación de estas características dentro del colectivo.

### *Resistencia 2. El miedo a las consecuencias de dicho reconocimiento.*

Se podría pensar que se trata de una resistencia exclusiva de los varones, y, ciertamente, que éstos sientan que reconocer la reproducción del sexismo y la violencia les interpela directamente, puede –y suele- posicionarlos *a la defensiva* frente a este tipo de declaraciones y procesos. Tal y como afirma Amigo Vespa en *La opresión del revés*, “La reacción así de inmediata de los hombres contra el feminismo, creo que proviene de un miedo a ser censurado, de perder algunos privilegios y comodidades” (en Tijeras para todas, 2009:40). Sin embargo, el miedo a enfrentar de forma crítica el espacio y a las personas con las cuales nos relacionamos y con las que habitualmente compartimos cuestiones que van más allá de un ideario político es una resistencia que puede afectar a todo el colectivo.

¿Por qué nos cuesta llevarlo a la práctica cotidiana? Que tiene que ver con dolores y con miedos, a mí misma me da miedo entrar en ese debate, quizás porque no hemos visto formas más evidentes de violencia en el colectivo, pero, ¿qué hacemos con las sutiles? Lo estructural lo hablamos, pero la práctica no, ¿no? Creo que hay algo de miedo al qué vamos a hacer si nos encontramos algo, ¿no? (G1- Bizkaia)

Sí, declarar, sí, pondremos cincamil banderas, pero nadie se atreve a desnudarse y decir: “yo soy machista, y el /la de al lado también” (...) Se declara, pero luego todo o demás da un miedo... (G2-Gipuzkoa)\*.

El miedo a llamar las cosas por su nombre demuestra hasta qué punto hablar de violencia sexista continúa siendo un tabú dentro de algunos colectivos.

### *Resistencia 3. La deslegitimación del feminismo.*

A pesar de que el uso de un discurso políticamente correcto entorno a las cuestiones de género y feministas sea una de las características principales del escenario actual, tal y como hemos advertido, la heterogeneidad entre y dentro de los

colectivos sociales da lugar a posicionamientos muy diversos. Las activistas dan cuenta de algunas de las estrategias de deslegitimación y rechazo frente al feminismo por parte de compañeros activistas:

...han utilizado la ortodoxia socialista para decir que el feminismo ha venido a dividir a los movimientos revolucionarios, a dividir las opresiones... porque el movimiento feminista es *interclasista*...” (G3-Araba)

Dos, sobre todo, tenían unas actitudes machistas terribles, exageradas, e incluso formalmente rechazaban las ideas feministas, no las aceptaban. (G2-Gipuzkoa)\*

Así, las reivindicaciones y posicionamientos feministas no siempre son tolerados o vistos con buenos ojos, cuestión que mantiene una estrecha relación, tal y como veremos más adelante, con la jerarquización de las luchas.

#### *Resistencia 4. La naturalización de las prácticas sexistas.*

Un tercer factor que dificulta poder reconocer la reproducción del sexismo y la violencia sexista es la naturalización de las prácticas sexistas dentro de los colectivos.

Están en el cómo militamos, en cómo hacemos las cosas: pautas que hemos naturalizado y que pueden llegar a ser sexistas –no digo que lo sean *per sé*-. Por ejemplo, la manera en la que hablamos y nos explicamos en las asambleas reproduce el modelo hegemónico. Cuanto más teórica seas, menos dudas presentes, tu voz sea más elevada, y no digas “lo que voy a decir es una chorrada, pero...” son pautas comunicativas que se ponen en valor. Sin embargo, no todo el mundo se expresa de la misma manera, y por lo tanto no se valora igual. Puede llegar a ser por lo tanto una práctica sexista. (G1-Bizkaia)

...te encuentras desde la típica que le dan el tema “de turno” y lo gordo lo lleva no sé quién. O que la empiezan un poco a boicotear... (G1-Bizkaia)

Si bien la capacidad para identificar dichas pautas es cada vez mayor -principalmente por parte de las activistas feministas que forman parte de espacios mixtos- esto no quiere decir que dentro del colectivo todas las integrantes tengan la misma capacidad, o voluntad, para asumir la responsabilidad en la reproducción de las mismas, investigar e implementar los cambios estructurales necesarios.

He echado en falta personas que vean, al menos, parte de lo que veo yo. Por la soledad que supone esa situación y los cabezazos contra la pared que te puedes



dar, o porque, tú sola no te vas a atrever a exponer y denunciar esas actitudes... es como un estadio previo: a ver quién tienes a tu lado que te pueda seguir un poco la onda. Pero es que yo creo que en muchos grupos mixtos no se da ni ese primer estadio. Y yo lo he vivido en un colectivo, diciéndome a mí misma “*no lo voy a plantear*”. (G1-Bizkaia)

Una vez solucionada la cuestión de la falta de apoyos, vemos como la identificación de dichas prácticas y la conflictividad asociada a su puesta en común y discusión pública, forma parte del debate interno y construcción de modelos alternativos.

Y las hemos encontrado- las prácticas *machistas*- nos las hemos comido con patatas, las hemos reconocido clarísimamente... todo el tema de la gestión de los poderes, distintas formas de poder: que no es solo quién grita más – que también-prácticas de cada día muy claras que no solo utilizaban los tíos, sino las tías también (...)Todas somos super majas y de izquierdas, pero un puesto tiene un reconocimiento público, escribes, un libro hablas en la radio, tal, mientras otras son invisibles y sus nóminas casi casi ni se cubren con los proyectos... cuando son pilares imprescindibles para organizaciones como la nuestras (G1-Bizkaia)

Se trata de procesos en los que, tal y como describiremos más adelante, se encuentran inmersos no pocos grupos y organizaciones dentro de las comunidades activistas del País Vasco.

#### *Resistencia 5. La falsa creencia de haber superado el sexismo por parte del colectivo u organización.*

La última de las resistencias que hemos querido subrayar dentro de este apartado, habla de las formas en las que el llamado “espejismo de la igualdad” se escenifica dentro de las comunidades activistas. El espejismo o creencia de haber superado este tipo de discriminación se puede asumir por un proceso de “osmosis” igual o muy similar a la creencia de que ser “de izquierdas” nos convierte automáticamente en feministas y por lo tanto en seres “libres de pecado”:

Cuando lo propuse, alguno me dijo “*bueno, pero si el comité es internacionalista...es que también es feminista*”. Qué decepcionante cuando ves las actitudes en el grupo y en lo personal... y lo mucho por hacer que nos queda. (Irene, 2015)

O bien, tal y como expresa Alba, que el colectivo haya tomado en consideración algunos aspectos y allá llevado a cabo algunas opciones “satisfaga” por completo

sus propios estándares de medida. Así, el hecho cierto trabajo previo al respecto, se convierte convertirse en una excusa para no querer seguir profundizando.

Cuando nosotras hemos querido hablar de feminismo, no nos han escuchado (...) “*esto nosotros ya lo hemos superado*”. Es verdad que, en ciertos aspectos, como la crianza, puede haber cierta equidad, pero hay en otros que no. Y en vez de entender el querer hablar de ello como algo positivo, es “*joe, ya estás con esto...*” (G2-Gipuzkoa)

De la misma forma, pertenecer a una organización con carácter transformador y haber adquirido una identidad feminista, puede convertirse *de facto* en una especie de manto absolutorio.

Es algo que creo que está muy extendido dentro del sector –cooperación- (...) Dentro de la organización se da por sentado que ninguno de los hombres que trabajan con nosotras pueda tener actitudes machistas (...) se les da el voto de confianza y se asume que son *hombres bien*. (Andrea SC)

A la hora de reconocer y hacer frente a la violencia sexista, las formas en las cuales su reproducción es negada dentro de los colectivos coexisten con otro tipo de obstáculos dentro de las comunidades activistas. Dichos obstáculos aparecen a lo largo de los procesos que inician los colectivos una vez se ha admitido, siquiera discursivamente, dicha reproducción. Al fin y al cabo, de lo que se trata aquí es de analizar cuáles son los elementos y mecanismos que se interponen y dificultan pasar del nivel discursivo al práctico y material.

“¿Reconocimiento formal? Ahora en la ponencia vamos a poner que somos una organización patriarcal... pero, ¿qué hacemos con eso?”. (G1- Bizkaia).

A continuación, desarrollaré los cinco obstáculos identificados.

*Obstáculo 1. No disponer de los recursos necesarios (capacidad) para reconocer el sexismo y la violencia.*

Ciertamente, *capacidad* (tener los recursos necesarios) y *voluntad* (querer hacerlo) se encuentran a menudo relacionados entre sí, y operan en mayor o menor medida en el caso concreto de cada colectivo u organización. Sin embargo, se pueden dar situaciones en las que, si bien existe cierta predisposición y voluntad para trabajar prácticas sexistas y la violencia dentro del colectivo, no se dispone de los recursos

materiales, intelectuales o de tiempo para saber identificar cuales son las estructuras y expresiones las reproducen.

¿Qué pasaría si yo en mi organización planteo mañana, “oye, vamos a hacer un protocolo por si se da aquí algún caso”? Me dirían que “*jo, estamos a mil, mejor dejarlo para cuando estemos más tranquilas* –nunca estamos más tranquilas– *pero si quieres, encárgate tú.*” Esto siempre es algo que se deja “para después” (G1-Bizkaia)

En mi colectivo, desde que empecé, sí que existía ese reconocimiento a nivel formal, estaba puesto. Cuando trabajábamos con otras organizaciones, uno de los requisitos o elementos era que fueran organizaciones o partidos políticos no sexistas. Y lo teníamos muy claro que debía ser así. ¿Era real? Evidentemente no era real. (G2 -Gipuzkoa).

Las organizaciones y colectivos sociales se caracterizan en muchos casos por el trabajo voluntario o el exceso del mismo, y la apertura de una línea de trabajo estratégica sobre el sexismo y la violencia sexista supone añadir un eje más de reivindicación a la lucha principal entorno a la cual se articula el colectivo. La combinación de ambos factores, tal y como sucede en otros casos, se enfrenta a diferentes obstáculos de índole organizativa y política.

En la organización somos muy pocas mujeres, tenemos pues que encontrar alianzas entre nosotras. Estamos intentando diseñar un proceso interno, ...que está en la cabeza de todas pero que no es la prioridad de ninguna...” (G3-Araba)\*

En uno de los colectivos sí es una prioridad, pero lo que decimos, de la prioridad a los recursos... es guay que sea una prioridad y que se formule como un objetivo de año. Y luego creo que hay un abismo entre lo ideal y la realidad. Lo ideal para hacer un proceso serían muchas horas, muchos recursos... y de las 14 horas que hemos planificado de curso al final se harán 2 horas de curso. Y con eso nos tenemos que conformar sabiendo que es una puta mierda, pero bueno. Creo que también se da por la jerarquía de luchas y porque lo importante y lo urgente, muchas veces no es igual. Lo urgente del día a día siempre quita espacio a lo importante, ¿no? Se marca el objetivo, pero luego van saliendo cosas... (...) creo que hay un abismo entre lo ideal y lo real, y que hay que ir acercándose, pero también, por no frustrarte mucho, hay que salvar lo positivo de los pasitos que se dan. Hay mucha frustración.” (G1-Bizkaia)

El caso contrario del que acabamos de describir, es aquel en el cual se dispone de los recursos pero, por los motivos que expondremos a continuación, flaquea la voluntad.

*Obstáculo 2. No sentir la lucha y las reivindicaciones feministas como propias.*

Tener la capacidad para reconocer las prácticas sexistas no significa querer hacer algo respecto a las mismas. Así, las activistas señalan como a pesar de contar con un posicionamiento político discursivo favorable y recursos (materiales, formación, tiempo), la voluntad de trabajar el feminismo o la falta de ella es la que determina el éxito del trabajo y el proceso dentro del colectivo:

En el grupo, las relaciones de poder son constantes, y el trabajo feminista marginal. Aunque desde la organización se ha puesto mucho énfasis en la necesidad de trabajarlo, y que se hayan creado materiales y soportes para que las personas se formen, en nuestro grupo no había voluntad para llevar a cabo algo así en condiciones. Entonces, una de las razones que me llevó a abandonar el colectivo fue esa. Lo importante es que no había voluntad, eso es crucial para mí. (G2-Gipuzkoa)\*

Era un grupo pequeño y siempre hemos tenido buena relación. No ha habido relaciones de poder tan marcadas, yo al menos no las he identificado, pero si me he dado cuenta de que había falta de motivación a la hora de trabajar el feminismo, o que simplemente no se veía porqué había que trabajarse esa parte. (G2-Gipuzkoa)\*

Para poner en marcha este proceso feminista se han puesto en marcha varias herramientas, así como cuadernillos, formaciones y talleres, con ejercicios concretos, por ejemplo, la observación: para identificar nuestras actitudes y dejarlas en evidencia. A pesar de haber planteado esa reflexión, es verdad que es necesaria voluntad para llevarla a cabo. Depende de las personas y de las prioridades y tiempo de cada grupo (G3 - Araba)\*

Algunas activistas advierten del riesgo que supone que la iniciativa para trabajar el sexismo y la reproducción de la violencia no surja del propio grupo, sino que sea una especie de directriz o receta impuesta desde otras instancias. Miren -activista que participa en la investigación a través de su narrativa-, señala como la perspectiva de género o feminista era un recurso político impuesto “desde arriba”, sin que hubiera tiempo, ni espacio, para que las personas que integraban el mismo reflexionaran e interiorizaran realmente sobre su significado:

La coeducación siempre había sido un objetivo y tema transversal... pero lo cierto es que únicamente en los carteles, o en su respectivo parrafito dentro de un folleto interno. Al principio no sabíamos ni lo que significaba. Era algo que se entendía que nosotras ya teníamos superado, y que se dirigía principalmente a la educación primaria. No creo que nunca se haya

trabajado realmente, más allá de algún taller en fechas significativas, tipo 8 de marzo, 25 de noviembre... Y ni siquiera lo organizábamos directamente nosotras, sino que se trataba de algo implícito que venía desde más arriba, de la organización a la cual pertenecía nuestro colectivo.” (Miren, 2015).

Udane explica como su subjetividad feminista entra en conflicto con las resistencias y obstáculos para trabajar el feminismo dentro de su organización. Dichas resistencias aparecen por el hecho de ser percibida como una cuestión impuesta e innecesaria por parte de las personas mayores y con una larga trayectoria de militancia dentro del grupo. Las críticas y la determinación de la activista son contestadas por sus compañeros con una serie de agresiones sostenidas en el tiempo, dando lugar a un proceso doloroso y frustrante que culmina con la decisión de abandonar su participación dentro del colectivo por parte de ella y otras mujeres.

Hacia un año que participaba en el grupo de mujeres del pueblo. (...) Sabía muy bien que es lo que tienen que ser el feminismo, así que tenía ciertas expectativas, que, a lo mejor, no tenían otras personas. La gente más mayor no veía la necesidad, por ejemplo. (...) cada vez que había una crítica, la respuesta de aquel grupo era atacar hasta que se desangrase, y, si aún le quedaran fuerzas, que continuara a nuestro lado, pero después de haber aprendido que debe ser bajo ciertas condiciones y si no pues se irá. Yo fui una de las personas que desangraron. Y no es casualidad que todas las mujeres, poquito a poco, nos fuéramos (G2-Gipuzkoa)\*.

*No sentir la lucha y las reivindicaciones feministas como propias* es una de las razones por las cuales la lucha contra el sexismo y la violencia sexista no constituye una prioridad política para muchos colectivos mixtos, ni exista voluntad de que lo sea.

### *Obstáculo 3 La jerarquización de las luchas (y de las violencias políticas).*

Dentro de los colectivos mixtos se da una jerarquización entre las diversas luchas, de forma que combatir el sexismo queda postergado hasta la consecución del resto de reivindicaciones en torno a las cuales se articula el movimiento u organización. La creencia de que una vez hecha la revolución, las diferencias entre hombres y mujeres se resolverán por sí solas, aún permea en los discursos, estableciendo prioridades.

Todo lo veían desde un punto de vista marxista-leninista, todo superteórico y dónde el feminismo ocupa un lugar residual, en el cual, la opresión de las mujeres no es el problema principal. (G2-Gipuzkoa)\*

Una de las participantes en los grupos de discusión, apunta al hecho de que combatir el sexismo no constituye una prioridad política, porque “no es una prioridad personal de las personas”, cuestión que se cristaliza en la práctica de diversas formas.

Creo que entre las incoherencias entre discurso y práctica empiezan en mi organización desde que no se considera una prioridad política. Quién tiene el poder de marcarlo como tal en la organización no lo hace, y no es una persona, es un equipo. Para mí el drama es que esto siempre es el tema sectorial... y luego al hacerlo transversal te quedas como en la nada... (G1-Bizkaia)

En consecuencia, la violencia política de primer orden será aquella que se ejerce frente y sobre los intereses y demandas de la organización, mientras que la violencia sexista continúa siendo relegada a un segundo plano, o bien adscrita al ámbito de lo privado, en dónde actúan las mismas disposiciones que en otros contextos y, por ende, los mismos mecanismos de justificación y evasión de responsabilidades.

#### *Obstáculo 4. Apropiarse de un discurso feminista políticamente correcto.*

La apropiación<sup>71</sup> de una identidad feminista parte de los colectivos mixtos ha generado cambios de diverso calado en su discurso y praxis política. Dichos cambios afectan a la consideración y co-responsabilización frente al sexismo y la violencia sexista dentro y fuera de los espacios de transformación social de forma variable. Se trata, además, de uno de los elementos que condicionan de forma significativa el escenario actual, motivo por el cual nos detendremos especialmente en él a lo largo de las siguientes líneas.

El hecho de que se estén llevando a cabo procesos y generando recursos para hacer frente al sexismo dentro de las comunidades activistas indica la existencia de cierto grado de recocimiento que vá más allá del recurso estético y la apropiación discursiva. Sin embargo, y tal y como veremos a continuación, apropiarse de una

---

<sup>71</sup> Quizás sea necesario aclarar que no parto de una consideración negativa del término *apropiación*. Con el uso de este término, queremos sencillamente reconocer el papel central del movimiento y resistencia feminista en la producción y desarrollo de su propio discurso.

identidad feminista no implica tener la capacidad o la voluntad de reconocer la reproducción del sexismo y las expresiones de violencia.

Los chicos están cada vez más dispuestos a reconocer el sexismo, o se atreven a decir lo contrario porque es políticamente incorrecto. Pero no se si realmente lo interiorizan” (Andria, E2)\*

...el discurso está muy claro, es algo que se ha trabajado y en el plano teórico todas estamos más o menos de acuerdo y hay un consenso... *porque si dices burradas igual como mal, ¿no?* Luego en la práctica hay mucha tela. (G3-Araba) \*

Una de las conclusiones más obvias es que la apropiación de la una identidad o de un discurso feminista, sin el debido cuestionamiento personal y grupal de las estructuras y dinámicas del colectivo, no consigue por si sola combatir las representaciones y reproducciones discriminatorias, ni transformar valores y conciencias (Martínez Portugal, 2015).

Matxalen (E1) señala que el discurso anti-sexista ha estado siempre dentro de las consideraciones políticas de su colectivo. Otra cosa, advierte, es el grado de desarrollo que ha tenido: “se hacía por obligación o porque era políticamente correcto, más que por creencia y por desarrollar prácticas concretas” (Matxalen E1-Movimiento Feminista). Tal y como nos recuerda Jokin Azpiazu, el discurso *políticamente correcto* “puede resultar un lastre a la hora de provocar debates en profundidad” (2017:92). Las activistas miran de forma crítica a los colectivos mixtos que llevan a cabo dicha forma de apropiación y reconocimiento. Denuncian como esta forma de apropiación de la identidad feminista puede generar un *efecto tapón* a la hora de interiorizar las ideas y llevar a cabo verdaderas transformaciones, dando lugar a una gran asimetría entre el discurso, el día a día del colectivo, y la praxis política. Así, las prácticas sexistas se continúan reproduciendo a nivel estructural, individual y colectivo:

Cuando yo entré en mi colectivo, ésta era gente que había leído mucho, marxistas, leninistas...casi todos mayores que yo. No tuvimos ningún problema en definir la violencia, como la dominación, el menosprecio, hacia las mujeres. Teóricamente siempre se ha tenido muy claro. Siempre han sido muy “cuidadosos”, y yo al final también me he terminado cansando de ese “cuidado” a la hora de dejar espacios para que nosotras participemos, hablemos, de cara a la galería en la foto, en las ruedas de prensa que aparezcamos nosotras, a la hora de hacer las “revisiones gramaticales en los comunicados” pues “si quieres revísalo por si he metido la pata...” y ese tipo de cosas, ¿no? Entonces, yo lo que he percibido en un movimiento como el nuestro, muy “leído”, es que se han quedado estancados ahí. Es cierto que

cuidan un montón determinadas actitudes, pero otras que están fuera del discurso político que luego las percibes con ellos por la calle tomando potes, cuando escuchas determinados comentarios. (G2- Gipuzkoa)

Tal y como denuncian Izaskun e Iratxe, la asimilación teórica de los postulados del feminismo –el pensar o *knowing* del modelo fractal de Hercus (2005)- adolece de otros elementos, como las emociones, o la *experiencia encarnada*.

Si no nos permitimos ver esa realidad, actuamos “por encima” porque sí, ser feminista *está guay*... pero creo que es necesaria esa *experiencia encarnada* (...) Creo que no hay prioridad política porque el feminismo no es una prioridad personal de las personas. Porque si tú vas a Argentina y la realidad te da una hostia, tú vuelves aquí más consciente, sabes lo que supone tu nivel de vida en otro sitio, te ha interpelado el capitalismo... pero el patriarcado no le ha interpelado a todo el mundo, tía... Para mí fue muy importante ver distintas violencias dentro de la familia... cuando conseguí dejar que mi cabeza viera eso... dije, ostia que cerquita está, y desde ahí pude trabajarme. (G1-Bizkaia)

Siempre fue mucho más complicada la parte de trabajo personal, sobre todo de los compañeros. Mi colectivo viene de luchas de hace muchísimo tiempo, con un discurso político muy bien aprendido, se definían como feministas, pero luego es verdad que nunca ha habido una reflexión o debate real. Sino algo que había ahí, que había que decirlo, como dicen ahora las chavalas, un poco *postureo*. (G2-Gipuzkoa)

Las diferencias existentes entre el discurso político y la praxis colectiva forma parte de la crítica que realizan las activistas feministas que han participado en los grupos de discusión. En este sentido, se señala la necesidad de realizar un trabajo de seguimiento constante, que cae bajo la responsabilidad de “las de siempre”, frente a la demagogia discursiva o la instrumentalización del feminismo con fines políticos.

Se puede ver como si no es por la presión de las “incómodas” de siempre, que estamos cuidándonos entre nosotras y haciendo piña, se pierden todo tipo de pautas que vayan en *pro* de la Igualdad. Y luego la demagogia que se hace también discursivo entorno a las políticas de igualdad, el feminismo... como se suele decir *no hay nada más parecido a un machista de derechas que un machista de izquierdas*. Si no hay una pelea constante, una lucha, las cosas no se materializan” (G1-Bizkaia)

Mercedes (E4) e Irasi (SC), señalan que es a principios del siglo XXI cuando los diferentes colectivos y organizaciones mixtas comienzan a tener en cuenta ciertos aportes provenientes del feminismo, instigados, principalmente, por las



reivindicaciones de las mujeres feministas que integraban las organizaciones.

Cuando yo llegué al País Vasco, hace ya años, tenía ya amistades en [xxx] y [xxx]. Y las feministas de este último grupo decían, “tenemos que hacer que nuestros planteamientos se trabajen en el grupo, porque siempre se dejan para lo último” (...) Ahora mismo ningún movimiento, organización social, o ningún partido político que se precie hace un discurso antifeminista...” (Irasi SC).

El devenir feminista de las organizaciones es un proceso complejo, profundo, y estructural. Para poder acercarnos al desarrollo del mismo es necesario detenernos con mayor detalle en las características y factores que han intervenido en dicha apropiación identitaria.

A lo largo de nuestro marco teórico, hemos defendido una aproximación al concepto de identidad como vínculo, o sentido de pertenencia. La identidad feminista es, por tanto, la identificación de una misma como perteneciente (*belonging*) al grupo o categoría de personas llamadas feministas. Sin perjuicio de lo hasta ahora expuesto, resulta necesario pensar además en la identidad como una posición de poder. Jokin Azpiazu apunta en este sentido cuando dice que “puede ayudarnos pensar la identidad como una serie de vectores de identificación que nos sitúan en una posición concreta de la cartografía de poder” (2017:30) Al hilo de esta idea, sostengo que lo que ha sucedido con la identidad feminista es que ha logrado “desplazarse” en dicha cartografía hacia posiciones que le confieren mayor potencia, la suficiente como para obligar a moverse a otras identidades políticas dentro del espectro social e ideológico. En este nuevo escenario, mi objetivo en el medio plazo será analizar y explicar cuáles están siendo los resultados del inherente conflicto con otros vectores de identificación que conforman la identidad y práctica política de los colectivos y organizaciones mixtas.

Volviendo a la apropiación identitaria, he identificado cuatro factores que inciden en el desplazamiento y/o apropiación de la identidad feminista por parte de los colectivos con un discurso formalmente igualitario. Estos factores son: *la presión política, la oportunidad política, innovación política, y rentabilidad u oportunismo político.*

Uno de los factores que promueven la concienciación entorno al sexismo y la violencia sexista dentro de las comunidades activistas del País Vasco ha sido la labor realizada por parte de la resistencia feminista, en general, y el movimiento

feminista, en particular. Es decir, un *factor de presión política*. Las estrategias políticas que han desarrollado los colectivos y organizaciones feministas han resultado un eficiente elemento de presión, bien a través de las acciones llevadas a cabo en clave de denuncia y reivindicación social, bien por medio del empoderamiento personal y colectivo de las mujeres:

Los cambios han venido con el aumento de la presión del movimiento feminista, ellas han sido las que han visibilizado el tema de la violencia, condenando los casos socialmente, impulsando protocolos y concentraciones. Como consecuencia de esta presión, el resto de colectivos han sentido cierta responsabilidad. (...) Desde el feminismo tenemos que empoderar a las mujeres para que sean ellas mismas capaces de hacer frente a su hermano, novio, o colectivo” (Matxalen E1)\*

Tal y como advertíamos al principio, esta estrategia ha afectado positivamente no solo a las mujeres que a día de hoy militan o han militado dentro del propio movimiento feminista, sino también a muchas de las que forman parte de colectivos y organizaciones mixtas. Éstas últimas son las principales responsables de haber trasladado dichas reivindicaciones dentro de sus propios espacios de participación política:

Son las mujeres que están participando en movimientos mixtos y que por la razón que sea, lo mismo que se nos ha despertado a nosotras, sucede algo que nos mueve en ese sentido feminista. Y eso lo hemos trasladado a nuestros espacios. (Irasi SC)

Así, el hecho de que cada vez haya más mujeres feministas participando en colectivos y organizaciones sociales mixtas hace que el nivel de tolerancia hacia las actitudes machistas y la exigencia de medidas al respecto sea mayor.

El feminismo ha tomado un espacio en la organización que antes no tenía. Y ahora las mujeres “feminismo, feminismo, feminismo...” Antes no había tanta exigencia en ese sentido, porque las prioridades eran otras. (G3-Araba)

En segundo lugar, encontramos un *factor de oportunidad política*. El inicio del especial momento político marcado por el fin de la violencia de ETA y el nuevo escenario en el que se van resituando no solo los partidos políticos, sino colectivos y organizaciones de diversa índole que durante muchos años han estado marcados y/o movilizados en torno al conflicto, tiene entre sus características un menor índice de represión y movilización. Especialmente para

aquellas organizaciones que han estado en el epicentro de dicha conflictividad, el nuevo contexto ha impulsado el cambio en las prioridades políticas y ha permitido que se desarrollen y ocupen posiciones referenciales otro tipo de reivindicaciones.

Había un protocolo contra la violencia desde hace tiempo (...) pero aparte de eso se veía que había que hacer mucho más, había que trabajar otros elementos... las prioridades eran siempre Euskal Herria y el conflicto... (G3-Araba)\*

En Euskal Herria el discurso feminista, como el ecologista, etc. se han quedado muy atrás, y nos hemos dado cuenta de que nos quedamos a la cola en comparación con otros lugares, y también del Estado Español, porque ahí estaban hablando de otras cosas, porque aquí primaban otras cosas (...) Otegi cuando salió de la cárcel y dio la charla en el velódromo, ¡hablaba de nosotras y nosotros! ¡jaja! Ha visto que estaba sucediendo algo, antes, no lo hacía. (Gertrudis SC)

Por supuesto, no se trataría del único factor que ha influido en la desactivación de unas reivindicaciones políticas en favor de otras; los cambios en el modelo de militancia (Zumalabe, 2014) son otro elemento importante a tener en cuenta. Sin embargo, sí ha sido profusamente señalado por algunas de las activistas que han participado en los grupos de discusión.

El tercero de los factores lo hemos denominado *innovación política*. Si bien la historia nos da cuenta de cómo el feminismo ha tenido un parco valedor e incluso un enemigo dentro de los diversos movimientos y organizaciones de izquierda (Sarachild, 1974; MacKinnon, 1982), la apropiación de la identidad feminista por parte de algunas organizaciones y colectivos de izquierda es interpretada a día de hoy como parte implícita de cualquier ideología progresista. Así, recordamos que en la Narrativa de Irene aparece la siguiente declaración por parte de un miembro de su colectivo: “bueno, pero si el comité es internacionalista...es que también es feminista” (Irene, 2015).

Zuria (E3) señala como la producción de un pensamiento intelectual de vanguardia ha sido uno de los elementos tradicionales de prestigio dentro de las organizaciones sociales y políticas con un trasfondo y tradición ideológica fuerte. La activista advierte que dicha producción teórica es, a día de hoy, profusa y preeminentemente feminista: un cuerpo teórico lo suficientemente novedoso y atractivo como para llamar la atención de las organizaciones que tradicionalmente han reclamado dicho espacio. Hablamos del *ecofeminismo*, las nuevas formas de organización política, el

*postporno*, la *teoría poliamorosa*, la *perspectiva interseccional* o la *teoría queer*. Zuria denuncia el hecho de que las reivindicaciones, ideas y consignas de los *feminismos* son adheridas al discurso de la organización como un elemento ornamental y simbólico dirigido principalmente a preservar, en un momento de degeneración política e institucional -así como de escaso desarrollo ideológico propio- cierto prestigio. Este ejercicio, advierte, se realiza más que nunca quedándose en el plano de lo políticamente correcto y con el objetivo de reforzar, si bien de forma meramente discursiva, la construcción identitaria de la organización. Entre los motivos que identifica para estas diferencias en el grado y forma de implementación de las ideas, Zuria alude a la pérdida de poder y cotas de dominación que supondría la aceptación real de los presupuestos feministas para los varones, dentro y fuera de las organizaciones políticas.

Por último, entre los factores que han contribuido a posicionar el feminismo en la agenda política de los colectivos y organizaciones hay, además, cierto componente de *rentabilidad u oportunidad política*.

El trabajo realizado por el feminismo y, en concreto, por las mujeres activistas dentro de los grupos y organizaciones mixtas, el cambio en las prioridades políticas de los colectivos como consecuencia de un menor grado de confrontación entre los nacionalismos vasco y español, o la producción teórica feminista como elemento de prestigio y vanguardia ideológica son tres importantes elementos que han favorecido la apropiación de la identidad feminista por parte de las comunidades activistas del País Vasco. Sin embargo, las activistas que han participado en la Sesión de contraste (SC) añaden un factor más relacionado con los rendimientos, no tanto en términos de prestigio político y social, sino materiales. En primer lugar, el hecho de que en los últimos años se hayan dedicado partidas de fondos públicos para la realización de proyectos y acciones, señalan, ha promovido que dentro de las organizaciones que concursan y dependen de dichos fondos se desarrollen líneas de actuación que trabajan la perspectiva de género sin que, tal y como denuncia una de las participantes, haya habido una reflexión profunda al respecto.

Prestigio, y yo añadiría financiación: cuando las instituciones sacan subvenciones y partidas, hay muchas entidades que se han puesto el discurso por el hecho de poder optar a dicha financiación. Hay discursos muy logrados, pero luego, la revisión de cada uno... (SC1)

Otra de las participantes se cuestiona si la aceptación y predisposición por parte de los colectivos mixtos al diseño y venta de *merchandaising* con mensaje feminista no provenga, al menos en parte, de los pingües beneficios que acarrearán.

Creo que la estética puede ser otro elemento, por ejemplo, las camisetas, los calendarios, todo el *merchandaising* (...) Porque se está vendiendo mucho de este material en los movimientos sociales. También creo que es una victoria de las mujeres dentro de los colectivos mixtos, que están cansadas de ver las mismas caras de hombres en el material. (SC3)

Una vez revisados cada uno de estos cuatro factores, y bajo estos parámetros, podemos afirmar que la apropiación de la identidad feminista por parte de los colectivos y organizaciones sociales y políticas del País Vasco tiene como resultado cambios que afectan y tienen lugar, principalmente, en lo público: la utilización de un discurso anti-sexista y el uso de un lenguaje afín en declaraciones públicas o comunicados, la participación en acciones y manifestaciones puntuales entorno a fechas clave para las reivindicaciones feministas, o las portavocías y ruedas de prensa mixtas. Tal y como denuncian Las Afines: “Este no reconocimiento o este reconocimiento parcial y aislado sitúa al feminismo entre la invisibilización, el arrinconamiento dentro de lo políticamente correcto, o la crítica más o menos velada al carácter incompleto de la agenda feminista, que no daría respuesta a las verdaderas cuestiones estratégicas” (2009:21).

Frente a dicha distopía, una de las claves que subrayan las activistas es la preferencia por un *enfoque de proceso* en la construcción de la identidad colectiva feminista. Dicho proceso debe contemplar un cuestionamiento de las prácticas no solo colectivas, sino también individuales: “...nuestro objetivo es llegar a ser feministas, no lo que somos ahora. Yo soy feminista, sí, pero mis prácticas son machistas, y las de todas” (G3-Gipuzkoa)\*

#### *Obstáculo 5: Apropiarse y resignificar los fundamentos ideológicos del feminismo.*

Un último obstáculo a la hora de poner en marcha mecanismos de prevención y gestión frente a la reproducción de las relaciones de género dentro de los colectivos es el riesgo de apropiación y redefinición de los fundamentos ideológicos del feminismo por parte, principalmente, de sus integrantes masculinos. Se trata de un mecanismo perverso, a través del cuál, tal y como describen las activistas, son los

hombres quienes continúan imponiendo su visión de la realidad en nombre del feminismo.

Lo que se nos pide a las mujeres en el colectivo es que conquistemos espacios que son tradicionalmente de hombres, que estemos en los tejados, en la hierba, pero en los espacios de cuidados o están mujeres o están hombres con su perspectiva: “*cuidar es esto*” (G2-Gipuzkoa)

Lur, por su parte, describe un fenómeno similar con el significado de la palabra “empoderamiento” que se utiliza dentro de su colectivo.

La palabra empoderamiento me cuesta un poco, porque la he recibido en clave de “hazte fuerte, ponte coraza”. (Lur, 2018)

Este obstáculo mantiene relación con la capacidad para significar de los hombres, y puede convertirse en una herramienta sutil a la hora de obstruir un potencial cambio en el *status quo*, particularmente en aquellos escenarios en los que predomine el espejismo de la igualdad frente a una visión (auto)crítica sobre el funcionamiento de las relaciones de poder.

Hasta aquí mi objetivo ha sido el de contextualizar los casos de violencia que pasaré a analizar a continuación. Las continuidades y mitos específicos sobre la violencia, las resistencias y obstáculos a los que deben hacer frente, conforman el escenario en el que las activistas se mueven para que sus voces sean reconocidas. En el siguiente capítulo, se realiza el análisis de los casos de violencia e itinerarios de empoderamiento de las mujeres, sin dejar de lado a los maltratadores “políticamente correctos”.

## Chapter 6: NARRATIVES FROM WOMEN ACTIVISTS AND OF SEXIST VIOLENCE

The present block of data analysis aims to respond to the second specific objective of the research: *to analyse cases of sexist violence experienced by women who are, or have been part of activist communities in the Basque Country, as well as these women's processes of empowerment.* To this end, the main focus is on the analysis of the narratives produced.

The information has been organised into four sections, with each section corresponding to one of the identified phenomena of the issues at hand. The first section deals with the women activists' political backgrounds; the second addresses some of the characteristics of politically correct abusers; the third analyses the phenomenon of sexist violence; and the last section focuses on processes of resistance and politicisation.

### 6.1 THE WOMEN ACTIVIST.

The ten women who have taken part by sharing their narrative, (Maren, Miren, Estela, Haizea, Carmen, Marta, Sofia, Irene, Isabel and Lur), are white, between 25 and 45 years old, and do not have any functional disabilities. Despite not all of the women having had exclusively heterosexual relations or relationships, all of their narratives tell of sexist violence and an abusive relationship with a male perpetrator. All of the women have studied courses in higher education, although their employment status is varied and variable, with some experiencing precariousness in their job situation, and others holding down a more or less stable job, or simultaneously working in various jobs. In any case, these are, to a greater or lesser extent, economically independent women.

The aim of this first section is to introduce some of the characteristics of their personal profile and of the specific context in which the described events take place. We will therefore discuss the women's political participation, the

development of their feminist subjectivity, and the feminist identity of the collectives they take part in.

The activists have not only taken part in, but also been deeply involved in more than one collective during their political trajectories. Marta, Estela, Isabel, Sofia, Carmen and Maren have all held roles as *liberadas*<sup>72</sup> (salaried workers) within their respective groups, and at least five of these women have travelled to and lived in the very contexts of oppression the collectives they were involved in spoke out against and framed their discourse around.

The vast majority of the activists point out their interest in politics from a very young age, especially during the few years before or throughout their university years.

I can't remember exactly, but I think my activism began when I was 14 years old. I started off in a youth group. I'd say it wasn't a conscious activism, but more like a period of training. A period with loads of stimuli, during which I was able to read loads about different political topics. It coincided with that moment when you start to build yourself an environment that's outside of your comfort zone. (...) Later, I went to live in another country, where I began to collaborate in an antimilitarist organisation. I was trained in political strategy there. Also, I was 23 years old by then, and my head was screwed on better. When I came back, I felt it made sense to continue my activism within the antimilitarist movement. (Haizea, 2017)

At a work level, I've always been linked to progressive organisations; NGOs that internally reflect on and work towards the creation of non-patriarchal structures. One could say that my feminist identity has been brought about through my experiences in transformative cooperation. Thanks to these experiences I've been able to broaden my mind. (Carmen, 2017)

For me, University meant the discovery of certain social issues that, until then, I hadn't been very aware of. You know, seeing people who were politically organised, my first assemblies, placards, *ekintzas*<sup>73</sup>... (...) I then began to take part in a movement against the Balkan war, and later on, in another antimilitarist group outside of University. My social involvement grew with the 0.7% campaigns and sit-ins. I took action, travelling first to Madrid and later getting involved with the movement that developed here in Bilbao. Nevertheless, I'd say that I didn't really actively and regularly

---

<sup>72</sup> 'Liberada / liberado (m/f)' is the term given in Spain to refer to a member of a political party, trade union, collective or Non Governmental Organisation (NGO), who receives a salary from the organisation he/she is a member of for exclusively working for the same.

<sup>73</sup> Direct action groups.



start being a militant activist until 2008, when the political party I currently participate in began the process of constituting itself. (Estela, 2015)

During my first term at university, the person who was then the *liberado* came to one of our lectures to give a talk. I said to myself, “I’d like to be involved in something like that”. I was interested and began to attend assemblies, to organise various actions with the collective. I was 18 years old then, and I’ve never stopped being an activist in this movement since. It’s a social movement with an assembly-type structure, operating through its own funds, as well as on public grants. (Isabel, 2017)

At the same time, her feminist consciousness is forged from her intuitive and everyday experience, and as in many of the activists’ cases, prior to any formal, political activism. As we mentioned before, in terms of the latter, they all choose to be involved in mixed collectives first. Estela, Miren, Isabel, Marta, Sofía and Carmen describe their feminist subjectivity to us as something that has always been present; perceived from childhood and even before knowing what exactly it meant:

When I watched Westerns as a kid, I didn’t like how women were portrayed, and I’d get really angry when the young female character would suddenly collapse (...) However, I’ve struggled to feel completely comfortable in various feminist groups. I was involved in Lambroa, Bizkaia Women’s Assembly... dabbling a bit, but I’ve found most social movements to be too orthodox... Ultimately, I think I’ve found my place in the party, in which my activism is mainly limited to the feminist committee. (Estela, 2015)

I’ve always considered myself a feminist! Since I was a little girl, and without even really knowing what it was! (Miren, 2015)

The awareness I’ve developed started off based on certain intuitions that later became convictions, which were in turn reinforced as I began to read female authors, feminist theory and got to know the actual movement up-close. (Sofía, 2015)

Despite getting into organised feminism quite late on, when I look back at my 15 year old self, I realise I was already there... How I conceptualised it at that age, however, is another thing entirely. I’d often tell my first boyfriend: “Look, man; you can’t expect me to behave like a nun in the street and treat me like a whore in your bedroom”. (Marta, 2017)

My feminist consciousness comes about unconsciously as I start to realise that I’m treated differently to my male cousin and other males in my family. It was something I rebelled against, because I simply didn’t understand why this was the case. Later on at school, that different way you are treated from the way boys are treated, something you just can’t make sense of, carries on. (Carmen, 2017)

All of these activists' feminist subjectivity and identity has been a gradual and experiential process. Their feminist thinking and way of understanding feminism has changed over the course of their lives. Even though most of these activists suggest that their way of thinking (*knowing*) arises intuitively from their *emotions*, others point out that their individual thought process is the result of a more rational exercise. They confirm how, throughout their lives, an illusion of equality has played an important role, with certain events or milestones (such as their entry into the world of work) marking a 'before and after' in their personal development:

I grew up convinced that men and women are equal, with the same abilities and rights. I came right down to earth when I started working and became aware of all the conditioning and differences simply because of your status as a woman. I wasn't able to recognise sexism at first; I'd think it was down to personal differences, or differences in personality. (...) When I was a teenager, I didn't have feminist role-models, and the awareness I've developed started off based on certain intuitions that later became convictions, which were in turn reinforced as I began to read female authors, feminist theory and got to know the (feminist) movement up-close, (Maren, 2015)

I started to realise what being a woman meant and the subtleties through which inequality and oppression work when I got a job with significant responsibilities in a progressive, forward-thinking NGO. In this role, I've had both male superiors and male inferiors, and all of them fucked me over, so you could say that I went through blood, sweat and tears to understand feminism, but it made up for all the suffering in the end. (Sofia, 2015)

Back then; I didn't really consider any type of feminist perspective. I've always blamed "idiotic people" for the situations of oppression I experienced, both in my personal life and in my activism, rather than that man or that woman having sexist attitudes. But then you start to realise that these situations, attitudes and patterns keep repeating, and that they're connected to something far more deeply rooted in society than stupidity. For me, feminism is a crosscutting issue, despite me being much more involved in the feminist struggle these days. I hope future generations don't have to be feminist, if you get what I mean! (Haizea, 2017)

In both Irene's and Estela's case, they also have or have had a job working with women and in women's empowerment (*doing*), which they both recognise as having a direct influence on them. Estela (2014) explains that the very fact that her role partly consists of training people in gender issues "puts you in everyday contact

with women who're in the process of questioning their lives, which makes you question your life too.”

One of the most significant characteristics of these activists' processes of feminist subjectivity is their dynamism and reflexivity. These processes must be understood in a non-linear manner, through the course of which multiple elements (such as their environment and their experiences of discrimination, or the influence of and experiences shared with and by other female role models in their lives) intervene.

Since when have I been a feminist? Since always! My mum's a feminist! But, you know, one thing is to feel like a feminist, and another is the effort and actions you then put in throughout your life and which I don't think ever really end... (Isabel, 2017)

It was a girlfriend who opened my eyes and made me reinterpret the situation of suffering, guilt and fear I was going through in terms of discrimination against me for my condition as a woman. In other words, for not behaving as a woman “should” behave... (Sofía, 2015)

During those first steps towards a social critique and questioning of society in feminist terms, I remember I had an aunt on my mother's side who had quite an unconventional lifestyle, and I was able, through that, to come to different understandings and reflections around the type of education and context I was being raised in. (Lur, 2018)

I consider myself to be a feminist woman; my family and sisters have taught me a lot in this sense, and it's something I've studied in my own time and been formally trained in. I've worked with women who've suffered violence... accompanied women in their empowerment processes. (Irene, 2017)

Once I was at university, I had my first encounter with an autonomous feminist group, who at the time I thought were too radical for being made up of young women only. Nowadays, I perfectly understand why this was the case! (Estela, 2015)

What also stands out about the process of coming to a feminist subjectivity is its self-taught nature. The women, through their experiences, training or political participation become agents of their own development.

I was the one to initiate my feminist training and I did so in a self-taught manner, through books, articles...I've read loads! (Miren, 2015)

When I was 16, I came across a women's bookshop. I got the chance to learn about feminist books, ideas and to meet other women feminists through the talks and workshops that took place there. The bookshop gave rise to

another space for meetings, work and reflection, which I still collaborate in to this very day. (Lur, 2018)

I felt like a freak in my village. I was so lonely and was always wondering and hoping that other worlds, other ways of relating to each other, existed...So I didn't give up and kept on looking. I signed up to a left-wing newspaper, I began the task of reading feminist texts and theory (...) So, listen to this, and you'll get my point...I'd go to International Women's Day marches alone! (Marta, 2017)

My personal, work and activist lives have always been guided firstly by my intuition, and later by a process of academic or personally-led study into topics related to gender issues, sexism and feminism. (Estela, 2014)

Some of the activists highlight the importance during this process of finding subjects at university related to gender. Some of them have even chosen to later specialise or become professionals in this subject by studying postgraduate courses. Such is the case of Irene and Estela, as we've already read, but also Carmen, Isabel or Maren.

I didn't really start to name categories, truly understand sexism, or 'wear purple-tinted spectacles'<sup>74</sup> until I began a course on gender-based violence organised by an NGO. Later, one of the subjects I studied as part of a Development Studies master's degree helped me begin to better define and pinpoint different concepts. Once you start looking through those purple-tinted spectacles, you can't stop thinking deeper and evolving." (Carmen, 2017)

At university, for example, I had the opportunity to study topics related to gender and feminism, and to read various female authors. (Isabel, 2017)

The fact that these activists have developed a feminist subjectivity prior to the experiences of violence they go through, however, places them in a bittersweet position of subordination within their sociocultural context: of having a voice, without being heard. Having identified the origins of the violence they experience and having then reanalysed that experience in political terms, they then may find themselves in the frustrating position of having to confront the fact they are being

---

<sup>74</sup> A play on the common English (and Spanish) idiom of wearing 'rose-tinted spectacles', in which the colour rose, or pink, is replaced by purple; a colour associated with the contemporary feminist movement. In other words, Carmen is referring to wearing purple-tinted spectacles as seeing things from a feminist perspective.

represented, not by another individual, but by the body of perceptions and ideas that make up the specific imaginary of a collective which refuses or fails to work on confronting sexism within its own structures. This is what happens when their activism develops within mixed collectives, which, as many of them point out, have appropriated a feminist identity and discourse without the necessary and corresponding internal reflection.

There was, frankly, tokenistic talk about how we lived in a patriarchal system, but this wasn't reflected in our actions, nor was it the case in the collective's day-to-day practice and discussions. As far as the relationship between Feminism and the collective I was an activist in is concerned, let's just say that it was based on the concept of co-education. Co-education had always been a crosscutting subject and aim... but the reality was that this was only reflected in the posters, or in a little paragraph in our internal leaflets. At the beginning, we didn't even know what it meant. Female activists of the collective were seen as being beyond that, and it was mainly aimed at primary education. I don't think it's ever really been dealt with, apart from the odd workshop on key dates, such as the 8th of March or 25th of November... And it wasn't even us female activists organising these, but rather a given within the collective, passed down by the upper ranks of the organisation the collective belonged to. (Miren, 2015)

...There were certain issues that I noticed straight away, and for me, made the alarm bells ring. For instance, hearing men adopt the feminine, plural first person pronoun, or pointedly wearing skirts. It's not always the case, but in my experience this can often trivialise the issue and tends to lead to a hollow discourse and day-to-day behaviour that demonstrates quite the opposite. I was also shocked by the quite explicitly sexual way in which men talked about other women in the collective. During assemblies, men tended to dominate discussions and participate more than women activists, often interrupting them. As a woman, you really had to kick and shout to get a word in. (Lur, 2018)

The collective doesn't stop to think about feminism, nor some of the attitudes that come up in meetings or elsewhere. It's true that they've collaborated with the Women's Assembly in organising the occasional event, but in reality, there's no analysis or debate around women's autonomous processes, beyond supporting the autonomous struggle of Zapatista communities or other groups in Latin America...there's no internal reflection, just verbal support. There are three people (one woman and two men) in the committee that, thanks to their external activist involvements have an interest in feminism, but sadly, jokes about feminists are still often made during meetings. (Irene, 2015)

We were a feminist NGO, supposedly. Many of my male colleagues' attitudes, however, were quite disappointing. My contributions during meetings were met with a chorus of jokes and gibes from the coordinator, who once even abruptly cut me off when I suggested that there were sexist attitudes and behaviour in the office. He told me how dare I say such a thing and that I had no idea what sexism is and that I should go to El Salvador to see how women are treated there, that that was real discrimination. (Sofía, 2015)

Miren (2015), provides us with two examples to illustrate the way in which symbolic violence is reproduced in her collective through mechanisms of *disregard* and enforced *marginalisation*.

I think that, in the case of the women in the collective, we'd just talk amongst ourselves about what we noticed the differences were in the way we were treated by the rest, and that was about it. For instance, right, something really typical: we weren't listened to in the same way. You'd present an idea during meetings and it was completely ignored, but a guy would then immediately put the same idea forward, and it would maybe end up being exactly the thing we'd end up doing... Another example is the meetings between collective representatives. Our collective representative was a woman, and whenever she met with the other collective representative, a man, she admitted she ended up feeling quite shit. Whenever this was then brought up, the response would be that we hadn't adequately presented our ideas, or point blank we were talking rubbish. (Miren, 2015)

Through the activists' and their contributions' *invisibility*, the legitimisation of one gender's (male) position of power in face of the other's (female) subordination is cynically enacted. Let us consider the consequences and the *message* received by the woman activist who has not yet interpreted the events in terms of the difference in sex, given that she, *a priori*, finds herself in a space exempt of sexism. She perhaps believes that she hasn't expressed herself correctly, or that the other person, the man, has expressed himself in more precise terms. It may reinforce the view she has of herself of not being sufficiently trained or prepared for public speaking, leading to a socially attributed role in line with the traditional sex-gender-sexuality system. Being made "invisible", along with differential socialisation and the values associated with each sex and gender according to such a framework, thereby exerts a form of control and perpetuates the "status quo".

Sofía, on the other hand, describes how her transgression in face of socially constructed gender roles is punished: a “bringing into line” that seeks to humiliate and condemn her for her attitude. In this case, the consequences are also self-questioning and self-repression:

...I wasn't submissive, nor did I hold back when I talked, and I'd demonstrate the failings in my male colleagues' work, just as they would with mine when it was necessary. On one of these occasions I got quite a telling off, to the point that they informed my bosses about my supposedly terrible attitude, insisting that I was attention-seeking and presenting me as a *threat* to the organisation. Even though my bosses understood the situation at the time, and reassured me that everything was fine, the whole thing upset me a lot. It made me feel more insecure, and I didn't want to add fuel to the fire of any such speculation. I tried to remain in the background for a while, refusing to take a protagonist role of any kind and avoiding all public speaking. Overall, it made my being at work really unpleasant. I could feel how my male colleagues (and some female colleagues) had labelled me *difficult*, and that really inhibited me. (Sofía, 2015)

As Bilgune Feminista (2008) reminds us, “violence is used by the patriarchy as a tool to keep women bound to the ‘feminine identity’ and to continue carrying out that role, thereby being seen as second-class citizens” (III. Jornadas Feministas de Euskal Herria /III Feminist Journeys of the Basque Country) The judgement made on Sofia's attitude therefore obeys a double standard rooted in the division of labour according to sex.

These ways of exerting violence within collectives show the perversity and variety of mechanisms used to demean and attack feminist stances and any issues arising from gender-based discrimination. Pranks, caricatures or jokes, all seek to relegate feminist grievances and the calling out of discrimination and underlying power-relations to a marginal position of negligible value; in other words, a side-issue, thereby turning the person or the group that defends this position into stereotypes that are in turn granted very little credibility. How can we get across the point that laughter can be violence, that laughter can be political? I will add an even more pertinent question put forward by Brah: “How can a movement mobilise as a political force for change if it doesn't start questioning its own, internally adopted values and norms which can legitimise domination and inequality and neutralise individual «differences»?” (A. Brah, 2004, cited in Bliglia and San Martin, 2007b:111).

We shall take a deeper look at other expressions of violence at a later stage. For now, let us place the women activists in their contexts.

## **6.2 POLITICALLY CORRECT ABUSERS.**

I shall dedicate the following paragraphs to detailing some of the characteristics of these so-called “politically correct abusers”: partners, ex-partners or fellow male collective-members that have been violent or abusive towards their female companions. I will begin by briefly laying out each of the ties that connect them, and then continue by detailing the implications that breaking from the traditional abuser-type imaginary entails, and finally, I will describe those aspects that are connected to the model of hegemonic masculinity.

### **a. Complexities of the ‘other half’ myth.**

Whilst Sofia, Estela, Carmen, Miren, and Marta are all in stable relationships, Irene and Haizea are in open and on-off relationships. In Maren’s case, despite feeling an initial attraction, she quickly notices her fellow male activist’s attitude, and decides to distance herself from him. This very decision, however, leads to a series of actions and events that seek to boycott and discredit her.

In the cases of the women activists in stable relationships, that desire to be with a freedom fighter or ‘lefty warrior-type’ appears in all of their stories. This illusion promises a scenario in which their need for affection is met, whilst also meeting their need to be respected in their personal development, interests and life-choices, thanks to a relationship of equality. In this way, the ‘other half’ myth continues in spite of it being dressed-up for the occasion.

In this context, I met a guy who I thought was really attractive and really interesting politically and intellectually. He worked in a left-wing union and was very popular among those of us involved in different activist spaces and scenes. (Sofia, 2015)

He’s been an activist in anti-authoritarian groups, but nowadays he works as a university professor. He still collaborates a lot in social movements,



including the feminist movement, and as I was saying, he's really popular amongst them all. We're talking about someone who was (is) a role model in many left-wing collectives. (Irene, 2015)

He was quite a lot older than me, with a really long history in activism. He was involved in an extreme left-wing group that operated under cover, as well as in other related groups in the Basque Country. (Estela, 2015)

We had been in the same activist collective, even though we were each involved in various different groups. We also coincided again in another space where I was employed as a *liberada*. I'd just come out of a pretty toxic relationship and was only just starting to get back on my feet, so I wasn't really looking to commit to anyone. I told him from the very start that I wasn't looking for a relationship with him. We fancied each other; we'd sleep together; we'd occasionally go out, and that was it. (Maren, 2015)

I was a girl who'd just stepped out into the big, wide world and he was a real 'bon viveur'. He treated me to meals in fancy restaurants, we'd go travelling together, and we generally had a lot of fun. I don't know...at the time he seemed so unique and I was infatuated with him (...) After being with a guy who was threatened by my "trashy sexuality", I was now with a person who constantly spoke about what had been a very crazy sex-life... (Marta, 2016)

Lur and Isabel's narratives give an account of an abusive relationship with male members of the very collective they're involved in, and with whom they do not have a sexual or intimate relationship.

Despite there being many instances of abuse (although, it's fair to say that there were also many healthy and nourishing exchanges, which is precisely why it was all so confusing), there was one relationship I had with someone that really set everything off. We all house-shared in the collective, and for a couple of months I lived with a guy from the collective and we mostly got along quite well, save some issues we had to do with cleaning and tidying the house. When I told him that, from my point of view, he wasn't taking on his responsibilities in this regard, the angry reactions from him started, where he'd shout at me and respond in a really rude manner. (Lur, 2018)

Jon had begun to attend our assemblies that same year. I didn't know it then, but he'd been fired from his previous job in promoting intercultural dialogue and working with migrant communities. Despite this raising some questions, he came to the collective as a bit of a celebrity; he was a lawyer for a disadvantaged group with whom he'd apparently been doing great work. When the time came, he also put himself forward for the post. (Isabel, 2017)

Even though the attraction to the “model activist” type is quite common, it is not always the case and the reasons behind the women’s feelings of attraction and desires to begin and maintain a sexual and intimate relationship are often quite varied.

I don’t really know how to define it. I met this person while I was campaigning. We weren’t part of the same collective, but we’d come across each other in various platforms and activist spaces. We had similar political interests, which led to us having some really good conversations. I was really drawn to him because he struck me as being quite a strange person... I honestly don’t know why, but that really turned me on (...) He doesn’t have a lot of mates and, as far as other activists go, he’s not exactly popular or liked very much... Whenever I see him these days all I do is ask myself what the hell was going through my head... (Haizea, 2017)

Haizea’s abuser boasts of being a great activist, however, he is not regarded as such within activist communities, but rather criticised for his lack of empathy and camaraderie.

#### **b. The abuser myth.**

One of the distinguishing characteristics of politically correct abusers is their strong commitment to the struggle for a more just and equal society. Many of those abusers who express a pro-feminist stance take part in feminist demonstrations, seminars and even publications. As we have pointed out thus far, the fact that these traits distance them from the social imaginary of the abuser-type makes it difficult to then identify the relationship in terms of sexist abuse.

After that encounter, we both looked for an excuse to meet up again, and one day he suggested we go see an exhibition on feminist art. That was the icing on the cake, as far as I was concerned! (...) A guy who was not only a feminist activist, but who’d done all of the things I’d dreamt of doing: living in Latin America for a while, volunteering abroad...there were even things about him that I just thought were incredible: he said he knew all these great writers, artists and musicians... I found it all quite *crazy* and exciting. (...) Unlike Álvaro, he was always in therapy and trying to work his issues out. He was always up for talking about the problems he had with his mum and dad; about his childhood and how messed up it had been... and I really believed that he was working hard to overcome his inner contradictions and that together we could move forward. (Marta, 2017)

I met him in an alternative environment... he was younger than me. He was left leaning, and really clued-up about art and the society we're in. (Carmen, 2017)

One day, he told me that he thought he might be into guys, which caught me by surprise, although it's true that in certain contexts and at certain moments, I had seen him be a bit flirty with other men. I replied that it might well be the case, but that the important thing was that he be sure he loved me in that moment. (Sofía, 2015)

In the good times, we'd go on amazing trips from one cultural event to another and enjoy our spectacular flat. We'd go to all the demos, including the 8<sup>th</sup> of March and 25<sup>th</sup> of November ones... (Estela, 2014)

I went to some seminars on the role of men in building Equality. They were full of women equality workers and women directors of agencies and institutes. In other words, the very people who would potentially employ men in this mission. When they were over, I got up, turned around, and to my surprise, found him sitting just behind me. He was avoiding all eye contact, but I made sure to look right at him. And I shouted at him saying how could he be so shameless as to be there. (Maren, 2015)

I remember that he'd been invited to collaborate in writing the introduction to a well-known feminist's book. I thought to myself, "Great, that's just what I need, hearing him talk about feminism..." I didn't hide the fact that I thought his collaboration with her strange, and he replied, "Well, you know, all you women are..." "All us women are what?" I replied...he didn't answer me... (Irene, 2015)

Nevertheless, these very same male individuals continue holding onto attitudes and roles that, in practice, are examples of a visceral resistance towards the loss of privileges. Maren and Estela analyse other attitudes where practices that seek to establish a differentiation based on asymmetrical power relationships are played out. Both men are looking to reaffirm their *masculinity* through the search for authority and prestige, and they do so in very different manners. The scenario described by Maren is about dominating the space, whereas Estela analyses a subtler attitude that equally aims to make his superiority over her very clear.

Whenever he had the chance, he'd work as a sex educator, and it's just perfect for him because he loves getting up on his soapbox and preaching to the masses. He even *directed* a radio programme on sexuality on a free radio station. And I say directed, because even though no one gave him that role, he made sure to claim it. The way he did that programme was very symbolic: his two female colleagues sitting down while he stood at the control desk giving them hand signals. (Maren 2015)

We discovered we had political interests in common, and even a similar past, apart from the generation gap and the fact he had more experience because of his age, something that I found very attractive at the time. He played the part of being politically correct very well, but he'd always make sure to imply that he knew a lot more about life than I did. (Estela, 2014)

An array of strategies to manipulate and punish any transgression that challenges the control and power they feel legitimate to exert over the other person then unfold, all obscure to a greater or lesser extent. Such as, for instance, the perpetrator's conscious use of the *abuser myth* with the aim of delegitimising the abuse, the abusive relationship or the abused's discourse.

He's created and used this image of the abuser as a 'monster' to delegitimise my argument and even goes so far as to try and make me guilty of branding him as one. But the truth is I've always been really careful not to call him an abuser, so as not to label him. I've always said he had 'aggressive attitudes or behaviour' towards me, instead. Either way, whenever I suggest the problem be considered in a responsible, open and collective way, it ends up in a refusal to do so. (Lur, 2018)

Finally, it is worth pointing out that some of the women activists who have carried out the process of writing down their experience, still ask themselves whether their partner was an abuser or not, and therefore whether or not they were in an abusive relationship. This problem is related to the disassociation between the abuser myth and the difficulty in identifying these traits in our male activist, or life, companions. Not only this, but a whole collection of circumstances are at work in turning this disassociation into a survival tactic.

I can't bring myself to say he's an abuser...but perhaps that's because of the narrow narrative that exists around abuse. I also think that we tend to use these concepts in a very identity-focussed way: "he's an abuser..." - it's not that simple. He was also a really important person in my life; among other reasons, for opening my eyes to the world. I find it more real to think of him as a guy that creates toxic relationships with elements of dependency and harassment thrown in, but honestly, I find it hard to call him an abuser...Strangely enough, I don't find it so hard when these kinds of things happen to my female friends. I was shouting at one of my friend's exes in the street not that long ago, saying: "Abuser! You're a fucking abuser!" (Marta, 2017)

Was it a relationship of sexist abuse? I think that the times he'd try and batter my self-esteem, "You're a terrible fuck, you're fat..." - it was, and he certainly tried to put me down, but he wasn't going to catch me out that

way... But, you know, I think that guy was seriously messed up...! (Haizea, 2017)

He was violent towards me, there's no doubt about that. But it's in the past and I've stopped seeing him as merely an aggressor. I also see him as an "instrument". My son loves her dad, and that's a different relationship altogether. I'll make sure to explain the capitalist, sexist and patriarchal system we live in to my son... but I can't condition him against his father. (Carmen, 2017)

### **c. Politically correct abusers and hegemonic masculinity.**

In order to identify traits connected to new models of hegemonic masculinity, it is necessary to observe and go beyond those characteristics that involve breaking away from the abuser stereotype. In their revision of the concept of hegemonic masculinity, Connell and Messersmicht (2005) points out that the combination of diverse masculinities and the hierarchy established among them is one of the fundamental characteristics of this phenomenon, warning us that this hierarchy creates a hegemonic pattern that is not simply based on force (understood as direct violence). Neither does hegemonic masculinity have to be the most common pattern in the daily life of men and boys, she goes on to argue. A change in gender-relations, on the other hand, brought about by the resistance of women against patriarchy, would promote a redefining of the socially admired model of masculinity.

Based on Connell's classic theorisation and in line with the women activists' insights, a new model of hegemonic masculinity within activist communities emerges as an adaptive response to the new socio-political climate, which, nevertheless, still maintains many of the traits that characterise more traditional models. The challenge lies in knowing how to identify the way in which these traits persist or camouflage themselves within this new climate and within different scenarios. Isabel and Maren present various situations in which these traits can be seen.

Standing out among the crowd involves not only hogging media attention, but also that of "important" people or institutions. During his final year as a *liberado*, he dedicated himself to reading all the newspapers and being at all the social gatherings where there was money and power. (...) This thirst for celebrity and flattery was, in a way, what made him overexpose himself,

and what made many people in the collective see what was behind the façade. (Isabel 2017)

I later remembered a comment he'd made years ago when I shaved my head. He told me that he'd thought I must have been going out with some 'skinhead', and that's why I'd done it. At the time, I was simply shocked by the comment and told him that that had nothing to do with it. But later on, once I knew him better, I realised that the comment was really to do with the fact that he didn't believe women could make their own, sudden choices unless they were motivated by some type of masculine incentive. (Maren, 2015)

The women activists argue that these men, in face of their resistance towards losing privileges, have adopted feminism's aesthetic, theoretic and/or discursive elements in order not to lose power within this new context: "Suddenly, the moment (the guy) says, 'I'm a feminist' his voice is heard even more" (Andria, E2). Women focus group participants point out that changes are consequently noticeable in discourse, but not in essence. In fact, instead of a deeper individual and collective reflection, sexism and violence are replicated in even more perverse ways, as Matxalen and Marta's experiences demonstrate.

Men don't want to lose power. They know they have to do certain things, and do them properly, but they go, "I'll put on my feminist hat, so I can keep enjoying power and social acceptance" (...) I don't know if this is conscious or not, but to maintain power they have to admit certain things without questioning the deeper things behind this (...) Two formal complaints were raised: the first was about a specific assault; the second complaint turned out to be against a perpetrator who had been the very same person dealing with the first complaint and supporting the woman who made it. Turns out that, now, his ex-partner was accusing him of psychological abuse. The guy had a feminist discourse (...) To what extent have personal attitudes been addressed? We haven't reached the point of questioning privilege; we've stalled at the discursive level... although we should consider this as progress. (Matxalen, E1)

He had a problem with his health towards the end of our relationship that forced him to look after himself more than usual. One day, I can't remember what exactly, but I must have done something wrong and he got really intense telling me I had no idea how to look after someone. That wasn't the only time he told me off about this, although that time his insistence was more hurtful than usual - there were loads of times. It made me feel really guilty. It was textbook *microsexism*, but what complicated the relationship was that he *did know how to look after someone* (...) One of the ways he'd remind me of this "flaw" was by establishing this constant comparison with his ex-girlfriend, with whom in reality he'd had a pretty messy and violent relationship. For instance, he'd tell me how she used to get up early in the morning and go buy the paper and croissants for breakfast... That's not something I'd ever do, to be fair, but I have other virtues! I'm not sure if he

was sexist or just plain unfair, I don't know...it's true that he was quite thoughtful with those kinds of gestures. At the time, I'd try and reason with him and say: "My way of caring for you is offering a stable, healthy and peaceful relationship. I'm a decent person and I openly express my emotions and feelings. Is that less important than bringing croissants in the morning?" (Marta, 2017)

Among those women activists who have suffered a violent and abusive relationship, Estela reflects thoroughly on the abuser-type and identifies a series of patterns and characteristics.

In my experience, abusers have various traits in common. Among these, there's this hard-held belief that everyone is against them. That there is a universal conspiracy, in other words, against them ever attaining happiness, but that things are never their fault. Secondly, they have this compulsive nature, and also this enormous ego that hides a really low self-esteem. I think the main ingredients that make an abuser are a mix of damaged self-esteem and fear. All this then gets mixed in with the social construct of the couple, in which the woman belongs to the man, and that he can order her about and demand she be the way he wants her to be. On the other hand, women are brought up to please others, so that if your partner demands you satisfy him (you're the one who has to give in) and you mix that with the classic notion of romantic love, you end up with a textbook abusive relationship. The patriarchy creates the very conditions that then allow these phenomena to happen and even justifies them! (Estela, 2015)

Nevertheless, breaking the social imaginary of the abuser-type must not, in any way, lead us to establishing alternative classifications that repeat the same epistemological principles. Although our intention is not to recreate a specific profile, certain characteristics connected to the roles encompassed within hegemonic masculinity have been identified through analysing the Narratives, as well as some of this model's manifestations within the context and space that we are dealing with.

Among these are *the feeling of belonging* or *the need to assert their superiority* (who calls the shots, who the teacher is, who knows best, or even, who the best activist is), shown through *adultism* and *ableism*. In second place we find *misogyny* or *hatred towards women*, particularly towards their ex-partners, which shows itself when they feel threatened by one of them. One of the most common responses to this feeling threatened is *victimhood* (and the depiction of the woman as the aggressor). This victimhood tends to be accompanied by a considerable *self-*

*indulgence* with regards to the motivations behind their actions, which comes into conflict with the extreme criticism and intolerance they reserve for their partners. Lastly, abusers feel threatened by what may result from their behaviour, and fear that *their activist identity will be undermined*, something which, in many cases, forms a very important part of their social identity. This fear can lead to many types of reactions: from an explicit aggression, to a whole delegitimising campaign against the abused woman in order to discredit her within activist communities.

**Table 9:** Politically correct abusers and hegemonic masculinity.

<p><b>The feeling of belonging</b></p>	<p>In the end, I was fed up and decided to end the relationship. He then began to create these terrible dramas where he would cry a lot. He even wrote to the guy I started seeing, “giving his blessing”: “<i>Look after her, she’s a wonderful girl</i>”, and this, coming from a man who advocates equality, is quite strange...” (Marta, 2017)</p>
<p><b>The need to assert their authority (through adultism, ableism...)</b></p>	<p>Politically speaking, he was the activist of the year. He criticised everything about me. He questioned my principles. One day, just like that, he became a vegan. I had been a vegetarian since the age of 17. So he then started to criticise me for drinking milk, “where were my principles...?” Whenever I was tired and didn’t feel like going to an assembly, he’d put me down and try to make me feel guilty about it. “What kind of an activist are you?” Generally, it would be something along the lines of; “Yeah, yeah, your ‘principles’...” “...But I’m the one who’s right and you’re the one talking rubbish”. (Haizea, 2017)</p> <p>Whenever I was attending to another person, he’d constantly interrupt, preventing me from having the conversation at my own pace: “But ask them about this, or ask them about that...”. Whenever I was explaining something, he’d start to talk and butt into the conversation, trying to make out that I didn’t know what I was doing. On many occasions, he’d make the point of telling the person I was attending to, to come over to his desk, as he was the lawyer. He’d in this way manage to completely strip me of any authority in front of the people using our service. I spent more than two years explaining that I wasn’t Jon’s secretary, but his colleague. (Isabel, 2017)</p> <p>I also remember – and I never psychoanalysed this about him – that behind this enormous ego on the outside, there was this feeling of brutal inferiority that made him unable to accept any kind of joke directed at his person. (Sofia, 2017)</p>



<p><b>Misogyny and victimhood</b></p>	<p>He laid into a lot of the women he'd been with in the past. Saying things like them being brainless, stupid...that one had caused a scene in the street, and that that was one thing he couldn't stand...I later understood that, in a way, he was warning me (...) I began to realise that he was a classic misogynist. He'd try hard to hide it behind that lefty façade, but he felt real hatred and anger towards women he saw as a threat. And I became one of those women the minute I decided I wanted nothing to do with him. (Maren, 2015)</p> <p>He told me about his past relationships, and tore them to shreds. I told him that I thought what he was doing to people he'd, for instance, shared six or seven years of his life with was really quite ugly. (Haizea, 2017)</p> <p>One of the first things that went through my head was that that guy was a misogynist. He hardly spoke about any other woman other than his ex-wife, and what he said about her was very negative. When one day I reproached him for his attitude towards us and mentioned his daughter, he replied that he liked his daughter and that she wasn't anything like us. (Irene, 2015)</p> <p>He said awful things to me about his exes. He'd tell me that they had all been really bad and that they had abused him. I hated them, too, and I hadn't even met any of them. He'd say that he'd finally found me; a good woman who was going to give him selfless love. (Sofia, 2015)</p> <p>There were three main excuses he'd give me for not ending his other relationship: Firstly, that the other woman was crazy, and that if he was to leave her, she was capable of doing something equally crazy. Secondly, that I was just a child and that he was just a whim to me, therefore, when I was through with him he'd end up out the door. And thirdly, that I had very little to offer him compared to his other relationship in terms of economic stability and a peaceful life. In the end, she found out about us and left him. (Estela, 2015)</p> <p>People started to cry and strangely enough, Jon cried the most: he couldn't speak, we all had to take a break. When the meeting started again, Jon continued to cry incessantly, stuttering between tears that he was very sorry if he had hurt me...the truth is he played the victim. And it partly worked: it was so unbearable and painful for people to see him like this that they decided they couldn't continue with the meeting, and postponed it to the following Saturday. (Isabel, 2017)</p>
<p><b>Self-indulgence</b></p>	<p>On one occasion I told him how I felt like a little girl who was constantly taking an exam that she could never pass, and that on top of this, couldn't even work out why she'd never pass it. He, however, had an unlimited capacity for self-indulgence, and I'd hardly even question him about this. As time went by, I'd question him even less. (Estela, 2015)</p> <p>I remember that we'd have lots of discussions about the issue of <i>class</i>. He was a really schizophrenic guy: he'd wear his working class consciousness and family background like a badge of honour, yet he'd love going to expensive restaurants and treating himself to things. When I called him on any given Friday he'd tell me he was out at a restaurant, eating oysters with a bottle of Albariño wine... for instance. He'd accuse me, on the other hand, of being a watered-down posh girl. (Marta, 2017)</p> <p>If he saw some good-looking guy turn up at the university he'd get nervous</p>

	<p>and jealous, especially if the new guy got involved in our scene. Though he'd always have an excuse up his sleeve for everything, of course. (Miren, 2015)</p> <p>Whenever I've got into an argument with someone, I try to self-reflect and analyse what we have and haven't said, and the ways in which things were said. I try to see things from both sides, and get to "the truth" of the matter. This allows me to see my mistakes and to try and remedy them. However, I didn't see an ounce of self-criticism in him. (Haizea, 2017)</p> <p>He once even said to me, "Okay Carmen, what are you complaining about? I don't cheat on you, I don't beat you; so what are you complaining about?" I wasn't with someone so as not to be cheated on or beaten, but for other reasons. (Carmen, 2017)</p>
<p><b>Fear of their activist identity being undermined</b></p>	<p>The next day, when he got up to go to work, he said: "Now go tell your girlfriends, those fucking feminists, that I'm a bastard and an abuser and that I wanted to hit you." "You were going to hit me, you had your fist right up in my face and you wanted to hit me". "Honestly, how can you be such a bitch..." (Estela, 2015)</p> <p>Much later on and after I'd stopped seeing him, we bumped into each other on a night out drinking. He was with a friend who'd just broken up with his girlfriend, and while we were chatting I absent-mindedly made a comment about him not exactly having behaved very well when I'd broken up with him. I remember him then grabbing my arm really hard and whispering to me in a really menacing way not to dare say anything like that again in front of other people. (Maren, 2015)</p>

**Source:** prepared by the author.

After analyzing the characteristics that surround the activist women who have suffered violence, and those of politically correct abusers, we will now stop at the expressions of the phenomenon of violence itself. Although our intention is not to impose a closed list of expressions that can be cataloged as such, I think it is appropriate to point out those that have been identified by women, contextualize them, and serve as an example.

### 6.3 SEXIST VIOLENCE.

When it comes to analysing different manifestations of violence, it is necessary to not only take elemental forms of domination<sup>75</sup> into account, but also provide an

---

<sup>75</sup> Those carried out through interactions between people, as opposed to those carried out through institutions. (Krais, 1993 in Morgan and Bórket, 2006)

account for the ways in which symbolic violence has the effect of ensuring women continue embroiled in these oppressive relationships. The researchers Boesten and Wilding (2015) insist that the permissiveness towards day-to-day manifestations of abuse implies a legitimisation of violence, the isolation of those who suffer abuse and, therefore, the reinforcement and reproduction of the very structures in which this violence is embedded. Hence, for Lur, violence is:

...part of an outlook whereby one gender feels it has the right to treat others whichever way it wants; this is the perfect setting for violence, and this violence doesn't have to be a kick or a punch. It can be the way you speak to me; the way you look at me; the way you don't respect my signals; the fact that men hold the yardstick, and the fact that we must adhere to their standards. (Lur, 2018)

On the other hand, the women activists' experience and reflections on violence are very diverse. It is therefore difficult and undesirable to pigeonhole them into some sort of general interpretative framework. Women activists may or may not identify with the previously laid-out interpretation frameworks. While Carmen, for instance, identifies an escalation or process within a self-reinforcing dynamic, Marta on the other hand doesn't see herself in the so-called "cycle of violence".

Because it's all a gradual build-up, there's a moment when you wonder what your tolerance level should be. You don't know if you're exaggerating, if you're being over the top, or if you shouldn't just put up with it. It's really hard to set a limit, and more so when the other person is begging for your forgiveness, seeing a couples therapist...and when you get back home that person is completely transformed out of fear that there will be a break up. He's much calmer, there's no problem...that's what's so fucked up about it; if it was a case of *violence all the time*, of explicit violence, it would just stop! But it all just builds up...and in my case, it happens again and again". (Carmen, 2017)

Carlos' strategy was unusual, and that's probably why I can't identify our relationship with the so-called "cycle of violence". I don't feel like a "victim"; there was no escalation in his aggression towards me; he didn't isolate me from "my people..." In fact, he actually encouraged the idea that we each maintain our independence. (Marta 2017)

I have used the categorisation put forward in the theoretical framework, namely: Power and Social Control, Sexuality, and Romantic Love. Nevertheless, it is necessary to point out that there is crossover, alignment and feedback between these categories when it comes to reproducing and legitimising abusive and

submissive relationships. I shall try to adhere to what has been laid out thus far, and carry out a close analysis in order to identify and shed light upon those manifestations, which often escape the social imaginary on violence. We will begin by setting out a table of the key mechanisms, and follow this by describing and analysing each one.

**Table 10:** Categories of analysis and mechanisms.

Categories		Mechanisms
<b>Power and Social Control</b>		<ul style="list-style-type: none"> <li>a. Control over the relationship and the person.</li> <li>b. “Disempowerment” as a means of control.</li> <li>c. The “little things”.</li> <li>d. The “tug of war”.</li> <li>e. <i>Gaslighting</i>.</li> <li>f. Isolation.</li> <li>g. Language: insults, words and silences.</li> <li>h. Boycotting, blackmail and harassment.</li> <li>i. Humiliation and scorn.</li> <li>j. Jealousy and self-repression.</li> <li>k. Physical assault.</li> </ul>
	<b>Sexuality</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>l. Sexual violence.</li> <li>- Symbolic violence related to the myths around female sexuality.</li> <li>- Control over sexuality.</li> <li>- Sexual abuse within the relationship.</li> </ul>
	<b>Romantic Love</b>	<ul style="list-style-type: none"> <li>m. The myth of romantic love.</li> <li>- Emotional exploitation.</li> <li>- Projected expectations.</li> </ul>

**Source:** prepared by the author.

Galtung (1990), points out that the study of violence – just like the study of *power* - has essentially revolved around two problems: its use and its legitimisation. *Power* and *social control* are key and interrelated elements in feminist analysis of violence. This allows us to explain how violence is used in an abusive relationship

to maintain control over the person (through sexuality, the myth of romantic love, etc.), or vice versa, how a person will try to control in order to maintain a relationship of subjugation.

#### **a. Forms of control over the relationship and the person**

One of the most visible forms of direct control is the one in which the abuser establishes the terms on which the relationship must develop. This is the case for Estela, Irene and Marta. Their abusers adopt an attitude of naturalised enforcement that does not give room to any reciprocity, thereby establishing the foundations of an unequal relationship. This practice will manifest itself more or less clearly, as described by Irene and Estela, or in such a way as to make the abuser's behaviour less visible, as is the case in Marta's experience.

We did everything together, because he didn't want to be left out of anything I did. So when we started out as a couple, he got involved in the same political party as me. I would use the day when he was working 24 hours on the trot to meet up and go out with friends or to do all the things that didn't involve him, so that I could always be with him. But one day he told me that he didn't like me going out while he was at work, and that if I wanted to go out, then fine, but only when he was at home so he would know what time I'd get back. Instead of reacting, I accepted it and did as he asked. During our six-year relationship I went out on only a few occasions and on each of those occasions, he left me the next day. And there I was - someone who loved, and still loves, to go out partying - never going out. (Estela, 2015)

We would try and meet up whenever he travelled for a conference or for work. He would lay down the rules about how and when we could be together. I was able to perfectly understand that there should be a conversation about the most convenient circumstances for each of us to meet up, but this was a full-scale act of coercion, and an aggressive one to boot. (Irene, 2015)

Carlos owned a house in the countryside, and he had a car. I, on the other hand, had moved alone to a flat in the city as soon as I could, so that I could have more time and privacy with him. As I didn't have a car, whenever Carlos suggested coming over to my place, I'd always say yes. I was very much in love and wanted to spend as much time with him as possible! Around that time he started a masters in Gender Equalities, and would stay over often. However, whenever I suggested going to his house, he wouldn't always agree... Basically, the general vein of things was that my home was

his home, but my going to his house turned out to be something quite out of the ordinary that had to be planned well in advance. His excuse was that it was tricky to get there, a pain in the neck. I was quite happy to get the bus and spend an hour's journey getting there, however...but no. He was always the one who'd set the pace. (Marta, 2017)

Control can be imposed indirectly, through the immediate environment (isolating someone from their friend-group, their hobbies or their routines), or by means of other types of strategies. Estela's abuser prefers she be slim, with no consideration of how this may negatively affect her health.

When we first met, due to all the anxiety caused by being in a relationship with a married man and all the comings and goings this involved, I lost a lot of weight in quite a short period of time. This alarmed me as well as those around me, so I went to the doctor. My partner, however, told me I looked better slim, much better than when he'd met me. So we did this whole thing together of watching our weight, but really, what he was doing was controlling how much I ate. (...) I eventually stopped getting my period because of how much weight I'd lost. (Estela, 2015)

The control men establish over women holds a close relationship to their abiding to heteropatriarchal norms, and this control is carried out through an interiorising of dogma related to sexual difference and traditional gender roles. In this sense, control in the present context means maintaining the social and political subordination of the woman.

#### **b. Disempowerment as a means of social control.**

Disempowerment is not a unidirectional process, but rather a relational one. It works through a power "transfusion", by which the abuser takes power away from his partner and then tries to add it to his own power. Men use an extensive repertoire of arguments and forms to control and maintain a submissive relationship, among which are *adultism* and *ableism*.

*Ableism* manifests itself through a series of reasons, provided explicitly or implicitly, for why a person has more abilities (and therefore, more authority and legitimacy) within a given area, which are then used to establish an unequal relationship of he who "knows" and she who "doesn't know". Marta's abuser (a pro-equality man) and Irene's (university professor and role-model for social

movements) try to overwhelm them with their sexual experience or academic knowledge, and in Irene's case, to the point of completely discrediting her.

...There were *disempowering* aspects, like making it very clear that he knew a lot more than me about many different subjects, such as sex or feminism...two very important topics to me. At the beginning, maybe, I just accepted this as truth and it didn't bother me too much. As I learnt more about both those subjects, however, his position and commentary became more and more *disempowering*.

(...) Being brought up in a very traditional environment meant I hadn't really been able to develop or explore my sexuality. He wanted to *accompany* me on my journey of sexual discovery. Of course, he was the one who set the guidelines and declared himself my "mentor", which didn't exactly make me feel very empowered. He would drag me along at his pace and playing by his rules, under the guise of the old "I want to help you grow" rhetoric.

(...) Those stories would make me feel really small and totally in his shadow. I felt like I hadn't a clue about life, like I hadn't really experienced anything, and like my sex-life before couldn't even be called such a thing. He, on the other hand, made himself out to be this person who'd had a very exciting life and who'd been with lots of powerful, confident women with whom I couldn't even compete. (Marta, 2017)

He's on very friendly terms with this economist I very much admire, and when I once mentioned that I'd love to meet him, he categorically replied: "You have nothing to say and nothing to offer that man". (Irene, 2015)

In Isabel and Lur's cases, their abusers try to undermine them and take away their confidence with regards to their role and responsibilities within the collective. They both suffer direct and sustained violence over a significant period of time, in the form of constant aggression and disparagement that seeks to unsettle, dominate and punish them:

I felt I was constantly under the spotlight. Whenever I was unsure about some legal question, he would scream and shout at me for not knowing the answer. Time and time again he'd say: "You just don't have a clue, do you! I've explained this to you so many bloody times, you should know by now that when...blah, blah, blah!" (...) On the contrary, he'd just carry on laying into me: "You're useless...I can't trust you to do anything...I can't even leave you alone for five minutes..." (Isabel, 2017)

...Whenever he was in a bad mood for whatever reason, he'd take it out on me. He once had a tremendous go at me for doing the laundry on a day when it wasn't my turn. When I told him not to speak to me like that, he paid no attention and continued to shout and be really aggressive with his body language. This happened over laundry, then over oranges... but it could be over anything at all. I was in a constant state of alert because I knew that he might get aggressive at any moment. (...) This went on for 5 years. (Lur, 2017)

Isabel's experience allows us to see the process of disempowerment as a form of gearing between various mechanisms, such as the use of sarcasm and systematic grinding down. When Isabel calls out her "colleague" Jon's attitude during one of their collective's assemblies, she exposes his behaviour and declares that she is no longer willing to work alongside him. The following is an extract from her statement that day.

"I know that we normally only speak about rational things, but it's not fair on women members nor on me, the woman speaking at this very moment, that I'm not allowed to talk about how I've been made to feel: about the pain caused by a disapproving or controlling stare; about being treated like a "little girl", especially during the first few years here; about the lack of trust "I can't leave you alone because I can't trust you!"; about being continuously ground-down and made to feel bad about something by snide and sarcastic comments; about his seeking conflict where there isn't any; about the questioning and control of the work I'm doing or developing, and my work being undervalued or going unrecognised, but all the while he's blowing hot and cold so as to make all this more subtle and less visible. Why do people think Jon's the boss? Is it because whenever anything gets done in this collective people deduce that it must be Jon who did it? Is this only the fault of the people who believe him? I'm not crazy and I'm not tired – because that's what Jon's said about me ever since people have started to notice I didn't seem well – and by the way, Jon, this last month since you've seen that I wasn't well, you've really made the most of that, because that's what you do, you take advantage of people's vulnerabilities and what's more, seeing your female colleague unwell makes you feel stronger. In conclusion, I don't want to work with you ever again." (Isabel, 2017)

The situation they are going through affects Isabel and Lur emotionally and physically to such an extent that they respectively take a step back from their collectives for health reasons.

From the moment he threatened me I started to get constant headaches, insomnia, and feel so much stress. I felt tired all the time and I'd forget



things, which interfered with my day-to-day wellbeing and productivity, as well as my ability to socialise and interact with people. I'd try to bring my stress levels down through Yoga and meditation, but it wasn't enough (...) It got to the point where the situation and process were wearing me out so much that I began to present physical symptoms. That constant state of alert I was in for fear of a possible attack, deregulated my thyroid, and when I went to the doctor for tests, it turns out that my cortisol, adrenalin and other hormone levels were all over the place, which in turn had caused certain cells in my brain to swell. Practitioners from both conventional and alternative medical fields told me that if this continued, I might develop cell necrosis or a tumour. That was the moment I decided to stay away from the collective for a few months. (Lur, 2018)

I hadn't had a decent night's sleep for months due to anxiety, and you could see my physical deterioration. So I called a male friend of mine who's a psychologist and who has experience of working with groups as a mediator. He told me that if I was feeling that bad, I should really go and see my GP. So I did, and my GP signed off on a period of sick-leave. (Isabel, 2017)

*Adultism*, on the other hand, is a strategy used to establish power over someone on the basis of the supposed intellectual and moral superiority one gains with age. Marta and Haizea's abusers use their life experience and the fact that they are over 10 years older than their respective female companions to impose their vision of reality and create a situation that suits them, and through which to destroy the women activists' agency. Haizea justifies her ex-partner's attitude, aware that he suffers from an inferiority complex:

Back then, I was in my early twenties and he was 12 years older than me. He represented everything I didn't have and hadn't experienced at that time. (...) I think that the age difference in Carlos' and my relationship was one of the main sources of its inequality. He held a lot of power over me because of the experience and legitimacy supposedly gained with age. When I'd gained a bit of perspective and thought back on it all, and bearing in mind that he advocated equality between men and women and even worked in Equalities, I suddenly saw loads of contradictions - like, for instance, that he was the one setting the tone of our relationship, leading me by the hand... In my case, I found it really hard to go off-script. These days, when someone in a relationship uses "adultism" to try and justify his or her authority, it puts me right off. (Marta, 2017)

There was an age difference between us of maybe ten or eleven years and he used that to back up his arguments. But I even used it on occasion to justify his actions. Whenever he called me "fat", I'd think it was because he felt insecure about his being older and the possibility, therefore, of my leaving him for a younger man. In other words, that he'd call me that to try and reaffirm his masculinity and self-esteem... (Haizea, 2017)

Any given power relationship presupposes an act of disempowerment for one of the individuals or social groups involved. In this subsection, which we shall conclude with the fictional dialogue between Estela and Marta, we have only shown some of the more obvious forms of disempowerment as a form of social control that in turn take place in connection with other manifestations and mechanisms.

**Dialogue 1.** *Disempowerment as a form of social control*

**ESTELA:** His interpretation of his attitude was that everything he did was for my own good. He'd say that I was a very talented person, but that I had no discipline and was incapable of finishing anything I started. When he'd get angry with me and punish me, he was doing so 'for my own good'.

**MARTA:** If a person who's older than you tells you that you're a "diamond in the rough", from my point of view, they're a potential psychological abuser, as what they really want to do is "polish" you according to what they want you to be.

**c. The "little things"**

According to the testimonies of women who have participated in various investigations on violence (Kelly, 1988; Salvage, 2016), it is the "little things" that gradually and inexorably erode women's self-esteem and ability to judge. The women activists find these subtle and manipulative actions (Salvage, 2016) difficult to identify and name, and even more so when these actions alternate with kind treatment, gifts, etc.

As time's gone by, I've forgotten certain things... I don't know, they were things that happened very little by little... And they didn't exactly make me feel comfortable, but neither did I identify them exactly as sexist abuse or power struggles. There was a lot I didn't really know about... but it reached a stage, I can't really remember when exactly, where I, as a person, ceased to exist. (Miren, 2015)

It's that constant chipping away that makes you shrink into a tiny person... I really struggle to find specific anecdotes to explain the whole process, because it was simply more a way of making you feel than a way of behaving. (Estela, 2015)

For example, I'd arrive at the office at about 10 in the morning, because I'd go to language classes first thing. Most days, Jon would get to his office, which was in a different department upstairs, before me, so when I arrived I'd pop in and greet him "Hi, good morning, that's me here now!" He'd reluctantly mumble "hello" back to me, or take a while in replying anything at all. On the other hand, whenever Helena arrived, he'd come downstairs to greet her. (Isabel, 2017)

The array of mechanisms seeking to destroy the women's self-esteem aim to and succeed in breaking down the women activists' identity and subjectivity. Consequently, their mental and physical stability suffer. The women activists explain how the person they see themselves as changes as this process goes on, to the point of turning into someone they cease to recognise.

I didn't know how to deal with that madness. I turned into a completely different person. (...) My most vivid memories are of the times I'd totally lose it. It'd be 2 in the morning, arguing about how on earth we'd got to this point; me crying and him saying "Get out of my house!" "But where am I meant to go at 2 in the morning!?" "Well you're driving me mad, being here!" He was forcing me between a rock and a hard place: either I shut up and accepted all the shit he was piling onto me, or I ended up out on the street. Finally he said: "Do what the fuck you want, I'm going to sleep..." And I'd sleep on the sofa until it was time to go to work. (Haizea, 2017)

I was relatively aware of what was happening: I'd notice how my habits were changing to fit around his. How my mood would completely shift. How my surroundings, my body, my health were all going down hill. I no longer felt like being around people or socialising. I think I attempted to fight back, to bring back the Sofia from before, but I ended up ill-defined and false, and all I could see in the mirror were the problems that being me entailed. This made me extremely anxious. (Sofía, 2015)

Back then I only had two states of existence: headache-mode or unbearable headache-mode. I suffered from insomnia and had asthma and stomach problems. I lived in such a state of anxiety that at times I was seriously afraid I was losing my mind. You could always find three vital drugs in my weekend bag: Ibuprofen, Almax (for my anxiety), and Orfidal<sup>76</sup>.

(...) I like to have sex in the morning and I like to put vinegar on my salad. I got to the point where I was convinced that I didn't like sex in the morning and months passed before I actually bought vinegar again. All of that might seem silly, but I even reached a point where the same happened with my decision to have children. I shared my life with this person from the age of 29 until I was 35 - a crucial time in deciding this question. Nevertheless, I

---

<sup>76</sup> TN: for anxiety/insomnia – UK generic = Lorazepam.

ended up convinced that I didn't want to have children. I'm horrified whenever I think about having perhaps wasted years of my life with that man.

All these things can seem trivial, but they demonstrate the point to which your sense of self is erased. You forget what you want, what you like, and then you forget to look after yourself. It's what Marcela Lagarde is talking about when she writes "When you no longer know what you want you become a territory for other people's wants", (my heart almost stopped beating when I read that). And the first thing these men do (these men who, the cleverer they are, the cleverer they like their victims), is to make you forget what you want in life and who you are. (Estela, 2015)

What makes these relationships of abuse and submission possible and sustainable over time is the interplay of different mechanisms. Therein lies one of the reasons for understanding and situating sexist violence within a continuum of manifestations. It is often a case of manifestations that are difficult to identify, or in which we tend to underestimate the harm caused. As Estela points out:

I've seen films in which a man is already grabbing the throat of a woman by the second scene. Granted, in real life this kind of thing is not uncommon, but this scene seems more of a caricature compared to my experience with him. He was sly, subtle, and even seemed to have a unique talent for manipulation. And I'd end up writing myself off as simply over-reacting. (Estela, 2015)

The underlying reasons behind these coercive and violent manifestations obey the system of domination they belong to, in which one of the genders (male) has a greater capacity and legitimacy for conveying and disguising power relationships that boost his authority to the point of making them seem natural (Pierre Bourdieu, 1999).

#### **d. The "tug-of-war"**

Estela, Marta, Haizea and Sofia warn of one of the common behaviours that their abusers use with the aim of mentally and emotionally manipulating and destabilising them. An emotional "tug-of-war", or in the words of Estela, a *perverse game* that seeks to control and subdue.

...it had always been a tug-of-war where on the one hand, he'd make it very clear that what he felt about me was unlike anything he'd ever felt towards anyone else, and that these feelings were reserved for only four people in this world and one of these people was me. On the other hand, there was always this constant 'no'. Whatever was 'this way' in the morning was always an entirely different way in the afternoon, so I developed an ability to scrutinise his mood and be constantly on the alert. The whole thing was a perverse game that managed to completely unhinge me (...) There were never any clear stages in our relationship or during our time together - it was a continuous rollercoaster ride. There were moments when I thought I was over-reacting or exaggerating things, and others in which I simply felt awful, which caused me constant anxiety. That's why I always tell people that a relationship can't be a compensation game. It can't be "sometimes our relationship is really bad, but other times it's good and that makes up for it." (Estela, 2015)

Now I look back and it seems totally ridiculous, something only a complete asshole would say, but the last year of our relationship he came up with the idea of declaring it "the year of Marta's sexuality". According to him we had to talk and think about things I felt were missing in my sex-life or fantasies I still had to explore... and of course, he was going to work on his part in this, too. Lies, all lies. All of this was driving me really *crazy* (...) The way these situations were actually unfolding was by, in his case, taking a little step forward, and shortly after, a little step back. On one occasion, we went to a post-porn conference together and took part in a workshop that frankly had all the makings of a *pseudo* orgy. The 'safe-word' was simply to leave the group the moment you felt uncomfortable. He soon left the group, but hovered close by, watching. I, however, stayed with the group. Straight after that episode, he went absolutely ballistic at me. (Marta, 2017)

He was constantly blowing hot and cold from the very start (...) There were periods in our relationship when that person would completely open up to me and tell me about so many things...and periods when he wouldn't even look at me, let alone speak. And this made me completely confused; I felt like I was going crazy... (Haizea, 2017)

He started having sudden mood swings. He'd be excessively happy or excited about something one minute, and then completely lose interest and fall into the deepest depression about it the next. This made me feel all over the place...the mornings, when he had to get up, were awful for him...and for me, as I had to watch him suffer whilst he felt completely unable to face the day. (Sofía, 2015)

As Herrera Gómez explains, "Many know all too well that combining affection with abuse in their treatment of a woman is effective in destroying that woman's self-esteem and provoking her dependency; they therefore use the good guy/bad guy binomial to seduce them and thereby subdue them (...) numerous boyfriends and

husbands treat women like untamed mares waiting to be domesticated into faithfulness, submission and obedience.” (2015:13). This mechanism proves itself useful when it comes to undermining women’s subjectivity in a most radical way, as is the case with *gaslighting*.

#### e. Gaslighting

Another strategy for maintaining power and control over another person is so-called *gaslighting*, consisting of a psychological mechanism with which the abuser tries to alter another person’s perception of reality, making him or her doubt his or her memory, version of events, or sanity (Villanueva Martín, 2017).

Towards the end of our relationship I’d say to him: Carlos, look, I can control my actions, but not my desires. The fact you tell me I can have sex with other folk, but that what you experience as being unfaithful are my feelings towards you...well that’s just a trick to trap me! (Marta, 2017)

During this process, the abuser manages to profoundly affect his partner’s self-confidence, convincing her that she is guilty of every negative or mistaken situation and simultaneously making himself the victim. Adding all of these elements to the capacity men have for imposing meanings can cause the woman to accept the man’s version of events as (the) “truth”.

“I can’t even leave you alone for a second!” He’d be on at me like that all the time. I started to think about quitting my job because I just couldn’t stand it anymore. The whole situation caused me so much anxiety, made me so stressed out... all of that stuff at work completely overwhelmed me. I believed I had got into a job that I simply couldn’t handle, that I might even make a mistake which would ruin somebody’s life... (Isabel, 2017)

Shea Emma Fett, a *blogger* and feminist activist from the United States, uses her own experiences of abuse as a starting point when writing about *gaslighting*<sup>77</sup>. Among other interesting reflections, Fett points out that there has been an unprecedented rise in the use of this abuse tactic, which she attributes to being “the result of a societal framework where we pretend everyone is equal while trying simultaneously to preserve inequality”. The difference between direct

---

<sup>77</sup> “10 things I’ve learned about gaslighting as an abuse tactic” (27/07/2015) [Visto en: <https://medium.com/@sheaemmafett/10-things-i-wish-i-d-known-about-gaslighting-22234cb5e407>]

manipulation and *gaslighting* is that the first is normally centred on a direct or indirect threat, which has the aim of influencing the other person's behaviour. Threats are also used in *gaslighting*, but their aim is to not only change the way another person acts, but also what that person is. In Haizea's narrative, her abuser tries to convince her that she is an unstable person and that she is the abuser. In Marta's case, her abuser is constantly manipulating her in order to control, sexually repress, and mould her according to his needs. The abused are made responsible and blamed for the situation in both cases.

We arranged to meet up during the local festivities, but he didn't show up and didn't call me either. I started to worry. I called him, but his mobile was switched off. Two days later, when I finally managed to get in touch with him, turned out he had gone out partying and got up to his eyeballs on amphetamines and coke. And of course, the following day, he'd been sleeping off the comedown. I told him he could have at least sent me a message letting me know that he couldn't meet up, to which he replied that I was clingy and chasing him too much. *At the same time, however, he would always accuse me of being really cold towards him and of playing with his feelings. In this fictional version of events, he was the one in love and I the one who neglected him.* (...) (Haizea, 2015)

...a male friend had burned some music onto CDs for me – one of our common interests that had brought us together the most - and I was really excited to listen to them. He totally flipped with jealousy, and even told me that for him that was worse than if I'd slept with the guy. He made me feel so guilty, *and I actually ended up believing that I was the shady one seeking out relationships on the side.* At the same time, however, he'd say that I had a right not to share everything with him... (...) Much later on, I met this lesbian, transfeminist, post-porn type chick during a Feminist Symposium...this chick completely rocked my boat, and I had a total crush on her. I finally saw a way of reconnecting with a lesbian desire that I'd always felt. She and I soon started to mess about together, and I told Carlos. At first he seemed to love the idea; he was after all, politically speaking, against the heteronormative... He said that he supported me, that he was happy that I'd connected with these feelings, and that he'd of course be working on his feelings towards other men. In reality, however, nothing had changed: the fact I had feelings for another person pissed him off and caused loads of arguments between us. (...) *Carlos continued with this ambiguous rhetoric in which I was the one causing these insecurities in him.* On the one hand he'd tell me that we should openly talk to each other about what we were feeling, and on the other he'd say that his sexual and emotional needs were being met, that his life revolved around me and that he didn't want anything with anyone else: "My feelings are completely focused on you, and I don't want anything with anyone else; my sexual and emotional needs are covered, but you seem totally hungry for more..." it was always the same old same old. (Marta, 2017)

The disruption caused in the women activists' perception of reality is a good starting point for furthering other types of mechanisms and processes, such as their social isolation.

#### **f. Isolation.**

In order to consolidate a particular relationship of power or “dependency” in romantic relationships, the object of one’s desire must become both the principal, if not sole source and recipient of our affection. This hegemony of love together with the ranking of affections gives rise to at least two fundamental and interrelated issues. It firstly leads to social isolation and the consequent disappearance of potential support networks and contrasting perspectives.

Isolation can come about through a wide range of processes that in most cases are far from the abuser making an explicit ban. Estela’s narrative describes how her partner chooses the people she can interact with, which turn out to be precisely those who do not put his hegemony at risk.

I’ve always been a very sociable person. I had and still have a huge network of friends. He chose from among them those that had his seal of approval: a homosexual, male friend who lived in another city, and my parents. From the outside, my isolation wasn’t very obvious because it coincided with my turning thirty; an age at which most people move in with their partner and you end up distancing yourself a bit from friends anyway. He’d also be really charming every time we bumped into someone I knew. No one noticed I was unhappy, so the alarm bells didn’t ring for anyone. Nevertheless, during that period of my life I ended up abandoning many friendships (...) On top of the threat of abandonment and a toxic relationship of dependency, isolation had made keeping him happy and gaining his approval the sole focus of my life.” (Estela, 2015)

In Miren’s case, her abuser, a well-known and respected activist, has previously manipulated her immediate environment. Faced with the impossibility of identifying abuse and mistreatment in their relationship, the people around them see Miren as being to blame for the problems she faces. Consequently, Miren loses all trust in her milieu and in those around her, and decides to stop seeing people altogether.

They held me responsible for not putting a stop to the situation. In the end, I was left friendless. I didn’t meet up with people because I felt like they weren’t really my friends. When I went home to my parent’s house at the



weekend, I'd explode and offload everything I was going through. So, my relationship with them turned sour, too. I ended up completely isolated. (...) He was the one creating this situation...but he was also the one who'd console me. There'd be this "happy homecoming", and it's not like I had anyone else, really, so I'd confide in him and trust that he'd change. (Miren, 2015)

In Sofia's case, the immense amount of energy it took to meet her partner's needs would leave her too exhausted and without the motivation or self-esteem required to interact with anyone else.

I knew a lot of people, and would always stop and greet lots of folk, too. And I think that was actually one of the things about me that attracted him. However, back then, I was going through a difficult time, and having issues with both my colleagues and my group of friends. There were still some people I could count on, but I hardly ever saw them, and when I spoke with them I'd say that everything was fine in my relationship (...) I no longer felt like being around people or socialising. I think I attempted to fight back, to bring back the Sofia from before, but I ended up blurry and false, and all I could see in the mirror were the problems that being me entailed. (Sofia, 2015)

Secondly, and as a consequence of this first issue, *the dominating person's position of power versus that of the dominated person is reinforced*. The dominant person's words, judgements, assessments and needs acquire greater significance, and even establish themselves in the dominated person's conscience to such an extent as to make the dominated person the "controller of their own distress" (Esteban and Távora, 2008; 65). Dominated women thereby end up repressing themselves.

One day, I was trying to cheer him up when he suddenly said that my energy was suffocating him and that he couldn't stand it anymore. There were other, subtle things that would slowly chip away and leave me feeling weaker and smaller each day, but I can't really remember them. I remember those words clearly, however. I'll never forget the feeling of something shattering inside me when he said it. And it left this stain behind such that I no longer felt entitled to express cheerfulness or be in a good mood unless I could see he was feeling the same. (Sofia, 2015)

Hegel (cit. in Butler, 1998) renders an account of this phenomenon, what he calls the "unhappy consciousness", through which we find two metaphorical figures: the master and the slave. Butler uses this same description when talking about the problem of subjection, in other words, of how the subject is formed in

subordination: “The master, who at first appears to be "external" to the slave, reemerges as the slave's own conscience” (Butler, 1998: 13).

Isolating the women on whom one inflicts abuse is a way of exerting greater control and power over them, such that isolation operates as a mechanism and also a consequence of the aforementioned exercise in control. Without their close friends and allies around them, women’s external points of reference are significantly reduced in number, which simultaneously increases their vulnerability whilst also reducing the possibilities of alarm bells ringing among those around them.

**g. Language: insults, words and silences.**

Language, through words (both spoken and unspoken), gestures, and silences also, are very much present in the women activists’ narratives, where these are also used as throwing weapons with which to harm, humiliate and subdue.

Irene’s politically correct abuser has a history of activism in anti-authoritarian groups, but in the past few years has worked as a university professor: “He knows about all kinds of things, he’s a talented orator and gets invited to give lectures all the time at conferences, and he’s got this amazing capacity for accurately summarising the state of the world in three minutes ... and frankly all of that fascinated me”, explains Irene (2015). He continues to collaborate frequently with social movements, including the feminist movement, to this day, and he is a role model for many left-wing collectives.

This “fascination” with these *superactivists*, or with what they represent, is another constant feature in the women activists’ narratives, especially at the beginning of their relationships. “The professor” insults and demeans Irene from his doubly privileged position.

At the beginning, when we’d get it on, or when there were other people around, he didn’t mistreat me. When we were alone, however, he’d verbally assault and belittle me: “you’re a complete ignoramus, you don’t have a clue ...” things like that. (Irene, 2015)

Threats and insults are basic forms of domination that, in the cases of Miren, Haizea and Carmen’s Narratives seek to discredit the women whenever they do not

satisfy or comply with their partner's wishes. The use of verbal violence is a clear example of how various forms of direct violence are used when the use of power *over* them is put into question - in other words, whenever the women activists attempt to resist the control and power the abusers wish to exert over them. Just as Germaine Greer (1970) warns us, in these cases the most offensive group of words applied to the female population are those which bear the weight of neurotic male disgust for illicit or casual sex.

I lived in a flat with other female activist friends and he'd often stay over. They would often overhear our massive arguments, involving insults, pushing and shoving, and even threats that went from "I'm going to leave you" all the way to "I'm going to kill you". Among other things he'd say that he was going to tell everyone about the things I'd do in bed, because I was a total *slut*... all kinds of crap. In the end my flatmates were quite angry with me, because our arguments were completely preventing them from living in peace. (Miren, 2015)

Our relationship still fluctuated from one extreme to another. Things would all of a sudden be *really good* between us, and then suddenly *really bad*: if I didn't feel like fucking it was because I was frigid, and if I did feel like fucking it was because I was a *slut*. Later, he'd say that the whole "slut" thing was just a "joke" (...) They were really intense emails that clearly showed his suffering. He'd send a typical email between activists, which was usually just saying "I need this, this and that..." and I'd reply in the same kinds of terms. His next reply would say something along the lines of how could I be such a bitch and so cold. (Haizea, 2017)

The whole thing exploded because he got so angry he couldn't hold it in anymore. He called me a "stupid *slut*" right in front of other people and at my workplace. So I once again made a complaint about what had happened, but this time I made sure that everyone involved in the collective and its assemblies knew about it. (Maren, 2015)

One day, I felt like going out but he had to stay in to look after the boy, so he told me I couldn't go out. We got into an argument, and I told him I was going out. I put on a tight red dress and some boots... he called me a *slut*... (Carmen, 2017)

Nevertheless, it is not only insults, such as the derogatory use of the word *slut* in the extracts we have just read, that can be used as a form of language to hurt and attack. "Mean", "demanding" or "fat" are words that, out of context, can be considered as forms of minor aggression. However, the women activists' particular biography gives these words a greater symbolic weight, and their origin is closely related to the social and cultural roles, values and stereotypes attributed to

women. Women should “be nice” in return for the very affection that has had such an impact on the development of their subjectivity as a person. The failure to carry out this role can put into question her very sense of self, causing distress, frustration and feelings of failure... Carmen, Haizea, Estela and Maren’s narratives demonstrate the abusers’ conscious use of these words to explicitly try and destabilise, humiliate and punish them. Thus, the apparently inoffensive use of these words can hide a perverse undertone.

There was a certain level of toxicity from the outset. The first demeaning comment I can remember took place during the first few weeks of our relationship. It was an occasion when I wanted to spend time with him, but he preferred to go and see a friend of his. He told me I was too *demanding*. When he said that my first thought was: but why demanding? We’re at the start of a relationship and it’s normal that we want to spend time together, and if he’d said: “look Carmen, no, this is important to me”, then I’d have completely understood. So why on earth was he calling me “demanding”? (Carmen, 2017)

He’d tell me I was *fat*, and that given I was so fat at this age, what was I going to do when I reached 40. I was even skinnier then than I am now, so you get the picture... (Haizea, 2017)

I’ve always been a well-built woman (...) I lost so much weight that I stopped getting periods. But it was never enough: he’d make comments about my chubby cheeks that were thinly veiled with affection, or would point out that I was getting a bit of a belly. He knew perfectly well that this was a sore-spot for me, but every time we argued and he intentionally wanted to humiliate me, he’d release all his rage on me with a resounding: “You’re a fat cow!” (Estela, 2015)

...we had this conversation on the phone during which he reproached me for so many things I’d done that were really all because I simply didn’t want the same things as he did. He said I was a bad person; that I was mean, and he shouted this at me and repeated it again and again with real bile. He also said I was someone who could really hurt him. When he said that last thing I just thought it was strange, but later, I understood: he was scared that I might tell everyone how horrible he could be and therefore ruin his activist image. And him calling me mean was no accident. He knew that calling me mean had a symbolic significance for me that really hurt me. And he used and said all the things that he knew would really hurt me, to the stage where I started feeling nauseous and gagging. I had to hang up the phone and literally vomit. (Maren, 2015)

The malicious use of these words invokes the idea of *femininity*, understood as a social construction of the gender role and identity. The use of *mean* and *demanding* as ways of address are negative and reprehensible characteristics for women to

have, according to heteropatriarchal logic. Nora Levinton Dolman explains that “the relevance of content that doesn’t gain any recognition points in the public sphere and which is internalised by women, (...) Infringing or distancing themselves from it causes [*can cause*] them tension and psychological suffering, because part of this “being nice” constitutes a benchmark attached to femininity” (2000:178-179). In the case of the adjective *fat*, the heteropatriarchy establishes certain parameters according to which women should exist in order to be perceived and gazed upon - in other words, to be dependent on external approval. The role of the body in this way remains subordinate to the masculine point of view (Bourdieu, 2000), and can lead us to “a state of permanent bodily insecurity, and simultaneously, of symbolic alienation” (Dio Bleichmar, 2000; 195, cited in Esteban and Távora, 2008). Here, the assertion that women’s bodies are a *battle ground* finds part of its meaning; after all, it is the place that abusers chose to shoot their words. The *Ma Colère* Collective argues that this reaction:

“is mainly a way of making trivialised violence against women visible in so-called western society. A way of interpreting the conflictive and almost punitive relationship women increasingly have – and at an ever-younger age – with their bodies, in a sociocultural context day by day emphasises just one singular discourse on “femininity”, beauty and happiness... and which constitutes genuine economic and cultural propaganda that oppresses us more and more each day” (2005:39).

It is a case of mechanisms that interact with direct violence or more basic manifestations of the same (through disqualification), with symbolic violence (through the acceptance of the feminine body’s subordination to the masculine point of view), and with structural violence (through the heteropatriarchy’s aforementioned interpretation of the epithet ‘fat’ as debasing).

Lastly, when confronted with an imaginary of violence presented by arguments and yelling as exponents of an abusive relationship, the women activists point out the use of *silences* as a way of inflicting pain, unease and anxiety on women. This attitude is largely a response to the fact that some abusers do not consider their behaviour as needing any explanation or justification. To revisit Bourdieu.

“the strength of the masculine is seen in the fact that it dispenses with justification: the androcentric vision imposes itself as neutral and has no need to spell itself out in discourses aimed at legitimating it. The social

order functions as an immense symbolic machine tending to ratify the masculine domination on which it is founded.” (2000:9).

Furthermore, male abusers assume it is their female partners who are guilty of the situation, as they are the ones who are not fulfilling their role, or who are “out of line”. They therefore feel justified in their actions and in consciously or subconsciously defending the “status quo”.

Imagine what it’s like to be having dinner with someone, and having him not reply to a single word you say for a whole hour... well, every time he got angry, that’s what he’d do. And he knew perfectly well that he was hurting me by doing that, because I’d show the distress it was causing me. So basically, I went back alone and crying on the plane, thinking once more about how on earth someone who had been my role model could behave like that towards me. (...) It’s really about someone who whenever they are angry and subject you to silence, or who refuse to answer you, they know they’re hurting you and that this situation is causing you distress, because you don’t know why they’re angry. And silence has absolutely devastated me in this relationship. (Irene, 2015)

The arguments were really brutal with Álvaro as much as with him, and I’d end up crying for days and having really bad panic attacks. He was generally the one who’d start the argument and also the one who’d decide when it was over. He’d take the “lid” off one of our recurring conflicts, and would put it back on when he’d decided that he didn’t want to talk any further about it, even if I still had things I needed to say. This caused me so much anxiety, and he preferred to just leave or go and sleep on the sofa whenever faced with that anxiety, rather than taking any steps to try and solve the problem, leaving me with words still in my mouth. (Marta, 2017)

He’d sometimes get annoyed with me about the stupidest things, and he’d honestly become so offended. I remember how once he was so taken aback and pissed off by the fact I hadn’t prepared anything with “protein” for dinner. On those kinds of occasions, it wasn’t like he yelled at me or anything, he would just punish me by sinking into a state of total apathy and completely shutting me out. I’d try to talk to him, ask him why and what was wrong, but he’d refuse to answer me. (...) In a way, I think he loved the drama. Later, among the reproaches he made just before leaving me was that I shouted at him all the time. But the truth is we never actually argued! And I found that really strange because I’m quite an argumentative person. (Sofía, 2015)

Truth is we hardly ever fought or argued. I hardly even contradicted him and I learnt to avoid conflict to really quite a pathological and harmful level. When we were about to go through a difficult patch, I’d intuitively know that something was wrong and even though I didn’t know what was up with him, I’d assume it was my fault. He’d hardly say a word to me, but he’d make it very clear: one way he’d do this was with his facial expression.

Whenever I saw that facial expression, I knew that the day had gone to shit, that there was nothing I could do, that it was impossible for it not to affect me, and of course, that it was all my fault. (Estela, 2015)

Faced with this situation, Estela and Sofía assume they are to blame without a second thought. Confronted with a barrier to replying in any way to their partners, they exhaustively self-analyse their own behaviour to try and discover their mistake. Once again, the introduction of the unhappy consciousness (Butler, 1997) and of symbolic violence (Bourdieu, 2000) exemplified in the following fictional dialogue between the women activists and Judith Butler (1997).

**Dialogue 2: *The introduction of the unhappy consciousness***

**ESTELA:** Over time I understood that it was pointless, but at the start I'd ask him what was wrong, why he was being like that and what I had done. He'd answer, "no reason" or "nothing" or even worse: "you'll know". This last response made it very clear that he wasn't fine and that it was my fault he wasn't fine. I'd then start to "self-analyse" my behaviour to try and find whatever might have offended him...

**SOFÍA:** He didn't say it out loud, but he blamed me for the fact that our relationship was shit. And I blamed myself, too. I felt like I'd disappointed him, and like I was a disappointing person.

**J. BUTLER:** The unhappiness of the consciousness that emerges is its own self-beratement, the effect of the transmutation of the master into a psychic reality. (1997: 3)

Lastly, it is worth pointing out that the refusal to reply or to justify one's actions can also lead their partners who require an incentive in order to position themselves and to establish the parameters of the relationship into a dangerous impasse. Carmen's ex-partner and father of her son refuses to explain his behaviour, thereby conditioning and hindering Carmen's attempts to solve the problem, while she still holds on to a glimmer of hope for reconciliation and things changing.

He wouldn't tell me why he'd done it, whether he'd do it again, or whether he wanted to continue (together). If he'd said no, there wouldn't have been any problem; I'd have simply got on with things. (Carmen, 2017)

Silence is used by the abusers as a tool to punish, and they don't hesitate to use other tools such as boycotting, blackmail or harassment to leave their positions of power and control over the abused women very clear.

#### **h. Boycotting, blackmail and harassment.**

Violence serves as an instrument of domination and has a dual role in whichever form it takes: that of firstly legitimising and reproducing power relationships that maintain the heteropatriarchal system of domination, including the sexual binary and the socially attributed roles/values of each sex. Secondly, it has the role of sanctioning and punishing whoever decides to defy it.

Marta, Estela and Maren give an account of the ways in which their partners try to *boycott* their projects and aspirations. Abusers use this control mechanism when they feel (their *power over*) threatened, when their objective is to further the disempowerment of the women activists, and/or in order to punish them.

I'd begun to work at the organisation he was involved in, however, I felt that my place was really wherever I could genuinely carry out my profession. I didn't feel fulfilled. I started to hang out with other professionals who I admired in my field, and a female friend encouraged me to set up my own project. I was really excited by the idea and I soon got the ball rolling. Strangely enough, Carlos tried to discourage me. He made out that my profession wasn't that important, that it was all about ego, and tried to convince me that I was making an impact through the work I was doing in the small organisation he was involved in. (...) Truth is, I think he felt uncomfortable about the fact I was *on a high*, reading and meeting lots of people who I found amazing. (...) The same guy that would tell me I was a "diamond in the rough", would be the one who wouldn't support me when I told him about a project with so much potential and which would involve an empowering experience for me. (Marta, 2017)

You realise your relationship is a fucking disaster when at a really important moment for you, your partner not only falls short, but also tries to boycott you. My associate and I had a key event in our career the day before I left the house, and I was nervous and excited. He calls me on the phone and starts having a massive go at me just hours before the public presentation. The moment of the presentation arrived, and there he was, sitting next to my parents in the audience as if nothing had happened. (Estela, 2015)

Some time later, he emailed me saying that he was going to cancel the annual membership fee of €600 paid by the association he was part of, but that he'd continue to be involved. He "thanked" me for this. I contacted the



association to inquire about the reason for this, and they told me that he, this utter piece of work, had quit his role in the association, so, although they hadn't really intended to, they'd assumed that they would no longer be members, either. (Maren, 2015)

*Blackmail*, in second place, is used by Marta and Maren's abusers with the aim of punishing them for not agreeing to their every desire: in Marta's case as punishment for not being able to have sexual relations with him. Maren's abuser, with whom she has decided to end her relationship, tries to take revenge by boycotting something she knows he has high regard for: her work.

The same thing happened then as it did with Álvaro: when I realised that my sexuality posed a threat to him, I no longer felt like fucking. I would feel pain again during penetration, and his rhetoric once more turned against me: he would emotionally blackmail me. According to him, I was always messing about with others, but I simply didn't want to fuck him. I'd tense up whenever he touched me... the reason being that whole thing of being afraid that he might force you because he wants to fuck and you don't... (Marta, 2017)

One day he totally flipped out over the phone while I was in the organisation's office. I'd called him to talk about a project we were both responsible for and had to manage together. Out of the blue, he starts calling me all kinds of horrible things: you're a piece of shit, evil bitch, go fuck yourself... and told me that we couldn't carry on being involved in this project, but he said it like a threat, like blackmail, not because he didn't want to be involved any more. I hung up on him whilst he continued to shout insults at me down the phone. And then I suddenly thought that we really had to take the project forward, so I called him back. He ended up insulting me all over again. (Maren, 2015)

Through Miren's narrative we observe one of the forms of blackmail specific to this type of spatiality, and which has also been identified in other research into the same subject (Martínez Portugal, 2015; Salvage, 2016). It involved the use of feminism as a throwing weapon:

We started going out and to begin with things were really good between us. But after a short period of time, I started to notice things that I didn't like much. He'd nit-pick over the clothes I was wearing, saying that I dressed "like a slut", or like a "hot girl", which for him meant the same thing. And he'd blackmail me: according to him, if I was really a feminist I shouldn't dress like that. He'd say that about my removing body hair, too: "how can you say you're a feminist if you wax your legs?" (Miren, 2015)

The Salvage Collective calls this mechanism: *weaponising feminisms*. In the collective's own words, this is a "key theme in the experiences of the survivors we spoke to involved an abuser using a survivor's feminism and/or gender to further harm them. For some this was experienced as a painful decimation of their identity. Living with violence whilst identifying as a feminist was difficult for survivors to negotiate." (2015:23).

A third way of exerting control and resisting the loss of power over another person is *harassment*. Having decided to end her relationship, Marta is subjected to numerous situations of this kind by her ex-partner. These events take place over a period of years, causing her anxiety and insecurity. However, because it is a case of intense situations spread out over a long period of time, it becomes much more difficult for Marta to identify them as harassment. One form of arsenal that Marta's abuser uses against her is the information he obtains or hides from Marta and which he uses to try and maintain control over her.

One of his strategies for finding an excuse to contact me was to mix the professional and/or activist, with the personal. They were emails that would drive anyone crazy: he'd start off by talking about a possible job opportunity for me, and then continue by telling me all about where he was at, about how he missed me, sending me a picture of his daughter, and saying really messed up things like how sometimes he'd talk to his daughter about me and that his current partner knew all about us and what had happened. (...) Another one of his strategies to continue monitoring me consisted in donating the maximum amount possible to a micro-sponsorship programme I'd started, and using this as an excuse to write to me. I hesitated on whether or not to accept his money, and asked the people I most trusted in my life about what I should do. They all told me I should accept it as payment for all the awful things he'd put me through, apart from one person who warned me that "he would eventually charge me for it". And so it was. Not long after he wrote to me asking if we could meet up. (...) The umpteenth time he wrote to me, I was in the most intense and beautiful stage of a relationship. On that occasion, his excuse for writing to me was that he'd had a dream in which I had died. He said he'd felt it like a premonition, and wanted to know if I was okay. My reply was blunt: I said that I was absolutely great, on cloud nine with a wonderful girlfriend, and told him to leave me alone. I said all this politely, of course. Nevertheless, he wrote to me once again, and this time, I gave him a piece of my mind. His response was then more aggressive, but not that of a textbook abuser, he still had to maintain an illusion of politeness. His email was perfectly organised into bullet points: 1, 2, 3, 4, 5... I don't know, it was a bit psycho-like... He responded to the contradictions I'd pointed out using a pretty perverse psychological game in which he brought up all the things that he

knew would hurt me and trying to make me doubt myself. He said he'd never known such an egomaniac as me, and told me to shove my project up my arse. He also said I was a horrible person... you could really hear the hatred in his words. He assured me not to worry, that if he saw me in the street that he'd turn right around in the other direction. That email really hurt me, and I mulled over it for some time, but I interpreted it as the "dying breath".

Nevertheless, two weeks later he turned up at one of the talks I'd been invited to give, sitting in the second row of the audience. (...) He was clearly there to get at me. (Marta, 2017)

Boycotting, blackmail and harassment, in a different way, are forms of punishment that become more evident when the abuser sees his control over the other person in danger. But they are not the only forms of punishment, nor of trying to prove to their victims who is in charge. Humiliation and contempt, as we will see below, serve to remind that their actions do not need justification.

#### **i. Humiliation and scorn.**

Irene, Estela and Carmen's abusers demonstrate their lack of respect for them through humiliation and scorn. Their abusers, without any explanation, simply disappear or get rid of the women activists leaving them in compromising situations.

We had arranged to meet up in a city that was neither his or mine, for what was to be our first date. He told me he'd only booked a room for one, so I'd have to leave the hotel at six in the morning. I went home on the bus in utter disbelief, thinking: how on earth did I let him treat me like that? It wouldn't be the last time he'd do something like this to me. (...) I'd find the meetings quite enjoyable and I soon became quite interested in the topic. However, the moment it occurred to me to ask him a question about it, he looked at me and answered as if I had said something extremely offensive...as if I were a complete idiot. He did this in front of other people. (Irene, 2015)

On one occasion when he travelled back to attend one of the residential courses, he called me from Madrid to let me know that he was going to arrive for dinner at my house. I excitedly got ready, bought a nice wine and made a delicious meal. Hours went by and he didn't appear. I called one of his colleagues who had travelled with him to see if they'd arrived and, somewhat surprised, he said they had arrived quite a while ago. I took a deep breath and called him, but his phone was switched off. It was a Saturday night and I didn't hear a thing from him until the following

Wednesday. I felt terrible during those days. It was then when I first asked myself what on earth I was doing with a man who had such little respect for me. (Estela, 2015)

When I was four or five months pregnant, he disappeared for a whole weekend without a word. (Carmen, 2017)

As noted above, Bourdieu (2000) argues that the male force is nourished by the fact of not needing justification. While reiterating her own position of power, remind women of what their position *should be* within the relationship.

#### **j. Jealousy and self-repression.**

Jealousy is another expression of control and power over women that men attribute to themselves through heteropatriarchal ideology. It additionally forms part of the romantic love myth, which acts as one of its legitimising narratives by establishing feelings of jealousy as “proof of love” within romantic relationships. Nevertheless, as summarised by the feminist activist Irantzu Varela<sup>78</sup>, “loving someone does not mean having control over their freedom (...) to suspect, mistrust, and try to interfere in the affections of a person you love, isn’t love, it’s violence” (Irantzu Varela, 2014).

They were odd situations. He organised this artistic event in which I also took part. Afterwards, we went out to celebrate and have some drinks, and some guy asked me to salsa-dance with him so I accepted. When the song finished, we laughed and I went back to my partner and the group of people we were with. I realised he was miffed at me, but I didn’t understand what the problem was; after all, I dance with whoever I want. The same guy I had been dancing with asked me for a dance again. When I accepted, my ex-partner got up, punched the guy who then fell to the floor, causing a massive ruckus. I later understood that he’d acted as if I was his property, and that he’d seen this guy asking me to dance as a lack of respect towards him... his whole reaction was a typical alpha-male moment. (Carmen, 2017)

As a result of the need to reaffirm masculine identity and a sense of belonging, jealousy gives rise to Estela and Marta’s self-repression: they question themselves

---

<sup>78</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=BeEp8BcTBME>

and modify their behaviour in order to avoid conflict. Estela highlights how her abuser uses jealousy to humiliate her also.

Back then, I was in a situation where he was the only man in the world for me. But he'd act jealous of all the men and women on this planet. According to him, I wanted to fuck the whole of the Basque Country, and had done so, apparently. If someone I knew had just stopped in the street to talk to us, even if the person could still overhear us, he'd say: "you want to have sex with that guy, he wants to fuck you and you've just given him the green light". In this way, he'd give me even more reasons to self-repress: given that my speaking to certain people made him jealous and suspicious, his jealousy would cause him to have a bad day, and his bad days made me feel like shit... I preferred not to give him cause for it. He, on the other hand, cheated on me loads of times during the last stages of our relationship. At the beginning, he'd spin some story or excuse, we'd have sex, and end of story. But later he began to shove his affairs in my face to try and make me jealous. (Estela, 2014)

Carlos got really jealous and had a massive go at me. I once more made him see how incongruous this was: how was it possible to spout the rhetoric he had on this subject whilst controlling and monitoring my life at the same time? On that occasion, the guilt I felt stopped me from trying to convince him that this was all paranoia on his part, as the truth was that that guy and I had kissed. But according to our agreement, wasn't that acceptable? The whole dynamic was turning into something really schizophrenic and messy that was causing me more and more anxiety. He did admit to that schizophrenia between his rhetoric and his emotions: once again, he didn't explicitly tell me he was against it, but he'd constantly flip out about it and have a go at me. (Marta, 2017)

In Miren's narrative, the jealous episodes and attacks happen repeatedly, but always outside of activist spaces and within what both the abuser and the people around him tend to consider a couple's private life; a case of it being "our business", as Miren recounts.

If he saw some good-looking guy turn up at the university he'd get nervous and jealous, especially if the new guy got involved in our scene. Though he'd always have an excuse up his sleeve for everything, of course. He wouldn't act like that at parties, but during demonstrations or when we'd go out drinking, he certainly didn't hold back. (...) ... if I was talking to some other guy, he'd come and stand between us and start squaring up to the guy. He'd shout all kinds of things at me and I'd often end up crying. People would see these assaults, because it was really quite obvious, but no one said or did anything. It was *our business*, so no one got involved. (Miren, 2015)

The public/private dichotomy operates not only in the mentality of the abuser but also that of the women activists involved in these scenes, demonstrating the effectiveness of symbolic strength through the bodies' "observed willingness", and creating a filter through which to justify violent actions that, were they to occur anywhere else, would be deplored.

#### **k. Physical assault.**

Physical assaults (beatings) are not the most frequent mechanism in the women activists' narratives, but instead they acquire a residual presence. Throughout her account, Estela tells how she reaches the conclusion that physical assault is by no means one of the most significant characteristics of an abusive relationship:

By complete coincidence, I'd been to a talk that morning by Miguel Lorente who said something that really hit a chord: there aren't really different types of abusers; just abusers who are good at it (in other words, who don't need to beat women up), and amateurs who do. (...) He didn't need to beat me because I always obeyed him... (Estela, 2015)

The heteropatriarchal discourse on violence establishes a clear hierarchy among different expressions of violence. According to this discourse, sexist violence is expressed through extreme mechanisms, such as physical assault. This ranking of sexist violence downplays and/or makes other expressions of violence, that initially do not involve the body, invisible: expressions such as the violation of someone's wishes, or the threat of violence, among others. The persistence of this myth stands out within Estela's narrative when she tells how the people who hear her story ask "has he hit you" in order to qualify her experience as that of an abusive relationship:

When I tell people around me this story, and these are people who are generally quite aware about this issue, I don't go into much detail: first and foremost because I'm embarrassed, and secondly because people feel quite uncomfortable. I tend to tell the more "general" story because I can't help people understand without at least going into some details, so people then nearly always ask: "but...did he hit you?". And frankly sometimes I feel like saying 'yes', because people would then understand that it wasn't a case of my having quite a strong character and that I didn't get on well at all with my ex and that's why I call him "*the unmentionable*", but that I went and spent six shitty years with an absolute bastard who really hurt me and pushed me to extremes I intend never, ever to revisit, and from some of which I've had to work really hard to come back from. And he didn't even

need to beat me, because I always obeyed him. However, he did something much worse than punching me in the face, because if he had hit me, I think I probably would have left him, or, if someone had seen me with a black eye, they probably would have made me react. (Estela, 2015)

The ways in which direct violence is acted out can be extremely varied and include a *symbolic*<sup>79</sup> dimension. Within the analysis of the narratives, the women activists describe how their abusers use direct violence against objects around them, in such a way that – as in Estela’s case – it manages to intimidate them. For Carmen, it becomes a trigger for her to name the abusive relationship as one of sexist violence.

When it finished, we decided to go and celebrate it with some friends. He made some comments about one of the single guys and me that made us feel uncomfortable. He kept insisting that I wanted to fuck the guy. At some point, he said “we’re leaving”. It wasn’t very late and I wanted to stay, so after arguing for a bit he left and I stayed. When I got home, he came out with “So, did you fuck him already??”, I replied that of course I hadn’t, and I tried to establish a calmer conversation with him. But he turned around and wouldn’t answer me. At three in the morning he suddenly woke up and shouted “Admit that you fucked him!!”. At that moment, I reacted and confronted him, even though he was much larger than me and did boxing. He then got up and knelt on the bed and put his fist in my face... I felt like I was hallucinating. “Are you going to hit me?” I asked him... that night I slept with the pepper spray he’d given me under my pillow. (Estela, 2015)

Whenever he got really angry, he’d have these violent episodes against objects to the point of even hurting himself, sometimes. He had a lot of pent-up frustration and aggression that he wouldn’t directly take out on me, because I think he knew that if he did, it would have been the end of our relationship. (...) He threw a book at me that didn’t hit me, but it could have easily done so. That was when I said to myself: what’s going on here? And I identified it as sexist violence. (Carmen, 2017)

Last of all, Irene and Carmen describe two of their partners’ assaults during their relationships that nevertheless do not manage to make them altogether aware at the time of the type of relationship they are being subjected to.

Once he got so annoyed about my making a wrong turn while I was driving that he ended up really angry. We got out of the car, and while we were walking he grabbed me by the ear, half joking, half serious, but with this

---

<sup>79</sup> With this we are not referring to Bourdieu’s concept of symbolic violence, but rather the very depiction of direct violence.

completely arrogant attitude...I think I was so taken aback that I couldn't even react. (Irene, 2015)

I remember an occasion when he grabbed me really hard by the arm while we were arguing, and I was pregnant at the time. It left me with bruises, and seeing them suddenly made the alarm bells ring. All those adverts of abused women with bruises that tell you to "call *such and such* number..." came to mind. Nevertheless, I couldn't altogether get to the stage of interpreting these experiences as gender-based violence; I'd interpret them from a more "personal" perspective, not from a feminist point of view. (Carmen, 2017)

## 1. Sexual violence

The violence I shall analyse next, and which the women activists are subjected to, is perpetrated and perpetuated thanks to a construct of sexuality based on men's experiences and definitions. This construct comprises a series of myths aimed at legitimising the use of coercion or force, among other things, and ultimately, control over women's sexuality. Estela and Marta talk about the sexual abuse inflicted on them by their partners during their relationship.

On one occasion, I had to go away over a fortnight for work reasons. I had to catch two planes, and because of a delay with the first flight, I missed my second flight. The airline gave us the option of staying in a hotel overnight or to go home and catch the same flight the next morning. I was very much in love at the time and I decided to go home and spend the night with my partner. During that journey back, I started to get really bad period pain and felt really awful. When I got home that night he wanted to have sex. We weren't going to see each other over the next two weeks and having sex before I left somehow felt obligatory to me. I couldn't quite stand vaginal penetration because of my period pains, so we had anal sex instead. It wasn't strictly something that happened against my wishes, but frankly, I really didn't feel like it. It's really embarrassing to talk about this, and not at all because I'm embarrassed about having anal sex, but because of how I felt on that occasion, of how he made me feel. (Estela, 2015)

I couldn't fathom how a man who was all for equality, who knows so much about sexuality, was so insistent on having painful sexual relations with me. Everyone knows that anal sex doesn't have to be painful. However, when we'd have anal sex, it was with zero lubrication and zero foreplay, and when I'd let him know that he was hurting me, he'd ask me to bear the pain a bit longer. (Marta, 2017)

As Bourdieu (2000) points out, the sexual act, in so far as it is conceived, is a form of domination, which has little or nothing to do with pleasure.



On the other hand, two *myths* that contribute to bringing together the heteropatriarchal discourse on sexuality appear in the women activists' narratives. Firstly, the "*slut*" *myth*: we have noted some of the implications of this word as verbal aggression in a previous section; however, the aim of this section is to bring the consequences of this myth in the women activist's self-awareness to light. Marta reflects on how this construct affects her sexuality.

During my adolescence, I had many "boyfriends" with whom things never lasted long, and I internalised a certain *slut-phobia*, or better said, I had to deal with the myth that there are two types of women: those that exist to be lovers and those that exist to be wives. These kinds of things made me feel uncomfortable about my wanting to express and develop my sexuality. (...) During the four years of our relationship there was this same pattern: we'd go out partying, he'd get drunk, and he'd have a go at me reminding me how "slutty" I'd been. This all made me feel really guilty about my sexuality. (...) The more Álvaro would go through these jealous episodes, the more he'd create these huge dramas and the more he'd make me feel bad about my sexuality. My response was to clam up. I no longer felt any desire or attraction towards him, and penetration started to become impossible. At the time, he'd refused to go see a therapist or to do anything about the problem that might involve self-reflection or reflecting on his actions, so I felt like I was the only one trying to work on the issue. On the other hand, if he was the one censoring my sexuality and making me feel bad, it meant that he was repressing me. (Marta, 2017)

Her genitals close up (they don't allow penetration as this causes her pain) and her sexual desire disappears. Marta decides to seek help through therapy to try and solve the problem; however, there is no reciprocity from her partner, given that, as Millet points out, "the large quantity of guilt attached to sexuality in patriarchy is over whelmigly placed upon the female, who is culturally speaking, held to be the culpable or the more culpable party in nearly any sexual liaison, whatever the extenuating circumstances" (1969:54). Other basic forms of domination or control over sexuality appear in the same extract; such as the jealousy and "punishment" that Alvaro (her first boyfriend) subjects her to when he reminds her that she has transgressed "the order of things" (Bourdieu, 2000).

Secondly, we find the myth of *women's passivity*. This myth is fundamental to the reification of women as sexual objects, which is an issue that influences the type of sexual relations that Carmen and Estela have, respectively, among others.

During sex, I didn't feel like it was a case of give and take, it felt more like a case of him masturbating with my body. I once told him if that's how it was going to be then I might as well just masturbate instead. (Carmen, 2017)

It was a very passionate relationship from the start and the sex we had was amazing, to the point that I even thought we might be the only people in the world who fucked like that. But he never stroked me. He'd feel me up but it was never a caress. (Estela, 2015)

With regards to the *forms of control over the sexuality* of the women activists, these are varied and combine diverse mechanisms of manipulation, recrimination and blackmail.

A person who doesn't fit the social imaginary of the abuser-type, and who differs at a discursive level, at least, from the prototype of the hegemonic masculine paradigm carries out the control over Marta's sexuality and sex life. This matter, together with other issues such as the fascination he inspires in her, makes it difficult for Marta to become fully aware of the system of control and surveillance she is being subjected to, in which there is no reciprocity either – something she realises once the relationship has ended:

I agreed to meet up with him, and he confessed to having slept with another woman while we were together and that he was very soon going to be a father. Turns out that, while he was telling me that all his "needs" were being met and that he felt threatened by the mere thought of me sleeping with someone else – which I never did - he was attending conferences and fucking folk there. Because if he had had sex with this other woman, how was I to know he hadn't been having it with many others, too? (Marta, 2017)

Marta's abuser, a role model amongst men who believe in equality and therefore a man who is knowledgeable about violence-related discourse, encourages them both to have a certain amount of autonomy within the relationship. An autonomy that he would use to have sexual relations with other people, while he constantly boycotts and represses Marta not to do the same thing. On the one hand, his double standards tout the wonders of free love and the need to develop individually at a sexual level. However, the truth is that he blackmails her in order to have control over her sexual and emotional life, and punishes her every time she tries to make use of her supposed freedom.

Really, what happened is that he monitored my whole sexuality. During the three years we were together, I didn't have sex with anyone else because it wasn't an option: seeing as our agreement was to tell each other everything, every time I felt attracted to someone and I mentioned it, he'd get jealous. He'd then admit this contradiction of his, and would insist that he needed to work on it. (...) On one occasion, I left my email open in the computer at his house, and he went into my chats. According to him, when he called to confess this to me he was simply trying to reassure himself because he'd suspected that I was chatting with her online and wanted to believe that he was just being paranoid. However, he'd discovered that it wasn't the case. I felt quite violated: I hadn't done anything that went against our agreement, and he'd read very intimate conversations without my permission. Why then did "Mr open relationships" reproach me for this? His excuse was – a classic that features in my arguments with guys to this day – that he'd had a few beers. I managed to convince him to meet me immediately. I remember, between the gaps in my memory, the look he gave me. That was the only time I thought he might actually physically attack me, or hurt me in a very cruel way. (Marta, 2017)

Haizea's abuser uses the fact she is a promiscuous and sexually open woman to insult her, both during and after their romantic/sexual relationship, as they continue to come across each other in various activist spaces. He continues to consider Haizea his property, and becomes angry when she denies him sexual contact.

Whenever he saw me talking to someone he'd say I was "chatting them up" and how could I do this to him, that I didn't care about his feelings and that I was being disrespectful towards him. If I replied that I was just talking with them, he'd tell me not to say that, that he'd seen how I was "batting my eyelashes" at the guy... If I arranged to meet up with him, he'd try to coax me into saying whether or not I was seeing other guys, and would ask to hug me... to which I replied no, that we'd already decided that we weren't going to have that kind of relationship. Once, we'd arranged to meet up and I arrived late because I'd spent the night with another guy. I was knackered as I'd hardly slept, and he kept insisting on touching me. When I told him to stop because I was tired, he asked me why. "I bet you've been with another guy!" And I'd keep quiet, because I didn't want to lie to him either... "Do you really want me to answer that?" He got so angry... "Right, so you fuck other guys but I can't even touch you!" (Haizea, 2017)

### **m. Violence in connection to the myth of romantic love.**

In the last lines of this section I'd like to analyse how and to what extent the "romantic love" myth has influenced the women activists' abusive relationships,

bearing in mind that these women start from a position of criticism of this concept and that the majority of the relationships break some of the basic premises of this myth. Before we begin this analysis, however, I feel that it is necessary to include a subparagraph in relation to the arguments and analysis I will attempt to carry out. Explanations around the workings of force or symbolic violence and their pre-conditions in relation to the women's processes of subjectivity can give us a homogeneous view of the category *woman*, and unintentionally transmit an excessively simplistic view of these processes of subjectivity. As we pointed out in our theoretical framework, the idea of a multiple and contradictory subject (Mouffe, 2001) in which a variety of discourses, together with their overriding issues and displacement, co-exist, fits more easily into our scenario than the idea which claims a supposed unity and homogeneity in their combined positions. A variety of fluctuating thought patterns intervene, therefore, in the processes of subjectivity, and these thought patterns carry out an uneven influence in the formation of *women's* identity and subjectivity, giving rise to numerous possible journeys. I will try to explain the workings of these "dispositions" and also the strategies that imply a break from the established requirements, without losing sight of the issue: the complexity and relativity of these processes.

In a great summary of its inner workings, Estela exemplifies symbolic violence's ability to act on the bodies of *women*, and that among its manifestations we find the way we understand and experience love in our lives, the way we love and the way we are loved:

It all seemed like a soap opera from the very start: we were both in committed relationships, but had felt this amazing chemistry between us. We felt like what we had was unique and special, like we were chosen ones. (...) We never stopped to ask ourselves whether or not the type of relationship we had was in line with our politics. We thought more along the lines of being two very lucky people who were experiencing something that most people dreamt about experiencing their whole lives. What we felt was unique and all the suffering was worth it. (Estela, 2015)

Various female authors emphasise how the threat of violence can make women feel vulnerable. Based on the account of love that we have just presented, we could argue that the threat of the absence of love may cause [some] women to feel

vulnerable<sup>80</sup>. The women activists talk about a relationship of *unhealthy dependency*, which, as I've argued in other work (Martinez Portugal, 2015), is nothing other than one of the consequences of the romantic love myth, understood as the ideological reverse side of emotional dependency.

And I think I really believed that I could change that guy. So, I'd give him another chance, believing that he loved me and that I loved him back. But really, I think I only loved him at the beginning... later on it was emotional dependency. (Miren, 2015)

I was going through a difficult time, and having issues with both my colleagues and my group of friends. There were still some people I could count on, but I hardly ever saw them, and when I spoke with them I'd say that everything was fine in my relationship. It was something along the lines of: "Everything's shit at work, I've practically no social life, but at least my relationship is good". I thought that I was the one who really needed to go and see a therapist. So, just like the snake eating its own tail, the need I felt to lean on him became bigger, which created an *unhealthy dependency* in our relationship. (Sofia, 2015)

In the same way as the threat of rape constitutes a mechanism of control on all women, the threat of no longer being loved can thereby act as an element of coercion that seeks to maintain women in the role assigned to them by the heteropatriarchy.

*Emotional exploitation and exploitation of care, or projected expectations* are other manifestations of violence we have identified as being associated to the romantic love myth.

One of the particularities of this ideology on love is that it presents the conjugal, monogamous and heterosexual relationship as its ultimate and hegemonic aim. Other forms of affection (maternal, familial) should branch off this romantic union to establish a hierarchy among these and others that may arise and occupy a

---

<sup>80</sup> Here we are referring to the effects of transhistorical myths such as that of the "spinster", or the search for one's "other half" as a precept to finding happiness in life. Two clarifications are immediately required. The first has to do with women's processes of subjectivity and the construction of femininity. Here, in order to avoid reproducing a simplistic and homogenising view, we have inserted the word 'some' to allude to the multiple possible paths in women's construction of their identity. The second clarification is that, when we talk about love, we are referring to the *socio-cultural construct of romantic love* (Lagarde, Esteban and Távora) or to *alienated love* (Jónasdóttir, 1993).

secondary place around the couple. This construct does not contemplate the same roles for men as it does for women, of course, but rather it reproduces, perpetuates and gives rise to masculine domination through the essentialisation of values and roles it establishes for women within the romantic relationship: mainly, that of being objects of desire (but not *desiring beings*), as well as being those who sustain and guarantee the care of men (Esteban and Távora, 2008). As described by Marcela Lagarde (9/12/2013)<sup>81</sup>, in the case of women, it is mainly about wanting to be loved. Moreover, women shall only be deserving of this love once they have satisfactorily fulfilled these roles.

Isolation, together with the threat of abandonment and a toxic relationship of dependency had turned making that person happy and gaining his approval into practically the sole focus of my entire existence. One day, as soon as I woke up, he said: “You don’t make me happy”. It destroyed me. That was his way of punishing me. (Estela, 2015)

Anna Jónasdóttir (1993) points out that the myth of romantic love can reap great benefits for men, given that they can configure themselves as powerful social beings and continue to dominate women through the constant accumulation of existential forces taken from them. If capital is the accumulation of alienated labour, then masculine authority is the accumulation of alienated love. Maren and Estela’s abusers demand that the women activists take care of their needs.

I can’t remember many details, but certain things shocked me: one is the fact he told me I was like a nurse who had come to treat his wounds (...) I think the nurse thing was when he stayed for dinner one day and I served him a plate of food from which he only ate the things he could chew, as the drugs had completely fucked his teeth up. After watching him separate with disgust the bits of food he couldn’t eat, he looked at me demanding more food (there wasn’t any more). (Maren, 2015)

He’d say I was a child and he’d reproach me for having made him leave a comfortable and peaceful life with his previous partner. He would list all the criteria of what makes a perfect woman, and how I was far from meeting those criteria. For instance, he’d criticise me for not being a good homemaker. And I’ve never been a homemaker, nor do I want to be. (Estela, 2015)

---

<sup>81</sup> [Seen 13/5/2015:<https://www.youtube.com/watch?v=1jTO1XlduTU>]

Germaine Greer (1971) uses the example of the American novel *Groupie*, which describes the romance between Grant and Katie, to make the following criticism: “Even a book as flat and documentary as *Groupie* embodies the essential romantic stereotype in Grant, the masterful lover who supplants all Katie’s other fucks. He tells Katie when she may call, how long she may stay, commands her to make the bed and perform all his other requirements without demur and she loves it. She persuades herself that this is love-in-disguise” (1971:247). Returning to our analysis, we should ask ourselves the question of what happens when women cannot or do not want to satisfactorily meet the aforementioned needs.

As Esteban and Távora point out, “affiliation to a system of power over their affections will lead women to establish a type of intimate relationships that then becomes the main source for building their identities” (2008: 64). Love therefore becomes an intrinsic part of a woman’s process of individualisation and subordination, in such a way that “women’s interests would not revolve around their own personal emotions and interests, but around the discovery of men’s needs instead, believing that it will guarantee the love of a man in so far as they attend to his needs” (*Ibidem*, 64). An example of this is the scenario illustrated by Sofía in which she takes responsibility for the emotional state of her partner and ends up blaming herself for not being able to “sustain and guarantee” his care, as a counterpoint to her own stability and happiness that she bases on the reciprocity of affections. The impossibility of fulfilling her role is a source of frustration and suffering to her.

I would try to nurse and console him, cheer him up, but I’d never manage to do it right or enough to make him feel comforted. At night, he’d sometimes twist and turn in pain, and often bury his face in my arm, wincing from the pain... but he’d never cry. It got to the stage where I’d be permanently waiting for the phone to ring to hear how his day was going or how he was feeling... confronting the fact he was on a downer and that I didn’t know what to do to make it all better, tore me apart. I felt I wasn’t good enough on many levels. (Sofía, 2015)

The women activists are punished for not adequately fulfilling the role of comforter-carers. This punishment is perceived *externally* (through the negative *inputs* they receive from their partners and/or the people around them), and *internally* (given the dispositions deposited on their bodies and derived from the process of their *subordination*). This mechanism of double punishment operates

within a manifestation that is closely related to the one we have just explained, only that, on this occasion, it operates in full view of “public life”. This is the mechanism of *projected expectations*.

Sofía and Estela’s abusers delegate the responsibility of organising their leisure time onto them, and thereby the ultimate responsibility of satisfying them. When the women do not achieve this, their abusers project their disappointment upon them.

I couldn’t understand why we had to constantly revise all of our “thrilling” plans. It made me start each day feeling anxious over thinking up some wonderful plan, and I’d end up feeling shit because I could never think of something that would fulfil his expectations. He would feel disappointed, and then everything would go to shit... I didn’t realise back then that I could never completely satisfy him. (Sofía, 2015)

Estela describes a very similar scene.

I got to the stage of hating the weekends. I like to lie in until midday, read the paper, and then make the day up as I go along... We would get up at nine in the morning, have breakfast and then he’d ask me “So, what shall we do today?” I would have to think of something that would satisfy him, which of course would have nothing to do with what I felt like doing. He was expecting me to somehow guess what he felt like doing, and, of course, I never found the right answer. So of course, after failing that test, the weekend would start off badly. (Estela, 2014)

What both Estela and Sofía’s situations have in common is the punishment they are given for being unable to fulfil the expectations put on them by their partners and the role assigned to them as satisfiers of other people’s needs and desires.

Here finishes the part dedicated to the ways in which violence is perpetrated. In the next lines, I will explain how women cope, resist, survive, and politicize their experiences.



## 6.4 RESISTIR Y POLITIZAR LA VIOLENCIA

La literatura feminista ha señalado la necesidad de romper con los mitos entorno a la pasividad de las mujeres en las relaciones de maltrato, ampliando el foco de nuestras investigaciones a las formas en las que éstas hacen frente, resisten, y sobreviven a la violencia (Kelly, 1988; Stanko, 1991). En las narrativas de las activistas no solo se encuentran este tipo de actos, sino que sus itinerarios comprenden un cuarto elemento a significar. Se trata del proceso a través del cual (re)definen su relación de abuso como parte y consecuencia de un sistema de relaciones de poder generizadas en el que las mujeres forman parte del colectivo oprimido. Esta relectura e incorporación de su vivencia en términos políticos se diferenciaría de otros mecanismos de supervivencia<sup>82</sup> por promover el desarrollo de su subjetividad feminista. Una cuestión que se aprecia muy especialmente a través de la(s) actividad(es) que emprenden (*doing*) una vez toman conciencia de las desigualdades que han atravesado su relación.

Las siguientes líneas buscan identificar y poner en valor, no solo las estrategias de las activistas para enfrentar la violencia durante y después de su relación, sino la capacidad de todas ellas para construir, desde sus propios significados, discursos y herramientas políticas destinadas a cambiar su realidad y la de las mujeres que les rodean.

### a. Hacer frente

En las narrativas aparecen un significativo número de episodios en los que se *hace frente* a la violencia a través de diferentes mecanismos de contención. Éstos aparecen imbuidos en la dinámica de maltrato de tal modo, que resulta difícil determinar dónde termina el abuso y dónde empieza la estrategia para evadir una mayor escalada de violencia (Kelly, 1988). Pueden ser, por tanto, pasados por alto o percibidos como una forma más de sumisión. Sin embargo, su objetivo final deja claro que no se trata de *aceptación* por parte de las mujeres, sino más bien de *rechazo* frente a la situación por la que atraviesan, funcionando como un particular mecanismo de “autocuidado”. Marta, Estela, Maren y Lur modifican su comportamiento con el objetivo de eludir las discusiones y protegerse del daño emocional y psicológico que suponen para ellas.

---

<sup>82</sup> Siempre según la definición de Kelly (1988)

Tanto con Álvaro como con él las discusiones eran muy bestias, y yo acababa llorando durante noches, y teniendo fuertes ataques de ansiedad. Era por lo general él quién iniciaba la discusión, y quién decidía cuando ésta terminaba. Abría la “caja” de algún conflicto, y la cerraba cuando decidía que no quería hablar más, cuando a lo mejor, yo necesitaba seguir expresándome. Esto me generaba mucha ansiedad, y ante ésta, él optaba por marcharse dejándome con la palabra en la boca, o yendo a dormir al sofá, sin dar ningún paso más por solucionar el problema. *Ya en perspectiva, pienso que el no querer pasar de nuevo por aquel estado fue un gran condicionante a la hora de evadir el conflicto con Carlos.* Lo que entonces pasaba por “normal” ahora veo claramente que no lo era: no es normal llamar a una amiga por teléfono pidiéndole ayuda, porque llevas una hora con dificultades para respirar, creyendo que te vas a volver loca, porque ya no sabes distinguir entre lo que está bien y lo que está mal, cuando hago las cosas de forma correcta o no... (Marta, 2017)

Prácticamente no le rebatía, y *aprendí a eludir el conflicto* hasta límites patológicos y muy dañinos. (Estela, 2014)

Creaba situaciones de tensión, entraba sin saludar, se iba dando portazos, y *yo rebajaba mi tomo para no darle motivos a que estallara*, le hablaba con voz dulce y conciliadora. (Maren, 2015)

Dejé de militar en el colectivo durante mi último año de carrera. Por un lado, porque quería terminar mis estudios. Y, por otro porque a veces me lo encontraba allí. Y yo pasaba de verle. (Miren, 2015)

...cuando estaba de mal humor, independientemente del motivo, lo pagaba conmigo: me montaba unas broncas tremendas cuando necesitaba descargar la tensión que otras relaciones le causaban: cualquier cosa era motivo de excusa. *Cuando le decía que no le permitía que me hablara así (1)*, él no lo respetaba y su lenguaje corporal continuaba siendo agresivo, gritándome constantemente. Como sabía que en cualquier momento podía haber una agresión, me mantenía en un estado de alerta constante. Entonces *empecé a detectar cuándo estaba de mal humor para poder evitarle (2)*. (Lur, 2018)

Los actos de *resistencia (1)* o destinados a *hacer frente (2)* a la violencia, aparecen a menudo entrelazados y conforman las estrategias *ad hoc* que las mujeres van desplegando para protegerse y enfrentar las situaciones de maltrato.

## **b. Resistir**

Cuando las mujeres reaccionan poniendo por delante su subjetividad frente a las pretensiones de socavarla de sus parejas, exparejas o compañeros, lo hacen estando inmersas en una lucha de poder para significar que determina la correlación de

fuerzas en juego. Frente a los intentos de someterlas, manipularlas o ningunearlas, las activistas se revelan y reaccionan a través de advertencias explícitas, o actos de desobediencia de diversa intensidad.

Cuando empecé a darme cuenta de que yo esa mierda no la quería, todo fue peor, porque se sintió amenazado. *Comencé por “desobedecerle” en cosas nimias: no estaba siempre super preparada y ni depilada, no me metía con él en la cama cuándo a él le parecía que había que irse a dormir, no cogía el teléfono siempre e independientemente de dónde estuviera... es decir, tonterías. Pero él lo pilló enseguida. Se le empezó a acabar la paciencia y sus mecanismos de control y agresión se volvieron menos sutiles, del mismo modo, sus desquites más obvios. Pero cuanto más obvio era, más convencida estaba yo de que no era eso lo que quería en mi vida. (Estela, 2014)*

Estas escenas me generaban mala conciencia y rechazo. Mala conciencia porque veía en la situación que estaba, y que a mí no me salía quererle ni ayudarle como él quería, satisfacer sus deseos. *Y rechazo porque yo no quería ser ni su enfermera ni su cuidadora, y él no tenía por qué exigirme nada (Maren, 2015)*

Un día que él no estaba en la oficina atendí a una de esas personas –un hombre- que creía que yo era la secretaria de Jon. Cuando logré convencerle de lo contrario, me explicó que necesitaba que le redactara un documento para cierta gestión. Así lo hice. Un tiempo después, y antes de expirar el plazo de presentación del documento, volvió a la oficina, y pidió a Jon que le revisara el escrito. Yo estaba delante. Jon accedió y tras leerlo, cambió una palabra y se lo entregó. Aquel hombre quedó entonces satisfecho. Sin embargo, *que mi compañero diese por buena la desconfianza de aquella persona hacia mi trabajo sin mayor escrúpulo no estaba bien, y así se lo hice saber a ambos. (Isabel, 2017)*

Oponer resistencia requiere además de cierta sensación de fuerza, la suficiente como para asumir el riesgo que el incidente en cuestión pudiera desencadenar (Kelly y Radford, 1996). Dicha fuerza se ve reflejada no dejándose afectar por las palabras de sus agresores, o cuando cortar comunicación con ellos se asume como una posible alternativa que mejore sus vidas.

Entonces me llamó y me dijo que se mudaba a mi casa al día siguiente. En un alarde de fortaleza que no me explico de dónde saqué, dado que para entonces yo ya había perdido bastante amor por mí misma, *le dije que las cosas no se hacían así: no se sacaban las cosas de casa de una mujer para llevarlas al día siguiente a casa de otra. Entonces se fue a vivir a otra casa que tenía. (Estela, 2014)*

*Yo le contestaba diciéndole que no me insultara, y él me volvía a contestar diciendo que quién le insultaba era yo, que me estaba follando a toda la ciudad, y que con él no quería follar. Le respondía que si pretendía insultarme aludiendo a mi sexualidad se equivocaba de persona y de siglo. Ataques de una persona del movimiento libertario que no me esperaba ni de coña. No me lo podía creer. Finalmente dejé de contestar sus correos. (Haizea, 2017)*

Llegó un momento en el que “el amor ya no lo podía todo”. Cuando discutíamos me terminaba enfadando mucho, y muchas veces lo que le planteaba era: *“Mira, pues si tú no quieres estar en esta relación, no estés”*. (Carmen, 2017)

*Empecé a dejar de poner interés en quedar con él. No lo buscaba, y sólo nos veíamos si él venía a mi ciudad y se daba la posibilidad. Y si me fui dando cuenta, poco a poco. En los periodos que pasábamos separados me daba tiempo para reflexionar acerca de sus actitudes. (Irene, 2015)*

Durante este proceso, las activistas llevan a cabo, consciente o inconscientemente, actos de protección dirigidos a contrarestar el impacto que la experiencia de abuso aún tiene sobre ellas. Relativizar o banalizar lo sucedido, intentar reírse de algunas situaciones pasadas, pensar en una posible forma de devolver el agravio o, sencillamente, distraerse para evitar que el dolor por lo vivido les reste energía son algunas de estas estrategias.

La historia con Carlos la he contado mil veces, sobre todo durante una época concreta. Es que da mucho juego, ¡parece un culebrón! de alguna forma, contarla una y otra vez y banalizar lo sucedido, se convirtió en una estrategia para que me dejase de desbordar y bloquear. (Marta, 2017)

A lo largo del marco teórico he señalado algunas de las lógicas de poder que operan en el proceso de construcción de significados. En concreto, he intentado explicar el proceso a través del cual el sistema heteropatriarcal ha logrado crear un imaginario social sobre la violencia sexista. En relación a dicho imaginario, la labor de la resistencia feminista ha sido cuestionar los marcos legados y construir sus propios significados desde la experiencia de las mujeres y lo ha hecho a través de la reflexión colectiva y la puesta en común de vivencias particulares (como en el caso de los *grupos de autoconciencia*). Cuando las mujeres que han sufrido situaciones de abuso comienzan a cuestionar las definiciones institucionalizadas y deciden elegir partir de su propia experiencia para significar, reproducen este ejercicio de

forma “individual”, aunque inscritas en un discurso colectivo. Nombrar, por tanto, se convierte en un acto de resistencia, en un acto político. Más aún cuando se trata de poner palabras a algo que “no existe<sup>83</sup>”.

Llegué a la conclusión de que una forma de violencia había sido obligarme a ser transparente, mientras él tenía otra vida por ahí. Me había pasado tres años lidiando con la culpa por sentir deseo por otras personas, frustrando todas aquellas posibles relaciones y negándome aquello que me hubieran podido aportar, auto censurando y castrando mi deseo... pensando que mi relación con él era más importante que todo lo demás. (Marta, 2017)

El proceso a través del cual las mujeres toman conciencia del trasfondo de la situación por la que atraviesan y los factores específicos que operan, dependen de las circunstancias concretas de cada una. Sin embargo, podemos reunir algunos de los elementos que mantienen en común, y aproximarnos a lo que Dorothy Smith denomina como *click phenomenon* o “punto de inflexión”, un punto en el que el conflicto entre los significados adscritos al imaginario social y la verdad de las mujeres se vuelve tan intenso, que alcanzan finalmente a desafiar lo que antes daban por sentado, y comienzan a desarrollar una nueva forma de ver y entender sus experiencias (cit. en Kelly, 1988). En este proceso existen elementos que actúan de catalizadores, entre los que se encuentran *la existencia de “iguales” con capacidad refractaria*.

La existencia de referentes externos que nos devuelvan cierta imagen refractaria (iguales o *peers* en inglés) interviene a la hora de tomar conciencia sobre la dimensión real de su relación. Las “iguales” pueden ser mujeres cercanas, madres, amigas, teóricas e incluso desconocidas que actúan, en un momento dado, de espejo. En un trabajo previo (Martínez Portugal, 2015) a este fenómeno lo denominaba “la mirada de las otras”.

En otra ocasión en el Casco Viejo, me agarró del hombro. *Recuerdo como una chica nos miraba... y cómo yo no me sentí agredida en el momento, sino hasta que vi aquella mirada*. Aquel fue uno de los momentos claves en los

---

<sup>83</sup> En referencia no solo a la negación del sexismo y la violencia dentro de las comunidades activistas, sino a aquellas formas de ejercer violencia que no son contempladas dentro de los imaginarios sociales. Recordemos las palabras de Celia Amorós a las que ya hemos hecho referencia en este trabajo: “conceptualizar es politizar”.

que dices: algo no va bien. (...) Y si me fui dando cuenta, poco a poco. En los periodos que pasábamos separados me daba tiempo para reflexionar acerca de sus actitudes. Claro, *yo tenía hecho un trabajo previo, por haber vivido e intentado entender a mi ama [madre], que también ha sufrido violencia, y por el entorno feminista en el que me había movido.* Finalmente, después de pensar en todo aquello me dije, “Hasta aquí. Déjalo ya, esto te está desgastando demasiado (...) Lo que primero tuve que hacer es un trabajo personal. *Había trabajado con mujeres que han sufrido violencia en otros países y he tenido que escuchar y leer muchas cosas. Tengo mucha documentación y empecé a empaparme, solo que, en vez de pensar en ellas, empecé a pensar en mí.* Y empecé a identificar en aquellos relatos muchas de las cosas que me estaban pasando a mí. ¿Cómo me podía gustar tanto esta persona? (Irene, 2015)

*Cuando finalmente lo vi como algo más estructural, como un caso de violencia machista, fue cuando me vi reflejada en otra mujer.* Tenía una amiga que había tenido una experiencia muy dura con su expareja, una relación de abuso con altos niveles de violencia verbal. Me contó que una noche había llegado a dormir con un cuchillo en la cama, porque tenía miedo por su integridad física. A mi mirada contestó: “no quiero que me tengas pena”. Le dije entonces: “No siento pena, es que te entiendo”. *Y ahí pasó algo... Porque ya no eran cosas que me sucedían solo a mí, sino que me reconocía en parte de aquello que ella me estaba contando.* (Carmen, 2017)

“Y para mí, un espejo en el que mirarme: Ainhoa. Qué cebada te has pegado con ella Jon. Visto desde fuera muy fácil de identificar, me has violentado en un aspecto muy amplio, tenía tal magnitud el tema x, que te has expuesto demasiado sin darte cuenta. Pero para mí, *más allá de removerme en lo más profundo lo que has hecho con nuestra compañera, ha supuesto la confirmación de mis sospechas, y de identificar sin duda, lo que me estabas haciendo*” (Isabel, 2017: *Extracto de su intervención en la asamblea*)

*Resistir*, socializar (crear significados sociales) y politizar (conceptualizar la violencia como sexista) forman parte de un mismo proceso. Se trata, una vez más, de un percurso no lineal, cuyo fin último y deseable es la supervivencia física y emocional de las mujeres.

### **c. Sobrevivir y politizar la violencia**

Una vez nombrada su experiencia de abuso en términos de injusticia social y política, las mujeres emprenden diferentes itinerarios. Todas las activistas que han participado en la investigación han sobrevivido física y emocionalmente a la violencia, buscando caminos y fórmulas para transformar su vivencia en un aprendizaje individual y colectivo, a pesar del dolor, la frustración, y de las

dificultades personales por las que han tenido que transitar. En este trabajo, me centraré en las particularidades de su *supervivencia* emocional, entendiendo por ésta última la capacidad de las mujeres para reconstruir sus vidas de forma que su experiencia no tenga un constante impacto negativo (Kelly, 1988). Parte de este proceso es la toma de conciencia respecto al origen social de su angustia y opresión, punto de partida para la acción política que emprenden las activistas, y cuyas características iremos desgranando a lo largo de las siguientes líneas.

El tiempo que las mujeres precisan para entrever las secuelas positivas de haber pasado por una relación de abuso es relativo. Algunas comienzan a intuir casi al instante el alivio que conlleva liberarse de la opresión a la que estaban siendo sometidas, mientras que reflexiones más hondas requieren tomar cierta perspectiva.

A la mañana siguiente cuando me desperté sola en mi cama de 1,60... me sentí extrañamente bien. Me sentí, inexplicablemente más yo. Creo que tardé un mes en dejar de echarle de menos, y varios años en dejar de sentir rabia. Rabia por la mierda que había dejado que me echara encima, y rabia por cómo dejé que lo hiciera. (...) A día de hoy disfruto de una relación preciosa, pero en la que se pasean de vez en cuando mis fantasmas del pasado. Sin embargo, la sensación es completamente diferente. Tengo muy claro lo que no quiero en mis relaciones. Ya no siento que alguien me chupa energía, sino que creamos energía juntas. (Sofía, 2015)

Aún tengo ciertas “secuelas”. Ya casi no me siento culpable, pero a día de hoy tengo una intolerancia muy grande a que me griten, y más a que me grite un hombre. Tampoco me gusta que me llamen con diminutivos, chiquitina, nena, princesa... resulta ridículo además llamarme a mi “pequeñita” cuándo soy una mujer grande. Ya no me medico, no tengo problemas de estómago, ni asma. (Estela, 2014)

Esta experiencia me sirve para tener una idea más aterrizada de qué implicaciones tienen las relaciones de pareja, de qué situaciones de violencia machista pueden reproducirse al interior de la misma y qué necesito realmente, para no querer meterme en relaciones tormentosas, ni querer salvar a nadie, y saber qué es lo que quiero como persona libre que soy. (Carmen, 2017)

Cuando dejé mi relación con Carlos comencé un proceso de empoderamiento a través de mi sexualidad, finalmente desde mis propios deseos. A partir de esta historia, me ha sido más fácil identificar en las relaciones patrones de conducta que no me hacen bien, y hacerlo antes. (Marta, 2017)

Esta experiencia me ha hecho reflexionar entorno a la violencia. Sobre cuándo la he ejercido yo, cuándo he dejado de ejercerla, en porqué no he buscado apoyos...Cómo lo sucedido remite a mi biografía familiar. (Lur, 2018)

Del mismo modo, sus emociones (la culpabilidad, la vergüenza, el miedo, la rabia...) van cambiando en relación a la reconstrucción de su vivencia.

Me da vergüenza reconocerlo, pero al principio me daba miedo encontrarme lo por la calle, y en más de una ocasión me he escondido. Mi pareja me decía “¿De qué tienes miedo?, es un cobarde ¿no lo ves?, no ha dado la cara nunca, va de víctima”. Ahora sí. Ahora le veo como lo que es, un cobarde, un misógino, una miseria de persona. Y también reconozco que en más de una ocasión he fraguado en mi mente planes para pincharle las ruedas de la bici ¡cabrón!” (Maren, 2015)

Tal y como se observa en el subapartado dedicado a los actos de resistencia, el trabajo conjunto con otras mujeres, sus experiencias o la interpelación, tienen una especial influencia en el proceso de toma de conciencia de las activistas. Esta “mirada” continúa presente a la hora de politizar lo vivido. *Politizar* su relación de abuso significa alcanzar una comprensión más profunda de los mecanismos de opresión que condicionan su *ser mujer* y hacer una relectura de su vivencia desde una perspectiva política feminista<sup>84</sup>. Este ejercicio de reflexividad deviene en un proceso de empoderamiento ligado al fortalecimiento de su subjetividad feminista. Un ejemplo es la reflexión de Carmen en torno a lo que ella denomina como conciencia, y que yo reinterpreto como *subjetividad*, por responder a un proceso mucho más complejo que implica la incorporación de emociones, identidad, y acción (Hercus, 2005).

Creo que los niveles de conciencia en torno al feminismo... son como capas de una cebolla: puedes ir pelando las primeras capas, en mi caso aplicar la perspectiva de género en los proyectos en los que trabajábamos; pero luego verte como mujer que formas parte de esa estructura patriarcal y violenta, es otra capa, y yo entonces mi conciencia feminista no estaba tan consolidada, desarrollada o practicada junto con otras mujeres feministas. (Carmen, 2017)

---

<sup>84</sup> Tal y como adelantábamos en el marco teórico, se trata de enfatizar los aprendizajes y cambios en la toma de conciencia respecto a las relaciones de poder que dan forma a su subjetividad, entendiendo éste como “el proceso por el cual las mujeres redefinen y extienden lo que es posible para ellas (desear, ser y hacer) en una situación donde tenían restricciones, en comparación con los hombres para ser y hacer lo que deseaban” (Sarah Mosedal, cit. en Norma Vázquez, 2009).



La posición estratégica que confiere a estas mujeres su conciencia feminista facilita *el acceso a un discurso político colectivo (feminista)* con el que encontrar las palabras adecuadas para dotar de significado sociopolítico a su experiencia.

Fue una compañera de piso la que un día ató cabos y definió aquello como una *agresión sexista*. Igual todas lo sabíamos, pero a veces pasa que necesitas verlo escrito para darte cuenta ¿no? Pues ella hizo eso. (Miren, 2015)

Fue una amiga la que me abrió los ojos y me hizo reinterpretar una situación de angustia, culpabilidad, y miedo, en términos de *discriminación por mi condición de mujer*. O, mejor dicho, por no querer comportarme como se supone que las mujeres se deben comportar: no era sumisa, no me cortaba al hablar, y evidenciaba las carencias del trabajo de mis compañeros, tal y como ellos hacían con el mío si era necesario. (Sofía, 2015)

Te olvidas de lo que tú quieres, de lo que te gusta, y entonces te olvidas de cuidarte. Es lo que dice Marcela Lagarde (cuándo lo leí se me cayó el corazón al suelo) “Cuándo no sabes lo que deseas te conviertes en territorio de deseos ajenos”. Y lo primero que hacen estos señores, que cuanto más listos son más listas les gustan sus víctimas, es hacerte olvidar lo que deseas, quién eres. (Estela, 2015)

En ese sentido, me he identificado mucho con la frase de Marcela Lagarde que dice que si no sabes lo que deseas te conviertes en territorio de deseos ajenos: yo no sabía muy bien cuál era mi deseo, en este caso, las prácticas sexuales que me podían gustar. (Marta, 2017)

El que no me hablara, por ejemplo, yo no lo identificaba como violencia. Como es una cuestión que me ha atravesado mucho, empecé a leer a Marie-France Hirigoyen, cuando habla de los silencios. (Irene, 2015)

Sin embargo, tener acceso a un lenguaje o conocimiento específico en torno al funcionamiento de las relaciones de género no garantiza poder identificar la relación en términos de desigualdad y violencia sexista. Son necesarios otros estímulos, como son el apoyo, la comprensión y la empatía de las personas que les rodean, o el tiempo para reflexionar sobre la experiencia vivida. Es el caso de Carmen y Estela, por ejemplo. Ambas han dedicado parte de su actividad profesional y militante a trabajar con mujeres y las relaciones de género.

La teoría me la sé... pero cuestión distinta es cuando esas categorías de análisis y teóricas comienzas a vivirlas en tu propia historia de vida, en tu propio cuerpo y en tus propias emociones (...) En ese momento, todo aquello que yo podía conocer del feminismo, no me pudo ayudar... y no fue lo determinante. (Carmen, 2017).

...pasaron unos meses más antes de que, acompañada, fuera a recoger mis cosas. Aquel día le vi más fuera de sí que nunca, pero me gustó el hecho de que yo ya no le tenía miedo. Sin embargo, para las personas que me acompañaban y que le conocían, aquello fue un shock. Acabó empujando a una de ellas y lanzando un puñetazo (que afortunadamente paró) a otra, que era la primera vez que veía. A mí me lanzó a la cara el dinero que me debía y por supuesto me gritó ¡Gorda! Mi amiga, que tiene cierta experiencia en esto, bajaba las escaleras repitiendo “Este tío es un maltratador, este tío es un maltratador...”. Fue la primera vez que gente de mi entorno presenciaba cómo yo había vivido con un maltratador. También fue la primera vez que yo tomé conciencia real de ello (Estela, 2014).

Más adelante, Carmen y Estela explican cómo es la *experiencia encarnada* lo que les permite incorporar el discurso y llegar a una comprensión más profunda de las implicaciones, mecanismos y emociones que conllevan dichas significaciones colectivas.

Es decir, al estar viviendo la situación de violencia machista, en tu propia historia de vida, desde la soledad y sin el acompañamiento de otras mujeres, amigas, que puedan apoyarte y acompañarte a romper el círculo de violencia, las categorías teóricas se quedan en teoría... (...) Frustra un poco, porque lo has podido leer, lo has categorizado, incluso lo has puesto en un proyecto y lo has visto en otras mujeres que sufren malos tratos, y luego de repente te ves tú, que tampoco eres consciente. Cuando lo encarnas y lo vives, es cuando realmente pasa por ti y lo entiendes. (Carmen, 2017)

Yo nunca habría sido tan feminista, ni lo viviría desde la perspectiva que lo vivo si no me hubiera pasado esto. Lo de que “lo personal es político” no me lo necesito tatuar porque lo llevo en las entrañas. (Estela, 2015)

El refuerzo de su vinculación con la lucha feminista se refleja en la variedad de formas de acción política que emprenden las activistas: la participación en grupos feministas o de autocuidado, la formación y auto-formación en temas de género y feminismo, o el lesbianismo político, son algunas de ellas.

Durante este periodo de reflexión, nos hemos juntado un grupo de chicas. Con ellas me siento *super* a gusto, tenemos las mismas inquietudes. Me ha servido para empoderarme a nivel social. (...) La razón por la cual yo estoy en el grupo es porque me he dado cuenta de que tenía una deuda con el feminismo: por no haber sabido reconocer antes actitudes machistas, haberlas interpretado como problemas personales, o pensar que cuando se hablaba de ello era “sacar las cosas de contexto”. Creo que me estaba

engañando a mí misma... así que me he dado cuenta de que necesitaba formarme. (Haizea, 2017)

La relación que tuvimos hizo que me acercara más al feminismo, que me pusiera a reflexionar en torno a mi experiencia y los porqués (...) ...enfocarlo desde una perspectiva feminista me ha ayudado a comprender y comprenderme (Sofía, 2015)

Durante los últimos años, he estado tanto con tíos como con tías, y finalmente me he dado cuenta que me siento mucho más cómoda con las chicas. (...) El lesbianismo me ofrece mayor bienestar, tranquilidad y empoderamiento; creo que forma parte de mi proceso resiliente, y constituye además una estrategia política frente a la opresión heteropatriarcal. (Marta, 2017)

Sin embargo, no todas se reconocen en el concepto de *empoderamiento*. Lur, que recordemos ha vivido en un contexto de reapropiación de los postulados feministas, destaca la *vulnerabilidad* como pieza clave de la que partir para desenraizar el dolor y reconfigurar lo vivido:

Yo he vivido mi proceso desde la vulnerabilidad, desde la sensibilidad, desde haberme sabido dañada y de hacer el recorrido para atrás: ¿Qué me ha pasado? ¿De dónde viene este dolor? ¿Cuándo he empezado a sufrirlo? ¿Cuándo lo he identificado? ¿Qué he hecho con ello? ¿Cómo se me ha respondido? Ir hacia atrás... para ir hacia adelante: ¿Cómo quiero que sea? ¿De lo que hice qué puedo rescatar? ¿Qué otras opciones existen...? Más que un proceso de empoderamiento, yo lo llamo sanar, regenerar: el poder se ha asimilado a la fuerza, y la fuerza a la coraza, y yo hablo del poder de la vulnerabilidad: de no pasar por encima de la herida, sino de habitarla, ver qué la ha provocado, y cómo puedo ayudar a cicatrizar. En algún momento incluso he llegado a pensar “bueno, esto será para bien”. Hubiera preferido que no me hubiera pasado, claro, pero una vez ha sido así, la mejor manera de vivirlo es ésta. Es coraje, y es confianza en la vida también. (Lur, 2018)

Sentir que su experiencia puede resultar útil a otras mujeres es, tal y como advertíamos al inicio de este trabajo, uno de los alicientes para hacer pública su experiencia, y/o participar en estudios como éste. Paralelamente, las activistas buscan que en su entorno –muy especialmente dentro de su comunidad activista– se reconozca lo sucedido en términos de injusticia social y política, una necesidad que resulta fundamental para su proceso de supervivencia emocional y reparación. En la mayoría de casos analizados en los que se inician acciones específicas para tratar de gestionar la agresión dentro del colectivo –cuatro de diez– la iniciativa parte de las propias mujeres agredidas –tres de cuatro–, convirtiéndose éstas en las primeras impulsoras de su proceso de sanación y reparación.

Durante todo este proceso, he buscado apoyos dentro y fuera del colectivo. Ha habido personas que han sufrido situaciones como las que yo nombro, y que hasta ahora no han podido verbalizarlas en el colectivo, que están comenzando a hacerlo. He podido compartir lo que sucedía con ellas, y esto me ha servido para decir “Bueno, ¡No estoy sola! Además, existe un incipiente círculo de mujeres que ha comenzado a caminar, y personas que han pedido con mucha fuerza que este asunto llegue a la asamblea. Esto me ha hecho sentirme muy apoyada, resulta muy vitalizador. (Lur, 2018)

Yo quería justicia, no ya por lo que me había hecho, sino por todas las mentiras que había ido diciendo después de mí. Ahora me veo ilusa, pero sí, en aquel momento de veras creí que el colectivo era un lugar en el cual poder hacer justicia. (Maren, 2015)

El mío ha sido un proceso larguísimo, la lucha más grande que he tenido en mi vida. Me siento orgullosa de haberla llevado a cabo, y conseguir que lo que ocurrió no quedara impune. (Miren, 2015)

Esta demostración de su agencia, se sobrepone incluso al tantas veces escenario hostil que les aguarda una vez deciden compartir la relación de abuso. Profundizaremos en este punto en el siguiente capítulo.

A lo largo de estas líneas he analizado las narrativas de las mujeres activistas para identificar las características y mecanismos que subyacen al ejercicio de la violencia, así como los actos de resistencia que las mujeres despliegan para hacerle frente y sobrevivir. Para ello, me he detenido en dos de los actores fundamentales (maltratadores políticamente correctos y mujeres activistas) y en el fenómeno en sí (la violencia sexista). Las diferentes expresiones de abuso y los actores que participan en esta particular relación de poder difieren de los estereotipos y mitos entorno a la violencia sexista, demostrando una vez más su carácter estructural y sistémico, así como la necesidad de romper con los imaginarios sociales construidos en base a la lógica de pensamiento heteropatriarcal.

En el siguiente y último capítulo del apartado dedicado al análisis de datos, continuaremos el relato analítico ampliando nuestro foco a un tercer actor igualmente importante: la organización o colectivo sociopolítico y su papel a la hora de confrontar el episodio de abuso.

## **Capítulo 7: REFLEXIVIDAD EN MOVIMIENTO: RESPUESTAS, ESTRATEGIAS Y HERRAMIENTAS FRENTE A LA REPRODUCCIÓN DEL SEXISMO Y LA VIOLENCIA EN LAS COMUNIDADES ACTIVISTAS DEL PAÍS VASCO.**

A lo largo de las siguientes líneas me centraré de nuevo en la acción de los colectivos y organizaciones frente a las agresiones. La organización del capítulo en dos epígrafes diferenciados, responde a la necesidad de evidenciar, en primer lugar, el proceso de doble (o triple)<sup>85</sup> victimización de las agredidas como consecuencia de la falta de corresponsabilidad de los colectivos frente a la agresión; y, en segundo lugar, de poner en valor la reflexividad del discurso colectivo asociado a la gestión de los casos de violencia y la reproducción de las relaciones de género.

### **7.1 LA (I)RESPONSABILIDAD COLECTIVA FRENTE A LA VIOLENCIA**

En este primer epígrafe identificaré algunos de los mecanismos de evasión de responsabilidades y formas de agresión de los colectivos hacia la mujer que decide denunciar, y explicaré como la incapacidad y /o falta de corresponsabilidad de éstos a la hora de dar respuesta a las necesidades de la agredida se constituye en una nueva forma de agresión. De este modo, la mujer no solo es maltratada por su pareja, expareja o compañero, sino también por parte de las organizaciones y su entorno.

---

<sup>85</sup> En una de los espacios a los que he sido invitada para compartir el transcurso de la investigación, una de las participantes, miembro de la Plataforma Feminista Galega, advirtió de la existencia de una tercera forma de victimización. Ésta se produciría durante, y sobretodo, después del proceso, al ser afectada la identidad social de la agredida siendo identificada y prejuzgada como víctima dentro de su entorno sociopolítico.

En el colectivo vivimos juntos, y todo se intensifica: cuando algo así sucede y queda latente, se mueven los vínculos, los afectos, y esto genera dolor. El dolor pasa factura, y tras todo lo sucedido he notado como se me apagaba el brillo (...) Ha sido muy tarde cuándo me he dado cuenta de que esto va más allá de las relaciones interpersonales, que pasaba por el contexto, por el colectivo. Identifico tres elementos: quién recibe la agresión, quien la ejerce, y el contexto, el cual también debe responsabilizarse, tener voz y posicionamiento (de otra manera, está favoreciendo los espacios de desigualdad). (Lur, 2018)

La diversidad e intensidad de personalidades y relaciones afectivas que se entretujan confieren cierta particularidad a la espacialidad. Los lazos de amistad y confianza, la unión en torno a una reivindicación común o un sistema de valores asociados a cierta idea de transformación social, configuran un escenario complejo de afinidades e intereses que atraviesan la dinámica del colectivo. Su posición específica dentro de la contienda política, junto con el oscurecimiento de las relaciones generalizadas, llevan a los colectivos a cerrarse en torno a deficiencias identitarias que dificultan el reconocimiento y cuestionamiento de las incoherencias internas (Biglia, 2003, 2007). Así, la incompreensión con la que se encuentran las activistas se relaciona en primera instancia con la incapacidad del colectivo de ir más allá de los imaginarios heteropatriarcales, pero también con las resistencias a cuestionar el status quo, y/o a tener que revisar y elaborar una autocrítica en torno a los valores y comportamientos de las personas que forman parte<sup>86</sup>. En consecuencia, la denuncia de la agredida se percibe, no como una oportunidad para hacer política, sino como un cuestionamiento de los principios del grupo. Frente a la “incomodidad” que genera dicho cuestionamiento, el colectivo intenta evadirse de la responsabilidad que le corresponde.

Me di cuenta de que la gente separa lo ocurrido entre Jon y yo y Jon y el colectivo, lo sitúan en lugares diferentes. (Isabel, 2017)

Y molestaba el hecho de hacerlo público, pues tal y como se veía, era algo que “me estaba pasando a mí”. Con un contexto hostil, se hace muy difícil avanzar. (Lur, 2018)

---

<sup>86</sup> El primer año de investigación, cuando comencé a compartir mi objeto de estudio dentro de la comunidad activista a la que pertenezco, una persona referente para mí en aquel entonces me contó la reacción de uno de sus compañeros de colectivo cuándo les refirió el trabajo que yo tenía entre manos “¿Cómo, ahora también vamos a tener que hablar de eso entre nosotros?” solo pensarlo le daba, según mi interlocutor, bastante “pereza”.

La evasión de responsabilidades se expresa a través de un abanico de acciones y dejaciones que persiguen la autojustificación por el hecho de intentar mantenerse al margen y no enfrentar el conflicto. En primer lugar, *la circunscripción de lo sucedido al ámbito privado*, lo que significa interpretar los hechos como un problema personal, cuyo objetivo inmediato es la despolitización de la violencia. Partir de esta premisa, que puede estar presente durante todo el proceso de forma más o menos explícita, permite que se desplieguen otra serie de mecanismos o argumentos -de los cuales ya hemos hablado a lo largo de nuestro marco teórico- como son el “no querer saber” nada sobre lo ocurrido, poner en cuestión la versión de la agredida (minusvalorando lo sucedido, justificando o apoyando al agresor...), o responsabilizarla y culpabilizarla por lo sucedido.

**Tabla 11:** Mecanismos de evasión de responsabilidades.

<p><b><i>La despolitización de la violencia (o la circunscripción de lo ocurrido al ámbito privado)</i></b></p>	<p>Resultó más sencillo circunscribir el problema a aquella persona que denuncia la injusticia del status quo. (...) Entre algunas mujeres, el problema se personalizó igualmente: “esto te pasa a ti”. Se olvida de que “si nos tocan a una, nos tocan a todas” y de que lo personal es político. De hecho, lo que ocurre y ocurrió fue que se despolitizó. (Lur, 2018)</p> <p>Durante aquel cruce de correos, tuve que escuchar a una “compañera” (a la que luego vería detrás de una pancarta contra las agresiones en Aste Nagusia) decirme que “los trapos sucios se lavan en casa”. Me dió un ataque de ansiedad. (Maren, 2015)</p>
<p><b><i>No querer saber sobre lo ocurrido.</i></b></p>	<p>Me decían, “no quiero saber lo que ha pasado, quiero saber cómo estás” o “ya lo trataremos en la reunión x”. Pero no querer escuchar el relato, no querer saber lo que ha ocurrido y desligar la responsabilidad personal remitiéndola a un posible tratamiento grupal, es otra forma de eludir las responsabilidades individuales. “No saber” les permite mantenerse en una posición cómoda, mientras que enfrentar el conflicto -que es lo que pido como agredida- les sitúa en una posición de incomodidad. (Lur, 2018)</p>
<p><b><i>Poner en cuestión la versión de la agredida.</i></b></p>	<p>Muchas de las cosas que me había reconocido a mí no las reconocía en público. Yo no iba contando por ahí la historia, pero él sí, y a su modo. Y mucha gente no creyó lo que yo y la gente que se movilizó en torno a este asunto dijimos, sino que le creyeron a él. Pasado algún tiempo, cuando se le intentó volver a echar, el grupo en el que militaba hizo piña en torno a</p>

	<p>él, y dijeron que, si se le echaba, ellos también se iban. La organización no podía prescindir de aquel grupo, así que finalmente no se le echó. (Miren, 2015)</p> <p>Mi relato fue interpretado por algunas personas como una conspiración contra él. Entre algunos hombres, se cerraron filas entorno a él, al calor de la “solidaridad masculina”. (Lur, 2018)</p>
<p><b><i>Responsabilizar y culpabilizar a la agredida por lo sucedido.</i></b></p>	<p>Alguna compañera me ha recriminado todo aquello, calificándolo como “el lio que montaste”. Me dijo: “... mejor hubieras dejado correr el agua y no hubiéramos pasado por tantos malos rollos”. Hubieran preferido que me hubiera callado, que no hubiera destapado todo aquello y haberles hecho pasar mal rato. (Isabel, 2017)</p>

**Fuente:** Elaboración propia

Llegar al punto en el que lo sucedido se identifica no únicamente como una responsabilidad individual, sino colectiva, es un proceso complejo. Para las mujeres, es el momento en el que pueden comenzar a valorar denunciar a su agresor dentro del colectivo, pero que la agredida decida hacer pública la denuncia requiere, en primer lugar, que ésta haya percibido finalmente que su relación se ha desarrollado en términos de abuso. Sin embargo, si bien algunas de las activistas identifican desde un primer momento que lo que están viviendo deviene fruto de las relaciones de género, es importante tener en cuenta que el hecho de que las mujeres pongan en conocimiento del colectivo la situación, no implica que la hayan reinterpretado aún en términos de violencia sexista. Es el caso de Maren, que no realiza esta reflexión hasta más adelante:

Tarde un tiempo en darle otro sentido a mi historia. Al principio era más una intuición la que me decía que estaba atravesada por cuestiones de género, pero el “plano” completo lo he visualizado después. Cómo y porqué se comportaron, tanto él como algunas de las personas del colectivo, de aquella manera. Ha sido un proceso doloroso y un aprendizaje a la vez (...) Hubo una sola persona del colectivo que se molestó en escucharme, más allá de aquellos que eran mis amigos. Es técnica de Igualdad y conocía al agresor. Quedamos a tomar un café en su pueblo. Sin embargo, en aquel momento ni siquiera yo lo había definido como violencia sexista, así que siento que no pude explicarme: hablaba aún desde la autojustificación, desde la creencia de que todo aquello se trataba de una venganza entre iguales por no haber querido continuar con nuestra relación... (Maren, 2015)



Del mismo modo, las agredidas pueden sentirse preparadas para denunciar lo sucedido en diferentes momentos y circunstancias.

El que debía escribir la historia también me dio algún plantón, y en la siguiente ocasión me dijo que debía contar de nuevo toda la historia. El hecho de que ya hubiera pasado un tiempo y yo me sintiera bien, hacía que mi relato fuera sistemático, frío. Y creo que esto jugó en mi contra: siempre he pensado que, si hubiera contado lo mismo, pero llorando, la cosa hubiera sido diferente. (Miren, 2015)

Existen otros dos aspectos importantes que influyen en esta dirección. Por un lado, el haber definido la situación vivida como una injusticia deriva en lo que Hunnicutt (2005) define como sentimiento de *honesto enfado*, una emoción que impele a las mujeres hacia la búsqueda de justicia y reparación. Por el otro, contribuye significativamente el visibilizar ciertos apoyos y/o que otras personas reconozcan la relación en términos de abuso. Sin embargo, este último escenario puede no aparecer, o no hacerlo de forma inmediata. En este contexto, hacer pública su experiencia supone exponerse de nuevo a ser juzgadas y tener que desafiar a aquellas personas (compañeros y compañeras) que no comprenden el trasfondo del agravio o consideran que su voz no es suficiente para actuar al respecto.

El colectivo es también un grupo de amigos y amigas, personas que hemos vivido situaciones muy intensas juntas. Así que fui decidida a la reunión a plantear el problema que tenía con él, y decidí hacerlo primeramente en términos muy sencillos, para ver la reacción del grupo. Les dije que no le iba a llamar, porque habíamos tenido una buena relación, pero ya no la teníamos. La primera reacción fue de uno de los históricos del grupo: “¡Algo le habrás dicho!, es que cuando te pones en plan feminista...cualquiera te aguanta...”. A aquello, le contesté que tenía que ver con cómo se comporta con las mujeres, con la misoginia... Y él respondió: “Bueno, pues ¿quién le contacta? Si ella no puede...” Ante aquella respuesta, carente de sensibilidad, yo me quedé bloqueada. (...) La violencia solo la pueden entender las personas que hablan tu mismo lenguaje. (Irene, 2015).

Las palabras de Irene encierran el dolor y la frustración que supone no ser comprendida por el grueso de personas que le rodean, y reconocen la empatía de quienes han pasado por una situación similar y/o han tomado conciencia de las múltiples formas en las que la violencia performa. Los motivos por los cuales las activistas pueden sentir reticencias a hacer pública su denuncia son diversos. En

muchos casos, giran alrededor de emociones como la vergüenza o el miedo. Vergüenza por la exposición a la que se verían sometidas, obligadas a reconocer que han vivido una agresión o una relación de abuso.

¿Cómo justificar que, aún sabiendo que aquella era una relación tóxica, aún habiéndolo dejado, seguí enganchada a la peor parte durante algunos años más? ¿Cómo explicarlo sin que se te victimice o sin que te miren como “esta tía es tonta del culo”? Para mí, reconocer esto delante de otras personas es muy duro..., yo, que soy una mujer fuerte, que no tengo problemas a la hora de encontrar un compañero sexual. (...) No lo había pensado nunca hasta ahora, pero el vocalizar su nombre, me cuesta... no me sale. Creo que es porque no quiero que la gente sepa que estuve con él. No quiero que la gente me juzgue por haber estado con una persona así. Mucha gente de mi entorno piensa que es un idiota. (Haizea, 2017)

Miedo porque señalar públicamente al agresor, tal y como acabamos de observar, suele desencadenar una reacción virulenta, o cuando menos incierta, frente a la cual las mujeres pueden intuirse vulnerables. En otros casos, sus propias automortificaciones les llevan a situar los intereses del colectivo por encima de los propios, queriendo evitar a toda costa el conflicto. Este ejercicio de reproducción de los roles de género deviene en una desgastante sobrecarga de tensión y angustia. Es el caso de Isabel que, debido a la ansiedad e insomnio que arrastra durante años, se ve obligada a coger la baja.

Han sido cuatro años calculando, milímetro a milímetro, cómo podía moverme para que las cosas fueran bien. Para que no hubiera mal rollo en la oficina. Para que todo el mundo estuviera a gusto militando en el colectivo, después de todo lo que había pasado con las anteriores personas liberadas, priorizando ciertas dinámicas como equilibrar el ambiente en el colectivo, cuidar al resto, que las cosas funcionaran y que estar en el colectivo fuera apetecible –sobre todo después de la bajada en la militancia tras el conflicto anterior-. Y lo hice porque creo en lo que hacemos. (Isabel, 2017)

Pero el haber creado un conflicto en el grupo me mortificaba porque quería evitar a toda costa que se me tipificara como una persona conflictiva. (Maren, 2015)

Una generosidad que no encuentra, por cierto, contrapartida. En el caso de Isabel (2017) la dedicación que demuestra hacia su trabajo le vale el apelativo de “loca”, y su cansancio es utilizado para encubrir la situación extrema por la que están atravesando.

No estoy, ni loca, ni cansada – porque eso es lo que Jon decía, cuando hacía un tiempo que la gente me veía mal-. (Isabel, 2017)

En el caso de Maren (2015) -recordemos que esta última también trabaja como liberada para su colectivo- el “excesivo celo” por su trabajo es utilizado igualmente en su contra. Cuando el maltratador arremete públicamente contra ella, tergiversa lo ocurrido, intenta boicotearla y critica su trabajo como gestora acusándola de ser la culpable de la mala marcha de la asociación, trata de rematar su ataque llamándola “ambiciosa” algo que, a su juicio, resulta “sospechoso”.

Por último, sus circunstancias pueden condicionar la gestión de su experiencia de forma más discreta, o bien por medios externos a la comunidad. Por ejemplo, aquellas que deciden optar por la vía jurídica. Es el caso de Carmen, con cuyo agresor tiene un hijo en común, y que opta por asesorarse jurídicamente. Su maternidad, tal y como advierte ella misma, condiciona de forma drástica toda su historia.

Es curioso como complejiza todo, cómo te influye el concepto de familia. A raíz de tener a nuestro hijo hice miles de esfuerzos para que esa relación tirara adelante: que si terapia de pareja... para no decir, “se ponen las cosas mal, me largo y ya está” ...no, ¡luchemos! Hasta que llegó un momento en el que vi claramente que era mucho mejor para mi hijo el estar separados que estar juntos. Me costó muchísimo tomar la decisión. Incluso después los episodios de violencia, de haber ido a una abogada para ver que tenía que hacer para separarme, de haberlo hablado con mis amistades... él, me rogaba, me imploraba, me pedía perdón... y comenzamos una segunda terapia. (Carmen, 2017)

En los casos en que el maltratador es un referente de militancia (considerado importante para la lucha, el movimiento o la organización) la perspectiva de una denuncia pública puede generar aún mayor sensación de indefensión e incertidumbre. Bajo la sombra alargada de la figura del “supermilitante”, los miedos a la reacción de su entorno, las dudas sobre la gravedad del abuso, y, en algunos casos, los sentimientos de culpabilidad por las consecuencias que dicha denuncia pudieran tener para su agresor, se multiplican y dificultan verbalizar lo sucedido.

Aún en personas que eran conscientes de la situación, yo he llegado a escuchar: “Pero, es buen militante, no se le puede echar”. Y yo digo, ¿qué es ser un buen militante? Yo ahora ya no milito en ningún sitio específicamente porque acabé hasta la seta. (Miren, 2015)

(...) me ha costado muchísimo hablar de esto con las personas con las que milito: hace nada que me atreví a decir su nombre. Es una persona a la que se le conoce por ser buen militante, y ser “buena persona”. (Sofía, 2015)

Me habría encantado desenmascararle, pero no sabía cómo. Sentía que me faltaba fuerza, porque era una violencia muy difícil de verbalizar. (...) También lo podía haber planteado fuera, en otros entornos en los que se mueve. Pero su figura también es respetada y valorada. Además, ni siquiera he sido su pareja, y eso parece que te quita peso... Así que nunca lo llegué a plantear abiertamente. (Irene, 2015)

Decir su nombre, o el de otras personas que han tenido actitudes machistas y de falta de respeto absoluto, me cuesta más. Cuando lo hago, me lo tomo como una victoria personal. ¡Creo que había que reflexionar mucho sobre la posibilidad de señalar a estas personas en público...! (Marta, 2017)

El proceso de toma de conciencia de las activistas es largo y complejo, y el tabú entorno a la violencia y los agresores considerable. A pesar de contar con apoyos, acceso a un discurso político feminista, o la determinación de hacer frente a lo que consideran una relación de abuso, enfrentarse al juicio y a las miradas de sus compañeras y compañeros resulta una perspectiva agotadora, en un momento en el que su subjetividad precarizada requiere de apoyo incondicional. Por otro lado, llegar a descifrar e interpretar las formas en las cuales han sido violentadas y adquirir la seguridad necesaria para establecer todos los parámetros requiere de tiempo, en ocasiones, años.

Una vez el caso estalla<sup>87</sup> y el colectivo (o parte de él) decide implicarse en la gestión del conflicto, aparecen otras formas de agresión por las que las mujeres pueden

---

<sup>87</sup> En uno de los encuentros en los que me han invitado a compartir el tema de la investigación, y una vez terminado el mismo, una de las mujeres asistentes que había sufrido una agresión sexual por parte de un compañero de militancia, subrayó el uso que yo había hecho de esta palabra. Me indicó que, según ella, definía muy bien lo que había sucedido cuando hizo público en las redes sociales que había sido violada. No era la primera vez, ni mucho menos, que compartía lo que le había sucedido con algún/a compañera/o, sin embargo, el colectivo prefirió dar largas. El hecho que trascendiera fuera del grupo a través de un soporte con la repercusión y rapidez de las redes sociales hizo que la noticia provocara una virulenta reacción contra ella y los hechos se precipitaran.

sentirse dolidas. La mayoría mantienen relación con la falta de apoyos y/o de la suficiente implicación por parte de las personas que integran la organización, pero éstas pueden expresarse de diferentes maneras. Una de ellas es la ausencia o ausencias de aquellas personas que han llegado a ser referentes dentro del colectivo en las reuniones o espacios en los que se aviene tratar el conflicto. Esta cuestión adquiere un peso simbólico significativo, al denotar la falta de implicación en un asunto que consideran de “menor importancia” o en el que no quieren involucrarse. En segundo lugar, está la adopción de una “posición neutral” frente a lo sucedido, en base a una supuesta superioridad moral. En tercer lugar, las explicaciones que la agredida se ve obligada a dar en diversas ocasiones, invirtiendo aún mayor energía y esfuerzo para encontrar el modo de transmitir (e incluso justificar) cómo se siente, y porqué considera que se trata de una cuestión sobre la que debe posicionarse el colectivo. En cuarto lugar, se encuentran las acusaciones de querer fragmentar el grupo (poner en peligro la unidad del movimiento), obligando a sus integrantes a “posicionarse”. En quinto lugar, hacer que el proceso se convierta en un juicio sobre la agredida. En sexto lugar, acusar a la mujer de buscar el conflicto por intereses personales, o por venganza. Y, por último, las humillaciones por las que debe pasar durante el proceso, consecuencia de muchos de los mecanismos que hemos enumerado hasta ahora.

**Tabla 12:** Otras formas de agresión o (re)victimización.

<b><i>Las ausencias</i></b>	Curiosamente, la persona que me había convencido para ejercer de liberada del colectivo, y que era sin duda el “poder en la sombra”. aquel que participaba indirectamente de cualquier decisión importante sin necesidad de estar en la junta, el que no se perdía ninguna asamblea... no apareció en ninguna de las dos reuniones. (Maren, 2015)
<b><i>La neutralidad frente al conflicto.</i></b>	Una de las cuestiones que me ha resultado más dolorosa ha sido la interpretación de la <i>neutralidad</i> frente al conflicto como una posición de superioridad moral, cuando en realidad, lo que se está reflejando es que no se quieren asumir las responsabilidades políticas y colectivas que derivan del mismo, ignorando la posición de privilegio en el que se encuentra uno de los géneros frente al otro. No posicionarse, es una forma de tomar partido. (Lur, 2015)
<b><i>Las</i></b>	Tener que elaborar un discurso que “ellos” entiendan es

<b><i>explicaciones</i></b>	complicado y doloroso. Una tarea añadida que desgasta. ... porque desde la rabia no te creen y desde las lágrimas te victimizan, te quieren salvar ¡y yo no quiero eso! Yo quiero que cada uno se mire hacia adentro, y reflexione sobre cómo ha afectado y cómo le afecta lo sucedido. (Lur, 2015)
<b><i>Acusar a la agredida de poner en peligro la unidad del movimiento.</i></b>	Un par de días antes del sábado (cuando habría de celebrarse la asamblea) la presión se intensificó: la misma persona que había actuado de aliado de Jon enviando correos me llamó por teléfono para decirme que debía dar marcha atrás en mi acusación, por el bien del colectivo. Me acusaba de estar fragmentándolo, de llevar a las personas a una situación difícil, obligándoles a posicionarse conmigo. Me decía: “¿Tú no te das cuenta lo que estás haciendo? ¡Estás fragmentando el colectivo! ¡Les estás obligando a ponerse de parte de Jon o en su contra! ¡Estás tirando abajo el colectivo!”. Yo me quedé fatal después de aquella conversación. (Isabel, 2017)
<b><i>Juzgar a la agredida.</i></b>	Tuve que contar una y otra vez las mismas cosas.... era como si no me creyeran. Y terminé sintiendo que a la que se estaba juzgando era a mí... (Miren, 2015)
<b><i>Acusar a la agredida de querer obtener un rédito personal, o de querer vengarse.</i></b>	Yo sí aparecí a las dos reuniones que se hicieron y en dónde se iba a tratar el tema, a pesar del ataque de ansiedad, la vergüenza, la rabia, todo. Pero el cobarde de él no dio la cara. Algunas personas pensaron que si yo estaba ahí era porque no había sido grave, y que lo que quería era vengarme. (Maren, 2015)
<b><i>Las humillaciones</i></b>	A nivel psicológico, siento que estoy aún en un estado de estrés post-traumático. No duermo bien, he llorado mucho, y me he sentido muy humillada. ¡Aún hoy me siento humillada...! por la situación, por cómo se ha gestionado y por la falta de apoyos. También ha habido apoyos, pero los “no apoyos” han contribuido a que la situación se perpetuara. Algunas de las cosas que he tenido que oír a lo largo de todo este tiempo han sido muy fuertes... (Lur, 2018)

**Fuente:** Elaboración propia

La respuesta política de los colectivos frente a una denuncia de agresión, o de una relación de abuso, pasa por responsabilizarse de lo sucedido y emprender las consecuentes acciones. Sin embargo, no existe una solución única para todos los casos (Salvage, 2016). El análisis de la documentación e información que arroja la reflexividad de las activistas y colectivos nos permiten enumerar algunas de las

medidas básicas a la hora de llevar a cabo procesos de gestión de la violencia, medidas que parten de un punto de partida clave como es la politización de la violencia.

En primer lugar, es necesario tener en cuenta que pretender tratar de la misma forma al agresor y a la agredida es una muestra de que no se está gestionando la respuesta desde una perspectiva de género, es decir, teniendo en cuenta que la relación que se establece entre agresor y agredida es además en *términos de opresor-oprimida* (Las Afines, 2009).

Esto significa que no parten de la misma posición de poder. Cabe recordar, entre otras cuestiones, que los hombres tienen mayor capacidad para imponer sus significados que las mujeres. De ahí que resulte fundamental imbuir a la agredida de una total legitimidad para definir la agresión, realizar una escucha activa y acompañarla durante el proceso respetando sus tiempos y llegando, si fuera necesario, a acuerdos para compatibilizar los ritmos y necesidades del colectivo. Durante este tiempo, es conveniente ofrecer a la agredida diferentes recursos y apoyo, adecuándolos a las necesidades que expresa y siendo conscientes de que éstas son dinámicas y mutables.

En la asamblea se informó de que me habían dado la baja por estrés laboral, y se incidió en la necesidad de celebrar una asamblea extraordinaria en torno al motivo. Se decidió poner la asamblea un sábado por la mañana, a la que debemos acudir las dos personas liberadas. Cuando me lo comunicaron yo sentí que me mandaban a un consejo de guerra. Yo me lo tomé mal, pensaba: ¿es que nadie se da cuenta de lo que está sucediendo? Anteriormente en otras asambleas ya había habido problemas entre Jon y otras personas, era difícil ocultar que algo pasaba con él. Y ahora ¿debía ir yo a explicar todo lo ocurrido con él delante? Yo no me encontraba bien. Pensaba de nuevo en irme del colectivo, pero me parecía injusto (Isabel, 2017)

Ella era la responsable de nuestro colectivo y me dijo que iba a hablar con los jefes de la organización que estaba por encima de nosotras para que le echaran. Yo también debía que poner de mi parte y dejarlo, pero ya no era una exigencia como en veces anteriores. En aquella conversación pude ver un apoyo. Que me dijeran, “si lo dejas, le echamos”, y en una semana yo lo había dejado con él. (...) Pasó un año y yo volvía a sentirme yo misma, a emerger. Me sentí con fuerzas y dije: “¿qué?, éste fuera”. Entonces, escribí una carta a los “jefes supremos”. Esa carta les llegó, y me aplicaron el protocolo que había para estos casos: hicieron que empezara a reunirme con dos personas: un hombre, al cual debía contarle todo lo que había sucedido para que él lo escribiera, y una mujer, que ejercía de “apoyo emocional”. Respecto al apoyo emocional... lo cierto es que me dio plantón las dos

primeras veces que quedamos, y en la tercera prácticamente me habló solamente sobre un problema que había tenido ella con un tío. Yo me sentía dividida: por un lado, pensaba ¿qué hago yo aquí si soy la que te escucha, en vez de al revés?”. Pero por el otro, me parecía que me estaban haciendo caso... (Miren, 2015).

En segundo lugar, es fundamental *adquirir un compromiso político por parte de todas las personas integrantes del colectivo*, en especial aquéllas que formal o informalmente son consideradas como referentes, o aquéllas directamente implicadas en el conflicto. Lo contrario, entorpece el proceso y corre el riesgo de desvalorizar y restar legitimidad a las decisiones adoptadas. Esta cuestión puede además ser utilizada de forma consciente por aquellas personas interesadas en que así sea.

Se crearon entonces varios espacios dirigidos a trabajar la violencia como grupo, en uno de los cuales yo denuncié su actitud. Sin embargo, y a pesar de que acudir a los encuentros es responsabilidad de todo el colectivo, él fue la única persona que no lo hizo. (Lur, 2018)

No perder la oportunidad de hacer política (Las Afines, 2009) significa ser transparente con todos los actores implicados, adquirir la legitimidad necesaria para que las decisiones tomadas durante el proceso se lleven a cabo, o tratar el conflicto como un asunto de primer orden en el que deben implicarse los órganos más importantes de toma de decisión del colectivo.

Las personas que militaban en el grupo le echaron, y también se le trasladó el porqué. Sin embargo, de cara al resto del colectivo, la decisión y las razones por las cuales se le echaba no habían sido expuestas claramente. Tampoco se habló de ello ni en nuestro grupo, ni en los de alrededor. Cuando los jefes a nivel nacional se enteraron de nuestra decisión, nos dijeron que las cosas no se hacían así y que aquella decisión no se podía tomar de forma autónoma. Y él volvió. Algunas de las personas reaccionaron de mala ostia, pero lo cierto es que la mayoría lo aceptó sin más. Entonces comenzó a militar en un tercer grupo, también afín a la organización. (Miren, 2015)

Una vez decidí volver, se llevó a cabo un encuentro con una facilitadora a través de la comisión de cuidados. Pero el tema no había llegado aún a la asamblea del colectivo. (Lur, 2018)

En tercer lugar, queda claro que el conflicto no se debe tratar como un asunto personal o un problema entre dos personas, sino *identificar y exigir*



*responsabilidades individuales y colectivas dentro de la organización* (INCITE, 2016). El establecimiento de consecuencias concretas frente a lo sucedido debe derivar de un ejercicio de reflexión colectiva sobre la vinculación de la (in)acción individual a la permisividad para con la relación de abuso. Las consecuencias no deben establecerse sólo para el maltratador/agresor, sino también para el colectivo. En cualquiera de los dos casos, la responsabilidad no puede recaer enteramente sobre la la agredida.

Sara me preguntó qué quería. Yo le dije que, en primer lugar, quería que no se volviera a poner en contacto conmigo nunca jamás por ninguna vía. Además, creía que siendo uno de los referentes de hombres por la igualdad de este país, su entorno laboral y de militancia debía saber que esta persona tenía relaciones desiguales con sus parejas, y que conmigo había tenido una relación de acoso. Sara buscó entonces intermediarios, personas de confianza de Carlos que pudieran cumplir ese papel (..) Mi forma de reparación ha sido a su vez mi fuente de culpa. Por una parte, he conseguido quitarle la careta, que era lo que quería. Carlos se vio alejado tanto a nivel profesional como político y social del ámbito feminista y de nuevas masculinidades durante algún tiempo, al menos a nivel de la institución pública. Por otro lado, me sigue pasando por la mente la duda de si aquello era violencia machista, o simplemente una relación tóxica. Me culpo de no haberle puesto límites, de haber sido amable con él durante los últimos años, de haberle podido crear expectativas respecto a quedar para hablar... (Marta, 2017)

Por último, *la gestión de la incertidumbre* es, en la medida de lo posible, un elemento a tener en cuenta antes (en el diseño del proceso) y durante la gestión del conflicto. Tiempos, compromisos, espacios en donde tratar el asunto y las emociones que puede desencadenar deben ser anticipados en lo posible y respetados por norma. Gestionar la “incomodidad” y las emociones, supone anticiparse a las posibles reacciones que pueden surgir a lo largo del proceso, nombrándolas y creando herramientas que ayuden a gestionarlas. Establecer plazos y cumplirlos implica calendarizar reuniones, respuestas y el cumplimiento de las consecuencias que se estipulen. Para ello, de nuevo, es clave contar con el respaldo del colectivo

**Tabla 13:** La respuesta política.

<b>Polítizar</b>	Trabajar con el agresor	-	Imbuir a la agredida de una total
------------------	-------------------------	---	-----------------------------------

<b>la violencia</b>	y la agredida en términos de opresor-oprimida.	legitimidad para definir la agresión. <ul style="list-style-type: none"> <li>- Realizar una escucha activa.</li> <li>- Acompañarla durante el proceso respetando sus tiempos.</li> <li>- Ofrecerle apoyo y diferentes recursos.</li> </ul>
	Adquirir un compromiso político por parte de todo el colectivo.	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Ser transparente con todos los actores implicados.</li> <li>- Adquirir la legitimidad necesaria para que las decisiones tomadas durante el proceso se lleven a cabo.</li> <li>- Tratar el conflicto como un asunto de primer orden en el que deben implicarse tanto las personas como los órganos más importantes de toma de decisión del colectivo.</li> </ul>
	Exigir responsabilidades a varios niveles.	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Establecer consecuencias concretas a nivel individual y colectivo.</li> <li>- La responsabilidad de guiar el proceso y tomar decisiones debe ser colectiva.</li> </ul>
	Anticiparse y gestionar de la incertidumbre.	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Gestionar la “incomodidad” y las emociones.</li> <li>- Establecer plazos, responsabilidades, y cumplirlos.</li> </ul>

**Fuente:** Elaboración propia.

La gestión inadecuada (o la inacción) por parte del colectivo ante un conflicto de este tipo tiene nefastas consecuencias, no solo para la mujer que ha sido victimizada, sino para el potencial de acción política del colectivo. Comenzando por la la desafección y la pérdida de confianza de la agredida respecto a las capacidades de la organización o grupo para desempeñar el rol de agente transformador de la realidad social, a nivel organizacional, la incapacidad para resolver de forma congruente el problema deja al descubierto las incoherencias en el discurso, así como su incompetencia material para hacer frente a la contradicción en términos políticos.

...el ver cómo se había comportado la organización frente a un caso como el mío -aunque le podía haber pasado a cualquier otra- me echaba para atrás. Hizo que perdiera la confianza en ellos. Creo que se están dando cambios

dentro de la organización, y estos cambios se dan gracias al trabajo del feminismo. Me han invitado a ir y aportar en este sentido... pero decidí no ir. Por un lado, sí creo que mi experiencia puede ayudar... pero por otro lado digo: “que les den...” (Miren, 2015)

Si las -muy probables- fricciones y energía invertida en los debates asociados al proceso de gestión no giran alrededor de una lógica constructiva, lo harán entonces en sentido destructivo. Una vez al descubierto la debilidad del grupo, el malestar asociado puede derivar en un desgaste general (en las relaciones personales, dinámicas colectivas...) que va más allá de los tiempos empleados en trabajar (o no) sobre el conflicto. Esta tensión puede llegar incluso a originar la disolución del colectivo.

Decidimos que, independientemente de lo que se decidiera en la asamblea (echar o no a esta persona del colectivo) nosotros nos íbamos. Y lo hicimos público antes de su celebración, en primer lugar, porque teníamos claro que aquel espacio no se correspondía con nuestras expectativas de lucha por un cambio social justo. Y, en segundo lugar, porque no queríamos condicionar a nadie su voto. Que cada uno y cada una se retratase. Nosotros nos sentíamos ya lejos... Pocos meses más tarde, el colectivo, que también arrastraba problemas desde antes, se disolvió. (Maren, 2015)

Por el contrario, los esfuerzos dirigidos a gestionar el problema enmarcándolo en un sistema de relaciones de poder desigual en el que un género tiene mayor capacidad de significar que el otro –que es, en definitiva, hacer política- puede generar nuevos aprendizajes tanto a nivel individual como colectivo, fortaleciendo y enriqueciendo al grupo gracias a la adquisición de nuevas experiencias y habilidades. Se trata de un proceso arduo, no lineal, en el que no todas las personas que integran la organización tienen por qué avanzar al mismo ritmo. El trabajo previo en torno al feminismo –tal y como veremos más adelante- cumple un papel decisivo a la hora de afrontarlo con éxito.

Durante este último periodo me he sentido más arropada. Ha sido en parte por mi insistencia en la cuestión y en que existen otras formas de relacionarse. Creo, además, que está cambiando la cultura organizativa del colectivo; un factor significativo ha sido la integración de otras pautas en la crianza, acordes con la perspectiva feminista. Con este caldo de cultivo las personas han podido reflexionar sobre ello, y no hacer pasar por normal esta situación. Sin embargo, aún se pueden encontrar personas que entienden que algo así es un conflicto interpersonal: algo que no se debe llevar a la asamblea, sino resolver dentro del terreno de lo privado. (Lur, 2018)

A pesar de que ninguna de las narrativas realizadas puede aportar un proceso con el suficiente recorrido para poder desarrollar más a fondo esta afirmación, no se trata de un camino ignoto. En el siguiente epígrafe examinaremos los principales instrumentos que se han impulsado desde las comunidades activistas del País Vasco frente a la reproducción del sexismo y la violencia dentro de sus espacios.

## **7.2 ESTRATEGIAS, HERRAMIENTAS Y FACTORES.**

En este último epígrafe del análisis de datos nos centramos en examinar la información obtenida, principalmente, de los grupos de discusión (G), entrevistas a informantes clave (E) y la sesión de contraste (SC), sobre las estrategias y herramientas desarrolladas en las comunidades activistas del País Vasco para hacer frente al sexismo y la violencia. Dicha información es fruto de la reflexividad ejercida desde, por, y para el movimiento. Resulta significativo el hecho de que las preguntas, dudas, y certezas que surgen alrededor de cada uno de estos elementos alcancen un alto nivel de consenso entre las participantes en los grupos de discusión, las activistas entrevistadas, y las mujeres que han participado en la sesión de contraste.

He dividido el epígrafe en tres partes. En primer lugar, abordo algunas de las estrategias individuales y colectivas que las activistas han identificado dentro de su *práxis* política, con el objetivo de hacer frente al conflicto subsiguiente entre su subjetividad feminista y la persistencia de prácticas machistas dentro de sus colectivos. Como punto de anclaje entre las estrategias y la búsqueda de herramientas, establezco la inclusión de la violencia sexista dentro de la agenda política de la organización. Así, en la segunda parte, las activistas enumeran y debaten entorno a las características e idoneidad de algunas de las herramientas que se han creado como consecuencia de adoptar dicha reivindicación. Por último, señalo algunos factores que han demostrado tener una especial incidencia a la hora de emprender procesos de reflexión interna, así como en el diseño e implementación de herramientas.

En la siguiente tabla quedan resumidos cada uno de estos elementos, que iremos desgranando a continuación.

**Tabla 14:** Estrategias, herramientas y factores.

<b>ESTRATEGIAS</b>	<b>HERRAMIENTAS</b>	<b>FACTORES</b>
Denuncia	Creación de grupos de cuidados, o áreas de género.	El tamaño del colectivo
Búsqueda de aliadas	Diagnósticos internos	La heterogeneidad interna
Uso de la pedagogía	Alianzas estratégicas con el movimiento feminista.	Las relaciones afectivas
Confrontación directa	Protocolos frente a las agresiones (dentro y fuera del colectivo)	El modelo de militancia
El abandono de la participación en el colectivo.	Procesos de cambio organizacional	El trabajo previo entorno al feminismo y las relaciones de género

**Fuente:** Elaboración propia.

### a. Estrategias

En primer lugar, me gustaría señalar que las diferentes estrategias pueden y suelen ser utilizadas de forma simultánea. Al fin y al cabo, la denuncia puede ser un acto de pedagogía, y no hay pedagogía sin denuncia. Del mismo modo, la confrontación directa con la persona o personas que reproducen prácticas machistas es mucho más efectiva si se cuenta con otras aliadas (y/o aliados) dentro del colectivo. Sin embargo, la necesidad de establecer categorías, ordenar, y sistematizar los datos, me lleva a separar -al igual que con las herramientas y factores- las acciones concretas de los procesos de los que son parte.

En segundo lugar, quiero advertir de que la ubicación de las estrategias dentro de la tabla de menor a mayor, responde a una lógica específica. Se trata del nivel de conflictividad entre la subjetividad feminista de las activistas y la persistencia de las prácticas machistas dentro del colectivo. Comenzaré por tanto por la *denuncia*

de dichas prácticas, y terminaré con la decisión de las activistas de abandonar su participación política en dicha organización.

Al respecto de esta primera estrategia, las activistas la señalan como el primer paso para involucrar al colectivo en la puesta en marcha de herramientas concretas:

Los casos que hemos tenido de violencia sexista han sido sobre todo en las brigadas. Casos muy concretos... Este año por primera vez sacamos el 25 de noviembre un escrito, un poco para ordenar las ideas: “no, el feminicidio no solo ocurre en América Latina, sino también en Euskal Herria”. Nos hicimos la siguiente pregunta: ¿Qué pasa si durante unas brigadas se da un caso de violencia machista? No solo entre la gente que vas a visitar, sino entre las propias personas brigadistas. No hay ni un protocolo. (G3-Araba)\*

A la hora de denunciar y poner en marcha diferentes mecanismos contra la reproducción de prácticas machistas y agresiones, las activistas señalan la importancia de *encontrar aliadas* (compañeras y compañeros) dentro del colectivo que entiendan y respalden dicha necesidad.

Según a quién tienes al lado es mucho más fácil transitar el camino. Si tienes aliadas tienes mucha más potencia dentro del grupo. (G1-Bizkaia).

Una tercera estrategia es el *uso de la pedagogía*. Se trata de explicar a los compañeros de colectivo el porqué del componente machista de sus acciones:

A veces, lo típico: un chico dice lo mismo que yo en las reuniones. Y como es chico, pues “ah, sí, claro, sí, sí...” Yo últimamente lo que hago es que cuando se termina la reunión le cojo aparte y le digo: “Mira, tres veces has hecho esto, esto y esto... para que te des cuenta, la siguiente vez te darás cuenta tu solito, o igual no. Pero te lo seguiré diciendo. Estos son mecanismos que yo utilizo para empoderarme en las reuniones. (G3-Araba)

Sin embargo, hacer pedagogía supone una labor que conlleva un gran coste energético, dado que puede convertirse en una tarea repetitiva o en un foco de discusión. Además, hacer pedagogía no implica que la otra parte se involucre y puede redundar en un esfuerzo unilateral de la parte oprimida de la relación. Es por ello que algunas activistas optan por *confrontar directamente* al agresor.

A través de mi colectivo, también he militado en distintas plataformas de colectivos. Y ahí las cosas son diferentes. Yo he llegado a echar tíos de estos espacios, a decirles: “tú te vas de aquí”. Las actitudes agresivas de las que habéis hablado, yo tengo claro que ya no lo admito, no solamente yo, sino

unas cuantas de nuestro entorno que hemos hablado mucho de eso... ya estamos hartas, y como estamos hartas, ya ni te lo voy a explicar, porque no hace falta ni que te lo explique... ya no tengo que decir nada más porque ya eres mayor y has aprendido todo lo que tenías que aprender (G2-Gipuzkoa)

Por último, la incomodidad y frustración que supone para las activistas participar en espacios en los que se sienten agredidas, puede llevarles a tomar la decisión de *dejar de formar parte del colectivo u organización*.

Yo me sentía siempre muy mal en las reuniones. En el grupo seríamos siete u ocho, pero entre ellos dos, eran especialmente machistas. (...) El proyecto iba para adelante, pero la reflexión que hice yo es que, si chocaba con ellos en las reuniones, y lo pasaba mal, no podía vivir con ellos en la misma casa. Por esta y otras razones dejé el grupo. (G2-Gipuzkoa)\*

Apartarse del colectivo puede convertirse en un acto de autocuidado, como en el caso de Lur:

Aquel estado de alerta constante ante una posible agresión, me hizo enfermar. Tras las pruebas médicas, parecía que la situación podía agravarse. Pedí que esta persona se comprometiera a mantener distancia y desde la comisión de cuidados no se vio. Fue entonces cuando decidí apartarme del colectivo durante algunos meses. Dejé una nota diciendo que estaba enfermando y que no me sentía bien. También que me iba porque no quería convivir con él, y que estaba disponible para gestionar con la comisión de cuidados la decisión sobre aquello. Durante aquellos meses me dediqué a descansar y regenerarme. Pero el apartarme del colectivo ha supuesto también abandonar otros proyectos. (Lur, 2018)

Es importante insistir en que la decisión de dejar de militar en un colectivo o formar parte de una organización, no significa que las activistas abandonen su participación política. De hecho, incluso en los casos más traumáticos las mujeres han encontrado -tras o durante un periodo de sanación<sup>88</sup>- otras formas de incidencia política más acordes a sus necesidades vitales y respetuosas con sus ideales de transformación social. En general, lo que sucede es que se vuelven más selectivas con sus espacios de militancia mixtos, comienzan a participar dentro de colectivos feministas, o emprenden otro tipo de iniciativas y acciones de incidencia política colectiva y/o individual de diversa índole (activismo en redes sociales, participación en iniciativas del movimiento feminista, investigaciones activistas entorno a la temática...).

---

<sup>88</sup> Palabra utilizada por Lur para describir su proceso tras su experiencia violenta.

Hoy en día no estoy en el día a día de un colectivo mixto, ese “choque” del día a día es muy duro. Mi elección ha sido militar en el feminismo. (Matxalen, E1)\*

Las dinámicas de los grupos mixtos se me hacían cada vez más difíciles (...) He sido cada vez más selectiva con los grupos en los que milito. (Andria, E2)\*

Las estrategias para hacer frente al sexismo y la violencia por parte de las mujeres feministas que participan en colectivos mixtos hacen parte de la labor (o factor) de presión política a la que nos hemos referido en el primer capítulo del análisis de datos. Dicha presión actúa, en gran medida, como resorte de cambio en la agenda política de las organizaciones mixtas, que de forma más o menos formal incluyen la lucha contra el sexismo y la violencia de género dentro de sus reivindicaciones. En el siguiente epígrafe las activistas reflexionan sobre algunas de las herramientas que han sido implementadas a partir de dicha consideración.

## **b. Herramientas**

En el País Vasco existen colectivos mixtos que han colocado la lucha contra el sexismo, la violencia sexista, y violencias machistas dentro de su agenda política, convencidas de que “(l)a responsabilidad sobre la problemática de la violencia no puede recaer solo en los colectivos feministas autónomos.” (G1-Bizkaia). La inclusión en la agenda política de la lucha contra el sexismo y la violencia sexista -o violencias machistas-, va más allá de la participación puntual en concentraciones, manifestaciones, o actos organizados por el movimiento feminista. Trasciende a la apropiación de una identidad feminista (*belonging*), o uso del lenguaje no sexista. Establecer la lucha contra el sexismo y la violencia sexista entre las prioridades políticas del colectivo significa abrir una línea de actuación de carácter tanto interno, como externo; la puesta en marcha de diagnósticos, herramientas, procesos, y alianzas estratégicas, que involucren a parte o a la totalidad del colectivo. Sin embargo, las activistas denuncian que, en la mayoría de ocasiones, más que una decisión que derive de una convicción y determinación previa por parte del colectivo, el trabajo específico entorno a la prevención y gestión de casos de violencia sexista suele emprenderse cuando existe la urgente necesidad de gestionar un caso, o bien una vez este ha tenido lugar: “La necesidad de hacer un



protocolo aparece muchas veces cuando la violencia ya nos ha atravesado” (Andria, E2).

A lo largo de los últimos años el número de herramientas y procesos que se han desarrollado o puesto en marcha ha aumentado considerablemente. Que estos mecanismos existan, y que hayan pasado de protocolizar la actuación de las organizaciones y colectivos frente a la violencia y discriminación que sucede *fuera* de sus espacios de trabajo y militancia a profundizar en cómo las relaciones de poder generizadas afectan a la estructura y a las personas que están *dentro* de las mismas, es un avance significativo que merece la pena señalar.

Nos ha tocado más de una vez gestionar distintos casos de agresiones. En una ocasión, el colectivo invitó a un militante muy conocido a impartir una charla en unos cursos de formación, y se informó de que esta persona había estado involucrada en un caso de violencia respaldando al agresor. Yo en ese momento no estaba en el colectivo, pero se hicieron distintos contrastes a antes de tomar una decisión, y esta fue la de no invitarlo. (G3-Araba)\*

Las activistas han ido tomando conciencia de los límites y obstáculos que caracterizan a este tipo de herramientas, tanto en los procesos de diseño de las mismos, como en su forma de implementación. Es esta reflexión la que nos interesa poner en valor en las siguientes líneas.

La *creación de áreas de género y grupos de cuidado* en los colectivos mixtos es una de las herramientas con más trayectoria, que surge con el objetivo de trabajar las cuestiones de género, feministas o de cuidados dentro de la organización, y velar por que éstas se cumplan:

Decidimos hacer un grupo de cuidados que esté en contacto con cada una de las mujeres que están en cargos, para ver en qué situaciones están, ... y claro, te encuentras desde la típica que le dan el tema “de turno” y lo gordo lo lleva no sé quién. O que la empiezan un poco a boicotear... Creamos como una pequeña red de apoyo, y de empoderamiento, y luego a su vez acompañando de una protesta a la dirección, entonces bueno, tenemos bastante manga ancha para cuidar a nuestras compañeras, e intentar que se queden, que no acabe la legislatura y digan, “osea, ni de coña...” intentamos que no acaben *superquemadas*. Tampoco es para que se profesionalicen y estén toda su vida, pero que puedan estar la legislatura tranquilamente. (G1-Bizkaia)

Álvarez (2011), refiriéndose al caso concreto de los *gaztetxes*, señala como estos grupos “mantienen un papel activo de concienciación para impulsar el debate y trabajar aspectos que la mayoría de la gente no se plantea. Son también esenciales a la hora de articular una respuesta conjunta para hacer frente a una agresión sexista”. Continúa diciendo “(e)s más difícil determinar si en un *gaztetxe* en concreto el grupo en cuestión va a ser una fuente de satisfacción, por evidenciar cómo se van superando ciertas actitudes sexistas o, por el contrario, un motivo de desgaste, al constatar que se siguen dando muchas otras” (Álvarez, 2011; 129).

Vaya por delante el gran trabajo y esfuerzo que se realiza desde los mismos, sin embargo, son igualmente conocidos los límites y efectos perversos que se originan. Zuria (E3) advierte que la existencia de estos grupos puede ser percibida como una concesión a las personas que muestran interés por trabajar las relaciones de género y la perspectiva feminista dentro del colectivo. Dicha consideración deviene de la percepción que dentro de estos grupos existe en torno a este tipo de espacios. Los posicionamientos al respecto varían en función del colectivo o persona, aunque la crítica coincide en señalar que, en general, el resto de los miembros del colectivo que no pertenecen al grupo siente escaso interés o afinidad, llegando a considerar la creación de los mismos como un fin (darse por satisfechos con su constitución, creyendo erróneamente que así la cuestión sexista queda resuelta) o incluso, como una amenaza. Aun así, pueden no sentirse lo suficientemente legitimados para oponerse abiertamente a la constitución del mismo.

Álvarez señala además un segundo peligro, la creación de un vínculo de dependencia y dejadez, en el cuál se relega al grupo todo lo que concierne al género. Tal y como señala Matxalen (E1) “(a) veces es una responsabilidad que queda en manos de algunas mujeres militantes, no de todo el colectivo”. Una cuestión que refleja la falta co-responsabilidad por parte del colectivo u organización en su conjunto, y que tiene consecuencias nocivas para las implicadas.

... a mí me ha parecido muchas veces también que por el hecho de haber estado dentro del movimiento feminista me miraban a mi cuando algo tenía que ver con ello, ¿no? Era “algo mío”, no algo que el resto pudiera organizar, o así... (G2-Gipuzkoa)\*

yo sí que me colgué la etiqueta de que era yo la responsable de tirar del grupo en ese sentido. Pero la gente tiene que entender que es responsabilidad de todas y todos. Si no, nos quemamos. (G1-Bizkaia).

La tendencia a responsabilizar y dejar en manos de unas pocas mujeres feministas dentro del colectivo identificar y trabajar sobre las cuestiones asociadas al sexismo y la violencia, genera frustración y desgaste por parte de las activistas. En el momento en el que el resto de la organización o colectivo decide que es hora de “hacer algo”, las personas que han estado impulsando que ha trabajado sobre ello puede encontrarse entonces desmotivado para llevarlo a cabo y/o liderarlo.

Nosotras, por ejemplo, estamos desarrollando un protocolo en el gaztetxe del pueblo, no solo de cara a las agresiones que puedan venir de fuera, sino para dar una respuesta a aquellas que pueden darse dentro. El grupo de mujeres que nos reunimos en el gaztetxe estuvimos debatiendo en su momento sobre la importancia del protocolo, intentando motivar y convencer a los demás... ese es el tema, tienes que estar detrás, hasta que los motivas, diciéndoles que es algo importante, etc... Eso es lo peor, que además de hacer pedagogía, tú eres la que tienes que motivarles a ellos. Después de años diciendo: Tenemos que hacer un protocolo, tenemos que hacer un protocolo..., al final todas las personas se han animado a hacer un protocolo. Hemos cogido la carga de guiar el proceso dos personas del grupo feminista, porque el resto no ha querido participar, están cansadas. Muchas veces estos procesos se dan fuera de tiempo, y también nosotras como sujetos feministas decimos, “no, no, este tiempo ya ha pasado” el protocolo yo lo estuve impulsando en 2014 y ahora estamos en 2017 ... yo como miembro de ese otro colectivo ¿tengo la obligación de participar en ese proceso ahora? Osea, ¡vete a tomar por saco! (G2-Gipuzkoa)\*

Por último, señalan que el hecho de que el trabajo frente al sexismo y la violencia no responda a un compromiso de la totalidad del colectivo y dependa de la voluntad de una parte, crea incertidumbre en cuanto a la continuidad del trabajo.

En nuestro proyecto sí que hemos trabajado sobre la violencia sexista, pero diría que tiene relación con las personas que han estado en el proyecto. Las personas que han estado hasta ahora, y una en concreto, tienen especial sensibilidad sobre el tema, y hemos llevado adelante varias iniciativas de corte feminista: un documental... Creo que hay que tener especial cuidado con estas cosas, porque, si las personas cambiaran, no sé si habría el mismo grado de compromiso con este tema. No es algo que el colectivo haya interiorizado como un compromiso de trabajo interno” (G2-Gipuzkoa)\*

En segundo lugar, muchas organizaciones han emprendido un proceso de *diagnóstico interno* para determinar las necesidades y medidas a tomar de cara a la gestión de las relaciones de género. Se trata de una decisión que involucra (o debería involucrar) a la totalidad del grupo, y que presupone un compromiso a medio-largo plazo por parte de sus integrantes:

Efectivamente, fruto de una reflexión colectiva hemos iniciado un *diagnóstico*, complejo, por la variedad de corrientes que existen dentro de la organización. Estamos en una fase de transición de lo que queremos que sea el partido, en base a lo que los planteamientos feministas requieren en cada área en la que se está trabajando: la estructura, órganos de decisión, en las propias áreas de la organización... hicimos primero un diagnóstico de lo que había, que no era nada favorable evidentemente, y luego que se quería conseguir. El proceso ha sido aceptado y se está llevando adelante otra cosa es como se va luego a materializar. Ahora estamos en pleno proceso, en el cual se han determinado una serie de fases para avanzar y dado que queremos ser una organización feminista, lleguemos a un mínimo denominador común para empezar desde ahí a transitar. (G1-Bizkaia)

Algunas activistas señalan de forma crítica el hecho de que las organizaciones recurran a grupos externos *semi* o profesionalizados a la hora de liderar estos procesos, que en el caso de organizaciones que dependen de fondos públicos, pueden estar subvencionados. Las críticas son, mayormente, fruto del proceso de institucionalización de estos grupos, que pueden instrumentalizarse como un “lavado de cara” para la organización; la excesiva burocratización, el intento de evitar o rebajar la incomodidad que hacer aflorar cuestiones de índole interna puede suscitar en el colectivo, y, por último, es considerado un síntoma de la incapacidad e inhabilidad del colectivo para generar y liderar procesos internos.

Creo que una parte del feminismo institucional ha hecho un daño terrible, y luego otro daño han sido estos Masters de género en los que de repente todo el mundo sabe de lo que está hablando, ¿no? Y la gente, pues lo que dice ella, ¿no? Creen que lo van a arreglar, cuando es desde nuestros propios colectivos que tenemos que ser capaces de gestionar estas cuestiones. (G2-Gipuzkoa)

Entonces, lo que pasa para mi es ese fenómeno de formadoras, que vienen de fuera, se están profesionalizando esas formaciones... Hay gente que se está profesionalizando, se lo está tomando como un trabajo, hay gente que está cobrando por ello, no es porque está cobrando, es, porque se está profesionalizando... y los grupos, estamos cogiendo esa dinámica de que cuando hay un problema traer a alguien que nos de la xxx y muchas veces, hay gente en nuestro propio pueblo, o colectivo, que tiene herramientas y que nos puede ayudar. Pero muchas veces, fuera de tiempo, y si no tienen ganas de ayudar, tenemos que asumir, no tenemos... nos fastidiamos” (G2-Gipuzkoa)

A mí me parece que el primer diagnóstico, como todo en la vida, es como decir que me interesa muchísimo cualquier tema, y si yo no le dedico tiempo y recursos, les puedo estar vendiendo neveras a los esquimales. Es que ahora

en las organizaciones estamos hasta el culo de diagnósticos, además hay que ver hasta qué punto corresponde eso con el tema discursivo y que queda de puta madre...que tenemos esto hecho, ... luego también hay intereses, porque también hay organizaciones y personas que se dedican a hacer estos diagnósticos, que a su vez a lo mejor también están dentro de nuestra organización, *osea*, que hay bastante mierda por detrás de este tipo de procesos, y que a veces se sacan cosas muy buenas y otras veces me parece que es un poco pantalla, para decir que hacemos cosas. (G1-Bizkaia)

Frente a estas críticas, se subraya la necesidad de habilitar procesos que sirvan para mirarse hacia dentro y enfrentar la incomodidad, hacer autocrítica, y generar mecanismos de autogestión ajustados a la lógica y ritmos de cada organización.

...tenemos que ser honestas con nosotras y con nuestras organizaciones. Sabemos en que ocupamos el tiempo y las cosas que hacemos. Antes de entrar en palabras mayores creo que es necesario mirarnos a nosotras mismas en el día a día, porque se pueden hacer cosas...(G1-Bizkaia)

Ahora estamos en pleno proceso, en el cual se han determinado una serie de fases para avanzar y dado que queremos ser una organización feminista, lleguemos a un mínimo denominador común para empezar desde ahí a transitar. (G1-Bizkaia)

En este proceso, las *alianzas estratégicas con colectivos feministas* puestas en práctica por diferentes organizaciones mixtas, constituyen una herramienta fundamental para acelerar los procesos reflexivos y la implementación de herramientas efectivas:

Entonces, ha dado un giro brutal, el cómo abordábamos antes las violencias y como lo hacemos ahora, vemos más lo que sucede en EH y estamos mucho más involucradas en la lucha. Y lo de sexistas, machistas... le ha dado un giro cerebral a media organización... (G1-Bizkaia)

Mi opinión *superultrapersonal* es de acabar de llegar a trabajar en una organización, que tiene como aliada a la Mundu Martxa... Eso, hace unos años, era imposible. Y eso es una apuesta del equipo de aquí, de Euskadi. No porque la organización en otras escalas haya hecho un trabajo feminista. El trabajo que se ha hecho desde la Mundu Martxa está muy valorado e introyectado en la sociedad... (G1-Bizkaia)

La reflexividad interna y la creciente conciencia en torno a la necesidad de implicación y asumir responsabilidades lleva a las organizaciones a crear herramientas concretas, como es el caso de los *protocolos contra las agresiones*. Los colectivos han reaccionado en primera instancia a la violencia que se ejercía y ejerce *fuera* de los espacios de transformación social, a través del apoyo y

participación en concentraciones y manifestaciones organizadas por el movimiento feminista, o la generación de protocolos que buscan posicionarse de forma ordenada cuando se denuncia una agresión o un caso fuera del colectivo.

Ahí creamos un protocolo que tiene que ver con cómo actuamos como organización hacia fuera en casos de violencia sexista, basándonos en el protocolo de la Mundu Martxa. (G1-Bizkaia)

Sin embargo, la realización de un protocolo que establezca cual va a ser el comportamiento de la organización cuando la denuncia se da en el seno del colectivo, o entre dos miembros de las comunidades activistas, es un salto cualitativo que poco o nada tiene que ver con el anterior. En el mejor de los casos, los protocolos internos son fruto de un proceso colectivo de reflexión y consenso no exento de dificultades, “hacer un protocolo para un colectivo mixto es muy difícil...” a pesar de lo cual, “es algo que hay que hacer” (G2-Gipuzkoa).

En aquellas comunidades activistas en las que se han llevado a cabo debates y procesos sobre la gestión de la violencia sexista, una de las primeras medidas contempladas es la necesidad de dar espacio, voz, y credibilidad a la persona agredida, “(l)a persona agredida tiene el poder de definir lo que le ha pasado, y su versión es incuestionable” recuerda el fanzine *Torres más altas se han visto caer* (Anónimo, s/f). En esta línea, Jokin Azpiazu recoge que los protocolos que se han redactado y consensuado en el País Vasco, se procedimenta “la realización de una escucha activa y respetuosa hacia la persona que ha vivido una agresión” (2017:104). Los protocolos incluyen además medidas contra el agresor que pueden prescribir su expulsión de los espacios de militancia y ocio, además de un trabajo – que no se concreta- que evite la reincidencia. Para que este trabajo se dé, en primer lugar, es necesario que el agresor se reconozca como tal; y, en segundo lugar, que tenga voluntad de llevar adelante dicho trabajo.

El protocolo es muy duro con el agresor, pero porque debe ser así. Nuestro sector ideológico ha sido siempre muy cerrado, como un gueto...los agresores son expulsados no solo de la organización, sino de todos los espacios que frecuentan las personas que la componen. Es necesario además un trabajo enorme con esa persona, y luego si ella no quiere, pues... te has quedado sin tu entorno.” (G3-Araba)\*\*

El trabajo con el agresor se ha hecho, pero esa persona debe tener voluntad para ello. (G3-Araba)\*\*

Sin embargo, la expulsión del agresor de los espacios en los que el o los colectivos frecuentan no es sinónimo de haber desterrado el problema, y así lo refieren las participantes en sus reflexiones. Lo contrario, tal y como recuerda una de las participantes en los grupos de discusión, redonda en una consideración de la violencia como hechos puntuales y aislados.

En unas fiestas aparece el típico gilipollas de turno, aplicamos el protocolo anti-agresiones y lo echas. ¡Guay, victoria! Porque te has dado cuenta de que es eso lo que debes hacer, y encima te has empoderado para tener el valor de echar a ese tipo. Aunque sea el crack de la barraca. Bien, triunfo de una noche. ¿Y luego qué? Porque ese tipo sigue estando ahí, sigue teniendo la misma actitud, y nosotras también seguimos teniendo la misma, y luego como haces eso de una forma constructiva, porque esto sigue siendo una caza de brujas (...) Creo que la violencia se sigue viendo de forma muy aislada. (G2-Gipuzkoa)

Había que hacer un cambio realmente profundo. Había un protocolo anti-agresiones desde hacía tiempo, y es el que hemos continuado teniendo. Si alguien denunciaba entre militantes automáticamente se iba fuera, y además no podía estar en nuestros espacios, no solamente en las reuniones o manifestaciones, sino en el poteo, etc... para ello ha habido algunas garantías y está bastante claro. Pero, aparte de eso, se veía que había que hacer un trabajo mucho mayor. Trabajar otros elementos. (G3-Araba)\*\*

Las activistas insisten en la importancia de los protocolos no sean contemplados como un fin en sí mismo, y advierten de la necesidad de dotarse de las herramientas necesarias para poder aplicarlos de forma efectiva. Tal y como señala Matxalen (E1): “tener un protocolo no quiere decir que estemos preparadxs para aplicarlo”. La falta de compromiso real, las relaciones afectivas que se generan dentro de los colectivos, así como la presión social para salvaguardar la cohesión del grupo son algunos de los obstáculos más habituales.

Damos talleres para esos protocolos... claro, una cosa es la teoría, y ahí no está nadie en contra, ¿pero luego eso qué significa? ¿Qué medidas tenemos que tomar y qué cosas hay que hacer? Es ahí donde surgen los conflictos: todas estamos de acuerdo en que el protocolo se debe hacer, pero cuando éste se pone en marcha, ¿Quién va a la concentra? La gente se queda en las txoznas cumpliendo su turno. ¿Es o no es una prioridad? (G3-Araba)\*

(...) haces protocolos contra agresiones sexistas donde implicas a gente de tu colectivo, no para unas fiestas para el borracho de turno...o acto concreto, o un protocolo para el estereotipo de violador... No, lo haces para el que está a tu lado, que es tu compañero de militancia, que se propasa, y si se propasa qué tipo de violencia, vamos a categorizar las violencias sí o no... y ahí se ve un abismo entre lo políticamente correcto o el discurso ya aprendido de “sí,

sí, tolerancia 0, nada de prácticas sexistas...” bueno, vale, vamos a pensar que tú o un compañero hace algo de este tipo, ¿no? Ahí se ven mucho las resistencias para entender que una agresión es una agresión, la hagas tú o el de más allá. Yo veo ahí las dificultades (...) ahí se ve un abismo entre lo políticamente correcto o el discurso ya aprendido de “sí, sí, tolerancia 0, nada de prácticas sexistas...” bueno, vale, vamos a pensar que tú o un compañero hace algo de este tipo, ¿no?” (G1-Bizkaia)

Algunas de las participantes sostienen una posición muy crítica sobre esta herramienta. Una de las participantes en los grupos de discusión, reconoce que en su colectivo “(n)o tenemos un protocolo contra la violencia, aunque se lo pedimos a las empresas. Aunque somos muy cuestionadoras, también, de los protocolos, yo no tengo nada claro el tema de los protocolos” (G1- Bizkaia). Entre las dudas en torno a la idoneidad de dicho mecanismo se encuentra el hecho de que se reproduzcan muchas de las características y formas de actuación del sistema institucional, como es la distancia y generalización frente a la heterogeneidad de discursos, escenarios y agresiones posibles. Dado que los colectivos y organizaciones constituyen, más allá de un espacio de trabajo o activismo, grupos de afinidad, confianza y amistad, la mera trasposición de mecanismos adaptados a espacios con otras características -muchas veces antagónicas a las de los colectivos- pierde sentido y efectividad, mientras que profundizar en el cuidado diario de las personas y espacios que forman parte de la actividad política del colectivo puede redundar en mejores resultados.

A veces los protocolos crean una distancia, son muy fríos también... están en general para situaciones de violencia extrema o en contextos como pueden ser el del trabajo, donde no ha habido debate previo ni se esté trabajando con otros planteamientos de vida, sociedad y demás...podrían funcionar, pero no están funcionando asique algo estará mal. No estoy en contra de los protocolos, para nada, pero entonces vamos a bajarlos a la realidad de cada uno” (SC3)

Yo estoy viviendo en mi colectivo la experiencia de realizar un protocolo, y no estoy de acuerdo con que se castiguen ciertas actitudes *que los hombres tienen...* creo que nosotras también nos tenemos que plantear que entre las mujeres reproducimos relaciones de poder en los espacios mixtos. Dices esto y parece que “no eres de las nuestras...” y no es así, (...) Conozco otras experiencias de protocolos menos punitivos, que acompañan más...la historia es con cuales nos quedamos, y no asumir a una sola voz que por ser todas mujeres y vivir las desigualdades dentro del mismo colectivo pensamos todas igual. (...) No puedo meter en el mismo saco una mirada que es interpretada como la de un baboso o como parte de un *ligoteo* que anuncia que algo que puede ser deseado por las dos personas puede empezar ahí. Una misma actitud depende del cuerpo de quien sale y de quien la



recibe. Por eso me atraganta un poco lo del protocolo. Creo que los relatos tienen que ser escuchados con un mimo impresionante. Pero catalogar ya de por sí...es que, me voy a las instituciones... como está todo tan protocolizado desde el movimiento feminista hemos decidido que esto también se protocolariza...y yo, la verdad es que no lo veo, y además creo que estamos cayendo en un juego que no es el nuestro. No pretendo desprestigiar estos relatos, y que la gente lo viva así. (...) Creo que hay que hilar muy fino, porque los propios movimientos sociales tenemos que utilizar otras herramientas que no sean las del capital. Y yo creo que este tipo de protocolos son herencia de la sociedad en la que vivimos, y nos tenemos que plantear otras cosas. Creo que tenemos que cuidar lo importante, no lo urgente. (...) ir a cuidarnos más en cada reunión, que también sirve para saber de dónde partimos, que biografías tenemos... (SC-1)

Lo que vamos a intentar hacer es crear un espacio de diálogo con aquellas personas que deben tratar con él, y darles una serie de herramientas que puedan utilizar dependiendo de lo que cada una de esas personas se vea capaz de hacer. Cosas pequeñas como que, si sabemos que esa persona come los tiempos de los demás en las reuniones, todas van a ser conscientes y saltar en cuanto lo haga. Se va a hacer un protocolo interno, pero no oficial. Nosotras –yo soy parte del grupo de “parekidetasuna” les vamos a dar herramientas que lo necesita, pero no vamos a ser nosotras las que vayamos con un decálogo, diciendo “te has portado mal”. Estamos cambiando de estrategias e intentando mejorar. (G2-Gipuzkoa)

A pesar de las críticas, las activistas señalan la necesidad de establecer ciertas garantías en el proceso de gestión de una agresión, entre las que se encuentra la adecuada atención a la agredida a través de una escucha activa que no situé en el mismo plano (y espacio) la versión del agresor; la gestión y respeto de los tiempos de respuesta por parte del colectivo; o el establecer consecuencias respecto a lo sucedido y cumplirlas. Para ello, proponen formatos menos directivos, como puede ser un “manual de buenas prácticas”.

Me parece importante tener procedimentada la atención a la víctima... si no igual te plantan delante de tu agresor para que tengas una conversación con él... (SC1)

Sí protocolizaría los tiempos de actuación, por ejemplo: una semana para hacer una asamblea de tal... no sé muy bien, pero no directamente ya de como castigar... un manual de buenas prácticas. Y si los actos tienen que tener unas consecuencias radicales que las tengan.” (SC4)

Se trata, en cualquier caso, de un debate abierto y vivo dentro de las comunidades activistas del País Vasco, del que merece la pena ir recogiendo los aprendizajes y la experiencia acumulada.

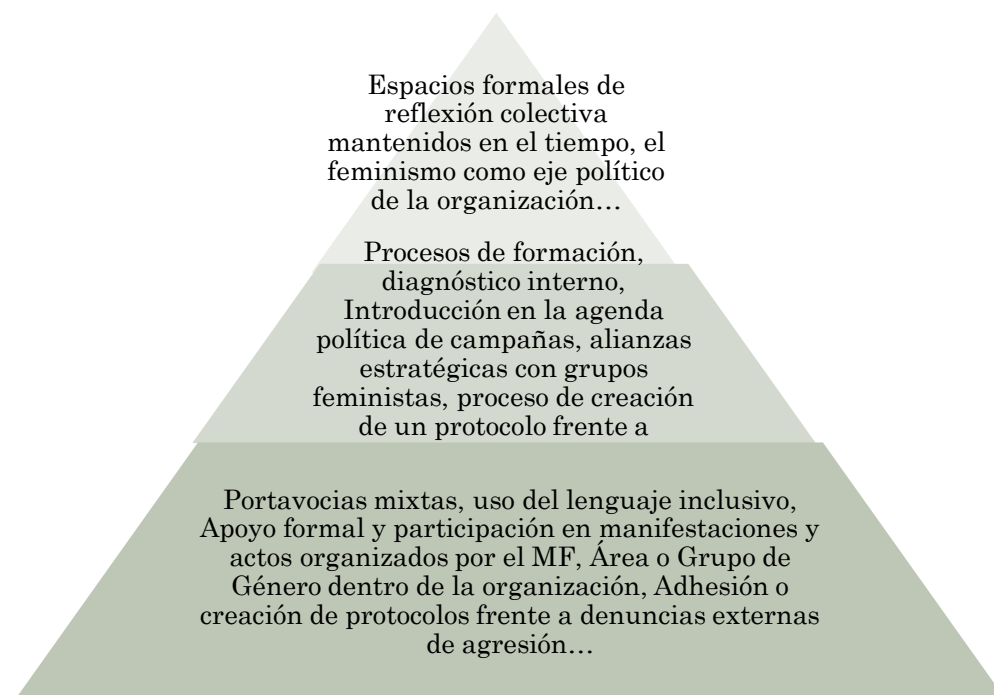
La última herramienta a subrayar dentro de este subapartado es en realidad un proceso de trabajo interno, o de *cambio organizacional*, que requiere del compromiso de todo el colectivo. El objetivo del mismo es crear un espacio formal de reflexión para trabajar todas aquellas dinámicas y relaciones que reproducen relaciones de género, desde lo estructural a lo individual. Se trata de procesos sostenidos en el tiempo, en el que intervienen diversas herramientas, entre ellas, algunas de las que ya hemos mencionado. El trabajo redonda en un mayor compromiso con las políticas de género, y/o en alianzas con el movimiento feminista.

Llevamos muchos años haciendo un “cambio organizacional pro-equidad de género” que es algo muy profundo y del que no podemos hablar. Está costando tres años sacar el diagnóstico, pero está interpelando muchas cosas y muy gordas de la organización. Es brutal, porque ves a “los señores” y algunas “señoras” moverse, porque estamos entrando en unos debates en torno a las creencias compartidas y todas estas cosas que se trabajan. (G1-Bizkaia)

...llevamos siete años con una apuesta clara y para muchas de nosotras el día a día es trabajar en una campaña contra las violencias machistas. Al principio de todo sí que aparecía la cuestión de que éste no era nuestro tema, sino del feminismo... pero hemos realizado un trabajo para que la violencia este dentro de la agenda de otras ONGs y hemos llevado a cabo distintas iniciativas: en ellas escuchas “Pero si somos una ONG, pero si somos un Sindicato...” dentro de la campaña ha sido importante no solo tomar conciencia nosotras sino implicar a otros colectivos.” (G3-Araba)

Una vez presentada cada una de estas herramientas, creo interesante realizar una reflexión gráfica desde el punto de vista del compromiso adquirido por los colectivos. Ciertamente, condicionan la intensidad del mismo otros elementos y factores, algunos de los cuales ya hemos mencionado. En la base de la pirámide (Figura 1) se encuentran aquellas *acciones puntuales y/o que involucran a una parte del colectivo*. Se trata, en general, de las primeras medidas que los colectivos emprenden a la hora de incorporar la perspectiva de género y feminista a su práctica diaria. El siguiente bloque de acciones y herramientas requiere mayor grado de compromiso y dedicación por parte de los colectivos, así como que éste sea asumido por un mayor número de integrantes. En la cúspide se encuentran aquellas dinámicas o *procesos de trabajo y reflexión internos que requieren el compromiso de la totalidad del colectivo*.

**Figura 1:** Herramientas y grados de compromiso colectivo.



**Fuente:** Elaboración propia

Las características que comparten las organizaciones que, digamos, “han llegado hasta aquí” son, más allá de dicho compromiso fundamental, una larga trayectoria de trabajo feminista, el haber politizado las relaciones interpersonales o el cuestionamiento y puesta en marcha de nuevos modelos de activismo. Me detendré en estos y otros factores en el siguiente subapartado.

### **c. Factores**

Una vez ha habido un reconocimiento más o menos compartido entorno a la reproducción del sexismo y la violencia dentro de los colectivos (*capacidad*), y cierto consenso en torno a la necesidad de poner en marcha mecanismos para prevenir y gestionarla (*voluntad*), el colectivo enfrenta el proceso de diseño e implementación de medidas colectivas para hacerle frente.

Las activistas señalan *el tamaño del colectivo* como uno de los elementos que pueden condicionar la efectividad del trabajo y los procesos. La activista considera que el trabajo en colectivos u organizaciones pequeñas resulta más efectivo:

Al ser grupos pequeñitos, si machacas mucho, a nada que la gente esté un poco concienciada y abierta, son cambios muy gratificantes. Porque si hay sensibilización y lo que tú les cuentas cala, y se apropian de ello, lo hacen suyo... es algo que tiene mucha fuerza. Me acuerdo de un ejemplo: Un día dije “Jo, gente, y si en vez de en masculino escribimos... no en femenino, sino pensando en *personas*” costaba mucho, y sin embargo ahora, no se plantea escribir en masculino. Entonces, sí que se han creado mecanismo, y creo que ha ayudado mucho en los dos casos en los que pienso, el hecho de que sean grupos pequeñitos. Creo que, en grupos más grandes, si no hay gente suficiente de tu línea, se pierde mucha fuerza. (G1-Bizkaia)

En el caso que describe arriba, la medida no implica en sí (o no tiene porqué implicar) demasiada conflictividad, y efectivamente, el hecho de que sea planteada en un grupo de trabajo pequeño y más o menos bien avenido hace que la efectividad de su aplicación sea más rápida y evidente. Sin embargo, nos preguntamos si ante un caso de agresión sexista, en el que aparecen directamente implicadas las relaciones personales que existen dentro del colectivo, el hecho de que se trate de un colectivo pequeño pudiera ser beneficioso o no.

Un segundo factor mantiene relación con *la necesidad de gestionar la heterogeneidad* o variedad de discursos que coexisten dentro de las organizaciones y colectivos. Las Afines (2007) han reflexionado previamente sobre esta cuestión, subrayando como la búsqueda de consenso en estas circunstancias -aspiración habitual en colectivos de carácter asambleario- supone un error de partida:

Cuando lo que se prioriza por encima de todo es el consenso, en un grupo donde más de la mitad no tienen siquiera una reflexión propia previa y cuyo discurso pasa por simplificaciones precocinadas propias de cualquier telediarario, y además estas opiniones se ponen a la misma altura que discursos fundamentados y sensibilidades desarrolladas a partir de un trabajo previo, entonces, nos dejamos arrastrar por la tiranía de lo mediocre, que conseguirá desvirtuar los argumentos y rebajar el discurso a un nivel de mínimos. Encadenar palabras grandilocuentes no significa articular un pensamiento elaborado. (Las Afines, 2009:30)

En efecto, no todas las personas que integran la organización tienen el mismo nivel de sensibilización, formación y compromiso para trabajar sobre las formas de reproducción del sexismo y la violencia, cuestión que pone en peligro la calidad del debate y, en consecuencia, la efectividad de la implementación de medidas:

En un debate con personas que no tienen la misma formación, ni los mismos intereses, ni la misma preocupación básica hacia el colectivo, no estamos en igualdad de oportunidades para crear un protocolo... a mí, estar discutiendo si el baboseo es una agresión sexista o no, en un colectivo de izquierdas, ...es muy duro, y cuando toda la campaña de ese verano ha sido “baboseo no” “no es no...” Toda la campaña mediática era esa, y que, en tu colectivo, ciertas personas aún se cuestionasen eso... (G1-Bizkaia)

Y lo que pasa es que ahora el colectivo se está polarizando: gente que realmente lo ve, que quiere trabajar en ello, y con fechas, con plazos... que quiere traer gente de no sé dónde para que la gente que lo vea... -risas por la crítica habida en el grupo frente a esta tendencia-, gente que quiere aprender de todo el material que está saliendo ahora al respecto, y que está vivo... y otra que dice ¿Qué pasa ahora?, ¿qué es esto? Ésto es un asunto personal entre esas personas y no tiene nada que ver conmigo. (G2-Gipuzkoa)

La necesidad de reconocer la agresión se ve atravesada por las resistencias a romper la dicotomía “nosotros-los otros”, que implica, a su vez, admitir que la violencia es un fenómeno estructural que nos afecta a todas. Las *relaciones interpersonales y afectivas* que se generan como consecuencia de la pertenencia al grupo son, sin duda, de una de las mayores resistencias y obstáculos a la hora de gestionar procesos internos.

Piden ayuda para denunciar porque es difícil, y se atraviesan muchas cosas. Están las relaciones afectivas y afectivo sexuales. (Matxalen E1-Movimiento feminista y Vecinal)

Creo que los casos de parejas son los más difíciles de gestionar dentro de los colectivos, conozco otros colectivos, fuera del País Vasco, que tienen unos *pifostios* por temas de parejas y relaciones personales... ¿a qué se expone el colectivo cuando pasan ese tipo de cosas? (G3-Araba)

Vernos obligadas a reconsiderar nuestra posición y afectos respecto al agresor, e incluso hacia el colectivo, se convierte en un incómodo obstáculo que no todas las personas están dispuestas a enfrentar.

Ha habido casos en los tres territorios, yo aquí conozco un par de ellos y muy polémicos, porque había amistades de por medio, y unas resistencias impresionantes... no es lo mismo decir, “sí, hay violencia sexista” o decir “es que, mi amigo...” (G3-Araba) \*

La propuesta feminista pasa por la necesidad de politizar las relaciones, es decir, recordar una vez más que aquellas que se establecen en nuestros espacios no son igualitarias, sino que obedecen a diferentes dinámicas de poder, entre ellas, las relacionadas con la cuestión de género.

Como hacemos las cosas...Nuestras relaciones, los problemas que tenemos entre nosotras, si no politizamos las relaciones y los procesos... puede que esté en la agenda, pero a un nivel discursivo solamente. O tenemos en cuenta esto, o no seremos una organización feminista. (Matxalen E1-Movimiento Feminista y Vecinal)\*

Otro factor a tener en cuenta es el *modelo de militancia hegemónico* y los valores asociados al mismo.

...yo estoy cansada de asambleas hasta las diez de la noche... nos falta, y también en mi vida, hacer un cuadrado de las horas que meto, no meto... y la organización también... porque el tema gordo es conciliación, no parches, sino hablar del modelo de sociedad que tenemos, ¿no? Siempre son salidas individuales cuando es un tema de modelo social. El modelo de militancia heroica que tenemos no quiere que nos cuestionemos esto, porque nosotrxs somos imprescindibles, vamos a salvar a Euskal Herria, y a la clase trabajadora... hay como una cuestión “heroica”, muy masculina, que las mujeres también reproducimos –pero no me quiero pasar con esto porque son “ellos” sobre todo. (G1-Bizkaia)

Tal y como apunta Matxalen (E1) “las cosas han empezado cambiar” y, si bien nuestro propósito aquí no es realizar un análisis profundo de todas las causas que están promoviendo dicho cambio, sí nos interesa observar aquellas pautas que pueden favorecer u obstaculizar una inclusión efectiva de la lucha contra el sexismo y la violencia sexista dentro de la agenda política del colectivo.

La Fundación Joxemi Zumalabe (2014) apunta que el hecho de que hoy en día la militancia aparezca ligada a la construcción de la identidad individual como una forma de emancipación y enriquecimiento personal puede hacer que se convierta en una cuestión central en nuestras biografías: “las relaciones, las amistades, los ligues... es una forma de estar en el mundo, una forma de relacionarse, de sentir” (2014:21)\*. Sin embargo, existe cierto desequilibrio entre la implicación y compromiso que demanda nuestra identidad militante y otras identidades que nos conforman como individuos/os. Este desequilibrio a su vez, puede derivar en fricción. Así, desde la fundación observan la pérdida de fuerza del modelo relacionado con el sacrificio (“hay que hacerlo”, “toca hacerlo” ...) frente a un

modelo en el que los intereses colectivos no acaben con los individuales. Es decir, un paradigma conectado con las necesidades y cuidados de las personas. Tal y como explican algunas de las participantes de los grupos de discusión.

Y yo, si estoy en este punto, es porque cada vez me doy más vacaciones. Ser feminista todo el rato es muy cansado, y a veces puede ser muy doloroso. Creo que a veces es útil desconectar y reconectar con otras cosas, las amistades, la naturaleza, por ejemplo. Y creo que eso estaría bien llevarlo al interno de nuestras organizaciones. También cambiar todo el tema que comentaba xxx del “heroísmo” de quién saca todos sus proyectos, de quién va a todas las coordinaciones... yo no quiero ese modelo para mí. Y no quiero tener que estar dando explicaciones dentro de mi grupo de por qué no voy a la *concentra*. (G1- Bizkaia)

La Fundación Joxemi Zumalabe señala otros elementos, entre los que se encuentran los cambios en la disponibilidad y usos del tiempo, la conciencia entorno a la importancia de las relaciones personales en la sostenibilidad de las organizaciones y colectivos, o las consecuencias del sistema sexo-género. Al hilo de este último factor, las activistas denuncian como los referentes de militancia y activismo en el País Vasco han sido y continúan siendo mayoritariamente hombres. Éstos encarnan, además, valores masculino-hegemónicos que luego se reproducen dentro de las organizaciones y colectivos.

En el movimiento Internacionalista el imaginario ha sido desde siempre muy masculino, los revolucionarios siempre han sido hombres, y aquí en Euskal Herria igual, el “señor Walter” y los hombres barbudos... Esto hay que cambiarlo sí o sí. (G3-Araba)\*

...quienes son nuestros héroes y heroínas, el Ché Guevara... un hombre dedicado a la causa... modelo clásico militante de los 80... que se pasa la vida en las asambleas y por supuesto no cuida a nadie... le hacen todo, o le da igual, y así el mundo no sobrevive... (Ana G1-ONGD)

Muchas veces se nos ha criticado trabajar en exceso sobre feminismo. Es una herramienta del Movimiento XXX y es verdad que hay bastantes temas que tienen relación con el feminismo... la propia imagen del proyecto, el color... se ha criticado que no es suficientemente *borrokalaria*... (G2-Gipuzkoa)\*

La crítica feminista a este modelo apunta a lo estructural como única vía que permite realizar un verdadero cambio en la correlación de fuerzas. Dicho modelo se centra en la calidad del proceso, las relaciones, las emociones y los cuidados.

...y ahí se hacía... “efectividad *versus* afectividad, y como todo hay que hacerlo muy deprisa, tienes que estar al 100% ... es una tradición de militancia... con mucha disciplina, militar. Venía de ese imaginario, muy masculino, en el que las mujeres que han participado han sido muy pocas, y yo creo que en esta nueva organización se le está dando un poco la vuelta a eso. (G3-Araba)\*

...todo el rollo del individualismo heroico: si yo soy una máquina, estoy *nosecuantas* horas en el ordenador, saca todo, se come ocho proyectos y le aprueban los ocho, y no sequé... sí, lo del trabajo en equipo suena muy bien, pero... si te haces tú sola 8 proyectos y te los apruebas... (guiña el ojo, irónica...) ¿De qué tipo de modelo de vida hablan esos valores? ¿Qué tiene eso de feminista? (G1- Bizkaia)

La apuesta por este tipo de cambios dentro del modelo de militancia y activismo están dirigidos a romper dicotomía público-privado y redefinir *lo político*. Se trata de un proceso en marcha que, si bien ha generado ya ciertos cambios, necesita lograr un mayor desarrollo a través de la inversión de tiempo, recursos, influencia y/o, advierten las participantes, mayores cuotas de poder por parte de las mujeres feministas.

Sí ha habido un cambio en la forma de militar, un empoderamiento. Pero no sé si luego hemos acertado llevándolo a nuestra cotidianidad y profundizando en él. (G2- Gipuzkoa)\*

Son incoherencias que para ir solventando necesitamos tiempo, recursos, tener influencia dentro de los espacios de toma de decisiones para poder establecer prioridades políticas (...) me moriré y no se habrá caído el patriarcado ni el capitalismo, pero ya estoy tranquila porque conozco mis límites. Yo creo que hay unos avances de la ostia. El grupo de hoy, y que cada vez estamos más en muchos espacios, que nos saliera lo de Donosti (Jornadas) es porque somos muchas y diversas, y no tenemos porqué ser amigas, tenemos como pactos de confianza, bastante importantes. Eso no quita que también tengamos unos cristos del copón. Como somos feministas, y estamos intentando crear y cuidarnos... y es duro... pero estamos inventando cada vez más mecanismos emocionales para aprender a cuidarnos. Yo en el feminismo y en la Mundu Martxa estoy como en casa, pero claro, eso llévalo a una organización mixta... pero dentro del sindicato, cada vez tengo más aliadas también. (G1-Bizkaia)

Las activistas advierten de que, en algunos casos, la exigencia de trabajo profeminista y la implementación de medidas concretas frente al sexismo dentro de las comunidades activistas han llegado a poner en cuestión el modelo de militancia tradicional masculino hasta tal punto, que han conseguido el efecto contrario: la



creación de espacios incómodos para los hombres que buscan dicho ideal de militancia política, y en los que éstos no se reconocen.

Creo que el cambio en la praxis del colectivo ha descolocado a los tíos y no se sienten cómodos. Ahora hay menos confrontación, se aboga más por trabajar en conjunto y por hablar entre diferentes posturas. Las tías podemos ser muy cabezonas también, pero yo creo que sabemos escuchar mejor que los tíos. Hay además un cambio comunicativo: a través de la marca, la tipografía, el discurso... todo ello contribuye a que haya cada vez menos tíos que se identifiquen y estén militando en el colectivo. Te vas a otras organizaciones y es justo lo contrario. (G3- Araba)

Sin embargo, estos casos son los menos. Para ir caminando hacia un modelo de transformación, la necesidad de contar con referentes de lucha y militancia que encarnen otro tipo de valores resulta primordial. La existencia de referentes y liderazgos de mujeres y feministas ha sido y es, defienden, un factor fundamental a la hora de llevar a cabo procesos con mayor éxito.

En nuestro caso concreto fue muy importante el hecho de que desde el inicio de la organización hubiera mujeres feministas. En el trabajo internacionalista la idea era clara: apoyar al movimiento feminista, sobre todo centroamericano, luego se fue extendiendo... y estaba en los estatutos. (G3-Araba)

Matxalen (E1) advierte de que el trabajo sobre la violencia no suele emprender hasta que la denuncia le “explota” en las manos al colectivo. Por ello el *trabajo previo entorno al feminismo* constituye un factor fundamental a la hora de emprender una respuesta más efectiva frente a los casos de agresión. “En general, en el caso de la violencia no creo que el tema se trabaje hasta que hay un caso. Entonces se dan cuenta de que carecen de herramientas. Hasta la efectividad del proceso lo marca el trabajo previo sobre el feminismo” refiere la entrevistada.

En este sentido, las participantes que apelan a la genealogía feminista de su organización -y en concreto a las mujeres y compañeras que pelearon antes que ellas- a la hora de valorar los logros obtenidos en los últimos años:

No es casualidad que hubiera diez años previos de trabajo para poder llegar a incluir la violencia dentro de la agenda política de nuestro colectivo. Si no, no creo que hubiéramos llegado ahí de manera natural. Llevar tiempo detectando el sexismo en una organización, haciendo una reflexión y análisis más personal, de nuestras políticas, que tenían de género los titulares, pero no suficiente chicha... todo eso nos llevó a ¿cómo transversalizamos esto de forma cañera? Y una fue: definamos la violencia. Nos conecta con América

Latina, con las feministas de aquí, de allá... pongámonos a currar aquí, y aprendamos. (G1-Bizkaia)

El proceso feminista de este colectivo viene de un proceso anterior. Había algunas bases establecidas. (...) En este momento ha entrado el feminismo, y no hay vuelta atrás. Se han tomado garantías formales para ello, para las acciones y planteamientos que supusieran un retroceso. Hace poco se echó para atrás una ponencia que planteaba eso. (G3-Araba)

Dado que cada agresión, agredida y agresor pueden responder a perfiles diversos, no existe una única solución para todos los casos, y la efectividad de las herramientas concretas depende, en última instancia, del trabajo de sensibilización y formación feminista previamente realizado. Es por ello que se apela a la necesidad de flexibilizar y establecer procesos *ad hoc* que incorporen los aprendizajes colectivos.

Entre ellos, un punto de partida insoslayable: comprender y trabajar sobre la violencia sexista como una expresión más de violencia política. Dicha politización redundará en un aumento de posibilidades a la hora de generar procesos más efectivos para trabajar el sexismo y la violencia en cualquiera de sus expresiones de género. En tanto estructural, la erradicación de la violencia sexista exige cambios estructurales. Sin la politización de las relaciones personales que se generan dentro del colectivo, el cuestionamiento del modelo de militancia, o el trabajo constante de revisión y crítica feminista en nuestra práctica política diaria, la inclusión de la violencia sexista y violencias machistas en la agenda política del puede quedar (de nuevo) relegada al ámbito discursivo. Se trata, en suma, de romper con la dicotomía público-privado a través de un discurso acompañado de praxis política, en consonancia con las aspiraciones de transformación social que albergan las comunidades activistas.

El feminismo le está diciendo a la gente que entre nosotras también pasan estas cosas, que no somos islas. Y también creo que ha habido un cambio de estrategia y que el feminismo está más presente que nunca. Pero aún queda mucho por hacer. (Miren, 2015)

**IV.APARTADO:**  
**CONCLUSIONES**

## Capítulo 8: CONCLUSIONES: RETOMANDO OBJETIVOS.

En este último apartado nos centraremos en la exposición de conclusiones, en primer lugar, aquellas que responden a los objetivos establecidos para la investigación y, en segundo lugar, aquellos de carácter teórico-metodológico. A continuación, pasaré a enumerar algunos de los límites que rodean a la misma y, por último, apuntaré algunas líneas de investigación a futuro que considero profundamente interesantes y necesarias para ampliar el conocimiento entorno al fenómeno de la violencia sexista desde una perspectiva principalmente politológica.

### **a. Identificación y análisis de las resistencias que subyacen en el reconocimiento de la violencia sexista como violencia política dentro de las comunidades activistas del País Vasco.**

¿Se reconoce la violencia sexista como una forma más de violencia política dentro de las comunidades activistas del País Vasco? La heterogeneidad del escenario al que me he asomado me impide generalizar a la hora de apuntalar conclusiones al respecto. Mientras en algunos colectivos hablar de violencia sexista continúa siendo un tabú, en otros, la conciencia al respecto ha comenzado ya a dar sus frutos. Sería más correcto señalar que las comunidades activistas del País Vasco se encuentran inmersas en un proceso asimétrico de redefinición de “lo político”, en el que la creciente preocupación y actividad reflexiva ha generado nuevas posibilidades de conceptualizar la violencia sexista en términos de *violencia política*.

No obstante, frente a la tendencia que apuesta por la (auto)revisión de la praxis de los colectivos y el (auto)cuestionamiento de las relaciones de poder que se ejercen en los espacios de militancia, continúa habiendo fuertes obstáculos y resistencias. Ambas trabas responden a una lógica inmovilista que incapacita para el ejercicio crítico (en el sentido de que carece de recursos y/motivación para el cambio) y contribuye a la reproducción de las estructuras de opresión, obstaculizando cualquier intervención o respuesta en términos políticos. La negación, el miedo, la naturalización, el espejismo de la igualdad, o la deslegitimación del feminismo, son las principales resistencias que hemos identificado a lo largo del análisis de datos.

En cuanto a los obstáculos, aquellos que aparecen una vez existe un reconocimiento explícito del sexismo en el seno del colectivo, comienzan a ser nombrados y problematizados. La falta de recursos, no sentir las reivindicaciones feministas como propia, la jerarquización de las luchas, el discurso políticamente correcto, o la resignificación de los fundamentos feministas en base a los intereses masculinos, son algunos de ellos.

Dichas resistencias y obstáculos suponen un verdadero freno para los procesos de politización: la negación del sexismo y la violencia (en sus múltiples formas) al interno de las comunidades activistas conlleva la negación de la experiencia y voz de las mujeres. Esta negación se convierte en una dificultad añadida a la hora de identificar la discriminación y las agresiones que han sufrido en términos sexistas, y actuar en consecuencia. La posibilidad de hacer una relectura de lo vivido en términos políticos se ve, por tanto, afectada y se generan situaciones perversas que devienen en una mayor indignación y frustración por parte de las agredidas.

Por otro lado, e igualmente importante, negar la reproducción del sexismo y la violencia nos lleva a no crear las condiciones necesarias para enfrentarla. Lo cual no quiere decir que su aceptación esté exenta de obstáculos. Tal y como hemos señalado, dentro de los colectivos mixtos nos encontramos con cierta apropiación banal del discurso e identidad feministas, y sus infructuosas consecuencias. La identificación con grupos, organizaciones, o con el feminismo como movimiento social, no implica poseer una “conciencia” feminista o emociones feministas. La *subjetividad feminista* no es meramente discursiva, sino que está compuesta por múltiples elementos. Así, el hecho de que muchos colectivos y organizaciones se hayan apropiado de un discurso feminista como parte de su identidad colectiva y política no conlleva una interiorización a otros niveles. Dicha identidad está, en la medida en la que se constituye desde una posición discursiva y no interpela a lo estructural, destinada a entrar en conflicto con la propia identidad y praxis política del colectivo. La afección a los postulados feministas, y la acción política resultante, no responde a ninguna forma de apropiación identitaria, sino más bien a la determinación y voluntad de las personas que componen dicho colectivo, condicionadas a su vez por su subjetividad feminista.

## **b. Análisis de los casos de violencia sexista de las mujeres que han**

**formado o forman parte de las comunidades activistas del País Vasco, así como de sus itinerarios de empoderamiento.**

Frente al peso del imaginario social -aquel que otorga una serie de cualidades y características específicas a las mujeres maltratadas, a los maltratadores, o que coloca la posibilidad de maltrato en unos espacios y no en otros- y a través de la reflexividad y las voces de las activistas que participan en la investigación, el análisis del fenómeno dentro de las comunidades activistas ha ofrecido la oportunidad de crear un relato alternativo con el que desmontar mitos y estereotipos. Se han demostrado los efectos negativos que el imaginario construido por el pensamiento heteropatriarcal tiene a la hora de identificar una relación en términos de abuso y, por ello, la importancia de ampliar el conocimiento sobre las implicaciones y mecanismos del fenómeno de la violencia sexista, cualquiera que sea el escenario en el que se reproduce. Una mayor consciencia sobre el funcionamiento y expresiones del maltrato, aumenta las posibilidades de identificarlo y enfrentarlo, bien por parte de las mujeres que lo sufren, bien por parte de la sociedad en su conjunto.

¿En qué consiste o cuáles son los elementos más significativos de este relato alternativo? *En primer lugar*, frente al mito de la pasividad y la despolitización, la investigación nos ofrece distintos perfiles de mujeres que han sido victimizadas y que no obedecen a dicho estereotipo. Si bien no todas las activistas que han participado en la investigación han compartido dentro de sus espacios de militancia lo sucedido, o denunciado a su agresor, todas han atravesado por un proceso de resignificación de su vivencia, calificando el mismo como de aprendizaje y empoderamiento.

Las activistas han desarrollado diferentes estrategias para hacer frente y resistir a las relaciones de maltrato, y, lo que es más específico y trascendental, han demostrado su capacidad para resignificar lo vivido en términos políticos. La subjetividad feminista de las activistas ha hecho que, frente a la relación de maltrato, se ponga en evidencia la tensión entre la relación generizada y su conciencia, identidad, emociones y pensamiento feminista. Dicha subjetividad resulta un elemento imprescindible a la hora de llevar a cabo el proceso a través del cual sobreviven e incorporan su vivencia en clave política, e interviene de forma crucial a la hora de poner palabras y explicar el porqué, entre otras cuestiones, llegan a sustituir en un momento dado su deseo y capacidad de decidir, por los

deseos y decisiones de su pareja o compañero. Así, el feminismo aparece como un escenario de encuentro y reflexión común a todas ellas, actuando como dispositivo en su proceso de empoderamiento y sanación. Tras encarnar la vivencia de opresión y abuso, las mujeres señalan cómo su vinculación con esta forma de pensamiento se ve reforzada.

De este modo, se demuestra que el hecho de que haber atravesado una relación de maltrato o situación de discriminación sexista dentro de las comunidades activistas del País Vasco, no implica necesariamente el abandono de la participación política por parte de las mujeres. Tras un periodo de distanciamiento, reflexión y sanación, las mujeres han buscado otras formas de incidencia política más acordes a sus necesidades vitales y respetuosas con sus creencias políticas. Incorporan su vivencia en clave de aprendizaje político y se vuelven más selectivas con sus espacios de militancia mixtos, optando por participar dentro de colectivos feministas, o emprendiendo otro tipo de iniciativas y acciones de incidencia política colectiva y/o individual (formación política, activismo en redes sociales, participación en iniciativas del movimiento feminista, investigaciones activistas...).

*En segundo lugar*, al igual que con las mujeres que sufren violencia, no existe un tipo concreto de maltratador. Sencillamente, aquellos que participan en espacios de transformación social, que encontramos en las asambleas, manifestaciones, fiestas, incluso aquellos que se dicen feministas, mantienen un discurso político que no se corresponde con sus prácticas reales. Resultaría necesario, por tanto, actualizar los referentes de masculinidad hegemónica, tomando en consideración las prácticas que trascienden más allá del nivel discursivo, visibilizando las nuevas formas en las que se expresa el sentido de pertenencia, la necesidad de afirmación de la superioridad, la misoginia, o las formas que adquiere el ejercicio de la violencia en su intersección con otros ejes de opresión, como son el adultismo o el capacitismo (entendido en sentido amplio).

*En tercer lugar*, si bien las nombradas como mujeres no son las únicas sujetas susceptibles de sufrir este tipo de violencia, sí son las más numerosas y las que más han trabajado de forma crítica sobre ella. Por ello, son cada vez más las mujeres empoderadas (organizadas o no) que identifican y visibilizan -a través de la producción de teoría crítica aplicada a su práctica profesional, en forma de artículos, fanzines, charlas, o simplemente trasladando a las demás sus propias vivencias-, formas de violencia simbólica, económica, psicológica, y también física y

sexual, que antes parecían pasar desapercibidas. Este ejercicio político, que va impulsando y permeando desde “abajo” (arriba y por los costados) el discurso social, declaraciones internacionales, acción gubernamental y legislativa y, en consecuencia, los imaginarios sociales, será el que finalmente contribuya al reconocimiento de la discriminación y la violencia como expresiones transversales de la desigualdad entre lo masculino y lo femenino en todos los ámbitos de la vida y, en consecuencia, a su erradicación.

**c. Identificar y analizar las respuestas, estrategias y herramientas desarrolladas frente a la reproducción del sexismo y la violencia dentro de las comunidades activistas del País Vasco.**

La violencia sexista es posible solo dentro de un ecosistema que la ampara. Dado que dentro de las comunidades activistas del País Vasco -al igual que en el resto de la sociedad vasca- la violencia sexista continúa reproduciéndose y legitimándose, los colectivos y organizaciones sociales analizados estarían formando parte de dicho ecosistema.

La evasión de responsabilidades por parte de los mismos al relegar la violencia al ámbito privado, o al describir la agresión como un conflicto entre dos personas, responde a su ubicación dentro de este ecosistema. Sin embargo, la exigencia de articular respuestas colectivas -y políticas- por parte de algunos sectores de presión como son el movimiento feminista, las mujeres feministas dentro de las organizaciones, o las propias mujeres que han sido violentadas, les coloca en una posición de incomodidad (en el sentido de que les obliga a posicionarse, a cuestionarse, y a enfrentar el evidente conflicto entre discurso-si lo hubiere- y práctica).

Hacer frente a dicha incomodidad supone, por tanto, uno de los retos a los que se deben enfrentar desde los colectivos. El tipo de relaciones que se entretienen, y la especificidad del contexto sociopolítico con el que deben lidiar dificultan su predisposición para ello, y obstaculizan la redirección de recursos temporales y materiales. Considerar la incomodidad una palanca de cambio para transformar conciencias y discursos no es aún la opción más popular, pero sí la más aplaudida por aquellas que reivindican la necesidad de medidas radicales (entendidas como



aquellas que van a la raíz del problema).

Nos encontramos, por tanto, ante un periodo de ebullición, desarrollo, y asentamiento de nuevos conceptos, mecanismos y estrategias, que beben del constante ejercicio de deconstrucción de los modelos de militancia, referentes, y prácticas hegemónicas entorno a la violencia y el sexismo. También frente a la (in)visible ofensiva de aquellos actores políticos que pretenden una apropiación banal del discurso político.

A pesar de los evidentes avances, los colectivos y organizaciones se enfrentan a la capacidad del sistema para generar respuestas adaptativas, cuestión que ha sido identificada y debe continuar siendo puesta en debate. Por ello, las medidas no pueden ser una extrapolación de estrategias y mecanismos diseñados desde otros escenarios sociales e ideológicos (es el caso de cierta tipología de protocolos, diagnósticos externos, etc.), sino procesos que partan del cuestionamiento y deconstrucción de las relaciones de poder que se reproducen al interno de cada colectividad concreta, sin olvidar las dinámicas que su interacción con otros grupos y el contexto sociopolítico imprimen en su praxis política. Los colectivos y organizaciones que han tomado conciencia al respecto han apostado por la construcción de nuevas culturas organizacionales y modelos de militancia alejados de los referentes hegemónicos. En este intenso proceso es imprescindible subrayar el papel del movimiento feminista vasco, pero resulta igualmente necesario señalar el de todas aquellas activistas en grupos mixtos que se han sumado a la acción. Entre los resultados, se vislumbra un incipiente cuerpo teórico que ha de ser visibilizado y puesto en valor.

## **8.2 Conclusiones teórico-metodológicas.**

Desde el punto de vista de la Ciencia Política, y a pesar del enorme y fructífero desarrollo de la Teoría Política Feminista, la investigación sobre la violencia contra las mujeres -o, tal y como la he nombrado en este estudio, la *violencia sexista*- no ha recibido la atención que a mi juicio merece como una expresión más de *violencia política*. Esta cuestión hace que existan muy pocos referentes y, por lo tanto, pocos caminos que continuar o desandar, tanto a nivel teórico como metodológico. Sin embargo, la no consideración de las violencias derivadas del dispositivo de género

dentro de los manuales de Ciencia Política dedicados a este fenómeno social, es un terrible acto de discriminación. Como si la violencia contra las mujeres no tuviera raíces políticas, mientras que la ejercida por el Estado, u otras instituciones y actores políticos, sí. De este modo, el sesgo androcéntrico en la producción de categorías y proposiciones teóricas queda, una vez más, en evidencia.

No obstante, no seré yo quien defienda que es la academia quien constantemente ocupa (o debe ocupar) una posición de vanguardia. Creo que -principalmente por la rigidez de algunas propuestas metodológicas- las Ciencias Sociales apenas alcanzan a postular aquello que ha sido antes mil veces intuido por la práctica social. Esta convicción queda inevitablemente impresa en toda acción que se emprende antes, durante y después del proceso de investigación. A mi juicio, el mérito de la producción científica depende, precisamente, de la toma de conciencia y transparencia sobre la misma, así como de la consecuente rentabilización de su posición de privilegio<sup>89</sup> a la hora de significar y (re)producir conocimiento. ¿Y en que consistiría dicha rentabilización? En reflejar y ordenar el pensamiento social de forma eficiente, para que éste pueda ser sistematizado y divulgado entre la comunidad a la que pertenece. De esta manera, la producción científica se convierte en instrumento al servicio de la innovación social, y no al revés.

Desde las aproximaciones críticas feministas no podemos permitir que la práctica social quede sujeta a su teoría, dado que la teoría no es ni más ni menos que un recurso que nos permite movernos dentro de la complejidad del mundo, descubrir nuevos paisajes, nuevos caminos y nuevas contradicciones, siempre y cuando estemos dispuestas a cuestionarla y desobedecerla.

Pondré un pequeño ejemplo. Del análisis sistemático de las narrativas de las mujeres activistas –como expresión de su propio ejercicio de reflexividad- trasciende el carácter instrumental de la *dicotomía público-privado*. Sin embargo, la utilización de esta herramienta teórica debe hacerse habiendo tomado conciencia de su excesiva rigidez para exponer a continuación las formas en las que las mujeres la desafían y consiguen deformarla -en este caso, a través del proceso de reinterpretación de su experiencia en términos políticos-. Este ejercicio aumenta su

---

<sup>89</sup> Que no es lo mismo que afirmar que todas las personas que formamos parte de la academia gozamos de los mismos privilegios.

capacidad explicativa y redundante en una mejor comprensión de las dinámicas sociales, dado que comprende el carácter complejo y dinámico de las mismas.

Al igual que la acción invita a la producción teórica, desde la teoría debe haber una invitación a la acción. Cuando la práctica o prácticas de recogida de información utilizadas son capaces de sugerir tal idea, de acompañarla, una no puede más que asistir emocionada a su desarrollo. A través de la técnica del uso de las Producciones Narrativas para investigar el fenómeno de la violencia sexista creo haber podido entrever, más allá de su potencial como práctica cualitativa, una herramienta útil para este fin. Algunas de las mujeres que han participado han expresado como el proceso de construcción de la misma ha formado parte de su proceso de *sanación* y politización. Les ha ayudado a entenderse y ser entendidas. Por otro lado, cuando he compartido extractos de las mismas en los espacios de divulgación, las personas que participan han comprendido con mayor claridad las ideas que intentaba trasladar. A través de la narración en primera persona de la vivencia encarnada, y de la emoción que emana de la reflexividad de las mujeres, resulta más difícil eludir el hecho de que el mensaje político nos interpela.

Una última idea que deseo compartir en este apartado está relacionada con el proceso de investigación como proceso vital. En el apartado metodológico he intentado trasladar a la lectora o lector cuáles han sido los hechos materiales y emociones que han acompañado la escritura de esta Tesis. Ahora me gustaría, brevemente, incidir en los aprendizajes.

Cuatro años después, sin duda soy una persona diferente. Soy capaz de ver los avances y aciertos que, tanto a nivel académico como personal, me ha reportado. A reconocer muchos de mis errores. Y lo que es más clarificador aún: entender que los primeros nacen de la necesidad y empeño de superar estos últimos. Las dificultades para centrarme y dedicar tiempo de calidad a la escritura de esta tesis, más allá de aquellas derivadas de su compatibilización con el horario laboral y la conciliación con la vida personal, subyacen en mi incapacidad para discernir y elegir de forma inteligente los pasos que me permiten avanzar en medio largo plazo, el miedo a la pérdida de independencia personal y económica, o a mis fuertes resistencias a aceptar la ayuda de terceras/os. Por eso me disculpo ante aquellas personas que debido a estos importantes defectos se han visto perjudicadas, y entre ellas, yo misma. Haber llegado a entender esto, es para mí un logro más que significativo.

Las motivaciones que me empujaron en aquel momento a emprender un proyecto de investigación sobre violencia sexista son, seguramente, de las pocas cosas que no han cambiado. Y tengo la certeza de que este trabajo no termina aquí, por la misma razón que no empezó conmigo hace cuatro años.

### **8.3 Algunos límites (y nuevos retos) de/para la investigación.**

El primer límite de esta investigación surge de la necesidad de acotar el objeto de investigación en un determinado tiempo y espacio. Esta cuestión, inevitable por otro lado, nos permite reflejar aquello que durante y dentro de una espacialidad concreta sucede, conscientes de que la realidad -ya por sí descrita a través de la mirada parcial de la investigadora y las voces que la acompañan- se transforma.

El segundo, mantiene relación con el tipo de mujer que hay detrás de las narrativas. No es casualidad que siendo la investigadora una mujer blanca, de entre treinta y uno y treinta y cinco años<sup>90</sup>, con arraigo en el País Vasco, estudios superiores, sin diversidad funcional, y heterosexual, las participantes hayan cumplido prácticamente con todos estos requisitos. Esto deja fuera otros perfiles de mujeres activistas, cuya experiencia vital marcada por las especificidades que le atraviesan -etnia y/o cultura, orientación sexual no heteronormativa, un diverso nivel de estudios, diversidad funcional o edad- no alcanza a ser reflejada. Dichas especificidades tienden a configurar diferentes niveles de discriminación y desigualdad social, afectando a la forma en la que se expresa la violencia. Algo muy parecido sucede con las mujeres que han participado en las entrevistas, grupos de discusión y sesión de contraste. De entre todas, solamente dos de ellas -y aún con arraigo en el País Vasco- provenían de diferentes países/culturas.

Seguramente sea posible escribir otras tantas páginas dedicadas a los límites teórico-metodológicos del presente trabajo. Cuando releo los textos a los cuales he tenido acceso durante estos años, vuelvo a sentir mariposas en el estómago. Sé que he dejado fuera -con mayor o menor inconsciencia- teorías, propuestas prácticas y/o enfoques que, sin duda, hubieran enriquecido el texto final, que he sido torpe a la

---

<sup>90</sup> Se trata de la horquilla de edad de la investigadora durante la realización de la tesis [30-35]. Las activistas que han realizado su narrativa se ubican en una horquilla mayor, pero que engloba la anterior [25-45].

hora de poner en diálogo autoras y corrientes de pensamiento y que, seguramente, he ignorado muchas de las reglas y caminos conducentes a la excelencia en la producción de conocimiento científico. A pesar de todo ello, la sensación que predomina en mí en este momento no es la de fracaso o tristeza, sino una mezcla de incertidumbre e impaciencia.

Hace ya algunos meses, quizás más de un año, compartía con mi directora la idea (sin duda prestada) de enfocar el heteropatriarcado y su uso de la violencia contra las mujeres como un ejercicio de *acumulación por desposesión* a varios niveles. El hecho de haber dedicado parte de mi vida y de mi trabajo a investigar y analizar el impacto de la industria extractivista o hidroeléctrica en territorio latinoamericano - como por ejemplo el fenómeno de desplazamiento forzado-, ha influido sin duda en esta consideración. Al fin y al cabo, la violencia no solo destruye, sino que construye realidad, y esto es posible observarlo a través de sus consecuencias. Siguiendo el análisis y la teoría desarrollada por distintas pensadoras feministas marxistas y post-marxistas, la aproximación al fenómeno desde esta óptica podría ser una futura línea de investigación, que me permitiría además seguir incidiendo en la necesidad de estudiar la violencia sexista -así como otras violencias derivadas del dispositivo de género- en una expresión más de violencia política.

Una segunda línea que me parece altamente sugerente, mantiene relación con el concepto de *comunidades imaginadas* de Benedict Anderson (1983). Se trata de una propuesta de la profesora Mo Hume indicada para este mismo trabajo a la que, sin embargo, no he podido dedicar ni el tiempo ni el espacio suficiente. La razón para ello ha sido mi incapacidad para introducir un enfoque tan complejo y con tanto potencial dentro de una propuesta explicativa que me demandaba ya para entonces un volumen de trabajo considerable, e innumerables respuestas. Queda pendiente por tanto abordar el problema de la violencia sexista en las comunidades activistas a través de esta noción y desde una perspectiva crítica, con el objetivo de hacer hincapié en las contradicciones, trampas, e intersticios del discurso social y político en la construcción de las identidades colectivas.

Por último, la inmersión en este proyecto me ha hecho consciente del importantísimo volumen de *teoría crítica feminista* que me rodea. Francamente, me resulta difícil elegir o restringir mis intereses de estudio a un área, época, autora, o forma de pensamiento. Me interesa esta forma de reinterpretar lo social, forma que considero más ajustada y honesta que otras en la producción de conocimiento. Y,

tan importante como la teoría en sí -el *qué*-, resulta el *cómo*, *para qué*, *desde dónde* y *con quiénes* la empleamos. Confío en que serán estas últimas preguntas las que guien mis próximos pasos.

## BIBLIOGRAFÍA

A.(2014) *Antifeminismo y agresiones de género en entornos antiautoritarios y espacios liberados*, Santurtzi, Fanzine editado por Rechazodistro [Disponible *on-line*: <https://rechazodistro.wordpress.com/2014/10/20/fanzine-antifeminismo-y-agresiones-de-genero-en-entornos-antiautoritarios-y-espacios-liberados/>]

ALFAMA, Eva; MIRÓ, Neus; MARTÍ, Marc; et al (2005) “Género y movimientos sociales: la participación de las mujeres en la Plataforma en Defensa del Ebro” Ponencia presentada en el *VII Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración: Democracia y Buen Gobierno*. (IGOP- UAB), septiembre de 2005, Madrid.

Anónimo (s/f) *Torres más altas hemos visto caer*, Fanzine, Barcelona. [Disponible *on-line*:<https://archive.org/details/TorresMsGrandesHemosVistoCaer/page/n9>]

ÁLVAREZ MOLÉS, Pilar (2011) “Movimientos sociales, género y cultura. El caso de los gaztetxes en Euskadi” [Disponible *on-line*: [http://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/publicaciones\\_subvencionadas/eu\\_def/adjuntos/B-3\\_2011.pdf](http://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/publicaciones_subvencionadas/eu_def/adjuntos/B-3_2011.pdf)]

ARRAIZA ZABALEGI, Idoia (2012) “Violencia en relaciones sexo-afectivas entre lesbianas. Hacia un análisis feminista.” Trabajo Fin de Master (no publicado), Master de Estudios Feministas y de Género, UPV/EHU, 2012.

ASTOLA MADARIAGA, Jasone. “Las mujeres y el estado constitucional: un repaso al contenido de los grandes conceptos del derecho constitucional”. En *Mujeres y Derecho: Pasado y presente: I. Congreso multidisciplinar de la Sección de Bizkaia de la Facultad de Derecho* (Leioa, octubre 2008). Universidad del País Vasco, 2008

AZPIAZU, Jokin (2017) *Masculinidades y Feminismo*, ed. Virus, 2017

BALASCH, Marcel y MONTENEGRO, Marisela (2003) “Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas, *Encuentros en Psicología Social*, 1(3), pp. 44-48.

BAAZ, Mikael; LILJA, Mona; SHULZ, Michael; VINTAGHEN, Stellan (2016) “*Defining and Analyzing “Resistance”*: Possible Entrances to the Study of Subversive Practices” *Alternatives: Global, Local, Political* 2016, Vol. 41(3) 137-153.

BIGLIA, Bárbara y SAN MARTIN, Conchi (2007) “Maltratadores políticamente correctos”, En BIGLIA, Bárbara y SAN MARTIN, Conchi (2007) *Estado de Wonderbra. Entretejiendo narraciones feministas sobre violencias de género*. Editorial Virus, Bilbao, pp. 107-124.

BIGLIA, Bárbara (2007a) Desde la investigación-acción hacia la investigación activista feminista. En, José Romay Martínez (Ed.), *Perspectivas y retrospectivas de la psicología social en los albores del siglo XXI* Madrid: Biblioteca nueva, pp.415-422.

BIGLIA, Bárbara (2007b) “Teorías ¿sobre/para/desde/en/por? los MS”, en *Ágora, Revista de Ciencias Sociales* n°17, 2007

BIGLIA, Bárbara (2012) “Corporeizando la epistemología feminista: investigación activista feminista” en LIÉVANO FRANCO, Martha y DUQUE MORA, Marina (2012) *Subjetivación femenina: Investigación estrategias y dispositivos críticos*. México: UANL.

BIGLIA, Barbara (2014) “Avances, dilemas y retos de las epistemologías feministas en la investigación social” en MENDIA, Irantzu; LUXÁN, Marta; LEGARRETA, Matxalen et. al (2014) *Otras formas de (Re)conocer*, UPV-EHU y SimREF.

BILGUNE FEMINISTA (2008) “Haciendo frente a la violencia sexista”, *III Jornadas Feministas de Euskal Herria*, Portugalete.

BOESTEN, J. y WILDING, P. (2015) “Transformative gender justice: Setting an Agenda”, *Women’s Studies International Forum*, 51, pp.75-80.

BORBOLLA H., Ana (2015) “La lucha colectiva de las mujeres del Movimiento Sin Tierra-MST en la región centro-oeste de Paraná (Brasil) su particular praxis feminista”, 2015, Trabajo fin de Master en Estudios Feministas y de Género, UPV-EHU.

BOURDIEU, Pierre (1999) *Meditaciones Pascalianas*, Ed. Anagrama.

BOURDIEU, Pierre (2000) *La dominación masculina*, Ed. Anagrama.

BROWNMILLER, Susan (1975) *Against Our Will: Men, Women and Rape*, Simon and Shuster, New York.

BUTLER, Judith (1997) *Mecanismos psíquicos del poder*, ed. Cátedra.

CANO SANTANA, Ál, y colaboradoras, “La metodología de las producciones narrativas para poder entender fenómenos: la investigación en pro-anorexia”.

[Disponible *on-line*:

[http://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&cad=rja&uact=8&ved=0CCgQFjAB&url=http%3A%2F%2Fblogxpopuli.org%2Fw%2Fimages%2F4%2F4c%2FAI\\_Cano\\_Santana-La\\_metodologia\\_de\\_las\\_producciones\\_narrativas\\_para\\_poder\\_entender\\_fenomenos\\_la\\_investigacion\\_en\\_pro-anorexia.pdf&ei=u9grVZa6FIm5ONeogfgD&usg=AFQjCNE62le2\\_NuiGizYHQYwu\\_f4s096bQ&sig2=ysRa5wwgAaIyK-ICDasAqQ&bvm=bv.90491159,d.ZWU](http://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&cad=rja&uact=8&ved=0CCgQFjAB&url=http%3A%2F%2Fblogxpopuli.org%2Fw%2Fimages%2F4%2F4c%2FAI_Cano_Santana-La_metodologia_de_las_producciones_narrativas_para_poder_entender_fenomenos_la_investigacion_en_pro-anorexia.pdf&ei=u9grVZa6FIm5ONeogfgD&usg=AFQjCNE62le2_NuiGizYHQYwu_f4s096bQ&sig2=ysRa5wwgAaIyK-ICDasAqQ&bvm=bv.90491159,d.ZWU)

(Consultado el 12 de abril de 2015)

CABRERA H. Daniel (2004) “Imaginario social, comunicación e identidad colectiva”, UAN, [Documento: *on-line*: [http://www.portalcomunicacion.com/dialeg/paper/pdf/143\\_cabrera.pdf](http://www.portalcomunicacion.com/dialeg/paper/pdf/143_cabrera.pdf)]



CASADO APARICIO, Elena (1999) “A vueltas con el sujeto del feminismo” en *Política y Sociedad*, 30, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

COLECTIVO LAMBROA (1994) “Guión de debate sobre la violencia y la paz”, Taller Violencia y Paz desde el Feminismo, *III Jornadas Feministas de Euskal Herria*, Leioa, 1994.

COLECTIVO MA COLÈRE (2005) *Mi cuerpo es un campo de batalla. Análisis y testimonios*, Ed. La Burbuja, 2014.

COMISIÓN DE SEGUIMIENTO DEL ACUERDO INTERINSTITUCIONAL (2005) “Violencia contra las mujeres, propuestas terminológicas” Gobierno Vasco [Documento on-line: [http://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/violencia\\_coordinacion/es\\_def/adjuntos/1ai.propuestas.terminologicas.2005.cas.pdf](http://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/violencia_coordinacion/es_def/adjuntos/1ai.propuestas.terminologicas.2005.cas.pdf)]

CASTORIADIS, Cornelius (1975) *La institución imaginaria de la sociedad*, ed. Tusquets, Barcelona.

Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept

CONNELL, R.W y MESSERSCHMIDT, James W. (2005) “Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept” *Gender&Society*, vol. 19 n°6, pp.829-859.

DE MIGUEL, Ana (2003) “El movimiento feminista y la construcción de marcos de interpretación: el caso de la violencia contra las mujeres” *RIS* n°35, mayo 2003, pp.127-150.

DE MIGUEL, Ana (2005) “La violencia de género: la construcción de un marco feminista de interpretación” *Cuadernos de Trabajo Social*, vol. 18, 2005.

DE MIGUEL, Ana (2015) *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*, Ed. Cátedra, 2016.

DEL RINCON, Delio et.al (1995) *Técnicas de Investigación en Ciencias Sociales*, Ed. Dykinson, Madrid.

DESPENTES, Virginie (2006) *Teoría King Kong*, Ed. UHF, 2011.

DOBASH, REBECA; DOBASH, RUSSEL (1998) *Rethinking violence against women*, 1998, Sage Series on Violence against women.

DOMINGUEZ SANCHEZ PINILLA, Mario y DAVILA LEGEREN, Andrés (2008) “La práctica conversacional del grupo de discusión: jóvenes, ciudadanía y menos derechos” en GORDO, Angel J. y SERRANO, Araceli (coords.) (2008) *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*, Ed. Pearson-Prentice Hall, Madrid, 2008. pp. 97-127.

DOWNES, Julia; HANSON, Karis; y HUDSON, Rebeca (2016) *Salvage: Gendered violence in activist communities*. 2016 Leeds: Footprinters Workers Co-op.

EMAKUNDE (2014) *VI Plan para la Igualdad de Mujeres y Hombres en la CAV*, Gobierno Vasco [Accesible on-line: [http://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/u72\\_iv\\_plan/es\\_emakunde/adjuntos/VIPlan\\_final.pdf](http://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/u72_iv_plan/es_emakunde/adjuntos/VIPlan_final.pdf)]

ESTEBAN, Mari Luz (2011) *Crítica del pensamiento amoroso*, ed. Bellaterra, 2011.

ESTEBAN, Mari Luz (2017) *Feminismoa eta politikaren eraldaketak*, Lisipe 2, ed. Susa, 2017.

ESTEBAN, Mari Luz y TÁVORA, Ana (2008) “El amor romántico y la subordinación social de las mujeres: revisiones y propuestas”, *Anuario de Psicología*, vol. 39, nº1, Universidad de Barcelona, pp. 59-73.

FEMINISTOK PREST! (2016) Sitio web: <https://feministokprest.wordpress.com/> [Visto el 11 de febrero de 2017]

FILIPOVIC, Jill (2008) “Offensive Feminism: The Conservative Gender Norms that perpetuate Rape Culture, and how feminist can fight back” en FRIEDMAN, Jaclyn y VALENTÍ, Jessica (coord.) (2008) *Yes means Yes. Visions of female sexual power and a world without rape*, Seal Press, Berkley, California (2008) pp. 13-28

FIRESTONE, Shulamite (1970) *The Dialectic of Sex: The Case for Feminist Revolution*, Versus, London-New York.

FRIEDMAN, Jaclyn y VALENTÍ, Jessica (coord.) (2008) *Yes means Yes. Visions of female sexual power and a world without rape*, Seal Press, Berkley, California (2008)

FRESSARD, Olivier (2006) “El imaginario social o la potencia de inventor de los pueblos”, *Revista Transversales* nº 2, primavera 2006.

GANDARIAS, Itziar (2014) “Habitar las incomodidades en las investigaciones feministas y activistas desde una práctica reflexiva”, 2014, *Athenea Digital* - 14(4): pp. 289-304.

GALTUN, Johan (1990) “Cultural violence” en *Journal of Peace research*, vol.27 issue: 3, pp: 291-305.

GANDARIAS, Itziar; GARCIA, Nagore (2014) “Producciones narrativas: una propuesta metodológica para la investigación feminista” en MENDIA, IRANTZU; LUXÁN, MARTA; LEGARRETA, MATXALEN et. al (2014) *Otras formas de (Re)conocer*, UPV-EHU y SimREF.

GARCÍA FANLO, Luis (2007), “Sobre usos y aplicaciones del pensamiento de Michel Foucault en Ciencias Sociales”, en *Discurso y Argentinidad*, Año 2, Número 2, Buenos Aires, ISSN 1852-642X, 2007.

GARCIA FANLO, Luis (2011) “¿Qué es un dispositivo?: Foucault, Deleuze, Agamben” *A Parte Rei* 74. marzo, 2011.

GARCIA FERNANDEZ, Nagore y MONTENEGRO MARTINEZ, Marisela (2014) “Re/pensar las Producciones Narrativas como propuesta metodológica feminista”, *Athenea Digital*, diciembre 2014.

- GIDDENS, Anthony (2001) “*Tercera vía y justicia social*”, en La política. Revista de Estudios sobre el Estado y la Sociedad, Paidós, núm. 5, junio 2001, pp. 69-84.
- GIL FLORES, Javier (1992) “La metodología de investigación a partir de los grupos de discusión”, *Enseñanza & Teaching: Revista interuniversitaria de didáctica*, N° 10-11, 1992-1993, pp.199-214.
- GOFFMAN, Erwin. (1974) *Frame Analysis*, Boston Northeastern University Press, cit. en DE MIGUEL, Ana (2003) “El movimiento feminista y la construcción de marcos de interpretación: el caso de la violencia contra las mujeres” en *Revista Internacional de Sociología* nº35 pp. 127-150.
- GORDO, Angel J. y SERRANO, Araceli (coords.) (2008) *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*, Ed. Pearson-Prentice Hall, Madrid, 2008.
- GUZMAN, Marisela y PEREZ, A. (2005) “Las Epistemologías Feministas y la Teoría de Género” *Cinta moebio* 22, Universidad Autónoma de México, pp.112-126 .
- GREER, Germaine (1970) *La mujer eunuco*, ed. Kairos, Barcelona, 2004.
- H. CABRERA, Daniel (2004) “Imaginario social, comunicación e identidad colectiva”. [Disponible *on-line*: [http://www.portalcomunicacion.com/dialeg/paper/pdf/143\\_cabrera.pdf](http://www.portalcomunicacion.com/dialeg/paper/pdf/143_cabrera.pdf)]
- HARAWAY, Donna (1995) “Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial”, en *Ciencia, Cyborgs y Mujeres: La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995.
- HARDING, Sandra (ed.) (1987) "Is there a feminist method?" en *Feminism and Methodology*, Bloomington, Indianapolis, Indiana University Press, 1987.
- HASSE RIQUELME, Vivianne; KETTERER ROMERO, Lucy; ARELLANO, Ana (2010) “El punto de vista de las mujeres: la epistemología feminista. Un acercamiento desde la historia y la política” 2010, *Educación y Humanidades*, nº 1, pp. 46 – 69.
- HERCUS, Cheryl (1999) “Identity, Emotion, and Feminist Collective Action”, *Gender and Society*, Vol. 13 nº1 Febrero 1999.
- HERCUS, Cheryl (2005) *Stepping out of line. Becoming and being feminist*, Routledge, New York, 2005.
- HESTER, Marianne; KELLY, Liz y RADFORD, Jill (1996) *Women, Violence and Male power. Feminist activism, research and practice*, 1996, Open University Press, Buckinham.
- HESTER, Marianne (2015) “Theorizing male power and violence against women” en AGHTAIE, NADIA Y GANGOLI, GEETANJALI (2015) *Understanding Gender Based Violence. National and International Context*, Routledge, New York.
- HOLLANDER, Jocelyn A y EINWOHNER Rachel L. (2004) “Conceptualizing Resistance” *Sociological Forum*, Vol. 19, No. 4. (Dec., 2004), pp. 533-554.

- HOWARD, Janet (1981) "Battered and Raped. The Physical/Sexual abuse of women" en DELACOSTE, Frédérique y NEWMAN, Felice ed. (1981) *Fight back! Feminist Resistance to male violence*, Cleis Press, Minneapolis, pp. 71-84.
- HUNNICUTT, Gwen (2009) "Resurrecting "Patriarchy" as a theoretical Tool" *Violence against women*, vol 15, nº 5. mayo 2009
- HUME, Mo (2008) "The Myths of Violence. Gender, Conflict, and Community in El Salvador" *Latin American Perspectives*, vol. 35 nº 5.
- HUME, Mo (2009) *The Politics of Violence, Gender, Conflict and Community in El Salvador*, Wiley-Blackwell, 212 pp.
- JOHANSSON Anna y VINTHAGEN, Stellan (2014) "Dimensions of Everyday Resistance: An Analytical Framework" *Critical Sociology* 1–19.
- JÓNASDÓTTIR, Ana (1993) *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?*, Madrid, col. Feminismos, Editorial Cátedra.
- JÓNASDÓTTIR, Anna (2011) "¿Qué clase de poder es el poder del amor?", *Sociológica*, año 26 nº 74 pp.247-273, septiembre-diciembre 2011.
- JOXEMI ZUMALABE FUNDAZIOA (2014) *Dabilen harriari goroldiorik ez. Militantziar eta horizontaltasunaz hausnartzen*. Joxemi Zumalabe Fundazioa, 2014 apirila. [Disponible on-line: <http://joxemizumalabe.eus/liburuak/DHGE-1.pdf>]
- KELLY, Liz (1988) *Surviving Sexual Violence*, 1988, Polity Press, Cambridge, UK.
- KOOPMAN, Sara (2007) "A Liberatory Space? Rumors of Rapes at the 5th World Social Forum, Porto Alegre, 2005" *Journal of International Women's Studies*, 8(3), 149-163. [Disponible en: <http://vc.bridgew.edu/jiws/vol8/iss3/11>]
- LAS AFINES (2007) "Quién teme a los procesos colectivos? Apuntes críticos sobre la gestión de la violencia de género en los movimientos sociales", en *Tijeras para todas. Textos sobre violencias machistas en movimientos sociales*, Barcelona, marzo 2009.
- LEDEMAN, Linda (1990) "Assesing educational effectiveness: the focus group interview a a technique for data collection" *Communication Education*, 39(2), pp.117-127.
- LENZ DUNKER, Chistian Ingo y PARKER, Ian (2008) "Modelos y métodos socio-críticos de la investigación cualitativa" en GORDO, Angel J. y SERRANO, Araceli (coords.) (2008) *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*, Ed. Pearson-Prentice Hall, Madrid, pp. 23-41.
- LES TENSES (1998) "Per què parlem de sexisme als espais alliberats?" En *Tijeras para todas. Textos sobre violencias machistas en los movimientos sociales*, 2ª edición. Barcelona, marzo 2009.
- LEVÍ-STRAUSS, Claude (1955) *Tristes Trópicos*, ed. Planeta, Austral, Barcelona, (2012)

- LEVINTON DOLMAN, NORA (2000) *El superyó femenino*, ed. Biblioteca Nueva, Madrid, (2010).
- MACAULAY MILLAR, Thomas (2008) "Toward a Performance Model of Sex" en FRIEDMAN, Jaclyn y VALENTÍ, Jessica (coord.) (2008) *Yes means Yes. Visions of female sexual power and a world without rape*, Seal Press, Berkley, California (2008) pp. 29-42.
- MacKINNON, Catharine (1982) "Feminism, Marxism, Method and the State: An Agenda for Theory", JSTOR Vol. 8, No. 4 Summer, 1983, pp. 635-658.
- MALO, Marta (ed.) (2004) *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*, Traficantes de sueños, Útiles2, Madrid.
- MARTINEZ GUZMAN, Antar y MONTENEGRO, Marisela (2010) "Narrativas en torno al Trastorno de Identidad Sexual. De la multiplicidad transgénero a la producción de trans-conocimientos", *Prisma Social* n°4. [Disponible on-line: [http://www.isdfundacion.org/publicaciones/revista/pdf/03\\_N4\\_PrismaSocial\\_antar\\_marisela.pdf](http://www.isdfundacion.org/publicaciones/revista/pdf/03_N4_PrismaSocial_antar_marisela.pdf)]
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Benjamín Eduardo (2014) "Violencia epistémica de género" cuando el género es más que palabras" 2014, *Revista de Antropología Experimental*, n° 14, 2014. Texto 20, pp. 293-300.
- MARTINEZ PORTUGAL, Tania (2015): "Violencia sexista en colectivos sociales y políticos de izquierda. Narrativas de mujeres activistas" Trabajo fin de Master, 2015.
- MEZTLI TZINTZÚN, Cristina (2008) "Killing Misogyny: A Personal Story of Love, Violence, and Strategies for Survival" en FRIEDMAN, Jaclyn y VALENTÍ, Jessica (coord.) (2008) *Yes means Yes. Visions of female sexual power and a world without rape*, Seal Press, Berkley, California (2008) pp. 251-264
- MILLET, Kate (1969) *Política Sexual*, Ed. Cátedra, Madrid.
- MORGAN, Karen y BIÖRKET, Suruchi Thapar (2006) "I'd rather you'd lay me on the floor and start kicking me" Understanding symbolic violence in everyday life" *Women's Studies International Forum* 29 (2006) pp. 441-452.
- MOGROVIEJO, Norma (2008) "Diversidad Sexual. Un concepto problemático" en *Revista de Trabajo Social UNAM*, n°18, México.
- OSBORNE, Raquel (2009) *Apuntes sobre violencia de género*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, pp. 9-10.
- PAIN, Rachel (2014): "Everyday terrorism: Connecting domestic violence and global terrorism" *Progress in Human Geography*, August 2014 n° 38, pp.531-550.
- PIRIS, Silvia (2015) *¿Emancipación sin feminismo? Transitar de la marginalidad a la centralidad del feminismo en las organizaciones mixtas*. Biblioteca básica de Formación, Manu Robles-Arangiz Institutua, 2015.

RODRIGUEZ O., Celia (2017) "How academia uses poverty, oppression and pain for intellectual masturbation" *RaceBaitr*, 6/4/2107, [Disponible *on-line* en: <https://racebaitr.com/2017/04/06/how-academia-uses-poverty-oppression/>]

RUBIN, Gayle (1986) "El Tráfico de mujeres: Notas sobre la economía política del sexo", *Nueva Antropología*, Vol.VIII, No. 30, Mexico, 1986.

S. VALLÉS, Miguel (1999) *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*, Síntesis Sociológica, Ed. Síntesis, Madrid, 1999.

SCOTT, James (1985) *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. Yale University Press.

SORTZEN CONSULTORIA S.L. (2011) "Los enfoques feministas sobre las agresiones sexuales" en *Agresiones sexuales. Cómo se viven, cómo se entienden y cómo se atienden*, (2011) Vitoria-Gasteiz, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.

SPIVAK, Gayatri Chakravorty (1998) "¿Puede hablar el sujeto subalterno?" *Memoria académica*, año 3 no. 6, pp. 175-235.

STANKO, Elisabeth A. (1996) "Reading danger: sexual harassment, anticipation and self protection" en *Women, Violence and Male power. Feminist activism, research and practice*, 1996 Open University Press, Buckinham.

STANKO, Elisabeth A. (ed.) (2002) *The Meanings of Violence*, 2002, Routledge.

TELSEY, Nadia (1981) "Karate and the Feminist Resistance Movement" en DELACOSTE, Frédérique y NEWMAN, Felice ed. (1981) *Fighth back! Feminist Resistance to male violence*, Cleis Press, pp. 184-197, Minneapolis.

UCELLA, Micaele y KAYE, Melanie (1981) "Survival is an act of resistance" en DELACOSTE, Frédérique y NEWMAN, Felice ed. (1981) *Fighth back! Feminist Resistance to male violence*, Cleis Press, pp. 14-25, Minneapolis.

VVAA (2009) *Tijeras para todas. Textos sobre violencias machistas en los movimientos sociales*, 2ª edición. Barcelona, marzo 2009.

VELÁZQUEZ, Susana (2003) *Violencias cotidianas, violencia de género. Escuchar, comprender, ayudar*. Editorial Paidós. Psicología, psiquiatría, psicoterapia, Buenos Aires, pp. 25-26.

WALBY, Sylvia (1990) *Theorizing Patriarchy*, Basil Blackwell, Oxford.

#### *Entrevistas y artículos en prensa escrita /on-line/blogs:*

BARBIJAPUTA (5/12/2016) "El no mudo" *Pikara Magazine* [<https://www.pikaramagazine.com/2016/12/el-no-mudo/>]

BILGUNE FEMINISTA (28/06 /2015) “Ez obeditu! Heteroaraua plazerez lehertu!”

[[http://bilgunefeminista.eus/eu/Artxibategia/Ez\\_obeditu\\_heteroaraua\\_plazerez\\_lehertu/](http://bilgunefeminista.eus/eu/Artxibategia/Ez_obeditu_heteroaraua_plazerez_lehertu/)]

CASTAÑO TIERNO, Pablo (6/3/2015) “Los hombres y el feminismo” Eldiario.es [[http://www.eldiario.es/zonacritica/hombres-feminismo\\_6\\_362273809.html](http://www.eldiario.es/zonacritica/hombres-feminismo_6_362273809.html)]

ERNAI (s/f) “Ezkutukoa hitzez marrazten. Gazteon arteko indarkeria sexista!” [<https://ernai.eus/wp-content/uploads/2018/05/EZKUTUKOA-HITZEZ-MARRAZTEN.pdf>]

FERNÁNDEZ, June (25/11/2012) “Yo quería sexo pero no así” Eldiario.es [[https://www.eldiario.es/sociedad/queria-sexo\\_0\\_72093264.html](https://www.eldiario.es/sociedad/queria-sexo_0_72093264.html)]

FETT, SHEA Enma (27/08/2015) “10 things I’ve learned about gaslighting as an abuse tactic” Blog [Disponible *on-line*: <https://medium.com/@sheaemmafett/10-things-i-wish-i-d-known-about-gaslighting-22234cb5e407>]

JANA LEO “La falta de seguridad de las mujeres es una forma de posesión”, EL SALTO, octubre 2017, pp. 26-29.

MARTÍNEZ PORTUGAL, Tania (26/10/2016) “Los trapos sucios también se limpian en asamblea” Pikara Magazine [<https://www.pikaramagazine.com/2016/10/violencia-sexista-colectivos-izquierda/>] (Visto el 12/3/2017)

VILLANUEVA MARTÍN, Beatriz (9/5/2017) “Violencia ‘luz de gas’: Desaparecí, y no sé cuando.” Pikara Magazine [<http://www.pikaramagazine.com/2017/05/violencia-luz-de-gas/>]

“Violencia machista en los movimientos sociales” Periódico Diagonal (19/11/13) [<https://www.diagonalperiodico.net/andalucia/20811-violencia-machista-movimientos-sociales.html>]

“El movimiento feminista debe salir de la UVF” Egin Egunkaria (18/12/1994)

“Historia de una muerte decretada” Egin Egunkaria (18/12/1994).

“La plataforma Gune se manifestará contra los recortes el 16 de marzo” (18/02/2013)[<http://www.eitb.eus/es/noticias/economia/detalle/1261600/manifestacion-plataforma-gune-bilbao--manifestacion-16-marzo-2013/>]

### **Material audiovisual:**

Alicia Murillo (18/11/2013) *Machirulos infiltrados*, en “El conejo de Alicia” [Ver en: <https://www.youtube.com/watch?v=z71iSi1llFg>]

“Ana Orantes relata los malos tratos sufridos durante 40 años” [[https://www.youtube.com/watch?v=72Md\\_DypqRE](https://www.youtube.com/watch?v=72Md_DypqRE)]

Irantzu Varela (24/10/2014) *Machunos II*, en “El Tornillo 2x04” [<https://www.youtube.com/watch?v=wDratm-6GB0>]

Irantzu Varela (21/11/2014) *Los hombres Feministas*, en “El tornillo 2x08”  
[<https://www.youtube.com/watch?v=CgUkgbI2McE>]

Marcela Lagarde (13/05/2015) *Conferencia*  
[<https://www.youtube.com/watch?v=1jTO1XlduTU>]

